

CHRISTOPHER PRIEST

EL MUNDO INVERTIDO

13 CIENCIA-FICCIÓN



EL MUNDO INVERTIDO

Christopher Priest

Título original: Inverted World
Traducción: María Raquel Albornoz
© 1974 by Christopher Priest
© 1976 EMECE editores
Alsina 2061 - Buenos Aires
Edición digital: Walter López

A mi padre y a mi madre

*Dondequiera que dirijo la vista,
Todo es extraño, mas no hay nada nuevo;
Labor sin fin,
Labor sin fin para equivocarse.*

Samuel Johnson

NOTA DEL AUTOR

Algunas de las situaciones descritas en esta novela estaban incluidas en el cuento titulado «El mundo invertido», editado por primera vez en Inglaterra en *New Writings in SF-22*, por Sidgwick & Jackson Ltd.

Aparte de una mínima repetición del ambiente y de la inclusión de varios personajes con los mismos nombres, no hay demasiada similitud entre las dos obras.

Christopher Priest

PROLOGO

Elizabeth Khan cerró la puerta del dispensario y te puso llave. Lentamente recorrió la calle del pueblo hacia donde se hallaba reunida la gente, en la plaza, frente a la iglesia. Había habido un ambiente de expectativa todo el ara hasta que se armó la gran hoguera, y ahora los chicos de la aldea coman excitadas, esperando el momento en que encendieran la fogata.

Elizabeth fue primero a la iglesia, pero no halló rastros del padre dos Santos.

Pocos minutos después de la puesta del sol uno de los hombres prendió fuego a la mecha seca que se hallaba en la base de la madera apilada, y se elevaron crepitando las brillantes llamas. Los niños saltaban, bailaban y se llamaban a gritos mientras la madera restallaba y escupía chispas.

Hombres y mujeres estaban sentados o tirados en el suelo cerca del fuego, pasándose botellas del vino sabroso y oscuro de la zona. Había dos hombres sentados separados de los demás, pulsando suavemente sendas guitarras. Tocaban una melodía delicada, no para bailar.

Elizabeth se sentó cerca de los músicos, y bebía vino cada vez que le pasaban una botella.

Después la música cobró más volumen y más ritmo, y varias mujeres comenzaron a entonar una vieja canción con letra en un dialecto que Elizabeth no comprendía. Varios

hombres se pusieron de pie y empezaron a bailar con los brazos entrelazados, muy borrachos.

Aceptando las manos que se extendían para incorporarla, Elizabeth salió a bailar con unas mujeres. Ellas reían y trataban de enseñarle el paso. Con los pies levantaban nubes de polvo que flotaban suavemente en el aire antes de ser absorbidas por el torbellino de calor, sobre la hoguera. Elizabeth bebió más vino y bailó con los demás.

Cuando se detuvo a descansar, advirtió que había aparecido dos Santos. Estaba parado a una cierta distancia, contemplando los festejos. Lo saludó con la mano, pero él no le respondió. Elizabeth se preguntó si él censuraría la idea o si simplemente era demasiado reservado como para participar. Era un muchacho tímido, huraño, no sabía alternar con los aldeanos, y sin embargo le preocupaba qué opinión tendrían de él. Al igual que ella, era un recién llegado, un forastero, aunque Elizabeth creía que superaría la desconfianza de los vecinos antes que él. Una de las muchachas del pueblo, al verla parada a un lado, la tomó de la mano y la arrastró nuevamente al baile.

El fuego se extinguió, la música se hizo más lenta. El amarillo resplandor de las llamas se consumió hasta convertirse en un círculo alrededor del fuego mismo, y una vez más, la gente se sentó en el suelo, feliz, reposada, exhausta.

Elizabeth rehusó la siguiente botella que le pasaron, y en cambio se puso de pie. Estaba bastante más ebria de lo que había imaginado, y trastabilló un poco. Mientras algunas personas la llamaban a gritos, ella se alejó, abandonó el centro de la aldea y se internó en la campiña oscura. El aire nocturno era apacible.

Caminó lentamente y respiró hondo, tratando de despejarse. Llegó hasta un sendero que había recorrido en el pasado, que atravesaba las colinas que rodeaban el pueblo, y por allí se dirigió, tropezando algunas veces debido a las irregularidades del terreno. En un tiempo esto probablemente hubiese sido tierra de pastoreo, pero ya no existía la agricultura en la aldea. Era un campo salvaje, hermoso, amarillo y blanco y marrón bajo la luz del sol. Ahora estaba negro y frío, y las estrellas brillaban en lo alto.

Al cabo de media hora se sintió mejor y se encaminó de vuelta al poblado. Cuando cruzaba por un bosquecillo, justo detrás de las casas, oyó voces. Se quedó quieta, prestando atención... pero sólo escuchó los sonidos, no las palabras.

Dos hombres conversaban, aunque no estaban solos. Por momentos oía las voces de otros, que asentían o hacían comentarios. A pesar de que no era asunto de su incumbencia, le picaba la curiosidad. El tono era apremiante, daba la impresión de que discutían algo. Vaciló unos segundos más; luego prosiguió su camino.

El fuego se había extinguido. Sólo las cenizas resplandecían en la plaza de la aldea.

Fue hasta el dispensario. Al abrir la puerta advirtió un movimiento, y vio a un hombre cerca de la casa de al lado.

—¿Luiz? —dijo, reconociéndolo.

—Buenas noches, Menina Khan.

La saludó con la mano y entró en la casa. Portaba un bulto que parecía una gran maleta o una mochila.

Elizabeth frunció el ceño. Luiz no había asistido a los festejos de la plaza; ahora estaba segura de que había sido a él a quien escuchó entre los árboles. Esperó un momento en el umbral; luego entró. Al cerrar la puerta oyó, a la distancia, muy nítido en la noche apacible, el ruido de caballos que se alejaban al galope.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Yo había cumplido las seiscientas cincuenta millas de edad. Del otro lado de la puerta

estaban reunidos los gremialistas para una ceremonia durante la cual me recibirían como aprendiz del gremio. Era un instante de excitación y de temor. Significaba concentrar en unos minutos lo que había sido mi vida hasta entonces.

Mi padre era gremialista y yo siempre había observado su vida desde una cierta distancia. Me parecía una existencia esclavizante, llena de determinación, ceremonias y responsabilidades. No me contaba nada de su vida ni de su trabajo, pero su uniforme, su conducta incierta y sus frecuentes ausencias de la ciudad dejaban traslucir una preocupación por asuntos de suma importancia.

Dentro de pocos minutos me abrirían las puertas para ingresar a ese mundo. Era un honor e implicaba asumir responsabilidades, y ningún muchacho que se hubiese criado encerrado entre las paredes del internado podía dejar de estremecerse ante el impacto de este gran paso.

El internado era un edificio pequeño, situado en el extremo Sur de la ciudad. Estaba casi totalmente cerrado por pasillos, salas y habitaciones. No había un acceso al resto de la ciudad excepto trasponiendo una puerta que generalmente estaba cerrada con llave, y la única oportunidad de hacer algo de ejercicio existía en un pequeño gimnasio y en un diminuto espacio abierto, rodeado por los cuatro costados por las altas paredes de los edificios del internado.

Al igual que los demás niños, poco después de nacer me entregaron a las autoridades del internado, y no conocía otro mundo. No conservaba recuerdos de mi madre, que había partido de la ciudad poco después de nacer yo.

Había sido una experiencia monótona pero no triste. Me había hecho de buenos amigos, y uno de ellos —un chico varias millas mayor que yo, llamado Gelman Jase—, se había convertido en aprendiz de un gremio poco antes que yo. Tenía muchas ganas de volver a encontrarme con Jase. Lo había visto una sola vez desde que cumpliera la mayoría de edad cuando hizo una breve visita al internado: ya había adoptado el leve aire de preocupación de los gremialistas, y no pude enterarme por él de nada. Ahora que yo también me convertiría en aprendiz pensé que él tendría muchas cosas que contarme.

El director regresó a la antecámara donde yo estaba parado.

—Están listos —dijo—, ¿Recuerda lo que tiene que hacer?

—Sí.

—Buena suerte.

Estaba temblando y se me humedecieron las palmas de las manos. El director que esa mañana me había traído del internado, me sonrió cariñosamente. Creía conocer mi tremendo sufrimiento, pero realmente conocía sólo la mitad.

Luego de la ceremonia me aguardaban otras cosas. Mi padre me había dicho que ya había arreglado mi casamiento. Yo había tomado la noticia con serenidad porque sabía que los gremialistas debían casarse jóvenes, y ya conocía a la chica elegida. Era Victoria Leroux, y nos hablamos criado juntos en el internado. Si bien no nos conocíamos mucho —no había demasiadas chicas en el internado, y solían andar en un grupo muy cerrado— al menos no éramos extraños. Aun así, la idea de casarme me resultaba nueva, y no tuve mucho tiempo para prepararme mentalmente, para el matrimonio.

El director echó una rápida mirada al reloj.

—Muy bien, Helward. Ya es la hora.

Nos estrechamos la mano y él abrió la puerta. Se introdujo en la sala, dejando la puerta abierta. Estaban encendidas las luces del techo.

El director se paró y se dio vuelta para dirigirse al estrado.

—Señor Navegante, solicito audiencia.

—Identifíquese. —Una voz distante. Desde mi ubicación en la antecámara, no alcancé a ver al que habló.

—Soy el Director Nacional Bruch. Siguiendo las órdenes de mi jefe he requerido la presencia de Helward Mann, que solicita ingresar como aprendiz en un gremio de primera

clase.

—Lo reconozco, Bruch. Puede hacer pasar al aprendiz.

—Bruch se dio vuelta y me miró. Tal como habíamos ensayado con anterioridad, ingresé a la sala. En el centro habían instalado una pequeña tarima, y yo me acerqué y me ubiqué detrás de ella.

Quedé frente al tribunal.

Bajo el concentrado brillo de los reflectores estaba sentado un señor de edad, en un sillón de respaldo alto. Vestía una túnica negra adornada con un círculo blanco cosido en el pecho. A ambos lados de él había tres hombres parados. Todos usaban túnicas, pero cada una decorada con una faja de un color diferente. Reunidos en el centro de la sala, frente al estrado, había varios hombres y mujeres más. Entre ellos, mi padre.

Todos me miraban, y sentí que aumentaba mi nerviosismo. Se me hizo un blanco en la mente, y me olvidé de los esmerados ensayos con Bruch.

En el silencio que se produjo a mi entrada, miré hacia adelante, al hombre que ocupaba el centro del estrado. Era la primera vez que veía —y no digamos que tenía cerca— a un Navegante. En el internado a veces se hablaba deferentemente de esos hombres, y a veces los irrespetuosos lo hacían en tono de burla, pero siempre con un trasfondo de temor frente a esos personajes casi legendarios. El hecho de que uno de ellos estuviera presente sólo confirmaba el valor de esta ceremonia. De inmediato pensé en que sería una historia sensacional para contársela a mis compañeros... pero luego recordé que, a partir de este día, nada volvería a ser igual.

Bruch se había adelantado para dirigirme la palabra.

—¿Es usted Helward Mann?

—Sí, señor.

—¿Qué edad tiene?

—Seiscientas cincuenta millas.

—¿Se da cuenta de la importancia de su edad?

—Asumo las responsabilidades de un adulto.

—¿De qué manera piensa asumir dichas responsabilidades?

—Deseo ingresar como aprendiz en un gremio de primera clase a mi elección.

—¿Ya ha hecho la elección?

—Sí, señor.

Bruch giró y habló a los hombres del tribunal. Repitió el contenido de mis respuestas, aunque a mí me pareció que ellos podían haberlas escuchado cuando las pronuncié.

—¿Hay alguien que desee interrogar al aprendiz? —preguntó el Navegante a los otros hombres del estrado. Ninguno respondió.

—Muy bien. —El Navegante se puso de pie—. Acérquese, Helward Mann, y párese en un lugar donde yo pueda verlo.

Bruch se hizo a un lado. Abandoné la tarima y me adelanté hasta un lugar de la alfombra donde habían colocado un círculo blanco de plástico. Me paré en el centro del mismo. Durante unos segundos me observaron en silencio.

El Navegante se dirigió a uno de los hombres junto a él.

—¿Están aquí los proponentes?

—Sí, señor.

—Muy bien. Dado que éste es un asunto de gremio, debemos excluir a todos los otros.

El Navegante tomó asiento, y el hombre que estaba a su derecha se adelantó.

—¿Hay algún hombre aquí perteneciente a una categoría inferior a la primera? Si lo hubiere, que por favor tenga a bien retirarse.

Noté que, detrás de mí, Bruch hacía una leve inclinación de cabeza en dirección al escenario y abandonaba la sala. No fue el único. Del grupo de personas que ocupaban el centro de la sala, cerca de la mitad se retiró. Los que quedaron se volvieron hacia mí.

—¿Hay algún extraño entre los presentes? —dijo el hombre del estrado. Silencio—.

Aprendiz Helward Mann, se halla usted ahora en compañía de gremialistas de primera clase. Una reunión de esta índole no es común en la ciudad, y deberá usted comportarse con la debida solemnidad. Se realiza en su honor. Cuando haya culminado su aprendizaje, estas personas serán sus pares, y usted estará sujeto, al igual que ellos, a las normas del gremio. ¿Queda entendido?

—Sí, señor.

—Ha elegido usted el gremio al que desea ingresar. Por favor dígalos, para que todos lo escuchen.

—Deseo ser un Investigador del Futuro.

—Muy bien; eso es admisible. Yo soy el Investigador del Futuro Clausewitz y soy su jefe gremial. Rodeándolo a usted están otros Investigadores del Futuro, al igual que representantes de otros gremios de primera clase. Aquí, a mi lado, se encuentran los jefes de los demás gremios de primera clase. En el centro, nos honra la presencia del Navegante Mayor Oisson.

Como Bruch me había hecho ensayar previamente, hice una gran reverencia al Navegante. La reverencia era lo único que recordaba de sus instrucciones; él me había dicho que no conocía los detalles de esta parte de la ceremonia, y que por lo tanto me limitara a demostrar el debido respeto al Navegante cuando me lo presentaran formalmente.

—¿Alguien propone a este aprendiz?

—Señor, yo deseo proponerlo. —Era mi padre el que hablaba.

—El Investigador del Futuro Mann ha hecho la proposición. ¿Alguien lo secunda?

—Señor, yo secundo la moción.

—El Constructor de Puentes Leroux secunda la proposición. ¿Hay alguien que se oponga?

Se produjo un largo silencio. Dos veces más Clausewitz preguntó si alguien se oponía, pero nadie me objetó.

—Se han llenado los requisitos —dijo Clausewitz—. Helward Mann, le ofrezco ahora el juramento para ingresar a un gremio de primera clase. Puede usted, incluso a esta altura, negarse a prestarlo. Si, por el contrario, presta usted juramento, quedará sujeto a sus términos por el resto de su vida en la ciudad. La pena por incumplimiento del juramento es la muerte. ¿Queda perfectamente entendido?

Eso me anonadó. Nunca nadie me había advertido de ello, ni mi padre, ni Jase, ni siquiera Bruch. Esa vez Bruch no lo hubiese sabido... pero seguro que mi padre me lo habría dicho...

—¿Qué responde?

—¿Tengo que decidirme ahora, señor?

—Sí.

Era evidente que no me permitirían conocer el juramento antes de decidirme. Su contenido probablemente sería también secreto. Sentí que no me quedaba otra alternativa. Había llegado hasta este punto y ya notaba las presiones del sistema que me rodeaba. Haber avanzado hasta la propuesta y la aceptación y luego negarme a prestar juramento era imposible, o por lo menos así me pareció en ese momento.

—Prestaré juramento, señor.

Clausewitz descendió del estrado, se me acercó y me entregó una tarjeta blanca.

—Lea esto con voz clara y alta —me dijo—. Puede leerlo antes en silencio, si lo desea, pero si lo hace, inmediatamente quedará sujeto a él.

Asentí para demostrarle que comprendía y él volvió al escenario. El Navegante se puso de pie. Yo leí el juramento en silencio, para familiarizarme con su contenido.

Miré en dirección al estrado, consciente de ser el centro de atención de todos, incluso de mi padre.

—Yo, Helward Mann, como adulto responsable y como ciudadano de Tierra, juro

solemnemente que:

»Como aprendiz del gremio de Investigadores del Futuro, cumpliré las tareas que me asignen poniendo todo mi empeño.

»Consideraré como asunto de suprema importancia la seguridad de la ciudad de Tierra.

»No discutiré los asuntos de mi gremio y demás gremios de primera clase con nadie que no sea aprendiz bajo juramento o gremialista de primera clase.

»Todo lo que experimente o vea del mundo que rodea a la ciudad de Tierra será una cuestión de seguridad del gremio.

»Al ser admitido como gremialista me informaré del contenido del documento conocido como Directivas de Destaine, quedaré obligado a obedecer sus instrucciones, y luego transmitiré el conocimiento que este documento me proporcione a las futuras generaciones de gremialistas.

»He hecho de prestar este Juramento será un asunto de seguridad del gremio.

»Todo esto lo juro sabiendo cabalmente que la violación de cualquiera de estas normas me hará pasible de ejecución sumaria a manos de mis compañeros de gremio».

Levanté la vista y miré a Clausewitz. El solo hecho de leer ese texto me había llenado de una emoción que difícilmente podía contener. «Que rodea a la ciudad...» Ello significaba que abandonaría la ciudad, que recorrería como aprendiz las regiones que me habían estado prohibidas y que seguían vedadas para la mayor parte de los habitantes de la ciudad. En el internado corrían incontables rumores acerca del mundo que rodeaba la ciudad y yo me lo imaginaba en disparatadas fantasías. Era lo suficientemente sensato como para darme cuenta de que la realidad nunca podía igualar a esos rumores, pero aun así la idea me deslumbraba y me llenaba de espanto. El velo de misterio con que los gremialistas lo encubrían parecía implicar que había algo horrendo tras los muros de la ciudad. Tan horrendo que el precio que se pagaba por revelar su naturaleza era la propia muerte.

Clausewitz dijo:

—Suba al estrado, aprendiz Mann.

Me adelanté y subí los cuatro escalones que conducían al escenario. Clausewitz me saludó estrechándome la mano y quitándome la tarjeta con el juramento. Primero me presentaron al Navegante, quien me dirigió unas palabras amables, y luego a los demás jefes de gremios. Clausewitz aclaró no sólo sus nombres sino también sus títulos, algunos de los cuales me resultaban desconocidos. Yo empezaba a sentirme apabullado con tanta información, ya que estaba aprendiendo en unos instantes tanto como había aprendido en toda mi vida de internado.

Había seis gremios de primera clase. Además del gremio de Investigadores del Futuro, al que pertenecía Clausewitz, había un gremio encargado de la Tracción, otro de la Construcción de Vías y otro de la Construcción de Puentes. Se me informó que esos eran los gremios responsables de la supervivencia de la ciudad, y que contaban con el apoyo de otros dos gremios: Milicia y Tráfico. Todo esto era nuevo para mí, aunque ahora recordaba que mi padre a veces mencionaba al pasar hombres que usaban el nombre de sus gremios como títulos. Yo había oído hablar de los Constructores de Puentes, por ejemplo, pero hasta el momento de esta ceremonia no tenía idea de que la construcción de un puente fuera un acontecimiento envuelto en un manto de ritual y de misterio. ¿Por qué un puente era de fundamental importancia para la supervivencia de la ciudad? ¿Por qué se necesitaba una milicia?

¿Qué era, verdaderamente, el futuro?

Clausewitz me llevó a conocer a los gremialistas del Futuro. Entre ellos, por supuesto, mi padre. Sólo tres estaban presentes. Los demás, me dijeron, se hallaban fuera de la

ciudad. Al terminar estas presentaciones, conversé con los otros gremialistas. Había por lo menos un representante de cada gremio de primera clase. Yo iba recogiendo la impresión de que, fuera de la ciudad, se ocupaba gran parte del tiempo y de los recursos ya que, en varias ocasiones, uno u otro gremialista pedía disculpas por la falta de más compañeros suyos en la ceremonia debido a que estaban fuera de la ciudad.

Durante estas conversaciones me impresionó un hecho extraño, algo que había notado antes pero no conscientemente: mi padre y los demás gremialistas del Futuro daban la impresión de ser mucho mayores que el resto de los hombres. El mismo Clausewitz era corpulento y presentaba un aspecto imponente con su túnica, pero su calvicie y las arrugas de su rostro delataban el paso del tiempo. Calculé que tendría por lo menos dos mil quinientas millas de edad. También mi padre, ahora que podía verlo en compañía de sus contemporáneos, me parecía notablemente anciano. Tenía más o menos la misma edad que Clausewitz, aunque por lógica ello no era posible ya que significaría que mi padre tenía unas mil ochocientas millas cuando yo nací, y yo ya sabía que era costumbre en la ciudad tener hijos apenas alcanzada la mayoría de edad.

Los demás gremialistas eran considerablemente más jóvenes. Algunos, evidentemente pocas millas mayores que yo, hecho que me proporcionó un cierto estímulo porque ahora que había ingresado al mundo de los adultos quería acabar cuanto antes con el período de aprendizaje. Estaba implícito que el aprendizaje no tenía término fijo y si, como había dicho Bruch, la posición de uno estaba en relación con la habilidad personal, aplicándome podría convertirme en gremialista en un plazo relativamente breve.

Una persona estaba ausente, alguien cuya presencia me habría gustado. Jase.

Pregunté por él a un gremialista de Tracción.

—¿Gemían Jase? —dijo—. Creo que no está en la ciudad.

—¿No podría haber vuelto para esta ocasión? —dije—. Compartíamos el mismo cuarto en el internado.

—Jase no va a regresar hasta dentro de muchas millas.

—¿Dónde está?

El gremialista se limitó a sonreír... cosa que me indignó. Al fin y al cabo, ahora que había prestado juramento, ¿no podía decírmelo?

Más tarde advertí que no se hallaba presente ningún otro aprendiz. ¿Estaban todos fuera de la ciudad? En tal caso, ello podría significar que muy pronto partiría yo también.

Luego de unos minutos de charla con los gremialistas, Clausewitz pidió que le prestaran atención.

—Propongo llamar a los directores —dijo—, ¿Alguna objeción?

Los gremialistas manifestaron su aprobación.

—Por lo tanto —continuó Clausewitz—, debo recordarle al aprendiz que ésta es la primera de muchas ocasiones en que estará sujeto al juramento que prestó.

Clausewitz bajó del estrado y dos o tres hombres abrieron las puertas de la sala. Lentamente, las otras personas regresaron a la ceremonia. El clima se alegró en gran medida. Al tiempo que se iba llenando la sala, oí risas, y noté que instalaban una mesa larga en el fondo. Los directores parecían no guardar ningún rencor por haber sido excluidos de la ceremonia anterior. Supuse que sentía algo tan corriente que lo tomaban como una cosa natural, pero se me ocurrió pensar cuánto podían ellos saber de lo ocurrido. Cuando el secreto se hacía tan abiertamente, como en este caso, dejaba campo para muchas conjeturas. ¿Simplemente despidiéndolos de una habitación donde se celebraba una ceremonia se impedía que conocieran lo que estaba sucediendo? Que yo supiera, no había centinelas apostados en la puerta. ¿Cómo hacían para evitar que alguien intentara escuchar mientras yo prestaba mi juramento?

No me dieron tiempo a pensar mucho en el asunto porque comenzó un gran ajetreo en la sala. La gente hablaba animadamente produciendo mucho ruido, al tiempo que colocaban grandes fuentes de comida y distintos tipos de bebidas en la mesa. Mi padre

me llevaba de un grupo a otro, y me presentaron a tantas personas que pronto me fue imposible recordar nombres y títulos.

—¿No deberías presentarme a los padres de Victoria? —dije, al ver al Constructor de Puentes Leroux parado junto a una directora, que supuse sería su esposa.

—No... eso viene después. —Me condujo hacia otro grupo, y seguí estrechando manos.

Me hubiera gustado saber dónde estaba Victoria. Ahora que ya había pasado la ceremonia gremial, supuse que debía anunciarse nuestro compromiso. A esta altura deseaba ansiosamente encontrarla. Eso se debía en parte a la curiosidad, pero también porque ella era alguien que ya conocía. Me sentía superado numéricamente por personas mayores y más experimentadas que yo, y Victoria era de mi edad y había vivido en el mismo internado, conocía a la misma gente que yo. En esta sala llena de gremialistas, me habría hecho recordar gratamente el mundo que acababa de dejar atrás. Había dado el gran paso hacia la mayoría de edad, y ya era suficiente para un solo día.

Pasaron las horas. Yo no había comido desde que Bruch me despertara, y al ver la comida, recordé lo hambriento que estaba. Ya no prestaba mucha atención al aspecto social de la ceremonia. Eran demasiadas cosas a un mismo tiempo. Durante otra media hora seguí detrás de mi padre, conversando con las personas que me presentaba, pero lo que realmente me hubiera gustado habría sido tener un poco de tiempo para mi mismo, para meditar sobre todo lo que había aprendido.

En un determinado momento mi padre me dejó hablando con un grupo de gente de la administración de sintéticos (el grupo responsable —me enteré— de la producción de las diferentes comidas sintéticas y materiales orgánicos que se utilizaban en la ciudad), y se acercó a Leroux. Vi que intercambiaban unas palabras, y que luego Leroux asentía.

Mi padre regresó de inmediato y me llevó a un costado.

—Espera aquí, Helward —dijo—. Voy a anunciar tu compromiso. Cuando Victoria entre en el sala, ven conmigo.

Se alejó rápidamente a hablar con Clausewitz. El Navegante volvió a ocupar su asiento en el estrado.

—¡Gremialistas y directores! —exclamó Clausewitz, en medio del bullicio de las conversaciones—. Tenemos que anunciar otra celebración. El nuevo aprendiz se comprometerá con la hija del Constructor de Puentes Leroux. Investigador del Futuro Mann, ¿desea decir unas palabras?

Mi padre fue hasta el frente de la sala y se paró junto al escenario. Hablando muy rápidamente, hizo un breve discurso sobre mí. Encima de todo lo ocurrido esa mañana, esto me hizo pasar una nueva vergüenza. Mi padre y yo nunca habíamos sido tan amigos como dejaban entrever sus palabras. Quena hacerlo callar, irme de la habitación hasta que hubiese terminado, pero era evidente que yo seguía siendo el centro de interés. Me pregunté si los gremialistas tendrían idea de cómo me estaban alienando de su sentido de la ceremonia y la circunstancia.

Para mi alivio, mi padre terminó su exposición pero permaneció junto al estrado. Desde otra parte de la sala Leroux informó que deseaba presentar a su hija. Se abrió una puerta y entró Victoria, acompañada por su madre.

Tal como mi padre me había indicado, me acerqué a él, que me estrechó la mano. Leroux besó a Victoria. Mi padre también la besó y le hizo entrega de un anillo. Hubo otro discurso. Eventualmente, me la presentaron a mí. No tuvimos oportunidad de hablar.

Continuaron los festejos.

CAPÍTULO DOS

Me dieron una llave del internado, me dijeron que podía seguir usando mi pieza hasta que me encontraran ubicación en la sede del gremio, y me recordaron una vez más el

juramento. Me fui derecho a dormir.

Temprano me despertó uno de los gremialistas que había conocido el día anterior. Su nombre era Futuro Denton. Esperó hasta que me vestí con mi nuevo uniforme de aprendiz, y luego salió conmigo del internado. No tomamos el mismo camino por el cual me había llevado Bruch el día anterior, sino que subimos unas escaleras. Remaba el silencio en la ciudad. Al pasar por un reloj vi que realmente era muy temprano. Las tres y media de la madrugada. Los pasillos estaban vacíos, y apagadas casi todas las luces del techo.

Llegamos a una escalera caracol, en cuya parte superior había una pesada puerta de acero. Futuro Denton sacó una linterna de su bolsillo y la encendió. La puerta tenía dos cerraduras, y mientras las abría, me indicó que debía pasar delante de él.

Salí a un frío y una oscuridad tan intensos que me produjeron un temblor físico. Denton cerró la puerta y volvió a cerrarla con llave, iluminó los alrededores con su linterna y así noté que estábamos parados en una pequeña plataforma, rodeada por una baranda de unos noventa centímetros de alto. Nos acercamos a la baranda. Denton apagó la linterna. La oscuridad era total.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No hable. Espere... y manténgase alerta. No podía ver absolutamente nada. Mis ojos, acostumbrados aún a la relativa luminosidad de los corredores, me hacían ver formas de colores que se movían a mi alrededor, pero en un instante se quedaron quietas. La oscuridad no era mi mayor preocupación; el aire helado golpeando sobre mi cuerpo me congelaba, y empecé a tiritar. Sentía en las manos el acero de la baranda como una lanza de hielo. Flexioné los dedos tratando de minimizar el malestar. No podía soltarme, sin embargo. En esa oscuridad absoluta, la baranda era mi único asidero con algo familiar. Jamás me había sentido tan separado de lo que conocía, jamás había tenido que enfrentar semejante impacto de cosas desconocidas. Todo mi cuerpo estaba tenso como preparándose para una repentina detonación o una conmoción física, pero nada de eso ocurrió. A mi alrededor todo era frío, oscuro y arrolladoramente silencioso, salvo el ruido del viento en mis oídos.

A medida que pasaron los minutos y se fueron acostumbrando mis ojos, distinguí formas indefinidas en las inmediaciones. Alcanzaba a ver a Futuro Denton a mi lado, su alta figura negra cubierta por la túnica, perfilada contra la oscuridad menos intensa de lo que lo rodeaba. Debajo de la plataforma donde estábamos parados pude detectar una inmensa estructura irregular, color negro, sobre el fondo negro de por sí.

Alrededor de todo esto, la impenetrable tiniebla. No tenía ningún punto de referencia, nada contra lo cual pudiese distinguir formas o perfiles. Era aterrador, pero de un modo que me impactaba emocionalmente, ya que no me sentía en absoluto amenazado físicamente. En algunas oportunidades yo había soñado un lugar así, y luego me había despertado experimentando aún las impresiones de un panorama de este tipo. Esto no era un sueño. El frío penetrante no podía ser imaginado, como tampoco podían serlo las sorprendentes sensaciones nuevas de espacio y dimensión. Sólo sabía que ésta era mi primera aventura fuera de la ciudad, y que no se asemejaba en nada a lo que alguna vez pudiera haber supuesto.

Cuando fui totalmente consciente de ello, el efecto del frío y de la oscuridad para poder orientarme dejó de tener tanta importancia. Me hallaba afuera... ¡Esto es lo que había estado esperando!

Ya no necesitaba que Denton me llamara a silencio. No podía decir nada, y aunque lo hubiese intentado, las palabras habrían muerto en mi garganta o se las habría llevado el viento. Lo único que podía hacer era mirar, y mirando no veía nada más que el hondo, misterioso promontorio de tierra bajo la noche nubosa.

Sentí el efecto de una nueva sensación: ¡percibía el olor de la tierra! No se parecía a nada que hubiera oído antes en la ciudad, y mi mente tejió una fantasía de muchas millas

cuadradas de abundante tierra negra, húmeda en la noche. No había modo de cerciorarme de qué era lo que en realidad olía —probablemente ni siquiera fuese tierra—, pero esta imagen de terrenos ricos, fértiles, me había quedado de los libros que había leído en el internado. Me bastaba con imaginarlo, y una vez más creció mi excitación, al tiempo que experimentaba el efecto purificador de la tierra salvaje, inexplorada, que rodeaba la ciudad. Había tanto por ver y por hacer... Y allí, parado en la plataforma, seguí unos preciados instantes totalmente envuelto en mi imaginación. No necesitaba ver nada. El mero impacto de este paso esencial con que había traspuesto los límites de la ciudad fue suficiente para encender mi subdesarrollada imaginación, iluminando ámbitos que hasta ese momento sólo conocía por los autores de los libros que leía.

Lentamente, la oscuridad se hizo menos densa, hasta que el cielo se tomó de un gris intenso. A lo lejos, las nubes se reunían con el horizonte, y pude ver una tenue línea rojiza que comenzaba a teñir el contorno de una nubecita. Como si el efecto de la luz la impulsara, esta nube y todas las demás se movían despacio sobre nuestras cabezas, impulsadas por el viento, que las alejaba del lugar del resplandor. El color rojo se extendió, tocando las nubes unos segundos mientras éstas se apartaban, dejando atrás un gran parche de cielo claro, con tonalidades de naranja. Toda mi atención se centraba en este espectáculo ya que era sencillamente lo más maravilloso que había experimentado en mi vida. Casi imperceptiblemente, el color naranja se iba difundiendo y aclarando. Las nubes que se marchaban seguían chamuscadas de rojo, pero en el punto mismo en que el horizonte se unía con el cielo había una luz intensa que a cada minuto se hacía más brillante.

El naranja se perdía. Mucho más rápido que lo que hubiese imaginado, se extinguió su poder iluminador. El cielo era ahora tan celeste que parecía casi blanco. En el medio del cielo, como si surgiera del horizonte, había una línea de luz blanca, levemente inclinada hacia un lado, al igual que el campanario oscilante de una iglesia. A medida que iba creciendo, se ensanchaba, y cobró un brillo tan profundo que me resultaba imposible mirarla de frente.

De pronto, Futuro Denton me tomó el brazo.

—¡Mire! —dijo, apuntando hacia la izquierda del centro del resplandor.

Una bandada de pájaros, alineados en una delicada V, avanzaba aleteando ante nuestros ojos. Al cabo de un momento, los pájaros cruzaron justo por la columna de luz, y por unos instantes fue imposible verlos.

—¿Qué son? —pregunté. Mi voz sonaba ronca, áspera.

—Patos.

Nuevamente eran visibles, volando lentamente con el cielo azul a sus espaldas. Luego se perdieron detrás de unos promontorios.

Volví a mirar el sol naciente. En el corto lapso que estuve observando los pájaros se había transformado. El centro del sol había aparecido sobre el horizonte y colgaba a la vista como un gran plato de luz que llevaba clavadas, arriba y abajo, dos lanzas de incandescencia. Sentí que su tibieza me tocaba el rostro. El viento amainaba.

Parado con Denton en la pequeña plataforma, vi la ciudad —o la parte de la ciudad que podía apreciarse desde esa ubicación—, y vi cómo la última nube desaparecía cruzando el horizonte, lejos del sol, que brillaba sobre nosotros desde un cielo límpido. Denton se quitó la túnica.

Me hizo un gesto con la cabeza y me indicó cómo podíamos descender de la plataforma, por medio de una serie de escaleras metálicas, hasta la tierra. El bajó primero. Cuando por primera vez pisé suelo natural, escuché el canto mañanero de los pájaros que habían anidado en las grietas superiores de la ciudad.

CAPÍTULO TRES

Futuro Denton caminó conmigo rodeando la periferia de la ciudad. Luego cruzamos en dirección a un pequeño grupo de edificios temporarios que habían sido erigidos a unos quinientos metros de la ciudad. Allí me presentó a Vías Malchuskin, y más tarde regresó a la ciudad.

Malchuskin era un hombre bajo, peludo, y estaba aún medio dormido. No pareció fastidiarse por la intrusión, y me trató con cierta amabilidad.

—Usted es aprendiz de Futuro, ¿no? Asentí con la cabeza.

—Acabo de venir de la ciudad.

—¿Es la primera vez que sale?

—Sí.

—¿Desayunó?

—No... Futuro me hizo levantar de la cama y vinimos derecho para aquí.

—Entremos... Le prepararé café.

El interior de la choza era tosco y desprolijo; contrastaba con lo que había visto dentro de la ciudad. Allí la limpieza y el orden parecían tener gran importancia, pero en la cabaña de Malchuskin había esparcidas ropas sucias, ollas sin lavar y comida a medio terminar. En un rincón había una enorme pila de herramientas e instrumentos de metal. Contra una pared, una litera con las frazadas hechas bollos. Se notaba un fuerte olor a comida vieja.

Malchuskin llenó una cacerola con agua y la puso sobre una hornilla. Encontró dos tacitas por ahí, enjuagó el fondo y las agitó para sacarles el excedente de agua. Colocó una medida de café sintético en una jarra, que llenó luego de agua hirviendo.

Había una sola silla en la cabaña. Malchuskin quitó unas pesadas herramientas de la mesa, y la acercó a la litera. Se sentó y me indicó que arrimara la silla. Estuvimos sentados un rato en silencio bebiendo el café, que había preparado exactamente del mismo modo en que se hacía en la ciudad, y que sin embargo tenía otro sabor.

—No he tenido muchos aprendices últimamente.

—¿Ya qué se debe? —pregunté.

—No sé. No vienen muchos. ¿Cómo se llama usted?

—Helward Mann. Mi padre es...

—Sí, lo conozco. Es un buen hombre. Estuvimos juntos en el internado.

Al oír eso fruncí el ceño. Mi padre y él no podían tener la misma edad. Malchuskin captó mi expresión.

—No se preocupe —dijo—. Algún día comprenderá. Se enterará de las cosas de la manera más difícil, tal como lo establece este maldito sistema de gremios. La vida en el gremio del Futuro es muy extraña. No era para mí, pero supongo que a usted le va a ir bien.

—¿Por qué no quena usted ser un Futuro?

—Yo no dije que no quisiera. No era grupo para mí. Mi padre era Constructor de Vías. Otra vez el sistema de los gremios. Usted quiere seguir el camino más arduo, y lo han puesto en buenas manos. ¿Tiene experiencia en el trabajo manual?

—No...

Lanzó una gran carcajada.

—Los aprendices suelen no tener nada de experiencia. Ya se acostumbrará. —Se puso de pie—. Deberíamos ir comenzando. Es temprano, pero ahora que me sacó de la cama, no tiene sentido quedamos perezosos. Ya tengo demasiados haraganes.

Salió de la cabaña. Yo apuré el resto de mi café escaldándome la lengua y salí detrás de él. Malchuskin se dirigía hacia las otras dos cabañas. Lo alcancé.

Con una llave inglesa golpeó fuertemente la puerta de ambas, gritándoles a los ocupantes que era hora de levantarse. Por las marcas en las puertas me di cuenta de que debía golpearlas siempre con algo de metal.

Escuchamos movimientos en el interior.

Malchuskin volvió a su cabaña y empezó a elegir unas herramientas.

—No se meta mucho con estos hombres —me advirtió—. No son de la ciudad. A uno de ellos, Rafael, lo puse de jefe. Sabe un poco de inglés y hace las veces de intérprete. Si necesita algo, hable con él. O mejor, hable conmigo. No creo que haya ningún problema, pero si lo hubiera... avíseme. ¿De acuerdo?

—¿Qué clase de problema?

—Que no hagan lo que usted o yo les ordenemos. Se les paga para que hagan lo que nosotros queremos, y si no cumplen, eso significa un problema. Lo que tiene de malo este grupo es que son todos muy haraganes. Por eso empezamos temprano. Más tarde se pone muy caluroso, y no vale la pena molestarse demasiado.

Ya se sentía el calor. El sol había subido muy alto y me lloraba la vista. Mis ojos no estaban habituados a una luz tan intensa, intenté contemplar nuevamente el sol, pero me resultó imposible mirarlo de frente.

—Lleve estas herramientas. —Malchuskin me pasó una pila de llaves inglesas de acero. Me tambaleé por el peso y se me cayeron dos o tres. El me miró en silencio cuando las levanté, avergonzado de mi ineptitud.

—¿Adonde? —pregunté.

—A la ciudad, por supuesto. ¿Allí no les enseñan nada?

Me alejé de la choza en dirección a la ciudad. Malchuskin me observaba desde la puerta de su cabaña.

—¡Al lado Sur! —me gritó— Me detuve y miré impotente a mi alrededor. Malchuskin se me acercó.

—Allí —señaló—. A las vías, al Sur de la ciudad. ¿Comprende?

—Comprendo. —Caminé en esa dirección. Se me cayó sólo una llave más en el trayecto.

Al cabo de una o dos horas comencé a entender lo que me había dicho de los hombres. Paraban con el más mínimo pretexto, y sólo los gritos de Malchuskin o las hoscas instrucciones de Rafael lograban hacerles reanudar el trabajo.

—¿Quiénes son? —le pregunté, cuando interrumpimos para descansar quince minutos.

—Hombres de la zona.

—¿No podríamos contratar algunos más?

—Son todos iguales por aquí.

En cierto modo, me compadecía de ellos. Tener que estar a la intemperie, sin ninguna, sombra, y el trabajo era muy duro. Aunque había resuelto no aflojar, el esfuerzo físico me resultó insoportable. En mi vida había hecho algo tan agotador como esto.

Al Sur de la ciudad, las vías se extendían unos setecientos metros y terminaban en un lugar indefinido. Había cuatro rieles que constaban de dos barras metálicas apoyadas en durmientes de madera, los cuales a su vez descansaban sobre cimientos de hormigón. Malchuskin y su gente ya habían acortado considerablemente dos rieles, y estábamos trabajando con el más largo de los que quedaban, el de más a la derecha y hacia afuera.

Malchuskin me explicó que, suponiendo que la ciudad estuviera frente a nosotros, podíamos identificar los rieles como el de la derecha, el de la izquierda, el exterior y el interior.

No hacía falta pensar mucho. Lo que había que hacer era rutinario, pero pesado.

En primer lugar había que quitar las barras separadoras que conectaban el riel con los durmientes. Poníamos el riel a un costado y sacábamos el otro de la misma manera. Luego nos dedicábamos a los durmientes, que estaban unidos a los cimientos de hormigón por medio de dos grampas, cada una de las cuales había que aflojar y retirar manualmente. Cuando se soltaban los durmientes, los apilábamos en una carretilla que nos esperaba en el próximo tramo de vía. El cimiento de hormigón —que luego descubrí que era prefabricado y podía volver a utilizarse— tenía que ser extraído de su enclave en

la tierra, colocado igualmente en la vagoneta. Una vez hecho todo esto, se ponían los dos rieles de acero en unos soportes especiales a lo largo de la vagoneta.

Malchuskin y yo conducíamos después el vehículo, que funcionaba a batería, hasta el tramo siguiente de riel, y se repetía el proceso. Cuando la vagoneta estaba cargada al tope, toda la cuadrilla trepaba sobre ella y se dirigía al extremo de la ciudad. Allí la estacionaban y recargaban la batería en un enchufe eléctrico embutido en la pared de la ciudad con ese fin.

Demoramos casi toda la mañana en cargar la vagoneta y llevarla hasta la ciudad. Sentía los brazos como si me los hubiese arrancado de las articulaciones. Me dolía la espalda. Estaba mugriento y empapado de sudor. Malchuskin, que había trabajado a la par de los demás —probablemente más que cualquiera de los hombres contratados—, me sonrió.

—Ahora descargamos y volvemos a comenzar —dijo. Eché una mirada a los obreros, que parecían tan cansados como me sentía yo, aunque creo que había trabajado más que ellos, considerando que era nuevo en el oficio y no había aprendido aún el arte de usar mis músculos económicamente. Casi todos estaban tendidos en la poca sombra que brindaba la mole de la ciudad.

—De acuerdo —respondí.

—No... estaba bromeando. ¿Le parece que esa gente va a seguir trabajando sin llenarse antes el estómago?

—No.

—Bueno, entonces... a comer.

Habló unos instantes con Rafael y luego enfiló hacia su cabaña. Yo fui con él y compartimos la comida sintética, que era lo único que tenía para ofrecerme.

La tarde comenzó con la descarga. Había que cargar los durmientes, los cimientos y los rieles en otro vehículo accionado a batería, que se desplazaba sobre cuatro grandes neumáticos balones. Cuando se hubo completado el traspaso, llevamos el vagón hasta el final de la vía y empezamos de nuevo. Hacía mucho calor y los hombres trabajaban despacio. Hasta Malchuskin había aflojado un poco, y luego de volver a llenar el vagón con su nueva carga, mandó hacer alto.

—Me gustaría terminar otra carga hoy —dijo, y tomó un sorbo grande de agua de una botella.

—Cuenta conmigo —dije.

—Puede ser. ¿Le gustaría hacerlo solo?

—Estoy dispuesto —dije, pero no quería demostrar lo exhausto que me sentía.

—A este paso, usted mañana será un inútil. No; vamos a descargar este vagón, lo llevamos hasta el final de la línea y terminamos.

No terminamos nada, tal como se presentaron las cosas. Cuando mandamos el vagón hasta el final de la línea, Malchuskin puso a los hombres a llenar el último tramo de vía con toda la tierra que pudimos encontrar. Los cascotes y el ripio estaban esparcidos en un área de veinte metros.

Le pregunté a Malchuskin el motivo.

El señaló con un gesto de la cabeza en dirección al riel más cercano, el de la izquierda, interior, al final del cual había una enorme valla de hormigón, afirmada sólidamente en la tierra.

—¿Prefiere levantar una de esas, en cambio? —dijo.

—¿Qué es?

—Un amortiguador. Suponiendo que los cables se cortaran todos a un mismo tiempo... la ciudad se saldría de los rieles. Los amortiguadores no ofrecerían mucha resistencia, pero es lo único que podemos hacer.

—¿Alguna vez la ciudad se salió de las vías?

—Sí, una vez.

Malchuskin me dio la opción de regresar a mi pieza, en la ciudad, o quedarme con él en la cabaña. Por el modo en que lo dijo, no me dejó mucha alternativa. Era evidente que tenía en poca estima a la gente de la ciudad, y me contó que él rara vez iba allí.

—Es una vida cómoda —dijo—. La mitad de los que viven en la ciudad no saben lo que ocurre aquí, y supongo que si lo supieran, tampoco les interesaría.

—¿Por qué tendrían que saberlo? Al fin y al cabo, si podemos seguir trabajando bien, no es asunto de ellos.

—Lo sé, lo sé. Pero yo no tendría que emplear a estos malditos lugareños si vinieran más personas de la ciudad.

En las cabañas aledañas, los hombres hablaban ruidosamente. Alanos cantaban.

—¿Usted no se mete con ellos?

—Los uso, nada más. Incumbe a la gente de Tráfico ocuparse de ellos. Si se echan a perder, los despido y Tráfico me manda otros en su lugar. Nunca es difícil. Hay mucha demanda de trabajo en esta región.

—¿Dónde estamos?

—No me lo pregunte... eso es asunto de su padre y del gremio. Yo me limito a extraer viejos rieles de la tierra.

Me dio la impresión de que Malchuskin era mucho menos ajeno a la ciudad de lo que él creía. Pensé que su vida relativamente aislada le hacía sentir un cierto desprecio por los que residían en la ciudad, pero por lo que pude ver, él que tenía que quedarse ahí, en ese rancho. Los obreros podían ser haraganes —y en este momento, ruidosos—, pero parecían trabajar ordenadamente. Malchuskin no intentaba supervisarlos cuando no había trabajo por hacer, así que podía haberse ido a la ciudad, si hubiese querido.

—Su primer día de salida, ¿no? —preguntó, de pronto.

—Eso es.

—¿Quiere ver la puesta del sol?

—No... ¿Por qué?

—Generalmente los aprendices quieren verla.

—Bueno.

Casi para complacerlo, salí de la cabaña y miré a lo lejos, detrás de la ciudad, en dirección al Noreste. Malchuskin se me acercó por atrás.

El sol estaba cerca del horizonte y ya se sentía el viento frío en la espalda. Las nubes de la noche anterior no habían regresado, y el cielo estaba límpido y azul. Contemplé el sol; pude mirarlo de frente sin que me hiriera la vista ahora que los rayos se veían difusos por la densidad de la atmósfera. Tenía la forma de un ancho disco color naranja, levemente inclinado hacia nosotros. Arriba y abajo, grandes haces de luz se elevaban desde el centro del disco. Presenciamos cómo se hundía lentamente en el horizonte. El extremo superior de luz fue lo último en desaparecer.

—Si usted duerme en la ciudad, nunca llega a ver esto —dijo Malchuskin.

—Es muy hermoso.

—¿Vio el amanecer, esta mañana?

—Sí.

Malchuskin asintió con la cabeza.

—Eso es lo que hacen. Una vez que aceptan a un chico en un gremio, lo lanzan al vacío. Sin ninguna explicación, ¿verdad? En las tinieblas, hasta que sale el sol.

—¿Por qué lo hacen?

—Es el sistema de los gremios. Ellos creen que éste es el modo más rápido para que un aprendiz entienda que el sol no es igual que el que le enseñaron.

—¿Acaso no lo es? —pregunté.

—¿Qué le enseñaron?

—Que el sol es redondo.

—Así que siguen enseñando lo mismo. Bueno, ahora vio que no lo es. ¿Entiende algo?

—No.

—Piénselo. Vamos a comer.

Regresamos a la cabaña, y Malchuskin me indicó que calentara la comida, mientras él atornillaba otra litera sobre los soportes verticales de la suya. Sacó mantas del aparador y las arrojó en la litera.

—Usted duerme aquí —dijo, señalando la cama de arriba—. ¿Tiene sueño inquieto?

—Creo que no.

—Vamos a probar una noche. Si se mueve mucho. cambiamos de lugar. No me gusta que me molesten.

Pensé que sena muy improbable que lo molestara. Tan cansado estaba, que podía haber dormido en la ladera de un acantilado. Comimos juntos esa comida insulsa y luego Malchuskin habló de su trabajo en los rieles. Le presté escasa atención, y unos minutos más tarde me tendí en mi litera, fingiendo escucharlo. Me dormí casi en seguida.

CAPÍTULO CUATRO

A la mañana siguiente me despertó el movimiento de Malchuskin por la cabaña, haciendo ruido con los platos de la noche anterior, intente levantarme de la cama cuando hube recuperado totalmente la conciencia, pero me paralizó una puntada intensa en la espalda. Suspire.

Malchuskin me miró, sonriendo.

—¿Tieso? —preguntó.

Giré sobre un costado y traté de flexionar las piernas. Estaban rígidas y me dolían, pero con gran esfuerzo conseguí sentarme. Me quedé quieto un momento, confiando en que el dolor no fuese más que un entumecimiento. y que pasaría pronto.

—Siempre ocurre lo mismo con los chicos de la ciudad —comentó Malchuskin, sin malicia—. Vienen aquí y reconozco que son inteligentes. Un día de trabajo y se quedan rígidos, de modo que ya no sirven. ¿No hacen nada de ejercicio en la ciudad?

—Sólo en el gimnasio.

—Bueno... baje y vamos a desayunar. Después, le conviene volver a la ciudad, darse un baño caliente y ver si alguien le da masajes. Luego se presenta aquí de nuevo.

Asentí agradecido y descendí penosamente de la litera. No me resultó nada fácil debido a que tenía el cuello y los hombros tan tiesos como el resto del cuerpo.

Me fui apresuradamente media hora más tarde, justo cuando Malchuskin despertaba a los hombres a los alaridos. Me encaminé a la ciudad, cojeando lentamente.

Era la primera vez que me dejaban hacer lo que quisiera, fuera de la ciudad. Cuando uno está acompañado nunca ve tanto como cuando está solo. La ciudad quedaba a unos quinientos metros de la cabaña de Malchuskin, distancia adecuada para darme una idea general de su tamaño y apariencia. Sin embargo, durante todo el día anterior sólo le había podido echar una rápida ojeada. Era, simplemente, una mole grande, gris, que dominaba el panorama.

Ahora, rengueando solitario mientras atravesaba el campo que me separaba de ella, pude inspeccionarla con más minuciosidad.

En mi limitada experiencia en el interior de la ciudad, nunca me había preocupado demasiado por saber que aspecto tendría por fuera. Siempre la había considerado grande, pero en realidad era mucho más chica que lo que me había imaginado. Su punto más alto, en el lado Norte, mediría aproximadamente sesenta metros. El resto era una masa confusa de cubos y rectángulos que formaban un diseño irregular de diferentes alturas, de un color gris o marrón apagado proveniente, de diversos tipos de madera. Al parecer no habían utilizado hormigón ni metales, y nada estaba pintado. La fachada

contrastaba intensamente, con el interior —o al menos con las partes que yo había conocido—, que era limpio y decorado en tonos brillantes. Dado que la cañaba —de Malchuskin quedaba al Oeste de la ciudad, me resultaba imposible calcular su ancho mientras me acercaba caminando, aunque deduje que de largo tendría unos dos mil metros. Me sorprendió lo fea que era y lo vieja que parecía ser. Había mucho movimiento, sobre todo en el lado Norte.

Cuando ya estaba por llegar, me di cuenta de que no sabía cómo hacer para entrar. Ayer, Futuro Denton me había hecho recorrer el exterior de la ciudad, pero estaba tan impresionado por las nuevas sensaciones, que no fijé muchos de los detalles que me había señalado. Me pareció tan distinta entonces.

Lo único que recordaba nítidamente era que había una puerta detrás de la plataforma desde donde habíamos observado la salida del sol, y resolví enfilarse hacia allí. Cosa que no fue tan fácil como yo creía.

Bordeé el lado Sur de la ciudad saltando por las vías donde había estado trabajando el día anterior, hasta llegar al Este. Estaba seguro de que habíamos descendido. Denton y yo, por medio de unas escaleras metálicas. Luego de mucho buscar encontré el acceso y comencé a subir. Varias veces tomé un rumbo equivocado, y al cabo de un largo rato de recorrer pasarelas y trepar cautelosamente las escaleras, ubiqué la plataforma. Me encontré con que la puerta seguía trancada.

No me quedaba más remedio que preguntar. Bajé hasta la tierra y una vez más fui hasta el Sur de la ciudad, donde Malchuskin y su cuadrilla de obreros habían comenzado nuevamente a dismantelar un riel.

Con un aire de acongojada paciencia, Malchuskin dejó a Rafael al frente de los hombres y me indicó el camino. Me condujo hasta el espacio angosto entre los dos rieles interiores, exactamente debajo del borde mismo de la ciudad. Debajo de la ciudad estaba oscuro y frío.

Nos detuvimos junto a una escalera metálica.

—Al final de esta escalera hay un ascensor —dijo—, ¿Sabe lo que es?

—Sí.

—¿Tiene la llave del gremio?

Tanteé en el bolsillo y extraje un trozo de metal de forma irregular que Clausewitz me había dado, y que abría la puerta del internado.

—¿Es ésta?

—Sí. Hay una cerradura en el ascensor. Vaya hasta el cuarto nivel, busque a un director y pregúntele si puede usar el baño.

Sintiéndome muy estúpido, hice lo que me dijo. Oí que Malchuskin se reía mientras se alejaba caminando. Encontré el ascensor sin dificultad, pero las puertas no se abrían cuando hacía girar la llave. Esperé. Al cabo de unos instantes las puertas se abrieron bruscamente, y salieron dos gremialistas. No me prestaron atención y bajaron hasta la tierra.

De pronto, las puertas comenzaron a cerrarse por su propia cuenta y yo me apresuré a entrar. Sin darme tiempo a averiguar cómo debía manejarlo, empezó a subir. Vi una hilera de botones en la pared, cerca de la puerta, numerados del 1 al 7. Introduje mi llave en el número 4, confiando en que fuese el indicado. Me dio la impresión de que el ascensor había subido un largo rato, pero se paró de golpe. Las puertas se abrieron, y salí a un pasadizo, mientras otros tres gremialistas ingresaban al ascensor.

Divisé un cartel pintado en la pared: 7º Nivel. Me había pasado de largo. En el instante en que las puertas volvían a cerrarse, me metí rápidamente en el ascensor.

—¿Adonde va, aprendiz? —preguntó uno de los gremialistas.

—Al cuarto nivel.

—Bueno; Tranquilícese.

Introdujo su propia llave en el botón número 4 y esta vez, cuando el ascensor se

detuvo, lo hizo en el nivel correcto. Le di las gracias al gremialista y salí.

Debido a todas estas preocupaciones me había olvidado de las molestias físicas durante los últimos minutos, pero ahora volvía a sentirme cansado, enfermo. En esta parte de la ciudad parecía haber mucho movimiento: gente que andaba por los pasillos, conversaciones, puertas que se abrían y se cerraban. Era distinto que afuera de la ciudad, ya que en la campiña silenciosa no contaba el tiempo, y a pesar de que allí la gente se movía, trabajaba, el ambiente era más sosegado. Los quehaceres de los hombres como Malchuskin y su cuadrilla tenían un objetivo primordial pero aquí, en el corazón de los niveles superiores, que durante tanto tiempo estuvieron vedados para mí, todo era misterioso y complicado.

Recordé las instrucciones de Malchuskin y, eligiendo una puerta al azar, la abrí y entré. Hallé a dos mujeres adentro. Les pareció graciosa mi intrusión, pero se mostraron serviciales cuando les expliqué lo que quena.

Unos minutos más tarde sumergí mi dolido cuerpo en una bañera llena de agua caliente, y cerré los ojos.

Me había costado tanto esfuerzo conseguir mi baño que ya había empezado a dudar si sacan a algún provecho de él. El hecho es que, cuando me volví a vestir, luego de haberme secado con una toalla, ya no sentía el cuerpo tan entumecido. Me dolía un poco cuando estiraba los músculos, pero ya no estaba cansado.

Mi pronto regreso a la ciudad inevitablemente me hizo pensar en Victoria. La rápida visión que tuve de ella en la ceremonia había aumentado mi curiosidad. La idea de volver de inmediato a excavar la tierra para extraer vías se borró un tanto de mi mente —aunque pensaba que no debía alejarme de Malchuskin demasiado tiempo— y decidí ir a ver si encontraba a Victoria.

Salí del baño y regresé apresuradamente al ascensor. No lo estaban utilizando, pero tuve que llamarlo hasta el había tenido ningún objeto. Seguí por el pasillo hacia las diferentes habitaciones donde había asistido a clases. Por las puertas cerradas se alcanzaban a oír ruidos amortiguados. Espié por las mirillas de vidrio y vi que estaban dando clase. Unos días antes yo había estado allí. En un aula divisé a mis antiguos compañeros. Algunos de ellos, como yo, se convertirían en aprendices de un gremio de primer orden. La mayoría iría a ocupar puestos administrativos en la ciudad. Tuve la tentación de entrar, escuchar las preguntas que me hicieran, y mantener un misterioso silencio.

En el internado no había segregación sexual, y en cada habitación que espí, iba buscando a Victoria. Aparentemente no estaba allí. Una vez que revisé todas las aulas, bajé a la zona general: el comedor (aquí se oía el ruido de fondo del almuerzo que estaban preparando), el gimnasio (vacío), y el diminuto espacio abierto que comunicaba solamente con el cielo. Fui a la sala común, el único lugar del internado que podía utilizarse para recreación colectiva, y encontré a varios muchachos con quienes, hasta hacía unos días, había trabajado. Estaban hablando intrascendentemente —cosa muy común cuando nos dejaban solos para estudiar—, pero en cuanto notaron mi presencia, me convertí en el centro de interés. Era la situación que trataba de evitar.

Querían saber a qué gremio había ingresado, qué estaba haciendo, qué había visto. ¿Qué pasó cuando alcancé la mayoría de edad? ¿Qué había fuera del internado?

Extrañamente, no habría podido responder muchas de sus preguntas aun cuando hubiese podido violar el juramento. No obstante haber hecho muchas cosas en el lapso de dos días, todavía me resultaba extraño todo lo que veía.

Recurrí —tal como había hecho Jase— a esconder lo poco que sabía detrás de una barrera de misterio y humor. Fue evidente que desilusioné a los muchachos y, si bien no disminuyó su interés, pronto dejaron de hacerme preguntas.

Abandoné el internado lo más rápido posible porque era obvio que Victoria ya no

estaba allí.

Descendí en el ascensor hasta la zona oscura que había debajo de la ciudad, caminé entre las vías y a la luz del sol. Malchuskin exhortaba a sus indolentes obreros a que descargaran un vagón, y casi ni se dio cuenta de que yo había regresado.

CAPÍTULO CINCO

Los días pasaban lentamente. No volví más a visitar la ciudad.

Había aprendido que era un error dedicarme con tanto entusiasmo al aspecto físico del trabajo en los rieles. Resolví seguir el ejemplo de Malchuskin, y me limitaba a supervisar a los obreros contratados. Muy de vez en cuando pongamos mano a la obra y ayudábamos. Aun así, el trabajo era largo y agotador, y mi cuerpo iba respondiendo a este nuevo esfuerzo. Pronto llegué a sentirme mejor que nunca, la piel se me iba tostando bajo los rayos solares, y empezó a costarme menos el esfuerzo.

Mi único motivo verdadero de queja era la invariable dieta de alimentos sintéticos y la incapacidad de Malchuskin de hablar de manera interesante respecto de la contribución que hacíamos a la seguridad de la ciudad. Trabajábamos hasta tarde, y luego de comer, dormíamos.

Casi hablamos terminado el trabajo en las vías del Sur. Nuestra tarea consistía en extraer todo el riel y erigir cuatro amortiguadores a la misma distancia de la ciudad. Transportábamos, entonces, el riel extraído hasta el lado Norte, y allí volvíamos a instalarlo.

Una noche, me dijo Malchuskin:

—¿Cuánto hace que está aquí?

—No estoy seguro.

—En días.

—Ah... siete.

Yo había tratado de calcularlo en millas.

—Dentro de tres días le toca una licencia. Pasará dos días en la ciudad, y luego volverá hasta cumplir otra milla.

Le pregunté cómo hacía para calcular el paso del tiempo tanto en días como en distancia.

—La ciudad demora unos diez días en recorrer una milla —dijo—. Y en un año cubre alrededor de treinta y seis y media.

—Pero la ciudad no se está moviendo.

—En este momento, no. Pero lo hará pronto. De cualquier modo, no consideramos lo que la ciudad de hecho se ha movido sino lo que debía haberse movido, y para ello nos basamos en la posición del óptimo.

Agité la cabeza.

—¿Qué es eso?

—El óptimo es la posición ideal que deben alcanzar la ciudad. Para mantenerla, tendría que avanzar aproximadamente un décimo de milla por día. Cosa que obviamente resulta imposible, de manera que movemos la ciudad hacia el óptimo siempre que podemos.

—¿Alguna vez la ciudad alcanzó el óptimo?

—No, que yo recuerde.

—¿Dónde está ahora el óptimo?

—Nos lleva unas tres millas de ventaja. Eso es lo normal. Mi padre trabajó aquí en las vías antes que yo, y me contó que una vez llegaron a estar a diez millas del óptimo, que es lo más que he escuchado.

—¿Pero qué pasaría si consiguiésemos arribar al óptimo?

Malchuskin sonrió.

—Seguiríamos extrayendo rieles viejos.

—¿Por qué?

—Porque el óptimo está en constante movimiento. No es muy probable que lo alcancemos, y tampoco importa mucho. Lo razonable es estar a unas millas de distancia. Dicho de otro modo... si pudiésemos adelantarnos un poquito al óptimo, todos tendríamos un largo período de descanso.

—¿Es posible?

—Supongo que sí. Le explico. En el lugar donde nos encontramos ahora el terreno es bastante llano. Para llegar aquí tuvimos que atravesar una larga zona ascendente. Ello ocurrió cuando mi padre trabajaba acá. Como es más difícil subir, demoraron más tiempo, y nos atrasamos con respecto al óptimo. Si alguna vez llegamos a un terreno más bajo, podríamos deslizarnos hacia abajo por la pendiente.

—¿Qué grado de probabilidades hay de que ello suceda?

—Eso mejor se lo pregunta a su gremio. No es asunto de mi incumbencia.

—¿Pero cómo es el campo aquí?

—Mañana se lo enseñare.

A pesar de que no había entendido mucho de lo que me explicara Malchuskin, lo que sí quedó en claro fue cómo se medía el tiempo. Yo tenía seiscientos cincuenta millas de edad. Ello no quena decir que la ciudad se hubiese movido esa distancia en el transcurso de mi vida, sino que lo había hecho el óptimo.

Fuese lo que fuese el óptimo.

Al día siguiente, Malchuskin cumplió su promesa. Mientras los obreros se tomaban uno de sus acostumbrados descansos en la profunda sombra de la ciudad, él y yo fuimos caminando hasta una pequeña elevación del terreno, desde donde pudimos ver casi todo el área circundante.

En ese momento, la ciudad se hallaba en el centro de un ancho valle, bordeado al Norte y al Sur por dos cerros relativamente altos. Hacia el Sur distinguí claramente las huellas del riel que había sido extraído, cruzadas por las cuatro marcas paralelas de los durmientes y los cimientos.

Hacia el Norte, las vías se elevaban parejas por la cuesta. Allí no había mucho movimiento, aunque vi que un vagón subía lentamente con su cargamento de rieles, durmientes y obreros. En la cima del cerro se desplegaba mucha actividad, pero desde esta distancia me resultaba imposible determinar lo que hacían.

—Este es un buen terreno —dijo Malchuskin, e inmediatamente precisó su idea—. Para un Constructor de Vías.

—¿Por qué?

—Porque es llano. Podemos superar exitosamente valles y cerros. Lo que me fastidia es el terreno quebrado, las piedras, los nos y aun los bosques. Es una ventaja estar alto en este momento. En esta zona hay roca vieja que ha sido alisada por la naturaleza. Pero no me hable de ríos porque me pongo nervioso.

—¿Qué tienen de malo los ríos?

—¡Dije que no me los mencionara! —Sonriente, me dio una palmada en el hombro y retomamos el camino de vuelta a la ciudad—. Los ríos hay que cruzarlos. Eso significa que hay que erigir un puente a menos que ya haya uno, cosa que nunca ocurre. Tenemos que quedarnos esperando hasta que lo terminen, y ello provoca demoras. Por lo general, las demoras se las achacan al gremio de Vías. Así es la vida. El problema con los ríos es que todo el mundo tiene sentimientos mezclados con respecto a ellos. La ciudad siempre carece de suficiente agua, y si nos topamos con un río, podemos solucionar al menos un problema momentáneamente. Pero aun así tenemos que construir un puente, y eso molesta a todos.

Los obreros no se mostraron precisamente contentos al vernos llegar, pero Rafael los hizo levantar y pronto recommenzó el trabajo. Ya se había extraído el último riel, y lo único

que quedaba por hacer era instalar el último amortiguador, una estructura de acero montada sobre el tramo final de la vía, empleando tres cimientos de los durmientes de hormigón. Cada uno de los cuatro rieles tenía un amortiguador, y a éstos se los colocaba de manera tal que, si la ciudad llegaba a deslizarse hacia atrás, se mantendría sujeta. Debido a la forma irregular del lado Sur, los amortiguadores no estaban puestos en hilera, pero Malchuskin me aseguró que su ubicación era la correcta.

—No me gustaría que hubiera necesidad de utilizarlos —dijo—, pero si eventualmente la ciudad se corriera, servirían para hacerla detener. Creo.

Cuando completamos el amortiguador, terminó nuestro trabajo.

—¿Qué viene ahora? —pregunté. Malchuskin levantó la vista hacia el sol.

—Tendríamos que trasladar la casa. Quiero llevar mi cabaña del otro lado del cerro, y también las chozas de los obreros. Pero se está haciendo tarde. No creo que podamos acabar antes de la noche.

—Podríamos hacerlo mañana.

—Es lo que estoy pensando. Les voy a dar a estos desgraciados unas horas de descanso. Ya verá cómo les gusta.

Habló con Rafael, quien a su vez consultó con los otros hombres. La decisión era previsible. Casi antes de que Rafael terminara de dirigirles la palabra, algunos ya habían emprendido el camino de regreso a sus chozas.

—¿Adonde van?

—De vuelta a su pueblo, supongo —respondió Malchuskin—. Queda allí no más. — Señalo en dirección al Sudeste, del otro lado del cerro—. Volverán. No les gusta el trabajo pero se sienten muy presionados en su aldea porque les damos lo que ellos quieren.

—¿Y qué es eso?

—Los beneficios de la civilización —dijo, sonriendo con aire cínico—. Es decir, la comida sintética de la que usted vive quejándose...

—¿Les gusta?

—No más que a usted. Pero es preferible eso a tener el estómago vacío, que es lo que le pasaba a la mayoría antes de llegar nosotros aquí.

—Yo no han a todo este trabajo por ese potaje. No tiene gusto a nada, no alimenta, no...

—¿Cuántas comidas diarias hacían en la ciudad?

—Tres.

—¿Y cuántas eran sintéticas?

—Solamente dos —respondí.

—Bueno, esos pobres diablos son los que tienen que trabajar como burros para que usted pueda disfrutar de una comida verdadera por día. Y, a juzgar por lo que escucho, lo que hacen bajo mis órdenes es lo menos.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo averiguaré.

Más tarde, sentado en su cabaña, Malchuskin se explayó sobre el tema. Descubrí que él no estaba tan mal informado como aparentaba. Le echó toda la culpa al sistema de los gremios, como siempre. Desde tiempos inmemoriales las costumbres de la ciudad se transmitían de generación en generación, no por medio de la enseñanza sino que se adquirían por el descubrimiento personal. Un aprendiz apreciaría mucho más las tradiciones de los gremios si comprendía de entrada sobre qué hechos de la existencia se basaban, que si lo instruían teóricamente. En la práctica, ello implicaba que yo debería descubrir por mi mismo por qué los hombres venían a trabajar a las vías, qué otras tareas desempeñaban, y demás temas relacionados con la existencia de la ciudad.

—Cuando yo era aprendiz —dijo Malchuskin— levanté puentes y extraje rieles. Trabajé en el gremio de Tracción y alternaba con hombres como su padre. Sé el mecanismo que permite que la ciudad siga existiendo, y en consecuencia conozco lo valioso de mi labor.

Extraigo vías y vuelvo a instalarlas, no porque me guste el trabajo sino porque sé por qué hay que hacerlo. He andado con el gremio de Tráfico y he visto cómo se consigue que los lugareños trabajen para nosotros, de modo que comprendo qué tipo de presiones soportan los hombres que ahora están bajo mis órdenes. Todo es muy oscuro, muy misterioso... así le parecerá a usted, pero llegará a saber que todo se relaciona con la supervivencia, y con lo precaria que es esa supervivencia.

—A mí no me molesta trabajar con usted —dije.

—No quise decir eso. usted se ha desempeñado muy bien. Lo que intentaba explicarle es que todas las cosas que le intrigan —el juramento, por ejemplo—, tienen un profundo sentido.

—Así que los hombres volverán por la mañana.

—Probablemente. Y protestarán, y aflojarán en el trabajo en cuanto usted o yo les demos la espalda... aunque hasta eso es natural. A veces, sin embargo, me pregunto...

Esperé que terminara la frase, pero no dijo nada más. Me resultó extraña su actitud, ya que no me parecía en absoluto un hombre melancólico. Permanecimos sentados, envueltos en un largo silencio, quebrado solamente cuando yo me levanté y salí a usar la letrina. Luego, él bostezó, se desperezó y me tomó el pelo por mi floja vejiga.

Rafael regresó por la mañana con casi todos los hombres que habían estado antes con nosotros. Faltaban unos pocos, que fueron reemplazados por otros. Malchuskin los recibió sin demostrar sorpresa, y de inmediato comenzó a supervisar la demolición de las tres primeras edificaciones temporarias.

Primero se llevó el contenido afuera, y se lo apiló a un costado. Luego se desmantelaron las construcciones, tarea que no resultó tan difícil como yo imaginaba dado que, evidentemente, habían sido diseñadas para poder desarmarlas y volverlas a levantar con suma facilidad. Cada pared estaba unida a la siguiente por medio de pernos. Los pisos estaban formados por una cantidad de maderitas planas, al igual que los techos. Las puertas y ventanas venían adheridas a los respectivos marcos. No demoramos más de una hora en desarmar cada cabaña, y al mediodía habíamos acabado. Un rato antes, Malchuskin se había ido y había vuelto luego con un camión accionado a batería. Hicimos un breve descanso, comimos, cargamos luego el camión al tope y emprendimos el camino hacia el cerro. Conducía Malchuskin. Rafael y algunos de los obreros iban colgados de los costados del vehículo.

Malchuskin tomó un rumbo que nos llevó, en forma diagonal, hacia el tramo más cercano de vía, y el resto del viaje avanzamos junto a ella en dirección al cerro. En la ladera había una leve depresión, a través de la cual se habían tendido los cuatro pares de rieles. Se veían muchos hombres trabajando en este tramo: algunos cavaban manualmente el terreno a ambos lados del riel —presumiblemente ensanchándolo para recibir la mole de la ciudad a medida que pasara—, y otros empleaban taladros mecánicos, tratando de erigir cinco armazones de metal, cada una de las cuales portaba una gran rueda. Hasta ahora habían colocado sólo una, entre los dos rieles interiores, y se erguía como un sombrío diseño geométrico, sin cumplir aparentemente ninguna función.

Al pasar por la depresión Malchuskin aminoró la velocidad del camino, observando con interés cómo trabajaban los obreros. Saludó con la mano a uno de los gremialistas que supervisaban la obra, volvió a acelerar y llegamos a la cima del cerro. Allí comenzaba una pequeña pendiente que bajaba hasta una gran planicie. Al Este, al Oeste y en el extremo más lejano de la planicie, divisé colinas mucho más altas.

Para sorpresa mía, las vías terminaban a poca distancia del cerro. El riel izquierdo exterior se extendía una milla más, pero los otros tres tenían escasamente cien metros de largó. Había dos equipos trabajando, pero en seguida se notaba que lo hacían con mucha lentitud.

Malchuskin paseó la vista a su alrededor. En nuestro lado de las vías —o sea, en el lado Oeste—, había un grupito de cabañas, probablemente destinadas a los obreros que ya estaban allí. Malchuskin condujo el camión en esa dirección, pero pasamos dichas cabañas antes de detenernos.

—Aquí está bien —dijo—. Tenemos que levantar las cabañas antes que caiga la noche.

—¿Por qué no las armamos junto a las demás? —pregunté.

—Tengo por costumbre no hacerlo. Estos hombres me ocasionan suficientes problemas. Si alternan demasiado con los otros, beben más y trabajan menos. No podemos impedirles que se junten en los periodos de descanso, pero tampoco conviene amontonarlos.

—Supongo que tienen derecho a hacer lo que quieran...

—Se los compra por su trabajo. Eso es todo. Bajó de la cabina del camión y se puso a gritarle a Rafael que comenzara a levantar las viviendas.

Pronto se descargó el camión. Malchuskin regresó a juntar al resto de los hombres y los materiales, dejándome a mí a cargo de la reedificación.

Al atardecer se había casi terminado el trabajo. Mi última tarea del día era reintegrar el camión a la ciudad y conectarlo a uno de los puntos de reabastecimiento de baterías. Me alejé al volante, contento de volver a estar solo un rato.

Cuando bajé del cerro advertí que habían acabado por el día el trabajo en las ruedas elevadas, y que el lugar estaba desierto, salvo por la presencia de dos hombres de la milicia con sus ballestas colgando de los hombros. No me prestaron atención. Los dejé atrás y seguí mi camino a la ciudad. Me sorprendió ver qué pocas luces había y cómo, al acercarse la noche, cesaba toda actividad.

En el lugar donde Malchuskin había dicho que encontraría puntos de recarga hallé otros vehículos ya conectados, y ningún espacio libre. Pensé que éste era el último camión que volvía esa noche, y que tendría que buscar algún otro punto. Por último encontré uno disponible en el lado Sur de la ciudad.

Ya era oscuro. Cuando terminé de ocuparme del camión me tocaba la larga caminata de vuelta, solo. Estuve tentado de no regresar y quedarme a pasar la noche en la ciudad. Al fin y al cabo, en unos pocos minutos podía estar en mi cuarto del internado... pero después pensé en la reacción que tendría Malchuskin al día siguiente.

De mala gana bordeé el perímetro de la ciudad, hallé las vías que iba hacia el Norte y las seguí hasta el cerro. Estar solo en la llanura, de noche, me resultó una experiencia algo desconcertante. Ya hacía frío y una fuerte brisa soplaba del Este. Me congelaba con mi uniforme liviano. Delante de mí alcanzaba a distinguir la mole oscura del cerro, enmarcada por el brillo del cielo nublado. En la depresión, las formas angulares de las estructuras de la rueda se delineaban contra el firmamento. Dos milicias recorrían la zona en solitaria vigilia.

—¡Deténgase en su lugar! —gritaron cuando me acerqué. Aunque no alcanzaba a ver bien, el instinto me decía que las ballestas apuntaban en dirección a mí—. Identifíquese.

—Aprendiz Helward Mann.

—¿Qué está haciendo fuera de la ciudad?

—Trabajo con el gremialista Malchuskin, en las vías. Acabo de pasar por aquí manejando un camión.

—Ah, sí. Aproxímese. Así lo hice.

—Yo no lo conozco —dijo uno de ellos—. ¿Usted empezó hace poco?

—Sí... Hace más o menos una milla.

—¿En qué gremio está?

—En el de los Futuros.

El que había hablado, rió.

—Yo no lo elegiría.

—¿Porqué?
—Me gustaría tener una larga vida.
—Pero él es joven —dijo el otro.
—¿De qué están hablando? —pregunté.
—¿Ya estuvo en el futuro?
—No.
—¿Y en el pasado?
—No. Empecé hace sólo unos días.

Se me ocurrió un pensamiento. Si bien no alcanzaba a verles el rostro en la oscuridad, por las voces deduje que no eran mucho mayores que yo. Unas setecientas millas, tal vez, pero no mucho más. En tal caso, yo debía conocerlos del internado.

—¿Cuál es su nombre? —le pregunté a uno.
—Conweil Stumer. Para usted. Ballestero Stumer.
—¿Estaba en el internado?
—Sí. Pero no lo recuerdo. Claro, es sólo un niño.
—Acabo de abandonar el internado, y usted no estaba allí.
Ambos volvieron a reír y yo sentí que me exasperaba.
—Nosotros ya hemos estado en el pasado, hijito.
—¿Qué significa eso?
—Significa que somos hombres.
—Tendrías que estar en la cama, hijito. Esto es muy peligroso de noche.
—No hay nadie por aquí —dije.

—Ahora no. Pero mientras los bobos de la ciudad duermen, nosotros los protegemos de los tuks.

—¿Quiénes son?

—¿Los tuks? Los morenos. Los malhechores de la zona que aparecen en la oscuridad y atacan a los jóvenes aprendices.

Lamenté no haberme quedado en la ciudad y haber venido por aquí. No obstante, me habían estimulado la curiosidad.

—Realmente... ¿qué quieren decir?

—Hay tuks por las inmediaciones, y no les gusta la ciudad. Si nosotros no los vigiláramos, destruirían las vías. ¿Ve esas poleas? Si no estuviésemos aquí, ya las habrían tirado.

—Sin embargo fueron los... tuks los que ayudaron a instalarlas.

—Los que trabajan para nosotros. Pero hay muchos que no.

—Váyase a la cama, hijito. Nosotros nos encargamos de los tuks.

—¿Nada más que ustedes dos?

—Sí... nosotros no más, y otros doce en todo el cerro. Vaya rápido a acostarse, hijito, y no se meta en líos.

Les di la espalda y me alejé. Hervía de furia, y si me hubiera quedado un momento más, seguro me habría lanzado sobre alguno de los dos. Me asqueaba el modo despectivo con que me trataron, a pesar que yo los había incitado. Dos muchachos armados con ballestas no podrían enfrentar un ataque resuelto y ellos también lo sabían, pero era importante para su autoestima que yo no me diera cuenta de ello.

Cuando juzgué que estaba a suficiente distancia como para que no me oyeran, eché a correr, y casi de inmediato me tropecé con un durmiente. Me alejé del riel y seguí corriendo. Malchuskin me esperaba en su cabaña, y juntos cenamos otra vez, comidas sintéticas.

CAPÍTULO SEIS

Al cabo de otros dos días de trabajo con Malchuskin me llegó el momento de la

licencia. Durante esos dos días Malchuskin forzó a los obreros a trabajar como nunca los había visto hacerlo, y adelantamos bastante. Si bien instalar rieles era mucho más pesado que extraer los viejos, existía el sutil beneficio de ver los resultados, un interminable tramo de vía. La tarea adicional consistía en cavar los cimientos para los bloques de hormigón antes de instalar los durmientes y el riel. Dado que había tres cuadrillas trabajando al Norte de la ciudad, y que cada vía tenía aproximadamente el mismo largo, se sumaba también el estímulo de la competencia entre los grupos. Era asombroso ver cómo los hombres participaban del espíritu competitivo y, a medida que proseguía la labor, se intercambiaban amables burlas.

—Dos días —me dijo Malchuskin, justo antes de que me fuera a la ciudad—. No se demore más. Pronto vendrá el montaje, y necesitaremos a todos los hombres disponibles.

—¿Debo regresar con usted?

—Eso depende de su gremio... pero sí, las próximas dos millas las hará conmigo. Luego lo transferirán a otro gremio, y hará tres millas con ellos.

—¿Con quiénes? —pregunté.

—No sé. Lo decidirá su gremio.

—Bueno.

Esa noche, como terminamos tarde de trabajar, me quedé a dormir en la cabaña. Había también otro motivo: no tenía el menor deseo de ir caminando a la ciudad en la oscuridad y tener que atravesar el espacio vigilado por los milicianos. Durante el día no se veían casi rastros de los milicianos, pero luego de mi primera experiencia con ellos, Malchuskin me había contado que se montaba guardia todas las noches, y en el periodo inmediato anterior a una operación de montaje, la vía se convertía en el área más fuertemente custodiada.

A la mañana siguiente volví a la ciudad, caminando a lo largo de la vía.

No fue difícil ubicar a Victoria, ahora que me habían autorizado a estar en la ciudad. La vez anterior, yo la había buscado indeciso porque me ponía nervioso tener que regresar con Malchuskin lo más rápido posible. Como me tocaban dos días enteros de licencia, no experimentaba la sensación de estar evadiendo mis obligaciones.

Aun así, no sabía cómo hacer para encontrarla... de modo que no tuve más remedio que preguntar. Luego de varias indicaciones erróneas, me dijeron que fuera a una habitación en el cuarto nivel. Allí, Victoria y otras compañeras trabajaban bajo el control de una directora. No bien Victoria me vio parado en la puerta, fue y habló con sujeta y luego vino a mi encuentro. Salimos al corredor.

—Hola, Helward —dijo, cerrando la puerta al pasar.

—Hola. Mira... si estás ocupada puedo verte después.

—No hay problemas. ¿Estás de licencia?

—Sí.

—Entonces yo también estoy de licencia. Vamos.

Ella dirigía el camino. Nos internamos en un pasaje lateral y bajamos una corta escalera. Abajo había otro pasillo, bordeado por puertas. Abrió una de ellas y entramos.

La habitación era mucho más amplia que cualquier cuarto privado de los que hubiese visto dentro de la ciudad. El mueble más grande era una cama adosada a la pared, pero la pieza también estaba amoblada confortablemente, dejando mucho espacio libre. Contra una pared había un lavabo y una pequeña cocinita. Había una mesa y dos sillas, un ropero y dos sillones. Y lo más inesperado de todo, una ventana.

De inmediato me acerqué a la ventana y miré afuera. Se veía un espacio abierto limitado en el lado opuesto por otra pared con muchas aberturas. El espacio se extendía a izquierda y derecha, pero como la ventana era pequeña, no pude ver qué había a los costados.

—¿Te gusta? —me preguntó Victoria.

—¡Es tan inmenso! ¿Es todo tuyo?

—En cierto sentido. Va a ser nuestro cuando nos casemos.

—Ah, sí. Alguien me dijo que nos darían un lugar de residencia.

—Probablemente se referían a esto. ¿Dónde estás viviendo ahora?

—Sigo en el internado. Pero no he estado allí desde la ceremonia.

—¿Ya estas afuera?

—Yo...

No sabía qué decir. ¿Qué le podía contar a Victoria, sujeto como estaba, al juramento?

—Sé que sales de la ciudad —dijo ella—. No es tan secreto.

—¿Qué más sabes?

—Varias cosas. Pero mira. ¡casi ni he hablado contigo! ¿Quieres que te prepare té?

—¿Sintético? —En el acto lamenté haber hecho esa pregunta. No quena parecer desatento.

—Desgraciadamente, sí. Pronto voy a trabajar con el equipo de sintéticos, así que a lo mejor puedo encontrar algún modo de mejorarlo.

Lentamente se iba aflojando la tensión. Durante las dos primeras horas nos tratamos fría, casi formalmente, demostrando una cortés curiosidad el uno por el otro. Luego pudimos actuar de un modo más natural. Victoria y yo no éramos dos desconocidos.

El tema de conversación giraba en torno a la vida en el internado, y esto inmediatamente sacó a luz una nueva duda. Hasta el momento en que de hecho abandoné la ciudad, yo no tenía una idea clara de lo que encontraría. La educación del internado me había parecido —a mí y a casi todos— abstracta e irrelevante. Había pocos libros impresos, la mayoría de los cuales eran obras de ficción acerca de la vida en el planeta Tierra, de manera que los profesores se guiaban principalmente por textos que ellos mismos escribían. Sabíamos —o creíamos saber— mucho sobre la vida cotidiana en el planeta Tierra, pero nos decían que así no era lo que hallaríamos en este mundo. La natural curiosidad infantil en seguida exigía conocer la otra alternativa, pero sobre este punto los profesores guardaban silencio. Así, siempre tuvimos ese frustrante desnivel en nuestro conocimiento: lo que, a través de la lectura, aprendíamos acerca de la vida en otro mundo, y lo que, por suposiciones, nos imaginábamos sobre las costumbres de la ciudad.

Esta situación creaba un gran descontento, evidenciado por un exceso de energía física no consumida. ¿Pero dónde encontrar una vía de escape en el internado? Solamente en los pasillos y en el gimnasio había espacio como para moverse, y con estrictas limitaciones. El escape se manifestaba con desasosiego: en los más pequeños, estallidos emocionales y desobediencia; en los mayores, peleas y devoción apasionada por los pocos deportes que podían practicarse en el diminuto gimnasio. Y en los que les faltaban unas pocas millas para alcanzar la mayoría de edad, un prematuro despertar sexual.

Los directores del internado realizaban ingentes tentativas de control, pero quizás comprendían estas actividades y no les asignaban mayor gravedad que la debida. De cualquier manera yo me había criado en el internado y había participado igual que todos en estos arranques ocasionales. Durante las últimas veinte millas previas a la mayoría de edad había disfrutado de varias relaciones sexuales con compañeras —no con Victoria—, y no me había importado mucho. Ahora que nos íbamos a casar, de pronto cobraba importancia lo ocurrido en otras épocas.

Cuanto más conversábamos, más deseaba yo poder alejar el fantasma del pasado. Dudaba sobre la necesidad de relatarle mis experiencias. Victoria, sin embargo, dominaba la charla y la conducía por senderos aceptables para ambos. Tal vez ella también tuviera sus fantasmas. Me contó algo de la vida en la ciudad, y yo me sentía, desde luego, muy interesado en escucharla.

Me dijo que, por el hecho de ser mujer, no se le confería automáticamente una posición

de responsabilidad, y que había logrado su actual trabajo por haberse comprometido conmigo. Si se hubiese comprometido con alguien que no perteneciera a un gremio, le habría correspondido tener hijos con la mayor frecuencia posible, y pasar el tiempo en rutinarias tareas domésticas en las cocinas, haciendo vestidos u ocupándose de otros trabajos serviles. En cambio, ahora podía ejercer un cierto control sobre su futuro, y quizás podría ascender al cargo de directora. Asistía, ahora, a un proceso de enseñanza muy parecido al mío. La única diferencia era que parecían hacer menos hincapié en la experiencia, y más en la educación teórica. Por consiguiente, ya había aprendido muchas más cosas sobre la ciudad y su manejo interno que yo.

No me sentí con confianza para hablar de mi trabajo afuera, de modo que escuché con sumo interés lo que ella me contaba.

Le habían dicho que en la ciudad había gran escasez de dos cosas: una era agua —lo cual yo ya sabía, por lo que me había contado Malchuskin—, y la otra era población.

—Sin embargo hay mucha gente en la ciudad —dije.

—Sí... pero la tasa de nacimientos ha sido siempre baja, y está bajando aún más. Para colmo de males, predominan los nacimientos de varones. Nadie sabe bien por qué.

—Es por los alimentos sintéticos —dije, irónicamente.

—Podría ser. —No había entendido mi chiste—. Hasta que abandoné el internado yo tenía ideas muy imprecisas de cómo sería el resto de la ciudad... pero siempre había creído que los habitantes habían nacido allí.

—¿Acaso no es así?

—No. Se traen muchas mujeres de afuera con el fin de aumentar la población. O, más específicamente, con la esperanza de que den a luz niñas.

—Mi madre vino de afuera.

—¿Sí? —Por primera vez noté inquieta a Victoria—. No lo sabía.

—Pensé que sería obvio.

—Sí, claro, pero nunca se me ocurrió imaginar...

—No importa —dije.

Bruscamente, Victoria se quedó callada. En realidad, ese hecho no me afectaba demasiado, y lamenté haberlo mencionado.

—Cuéntame más cosas de aquí —dije.

—No... no hay mucho más que contar. ¿Y tú? ¿Cómo es tu gremio?

—Es bueno —respondí.

Aparte de que el juramento me prohibía hablar de él, no me sentía con ganas de charlar. Con ese brusco silencio de Victoria tuve la impresión de que había otras cosas para contar, pero que una cierta discreción le impedía hacerlo. Durante toda mi vida —o al menos, durante toda la vida que recordaba—, la ausencia de mi madre se había tratado como algo natural. Cuando mencionábamos el tema, mi padre hablaba objetivamente, y no creo que hubiese ningún estigma. De hecho, muchos de los chicos del internado estaban en la misma situación que yo, y lo que es más, casi todas las niñas también. Nunca había pensado en el asunto hasta el momento en que Victoria tuvo esa reacción.

—Tú eres una de las pocas excepciones —dije, esperando que ella volviera al mismo tema, encarándolo desde otro ángulo—. Tu madre vive aún en la ciudad.

—Sí —respondió.

Y éste fue el fin del asunto. Decidí no hablar más de ello. De cualquier modo, yo no tenía interés especial en conversar de otra cosa que no fuera de nosotros. Había venido a la ciudad a conocer mejor a Victoria, no a hablar de genealogía.

—¿Qué hay ahí afuera? —pregunté, señalando la ventana—. ¿Podemos salir?

—Si lo deseas. Yo te llevaré.

Salí detrás de ella y la seguí por un corredor, donde había una puerta que daba al exterior. No había mucho por ver: el espacio abierto no era más que un callejón que corría entre las dos líneas de edificación. En un extremo había una sección elevada, a la que se

llegaba por medio de una escalera de madera. Caminamos primero hasta el extremo y allí encontramos otra puerta por la que reingresamos a la ciudad. Al volver, subimos por la escalera hasta la pequeña plataforma donde había varios bancos de madera y espacio para moverse con una cierta libertad. La plataforma estaba bordeada a ambos lados por altas murallas, que presumiblemente encerraban otras partes del interior de la ciudad. El lado por el que accedimos daba a los techos de las cuadras residenciales y sobre el callejón. Pero en el cuarto lado la visión era ininterrumpida y se alcanzaba a divisar la campiña circundante. Esto me sorprendió mucho ya que el juramento había dejado implícito que nadie que no fuera gremialista podría ver más allá de los límites de la ciudad.

—¿Qué te parece? —me preguntó Victoria, sentándose en uno de los bancos. Me senté junto a ella.

—Me gusta.

—¿Anduviste por ahí afuera?

—Sí. —Era difícil. Ya me sentía en conflicto con los términos del juramento. ¿Cómo podría contarle a Victoria de mi trabajo, sin transgredir lo que había jurado?

—No nos dejan subir muy a menudo a este lugar. Lo cierran por la noche y durante el día está abierto sólo a algunas horas. A veces lo mantienen cerrado varios días seguidos.

—¿No sabes por qué?

—¿Lo sabes tú? —dijo ella.

—Probablemente tenga que ver con... el trabajo que se realiza afuera.

—Del cual supongo que no vas a hablar.

—No —respondí.

—¿Por qué no?

—No puedo.

Me echó una rápida mirada.

—Estás muy bronceado. ¿Trabajas al sol?

—No todo el tiempo.

—A este lugar lo cierran cuando el sol está alto. Lo único que he podido ver del sol es el momento en que los rayos se posan sobre las partes más altas de los edificios.

—No hay nada que ver —dije—. Es muy brillante y no se lo puede mirar fijo.

—Eso me gustaría averiguarlo por mi misma.

—¿Qué estás haciendo ahora? En tu trabajo, quiero decir.

—Nutrición.

—¿Qué es eso?

—Es determinar cómo obtener una dieta balanceada. Tenemos que asegurarnos que los alimentos sintéticos contengan suficientes proteínas, y que la gente ingiera la cantidad adecuada de vitaminas. —Hizo una pausa. Su voz reflejaba desinterés por el tema—. ¿Sabías que el sol contiene vitaminas?

—¿Sí?

—Vitamina D, que se produce en el cuerpo humano por la acción de los rayos solares sobre la piel. Eso vale la pena saberlo si uno nunca ve el sol.

—Pero puede ser sintetizado —dije.

—Si... y se lo hace. ¿Entramos a la habitación y tomamos otro té?

No respondí. No sé qué habrá esperado que ocurriría viendo a Victoria, pero no había previsto esto. Durante los días que trabajé con Malchuskin había tenido ilusiones románticas, y de cuando en cuando las habían atemperado pensando que quizás ella y yo deberíamos adaptarnos el uno al otro. De cualquier modo, nunca se me ocurrió que existiría un resentimiento tan profundo. Me había imaginado empeñándonos juntos en lograr la relación íntima que nuestros padres habían dispuesto para nosotros, y modelándola de manera tal que se convirtiera en una relación realista y tal vez incluso amorosa. Lo que no había previsto era que Victoria nos había considerado en términos

más amplios: que yo siempre disfrutaría de las ventajas de un modo de vida vedado para ella.

Permanecimos en la plataforma. La invitación de Victoria a pasar a la habitación había sido irónica, y yo fui lo suficientemente perceptivo para advertirlo. Pensé que, por distintos motivos, ambos deseábamos quedarnos afuera. Yo así lo prefería porque mi trabajo en la intemperie me había hecho gustar del aire fresco y, por contraste, el interior de los edificios ahora me daba claustrofobia, y supuse que Victoria también lo prefería porque esta plataforma era, para ella, lo más aproximado a salir de la ciudad. No obstante, la campiña ondulada no hacía más que recordarnos la diferencia que nos separaba.

—Podrías solicitar ser trasladada a un gremio —dije—, Estoy seguro de que...

—No soy del sexo indicado —replicó ella bruscamente—. Es para hombres solamente. ¿O es que no te diste cuenta?

—No...

—Yo no he necesitado de mucho tiempo para darme cuenta de varias cosas —prosiguió, hablando rápidamente con el mismo tono agrio—. Lo he visto toda mi vida y nunca lo reconocí: mi padre, que siempre trabajaba fuera de la ciudad, mi madre dedicada a su tarea de organizar esas cosas a las que nosotros no prestábamos atención, como la comida, la calefacción y la depuración de aguas residuales. *Ahora* me doy cuenta. Las mujeres son demasiado valiosas para arriesgarlas en el exterior. Se las necesita en la ciudad porque pueden parir y volver a parir una y otra vez. Si no tienen la suerte de nacer en la ciudad, se las puede traer de afuera y mandarlas de vuelta cuando han cumplido su objetivo. —Una vez más el tema espinoso, pero esta vez ella no vaciló. Sé que el trabajo fuera de la ciudad hay que hacerlo, sea lo que fuere, y que implica un riesgo... pero a mí no me han dado derecho a elegir. Simplemente porque soy mujer no se me permite otra opción que quedarme encerrada en este maldito lugar y aprender cosas fascinantes acerca de la producción de alimentos y, cuando pueda, tener hijos.

—¿No deseas casarte conmigo?

—No me queda otra alternativa.

—Gracias.

Se puso de pie y enfiló enojada hacia la escalera. Baje detrás de ella y la seguí hasta su habitación. Esperé junto a la puerta observándola mientras ella se paraba dándome la espalda, mirando por la ventana el angosto callejón que separaba los edificios.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

—No... entra y cierra la puerta.

No se movió. Hice lo que me indicaba.

—Voy a preparar más té —dijo.

—Bueno.

El agua de la pava estaba aún tibia, de modo que demoró escasamente un minuto en volver a hervir.

—No tenemos la obligación de casarnos —dije.

—Si no es contigo, será con otro. —Se dio vuelta y vino a sentarse a mi lado—. Quiero que sepas que no tengo nada contra ti, Helward. Nos guste o no, mi vida y la tuya están dominadas por el sistema de los gremios. Y no está en nuestras manos variar la situación.

—¿Por qué no? Los sistemas pueden ser cambiados.

—¡Este no! Es demasiado firme. Los gremios dominan la ciudad, por motivos que supongo nunca conoceré. Sólo los gremios pueden cambiar el sistema, y nunca lo harán.

—Pareces muy segura.

—Lo estoy. Por la sencilla razón de que el sistema que rige mi vida está a su vez dominado por lo que ocurre fuera de la ciudad. Dado que nunca puedo participar de ello, nunca puedo hacer nada por orientar mi propia vida.

—Pero podrías hacerlo... por mi intermedio..

—Ni tú mismo te dignas hablar de ello.

—No puedo —repliqué.

—¿Por qué no?

—No puedo siquiera decirte eso.

—Secreto del gremio.

—Si así deseas llamarlo.

—Incluso sentado aquí, ahora, te adhieres a ello.

—Es mi obligación —respondí simplemente—. Me hicieron jurar...

Luego recordé: el juramento mismo era una de las cláusulas del juramento. Lo había quebrantado, y tan fácil y naturalmente, que lo hice sin darme tiempo a pensar.

Para sorpresa mía. Victoria no reaccionó.

—Así se ratifica el sistema de los gremios —dijo—. Eso tiene sentido. Terminé mi té.

—Tengo que irme.

—¿Estás enojado conmigo?

—No. Sólo que...

—No te vayas. Lamento haber perdido la paciencia... no es culpa tuya. Dijiste que a través de ti yo podría regir mi propia vida. ¿Qué quisiste decir?

—No estoy seguro. Creo que mi intención fue afirmar que, como esposa de un gremialista, cosa que algún día llegaré a ser, tendrás más oportunidad de...

—¿De qué?

—Bueno... de ver por mi intermedio qué sentido tiene el sistema.

—Pero juraste no contarme nada.

—Sí...

—Así que los gremialistas de primera clase tienen todo arreglado. El sistema exige secreto.

Se recostó sobre el respaldo y cerró los ojos. Yo me sentía muy confundido y enfadado conmigo mismo. Hacia diez días que era aprendiz, y técnicamente me correspondía la sentencia de muerte. Era demasiado grotesco para tomarlo en serio, pero lo que recordaba del juramento era que me había resultado muy convincente en su momento. La confusión se originó porque, sin querer, Victoria había involucrado el intento de compromiso emotivo que nos unía. Yo entendía el conflicto, pero no podía hacer nada al respecto. Por mi propia experiencia en el internado conocía las sutiles frustraciones que provocaba el hecho de no permitírse nos el acceso a las otras partes de la ciudad. Trasladando la situación a mayor escala —por ejemplo, si a uno se le asignaba una pequeña responsabilidad en el manejo de la ciudad, pero al mismo tiempo se le impedía trasponer ciertos límites—, persistía la frustración. ¿Acaso éste era un problema nuevo en la ciudad? Victoria y yo no éramos los primeros que nos casaríamos de este modo.

Antes que nosotros debía haber habido otros que se encontraron con la misma dificultad. ¿Habrían ellos aceptado el sistema tal como se les presentaba?

Victoria no se movió cuando yo abandoné la habitación y me dirigí al internado.

Lejos de ella, lejos del ineludible síndrome de reacción y contrarreacción que provocaba el hablar con ella, se diluyeron las preocupaciones que me expresara y comencé a alarmarme por mi propia situación. Si había que tomar realmente en serio el juramento, podían matarme si algún gremialista se llegase a enterar. ¿Quebrar el juramento podía ser una falta tan terrible?

¿Victoria contaría a alguien lo que yo le había dicho? Mí primer impulso fue volver a verla e implorarle que guardara silencio... pero así sólo lograría empeorar su conflicto y su propio resentimiento.

Desperdiicé el resto del día tirado en mi litera, angustiándome por todo esto. Más tarde cené en uno de los comedores de la ciudad, contento de no ver nuevamente a Victoria.

En medio de la noche Victoria vino a mi cuarto. Lo primero que sentí fue el ruido de la

puerta que se cerraba, y cuando abrí los ojos, divisé su alta figura junto a mi cama.

—¿Qué...?

—¡Ssh! Soy yo.

—¿Qué quieres? —Estiré una mano buscando la perilla de la lámpara, pero ella me tomó de la muñeca.

—No prendas la luz.

Se sentó en el borde de la cama, y yo me incorporé.

—Lo siento mucho, Helward. Eso vine a decirte.

—Está bien.

Se rió.

—¿Todavía estás dormido?

—Tal vez. No sé.

Se inclinó hacia adelante. Sentí sus manos que me apretaban suavemente el pecho y subían luego hasta colocarse detrás de mi cuello. Me besó.

—No digas nada —me dijo—. De veras lamento lo ocurrido.

Volvimos a besarnos. Sus manos se movieron y me abrazó con fuerza.

—Usas camisón para dormir. Quítatelo.

De pronto se levantó y sentí que se desprendía el abrigo que traía puesto. Cuando volvió a sentarse, mucho más cerca esta vez, estaba desnuda. Me saqué a tientas el camisón, que se me trabó al pasar la cabeza. Victoria retiró las colchas y se apretujó contra mí.

—¿Viniste así aquí? —le pregunté.

—No hay nadie por ningún lado.

Su rostro estaba muy cerca del mío. Nos besamos de nuevo, y al alejarme me golpeé la cabeza contra la pared. Victoria se acurrucó más, pegando su cuerpo al mío. De repente echó a reír con fuerza.

—¡Por Dios! ¡Cállate!

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Alguien podría escucharnos.

—Todo el mundo duerme.

—No van a dormir más si sigues riendo.

—Dije que no hablaras. —Me besó nuevamente. A pesar de que mi cuerpo respondía con ansias, me paralizaba el terror. Estábamos haciendo demasiado ruido. Las paredes del internado eran delgadas, y sabía por experiencia que los sonidos se transmitían con suma facilidad. Con su risa y nuestras voces, y por el hecho de que necesariamente teníamos que estar amontonados en la litera, contra la pared, yo estaba seguro de que habíamos despertado al internado entero. La aparté de mi lado y así se lo dije.

—No importa —me respondió.

—Sí que importa.

Retiré las colchas y pasé por encima de ella. Encendí la luz. Victoria se tapó los ojos para protegerse del resplandor, y yo le tiré su abrigo.

—Vamos a tu habitación.

—No.

—Sí. —Yo ya me estaba calzando el uniforme.

—No te pongas eso —dijo ella—. Tiene olor.

—¿Sí?

—Un olor horrible.

Cuando se incorporó yo la observé, admirando la hermosura de su cuerpo desnudo. Se puso el abrigo sobre los hombros y saltó de la cama.

—De acuerdo. Pero vamos rápido.

Salimos de mi cuarto y abandonamos el internado. Atravesamos velozmente los pasillos. Como Victoria había dicho, a estas horas de la noche no se veía a nadie por los

alrededores, y estaban apagadas casi todas las luces de los pasillos. A los pocos minutos llegamos a su habitación. Cerré la puerta y le eché llave. Victoria se sentó en la cama, sujetándose el abrigo sobre el cuerpo.

Yo me saqué el uniforme y me metí en la cama.

—Ven, Victoria.

—Ahora no tengo ganas.

—¿Por qué no?

—Debimos habernos quedado donde estábamos.

—¿Quieres que volvamos?

—Por supuesto que no.

—No te quedes ahí sentada. Ven aquí, conmigo.

—Bueno.

Se desabrochó el saco y lo dejó caer al piso. Luego se metió en la cama, a mi lado. Nos abrazamos y besamos un instante, pero ahí entendí lo que ella había querido decir. Me abandonó el deseo tan pronto como había venido. Permanecimos en silencio. La sensación de estar en la cama con ella era agradable, pero aunque yo percibía la sensualidad del momento, no pasó nada.

Eventualmente, dije:

—¿Por qué fuiste a verme?

—Ya te lo dije.

—¿Era sólo porque lamentabas lo ocurrido?

—Creo que sí.

—Yo casi voy a verte a ti —dije—. Hice una cosa que no debía, y estoy asustado.

—¿Qué hiciste?

—Te conté... Te conté que me habían obligado a jurar algo. Tenías razón, los gremios imponen la ley del secreto a sus miembros. Cuando me convertí en aprendiz tuve que prestar un juramento, una de cuyas cláusulas era jurar que nunca revelaría la existencia del juramento. Yo lo quebré al contarte.

—¿Y esto importa mucho?

—Hay pena de muerte.

—¿Pero cómo van a enterarse?

Victoria dijo:

—Si yo suelto prenda, quieres decir. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No estoy seguro. Sin embargo hoy hablabas de una manera... demostrabas resentimiento porque se te impide regir tu propia vida... y yo estaba convencido de que utilizarías ese hecho contra mí.

—Hasta este instante no significaba nada para mí. No lo utilizaría. Además, ¿cómo va a traicionar una mujer a su marido?

—¿Todavía quieres casarte conmigo?

—Sí.

—¿Aun cuando lo hayan decidido por nosotros?

—Fue una buena decisión —respondió, y me apretó fuerte unos segundos—. ¿No piensas lo mismo?

—Sí.

Al cabo de unos minutos. Victoria me preguntó:

—¿Me vas a hablar de lo que ocurre fuera de la ciudad?

—No puedo.

—¿Por el juramento?

—Sí.

—Pero ya lo has transgredido. ¿Ahora qué importa?

—De todos modos, no hay nada que contar. He pasado diez días realizando un gran trabajo físico, y no sé bien por qué.

—¿Qué clase de trabajo físico?

—Victoria... no me lo preguntes.

—Bueno, entonces cuéntame del sol. ¿Por qué a nadie de la ciudad le permiten, verlo?

—No sé.

—¿Tiene algo de malo?

—No creo.

Victoria me hacía las preguntas que yo debía haberme hecho pero que nunca me hice. En el tumulto de nuevas experiencias, no había tenido casi tiempo para tomar conciencia del significado de todo lo que veía, y mucho menos, de cuestionarlo. Al verme enfrentado a estos interrogantes —dejando de lado si debía responderlos o no—, noté que yo exigía saber las respuestas. ¿Realmente algo le pasaría al sol, algo que pusiera en peligro la ciudad? Si así fuese, ¿debía mantenerse en secreto? Sin embargo, yo había visto el sol y...

—No, no le pasa nada al sol, pero tiene otra forma que la que yo creía.

—Es esférico.

—No. Al menos, no lo parece.

—¿Y?

—No debo decírtelo.

—No vas a dejarlo así —dijo ella.

—Yo no creo que sea importante.

—Yo sí.

—Está bien. —Ya que había hablado demasiado, ¿qué otra cosa podía hacer?—. No puede vérselo bien durante el día porque es muy brillante. Al amanecer o en el ocaso puede contemplárselo unos minutos. Me parece que tiene forma de disco; pero es más que eso, aunque no sé cómo describirlo. En el centro del disco, arriba y abajo, hay una especie de rayo.

—¿Es parte del sol?

—Sí. Es semejante a un trompo. Resulta muy difícil ver con claridad, porque es tan brillante, aun en esos momentos. La otra noche yo me encontraba al aire libre, y el cielo estaba despejado. Hay una luna, que tiene la misma forma. Pero tampoco la pude ver bien porque estaba en fase.

—¿Estás seguro?

—Eso es lo que vi.

—No es lo que nos enseñaron.

—Ya sé —respondí—. Pero es así.

No hablé más. Victoria me hizo otras preguntas, que yo evadí aduciendo no conocer las respuestas. Si bien intentó extraerme comentarios sobre mi trabajo, me las ingenié para mantener el silencio. En cambio, le hice yo preguntas acerca de ella, y pronto habíamos dejado ese tema, que me parecía tan peligroso. No estaba enterrado para siempre, pero necesitaba tiempo para pensar. Al rato hicimos el amor, y luego nos quedamos dormidos.

Por la mañana. Victoria preparó el desayuno y me quedé luego sentado, desnudo, mientras llevaba mi uniforme a limpiar. Durante su ausencia me lavé y me afeité, y volví a tenderme en la cama hasta que regresó.

Cuando me puse el uniforme lo noté fresco, renovado, nada parecido a esa olorosa y dura segunda piel en que se había convertido como consecuencia de mi trabajo al aire libre.

Pasamos juntos el resto del día. Victoria me llevó a recorrer el interior de la ciudad, que me pareció mucho más complicada que lo que había imaginado. La mayor parte de lo que había visto hasta ese momento era la zona residencial y administrativa, pero había muchas otras. Al principio me puse a pensar cómo haría para encontrar el camino, hasta

que Victoria comentó que en varios lugares han colocado en las paredes planos de la ciudad.

Noté que los planos habían sido corregidos muchas veces. Uno en particular me llamó la atención. Estábamos en uno de los niveles más bajos, y junto a un plano recientemente corregido, había otro mucho más viejo, conservado detrás de una hoja de plástico transparente. Lo miré con gran interés, advirtiéndole que las instrucciones estaban escritas en varios idiomas, de los cuales pude reconocer sólo el francés, además del inglés.

—¿Cuáles son los demás? —le pregunté a Victoria.

—Este es alemán, y los otros son ruso e italiano. Y éste... —señaló una escritura complicada, ideográfica— es chino.

Estudí el plano con mayor atención, comparándolo con el más nuevo, que había a su lado. Se notaba la similitud, pero era evidente que se habían realizado muchas reformas dentro de la ciudad entre las fechas de ambos.

—¿Por qué había tantos idiomas? —Nosotros descendemos de un grupo mezclado de ciudadanos. Tengo entendido que el inglés ha sido el idioma corriente durante miles de millas, pero no siempre fue así. Mi familia, sin ir más lejos, desciende de los franceses.

—¿Ah sí?

En el mismo nivel. Victoria me mostró la planta de sintéticos. Allí era donde los substitutos proteicos y orgánicos se sintetizaban a partir de la madera y productos vegetales. Había un olor muy fuerte, y noté que la gente que trabajaba ahí tenía que usar mascarillas. Atravesamos rápidamente el lugar, arribando luego a la zona donde se realizaban las investigaciones para mejorar la textura y el sabor. Aquí era donde ella pronto iba a trabajar, según me dijo.

Más tarde, Victoria manifestó otras de sus frustraciones por su vida, tanto la presente como la futura. Como yo ya estaba más preparado que antes, pude reconfortarla. Le dije que tomara a su propia madre como ejemplo, ya que ella llevaba una vida útil, satisfactoria. Le prometí —bajo persuasión— que le contaría más detalles de mi vida, y que haría todo lo posible, cuando me convirtiera en gremialista pleno, porque el sistema fuese más abierto, más liberal. Esto pareció calmarla un poco, y juntos pasamos una tarde y una noche tranquilas.

CAPÍTULO SIETE

Convinimos casarnos cuanto antes. Victoria me dijo que, durante la próxima milla, iba a averiguar los ritos formales que deberíamos realizar, y que si fuera posible, nos casaríamos en mi período de licencia siguiente, o en el posterior. Entre tanto, yo debía reintegrarme a mis tareas.

Tan pronto como emergí desde abajo de la ciudad, advertí que se había progresado mucho. Habían retirado de los alrededores los elementos de trabajo. No se divisaba ninguna de las construcciones temporarias, como tampoco había vehículos cargando sus baterías en los puntos de reabastecimiento; estaban, probablemente, del otro lado del cerro. El cambio mayor que se notaba eran cinco cables que, partiendo del extremo Norte de la ciudad, yacían a lo largo de los rieles y desaparecían de la vista detrás de la loma. Varios milicianos iban y venían custodiando las vías.

Sospechando que Malchuskin estaría muy ocupado, me dirigí rápidamente hacia el cerro. Cuando llegué a la cima mis sospechas se vieron confirmadas ya que, a lo lejos, donde terminaban las vías, se divisaba el centro de actividad en torno del riel interno, derecho. Más allá, ¿cuadrillas trabajaban en unas estructuras metálicas, pero desde esta distancia era imposible determinar qué función cumplían. Me apresuré a bajar.

La caminata me llevó más tiempo que lo que había creído porque el tramo más largo de riel medía más de una milla y media. El sol ya estaba alto, y cuando encontré a Malchuskin y sus hombres, me sentía acalorado.

Malchuskin casi ni se percató de mi presencia. Me quité la chaqueta del uniforme y me puse a trabajar.

Se trataba de extender este tramo de riel hasta equiparar su largo con el de los demás, pero había surgido una complicación al encontrar un pedazo de terreno con un subsuelo de roca dura. Aunque ello implicaba que no se necesitarían cimientos de hormigón, se haría extremadamente dificultosa cavar los fosos para los durmientes.

Hallé un pico en un camión y comencé á trabajar. Pronto, los problemas más sofisticados con que me había encontrado en la ciudad me parecieron decididamente remotos.

En los períodos de descanso, por las conversaciones con Malchuskin me enteré de que, aparte de este tramo de vía, todo estaba casi listo para la operación de remolque. Los cables habían sido prolongados y se habían cavado los pozos para los amortiguadores. Me llevó hasta el sitio de emplazamiento de éstos y me mostró cómo se enclavaban bien profundo las vigas de acero para poder sujetar fuertemente los cables. Tres amortiguadores estaban terminados y se habían conectado los cables. Otro más estaba en vías de finalización, y el quinto estaba siendo instalado.

Se notaba un ambiente general de ansiedad entre los gremialistas que trabajaban en el lugar, y le pregunté a Malchuskin el motivo.

—Es por el tiempo —me respondió—. Demoramos veintitrés días desde el último remolque para tender las vías hasta aquí. Calculamos poder mover la ciudad mañana, si todo anda bien. O sea que estaríamos en los veinticuatro días. Esta vez, lo más que podemos transportarla no alcanza a dos millas... pero en el tiempo que demoramos en hacerlo, el óptimo se ha adelantado dos millas y media. De modo que, luego de completar esta etapa, estaremos aún media milla más atrás del óptimo que lo que estábamos durante la última operación.

—¿Podemos recuperar ese tiempo?

—Quizás en el siguiente remolque. Estuve hablando anoche con algunos de los hombres de Tracción... ellos estiman que podremos avanzar un tramo corto la próxima vez, y después, dos largos. Están preocupados por esas colinas. —Señaló en dirección al Norte.

—¿Y no podemos rodearlas? —pregunté, viendo que, hacia el Noreste, las colmas parecían algo más bajas.

—Podríamos... pero el camino más corto hasta el óptimo es hacia el Norte. Y el más leve desvío significa más distancia por cubrir.

No comprendí enteramente todo lo que me dijo, pero capté con claridad la sensación de urgencia.

—Una cosa es positiva —prosiguió Malchuskin—. Después de esto, despediremos a esta cuadrilla. El gremio del Futuro encontró una población mayor en la zona Norte, y están desesperados por trabajar. Así me gustan a mí. Cuanto más hambrientos están, más trabajan... por un tiempo, al menos.

Las tareas continuaban. Esa tarde no terminamos hasta después de la puesta del sol. Malchuskin y los demás gremialistas de Tracción azuzaban a los obreros con insultos cada vez peores. Yo no tenía tiempo de reaccionar de una manera u otra ya que, tanto los gremialistas como yo, trabajábamos con la misma intensidad. Cuando regresamos a la cabaña a pasar la noche, me sentía exhausto.

Por la mañana, Malchuskin salió temprano de la cabaña y me dijo que llevara a Rafael y a los obreros al lugar de trabajo lo antes posible. Cuando llegué, él y otros tres hombres de Tracción discutían con los gremialistas que preparaban los cables. Indiqué a Rafael y a los operarios que se pusieran a trabajar en el riel. Pero sentía curiosidad por saber el motivo de discusión. Eventualmente, Malchuskin se acercó a nosotros y no mencionó la pelea sino que se abocó al trabajo, gritándole furioso a Rafael.

Un rato más tarde, cuando hicimos un descanso, le pregunté.

—Son los de Tracción —dijo—, que quieren comenzar ahora el remolque, antes de que esté lista la vía.

—¿Pueden hacerlo?

—Si... dicen que llevará algún tiempo subir la ciudad hasta la cima del cerro, y que mientras tanto podemos acabar con esto. Nosotros no lo permitiremos.

—¿Por qué no? Parece razonable.

—Porque significaría trabajar debajo de los cables. Se ejerce mucha presión sobre los cables, sobre todo cuando se arrastra la ciudad por una cuesta muy empinada como la que conduce al cerro. ¿Nunca vio cortarse un cable? —Era una pregunta retórica; antes no sabía siquiera que se utilizaban cables—. A usted lo partirían por la mitad antes de que pudiera escuchar el estrépito —acotó Malchuskin agriamente.

—Entonces, ¿en qué quedaron?

—Nos dan una hora para terminar; luego empiezan a mover la ciudad de cualquier manera.

Quedaban aún por tender tres tramos de riel. Les dimos a los hombres unos minutos más de descanso antes de reanudar la faena. Puesto que ahora había cuatro gremialistas con sus cuadrillas dedicados a la misma área, avanzamos rápidamente. No obstante, casi toda la hora se pasó completando la vía.

Con una cierta satisfacción, Malchuskin hizo señales a los de Tracción indicándoles que estábamos listos. Recogimos las herramientas y las pusimos a un costado.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté.

—Esperaremos. Yo voy a la ciudad a descansar. Mañana volvemos a comenzar.

—¿Qué debo hacer yo?

—Si fuera usted, yo observaría. Le va a resultar interesante. Bueno, hay que pagar y despedir a estos hombres. Más tarde le enviaré a un gremialista de Tráfico. Mantenga a los obreros aquí hasta que él llegue. Yo vuelvo por la mañana.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No. Mientras se realiza el remolque, los hombres de Tracción quedan a cargo de todo, así que si le dicen que salte, salte. Podrían necesitar que se hiciese algún retoque en las vías, así que esté alerta. Pero yo creo que están bien, y ya las controlamos.

Se alejó de mí, en dirección a la cabaña. Parecía muy cansado. Los obreros regresaron a sus chozas y pronto me quedé solo. El comentario de Malchuskin acerca del peligro de que se cortara un cable me había asustado, de modo que me senté en el suelo a una distancia prudente del lugar.

No había mucha actividad en el sitio de emplazamiento de los amortiguadores. Los cinco cables habían sido conectados, y ahora coman flojos, en sentido paralelo a los rieles. Había dos gremialistas de Tracción en los emplazamientos ocupados, según me pareció, en dar los toques finales a las conexiones.

En la zona del cerro apareció un grupo de hombres, que venía hacia nosotros en dos ordenadas hileras. Desde esta distancia era imposible distinguir quiénes eran, pero noté que, cada cien metros, uno de elfos abandonaba la fila y se ubicaba junto a la vía. A medida que se aproximaban, advertí que eran milicianos, equipados con ballestas. Cuando llegaron a los amortiguadores, sólo quedaban ocho de ellos, que hicieron una formación defensiva alrededor de los mismos. Al cabo de unos minutos, uno de los soldados se me acercó.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy el aprendiz Helward Mann.

—¿Qué está haciendo?

—Me dijeron que me quede a presenciar la operación de remolque.

—Está bien. Manténgase a distancia. ¿Cuántos obreros hay aquí?

—No estoy seguro —respondí—. Creo que unos sesenta.

—¿Han estado trabajando en la vía?

—Sí. Sonrió.

—Entonces estarán demasiado exhaustos como para ser peligrosos. Avísame si le causan algún problema.

Se marchó a reunirse con sus compañeros. No quedó muy claro qué clase de problemas podían causarme los obreros, pero me pareció extraña la actitud de la milicia hacia ellos. Supuse que, en el pasado, habrían ocasionado algún daño a los rieles o los cables, pero pensé que ninguno de los hombres con quienes habíamos estado trabajando podía significar una amenaza para nosotros.

Me pareció que los milicianos que custodiaban las vías estaban peligrosamente cerca de los cables, aunque no demostraban temor. Pacientemente iban y venían por sus respectivos tramos de riel.

Advertí que dos de los hombres de Tracción tomaban posición detrás de unos escudos metálicos, más allá de los amortiguadores. Uno de ellos portaba una gran bandera roja, y miraba con unos binoculares en dirección al cerro. Allí, junto a las cinco poleas, divisé a otro hombre. Dado que el centro de interés parecía ser este hombre, lo observé con curiosidad. Nos daba la espalda, según lo que alcanzaba a ver desde esta distancia.

De pronto, se dio vuelta y agitó su bandera para llamar la atención de los dos hombres que se hallaban en los amortiguadores. La movía describiendo un amplio semicírculo debajo de su cintura, ida y vuelta. Inmediatamente, el hombre que tenía la bandera, en los amortiguadores, salió desde atrás del escudo y confirmó la señal repitiendo el movimiento con su propia bandera.

Momentos más tarde, noté que los cables se deslizaban lentamente por el terreno, en dirección a la ciudad. Sobre el cerro veía las poleas girando, sujetando el cabo suelto. Uno a uno los cables se detuvieron, aunque la mayor parte seguía corriendo por la tierra. Me imaginé que sería por el peso mismo de los cables, ya que en la zona de los amortiguadores y las poleas, los cables estaban bien separados del terreno.

—¡Déles la orden de largada —gritó uno de los hombres de los amortiguadores, y de inmediato su colega agitó la bandera por sobre su cabeza. El hombre del cerro repitió la señal; luego se hizo rápidamente a un lado y desapareció de la vista.

Esperé, curioso, por saber qué vendría ahora... aunque, por lo que veía, no ocurría nada. Los milicianos seguían yendo y viniendo, los cables permanecían tensos. Decidí acercarme a los de Tracción y preguntarles qué pasaba.

En cuanto me puse de pie y di unos pasos en dirección a ellos, el hombre que había estado haciendo las señales agitó frenéticamente los brazos.

—Aléjese —me gritó.

—¿Qué pasa?

—¡Los cables están soportando el máximo de tensión!

Me alejé.

Transcurrían los minutos y no había signos evidentes de adelanto. Luego me di cuenta de que los cables se habían ido estirando lentamente, hasta que quedaron separados de la tierra en casi toda su extensión.

Miré hacia el Sur: la ciudad aparecía a la vista. Desde donde estaba sentado alcanzaba a ver el borde superior de una de las torres de adelante, emergiendo sobre las rocas del cerro. Y mientras miraba, seguían apareciendo más partes de la edificación.

Caminé describiendo un gran semicírculo, manteniendo siempre una prudente distancia de los cables, y me paré detrás de los amortiguadores. Miré hacia la ciudad. Con dolorosa lentitud iba trepando la cuesta hasta que llegó a unos pocos metros de las cinco poleas que llevaban los cables hasta la cima del cerro. Allí se detuvo, y los hombres de Tracción comenzaron una vez más a hacer señales.

A continuación vino una larga y complicada operación en la cual cada cable se arriaba por turno, mientras se desmantelaba la polea. Presenció la remoción de la primera polea de este modo; luego me aburrí. Sentí hambre y, sospechando que no me iba a perder

nada interesante, volví a la cabaña y calenté un poco de comida.

No había rastros de Malchuskin, aunque casi todas sus pertenencias seguían aún en la cabaña.

Me tomé mi tiempo para comer, sabiendo que pasarían no menos de dos horas antes de que pudieran proseguir con el remolque. Disfruté de la soledad y de no tener que realizar el trabajo forzado de antes.

Cuando salí recordé la advertencia de los milicianos acerca de los problemas que podían ocasionar los obreros, y me dirigí a sus ranchos. La mayoría de los hombres estaban afuera, sentados en el suelo, contemplando el trabajo de las poleas. Algunos conversaban, gesticulaban o discutían en voz alta, y llegué a la conclusión de que los milicianos veían amenazas donde no existían. Regresé a la vía.

Eché una rápida mirada al sol: faltaba poco para la noche. Deduje que el resto de la operación no demoraría mucho luego de que hubiesen quitado las poleas, porque era evidente que los demás rieles coman por una rampa cuesta abajo.

A su debido tiempo se eliminó la última polea y nuevamente los cinco cables quedaron tensos. Hubo un breve período de espera hasta que, a una señal del hombre que se hallaba en los amortiguadores, continuó el lento movimiento de la ciudad... cuesta abajo en dirección a nosotros. Contrariamente a lo que me había imaginado, la ciudad no se deslizaba suavemente por el ventajoso declive. Los cables seguían tirantes, o sea que la ciudad debía aún arrastrarse. Cuando se fue acercando, noté un menor nerviosismo en los hombres de tracción, si bien no cesaban de vigilar. Durante la operación concentraban toda su atención en la ciudad que se aproximaba.

Por último, cuando la inmensa mole estuvo a unos diez metros del final de los rieles, el señalero levantó la bandera roja y la sostuvo por sobre su cabeza. Había una gran ventana que coma a lo ancho de la torre delantera. Allí un hombre levantó otra bandera similar. Segundos más tarde, la ciudad se detuvo.

Se produjo un alto durante un par de minutos. Luego, de una puerta de la torre salió un hombre y se paró en una pequeña plataforma.

—Listo... los frenos están asegurados —gritó—. Vamos a soltar.

Los dos hombres de Tracción abandonaron sus refugios de metal y estiraron las piernas exageradamente. Era indudable que habían soportado una considerable tensión mental durante varias horas. Uno de ellos caminó hasta el borde de la ciudad y orinó a un costado. Le sonrió al compañero, se trepó a una cornisa y logró alcanzar la plataforma. El otro caminó a lo largo de los cables —notoriamente más flojos ahora— y desapareció debajo del canto mismo de la ciudad. Los milicianos seguían desplegados en su formación defensiva, pero hasta ellos parecían ahora más relajados.

El espectáculo había llegado a su fin. Al tener la ciudad tan cerca sentí la tentación de entrar, pero dudé si debía hacerlo o no. Solamente podía ver a Victoria, y ella estaría ocupada con su trabajo. Además, Malchuskin me había dicho que me quede con los obreros, y pensé que no debía desobedecerlo.

Cuando me dirigía de vuelta a la choza, se me acercó un hombre que venía de la ciudad.

—¿Es usted el aprendiz Mann? —dijo.

—Sí.

—Yo soy Jaime Collings, del gremio de Tráfico. Malchuskin me dijo que había que abonar los salarios y despedir a unos obreros.

—Efectivamente.

—¿Cuántos son? —preguntó Collings.

—En nuestra cuadrilla, quince. Pero hay varios más.

—¿Alguna queja?

—¿Qué tipo de queja?

—Algún problema... negarse a trabajar, por ejemplo.

—Eran un poco lerdos. Malchuskin vivía gritándoles.

—¿Alguna vez se negaron a trabajar?

—No.

—¿Sabe quién era el jefe del grupo?

—Rafael, uno que habla inglés.

—De acuerdo.

Juntos caminamos hasta las cabañas y hallamos a los hombres. Al ver a Collings, se hizo un brusco silencio.

Le indiqué cuál era Rafael. Collings y él hablaron en el idioma de Rafael, y casi de inmediato uno de los otros replicó gritando indignado. Rafael lo ignoró y siguió hablando con Collings, pero era evidente que había una gran animosidad. Alguien volvió a gritar y pronto varios más se le unieron. Se formó un gentío alrededor. Algunos hombres extendían los brazos por entre los cuerpos apretados y amenazaban a Collings.

—¿Necesita ayuda? —le grité en medio del escándalo, pero no me oyó. Me acerqué más y repetí la pregunta.

—Traiga a cuatro milicianos —me gritó en inglés—. Dígales que se mantengan tranquilos.

Miré a los furiosos obreros un instante. Luego partí apresuradamente. Había aún un pequeño grupo de milicianos en la zona de los amortiguadores, y hacia allí me encaminé. Evidentemente habían escuchado el barullo de la discusión, y ya estaban mirando en dirección a la turba. Cuando me vieron llegar corriendo, seis de ellos se aprontaron.

—¡Collings necesita cuatro milicianos! —exclamé, jadeando por la corrida.

—No son suficientes. Yo me encargo de ello, muchacho.

El hombre que había hablado, que evidentemente era el jefe, emitió un poderoso silbido y señaló a varios de sus hombres. Cuatro milicianos más abandonaron sus posiciones cerca de la ciudad y vinieron corriendo. El grupo de diez soldados marchó hacia el sitio de la pelea, conmigo a la retaguardia.

Sin consultar a Collings —que permanecía en el centro de la refriega—, los milicianos avanzaron contra los obreros, blandiendo las ballestas como cachiporras. Collings se dio vuelta de repente y les gritó a los soldados, pero uno de los hombres lo agarró de atrás. Lo arrastraron al suelo y se pusieron a patearlo.

Los milicianos estaban obviamente entrenados para este tipo de lucha, ya que sus movimientos eran rápidos y diestros. Manejaban las improvisadas cachiporras con precisión. Observé un momento. Luego me introduje dificultosamente entre los hombres, tratando de llegar a Collings. Uno de los obreros me manoteó la cara, hundiéndome los dedos en los ojos. Traté de zafar la cabeza, pero otro hombre vino en su ayuda. De pronto me vi libre de ellos... y contemplé cómo caían al suelo. Los milicianos que me rescataron no hicieron señales de reconocimiento sino que prosiguieron con sus brutales azotes.

El gentío aumentaba a medida que se unían obreros a prestar su colaboración. Hice caso omiso de ello y volvía meterme en el centro de la trifulca, tratando aún de llegar hasta Collings. Frente a mí, había una angosta espalda vestida con una camisa blanca que se adhería húmeda a la piel. Rodeé fuertemente con el brazo la garganta del hombre, le tiré la cabeza hacia atrás y le di un golpe seco en la oreja. Cayó. Había otro hombre junto a él, e intenté practicar la misma táctica, pero esta vez, antes de poder asestar el golpe, me patearon violentamente y rodé por el suelo:

En medio del montón de piernas vi el cuerpo de Collings tendido en la tierra. Seguían pateándolo. Yacía boca abajo, cubriéndose la cabeza con los brazos. Traté de llegar hasta él a los empujones, pero me lo impidieron a patadas. Otro pie se azotó contra mi sien, y me desmayé por un instante. Un segundo después recuperé el conocimiento debido a los feroces puntapiés que sentía en mi cuerpo. Al igual que Collings, me cubría la cabeza con los brazos y seguí arrastrándome hacia donde lo había visto por última vez.

A mi alrededor, todo parecía ser una maraña de piernas y, cuerpos, y por todas partes se oía el rugido de voces acaloradas. Levanté la cabeza un momento y vi que me encontraba a pocos centímetros de Collings. A empujones logré colocarme a su lado. Intenté pararme, pero en seguida me bajaron de otro puntapié.

Para gran sorpresa mía, Collings seguía consciente. Me tiré junto a él, y me cubrió los hombros con su brazo.

—Cuando yo le diga —me gritó en el oído— ¡párese! Pasó un instante. Sentí que su brazo me apretaba más fuertemente el hombro.

—¡Ahora!

Con un impresionante esfuerzo nos pusimos de pie y de inmediato me soltó, agitando el puño y asestando un duro golpe a un hombre en la cara. Yo no era alto como él, y lo más que pude hacer fue clavarle a alguien el codo en el estómago. En retribución, me pegaron en el cuello y una vez más rodé por el suelo. Alguien me agarró y me hizo levantar. Era Collings.

—¡Espere! —Me rodea con ambos brazos y me atrajo contra su pecho. Yo me sostuve débilmente de él—. Ya está bien. Espere.

Poco a poco la pelea fue amamanto hasta cesar. Los hombres retrocedieron y yo me desplomé en los brazos de Collings.

Estaba muy mareado y, a medida que crecía una nube roja en mis ojos, divisé un círculo de milicianos apuntando con sus ballestas. Los obreros se alejaban. Me desmayé.

Volví en mí un minuto más tarde. Estaba tirado en el suelo, y un miliciano se hallaba parado a mi lado.

—El muchacho está bien —gritó, y se fue. Rodé dolorosamente sobre un costado y vi que, muy cerca, Collings y el jefe de la milicia discutían acaloradamente. A unos cincuenta metros de distancia estaban los obreros en grupo, rodeados por milicianos.

Traté de ponerme de pie y lo logré al segundo intento, Aturdido, esperé mientras Collings continuaba discutiendo. Al cabo de un momento el oficial se alejó en dirección a los prisioneros, y Collings vino hacia mí.

—¿Cómo se siente? —me preguntó.

Quise sonreír pero tenía la cara magullada y dolorida. Lo único que pude hacer fue mirarlo fijo. El tenía un enorme moretón rojo a un costado de la cara, y comenzaba a cerrársele un ojo. Noté que se apretaba la cintura con un brazo.

—Me siento bien —respondí.

—Está sangrando.

—¿Dónde? —Me llevé la mano al cuello, que me dolía espantosamente, y sentí un líquido tibio. Collings se acercó a mirarme.

—No es nada más que un profundo rasguño. ¿Quiere volver a la ciudad a hacérselo curar?

—No —dije—. ¿Qué diablos pasó?

—La milicia reaccionó en exceso. Creo que le había dicho que trajera sólo a cuatro.

—No me hicieron caso.

—Ellos son así.

—Pero, ¿a qué se debió la trifulca? Yo he trabajado mucho tiempo con estos hombres y jamás nos han atacado de este modo.

—Hay un gran resentimiento —dijo Collings—. Específicamente lo provocaron los tres hombres que tienen sus esposas en la ciudad. No querían irse sin ellas.

—¿Esos obreros son *de la ciudad*. —dije, sin saber si había oído bien.

—No... sus mujeres están allí. Estos hombres son todos de la zona, contratados en una aldea de las inmediaciones.

—Eso es lo que yo creía. ¿Pero qué hacen sus mujeres en la ciudad?

—Nosotros las compramos.

CAPÍTULO OCHO

Esa noche dormí molesto. Solo en la cabaña, me desvestí cuidadosamente y me estudié las heridas. Un costado de mi pecho era un solo magullón, y tenía varios arañazos profundos y dolorosos. La herida del cuello había dejado de sangrar, pero me la lavé con agua tibia y me puse un ungüento que encontré en el botiquín de primeros auxilios de Malchuskin. Descubrí que, en la pelea, me había arrancado un pedazo grande de uña, y me dolía la mandíbula cuando trataba de moverla.

Pensé nuevamente en volver a la ciudad como me había sugerido Collings —al fin y al cabo, estaba sólo a unos cientos de metros de distancia—, pero después cambié de idea. No quena llamar la atención apareciendo en los impecables alrededores de la ciudad con aspecto de venir de una pelea de borrachos. Cosa que no estaba muy lejos de ser verdad, pero aun así, decidí lamerme solo las heridas.

Intenté conciliar el sueño, pero solamente logré dormir unos minutos por vez.

Por la mañana me desperté temprano, y me levanté. No deseaba ver a Malchuskin sin antes haberme higienizado un poco. Me dolía todo el cuerpo y no podía moverme con rapidez.

Malchuskin llegó de mal humor.

—Ya me enteré —dijo, a boca de jarro—. No intente explicarme.

—No alcanzo a comprender lo que ocurrió.

—Usted contribuyó a que se originara la refriega.

—Fue la milicia... —dijo, con voz débil.

—Sí, y ya debería saber que no debe permitir que los milicianos se acerquen a los obreros. Hace algunas millas perdieron unos hombres y también quieren vengarse de ciertos agravios. Con cualquier pretexto esos hijos de su madre se meten y empiezan a repartir cachiporrazos.

—Collings estaba en apuros —dijo—. Había que hacer algo.

—De acuerdo, no fue del todo culpa suya. Collings dice que podría haberse arreglado si usted no hubiese traído a la milicia... pero también reconoce que él le indicó que los fuera a buscar.

—Efectivamente.

—Bueno. La próxima vez, piense.

—¿Y ahora qué hacemos? No tenemos obreros.

—Hoy vienen otros. Al principio el trabajo será lento porque debemos entrenarlos. Pero tendremos la ventaja de que no comenzarán de inmediato los resentimientos, y trabajarán con más empeño. Los problemas empiezan después, cuando tienen tiempo para pensar.

—Pero, ¿por qué nos guardan tanto rencor si nosotros les pagamos por sus servicios?

—Sí, pero a nuestras tarifas. Esta es una región pobre. La tierra es mala y no hay muchos alimentos. Nosotros les ofrecemos lo que necesitan... y ellos lo aceptan. Pero no logran un beneficio a largo plazo, y supongo que obtenemos más de lo que damos.

—Deberíamos dar más.

—Quizás —Malchuskin parecía indiferente—, eso no es asunto de nuestra incumbencia. Nosotros trabajamos con los riele.

Tuvimos que esperar varias horas hasta que llegaron los nuevos obreros. Durante ese lapso, Malchuskin y yo fuimos a los dormitorios desocupados por los hombres anteriores y los limpiamos. Los milicianos habían echado a los obreros por la noche, pero les habían dado tiempo para juntar sus pertenencias. Sin embargo, quedaron muchas cosas, principalmente ropas viejas y restos de comida. Malchuskin me advirtió que estuviera alerta por si encontraba algún mensaje que hubiesen dejado para los nuevos ocupantes, pero ni él ni yo hallamos ninguno.

Después, salimos y quemamos todo lo que había quedado.

Cerca del mediodía vino un hombre de Trafico y nos avisó que pronto llegarían los nuevos obreros. Nos pidió formalmente disculpas por lo sucedido la noche anterior, y nos informó que, luego de una ardua discusión, se había convenido reforzar la guardia de la milicia por el momento. Malchuskin protestó y el gremialista le dio la razón: la decisión se había tomado contra su voluntad.

Yo tenía opiniones enfrentadas al respecto. Por un lado, no sentía gran admiración por los milicianos pero si ellos podían evitar que se repitiera el problema, su presencia me parecía inevitable.

Malchuskin empezaba a irritarse por la demora. Yo supuse que el motivo sería la constante necesidad de recuperar tiempo perdido, pero cuando se lo mencioné, no se mostró tan preocupado por ello como yo pensaba.

—Alcanzaremos el óptimo durante el próximo remolque —dijo—. La demora de la última vez se debió al cerro. Ahora eso quedó atrás y el terreno es relativamente parejo durante las próximas millas. Lo que más me inquieta es el estado de las vías detrás de la ciudad.

—La milicia las protegerá.

—Sí... pero no pueden impedir que se arqueen. Ese es el mayor peligro, cuanto más tiempo se las deje.

—¿Porqué?

Malchuskin me miró en forma penetrante.

—Estamos a una gran distancia hacia el Sur del óptimo. ¿Sabe lo que ello implica?

—No.

—¿Todavía no fue al pasado?

—¿Qué significa eso?

—Un gran trecho al Sur de la ciudad.

—No... no he ido.

—Bueno, cuando vaya por allí se enterará de lo que sucede. Entretanto, créame lo que le digo. Cuanto más tiempo dejemos el riel tendido al Sur de la ciudad, mayor es el peligro de que se vuelva inutilizable.

Aún no había señales de los obreros contratados. Malchuskin me dejó y fue a hablar con otros dos gremialistas de Tracción que acababan de llegar de la ciudad. Al rato, volvió.

—Esperaremos una hora más, y si para ese entonces no ha venido nadie, pediremos prestados unos hombres de otros gremios y comenzaremos a trabajar. No podemos esperar más.

—¿Usted puede usar a los de otros gremios?

—Los obreros contratados son un lujo, Helward —respondió—. En el pasado, la construcción de vías la hacían gremialistas solamente. Mover la ciudad es prioridad principal, y no hay nada que se interponga en el camino. Si fuese necesario, haríamos venir a todos los habitantes de la ciudad a tender los rieles.

De pronto pareció relajarse, se tiró en el suelo y cerró los ojos. Teníamos el sol casi directamente sobre nuestras cabezas y había mucho calor. Noté que, al Noreste, había una línea de nubes oscuras y que el aire estaba más quieto y húmedo que de costumbre. No obstante, las nubes aún no tocaban el sol, y con mi cuerpo dolorido por la paliza, prefería quedarme aquí echado, indolente, que ir a trabajar a las vías.

Minutos más tarde, Malchuskin se incorporó y miró hacia el Norte. Una partida numerosa de hombres se acercaba en dirección a nosotros, conducida por cinco gremialistas de Tráfico vistiendo las galas de sus túnicas coloridas.

—Bravo... ahora empezamos a trabajar —dijo Malchuskin.

A pesar de su alivio poco disimulado, había mucho que hacer antes de poder abocarnos al trabajo. Había que organizar a los hombres en cuatro grupos, y nombrar un jefe que hablara inglés. Luego había que asignar las literas en los ranchos y acomodar

sus bártulos. Durante toda esta operación, Malchuskin se mostró optimista, no obstante las demoras adicionales.

—Parecen hambrientos —dijo—. No hay nada mejor que un estómago vacío para mantenerlos trabajando.

Eran, por cierto, un conjunto de desgredados. Vestían ropas diversas, pero muy pocos tenían zapatos, y la mayoría usaba barba y pelos largos. Ojos profundamente sumidos en los rostros y varios estómagos hinchados por falta de una buena alimentación. Noté que uno o dos caminaban con dificultad, y a otro le faltaba un brazo.

—¿Están en condiciones de trabajar? —pregunté en voz baja.

—No del todo. Pero con unos días de labor y una dieta adecuada, mejorarán. Muchos lugareños presentan este aspecto cuando los contratamos.

Me espantaba el estado en que se encontraban, y pensé que el standard de vida de la zona debía ser tan bajo como Malchuskin me había dicho. Si eso era así, podía entender por qué sentían tanto rencor contra la gente de la ciudad. Supuse que lo que se entregaba a cambio a los trabajadores estaba mucho del nivel acostumbrado en la ciudad, y los obreros a su vez tenían oportunidad de conocer una vida más cómoda y con mejor alimentación. Cuando pasaba la ciudad, ellos debían retornar a su primitiva existencia. Entretanto, la ciudad se había aprovechado de ellos.

Más demoras mientras se daba de comer a los hombres, pero Malchuskin se mostraba más optimista que nunca.

Finalmente estuvimos listos para comenzar. Los hombres se dividieron en cuatro grupos, cada uno dirigido por un gremialista. Partimos hacia la ciudad, recogimos las cuatro vagonetas y enfilamos al Sur, a lo largo de las vías. A ambos lados, los milicianos continuaban de guardia y, cuando cruzamos el cerro, vimos que en el valle que acabábamos de desocupar, había una fuerte custodia alrededor de los amortiguadores.

Con los cuatro equipos trabajando, existía el incentivo adicional de la competencia que había advertido antes. Quizás fuese un poco pronto para que los hombres respondieran a este estímulo, pero ello vendría, después.

Malchuskin detuvo la vagoneta a poca distancia, del amortiguador y le explicó al jefe del grupo —un hombre maduro, llamado Juan— lo que había que hacer. Juan a su vez lo transmitió a sus compañeros, y éstos demostraron que comprendían, asintiendo con la cabeza.

—No tienen la más leve idea de lo que hay que hacer —me dijo Malchuskin, riendo ahogadamente—. Pero fingen entender.

La primera tarea era dismantelar el amortiguador y llevarlo por las vías hasta ubicarlo detrás de la ciudad. Malchuskin y yo empezábamos a enseñarles cómo se desarmaba el artefacto cuando el sol se escondió bruscamente y bajó la temperatura.

Malchuskin echó una rápida mirada al cielo.

—Se viene una tormenta.

Luego de este comentario no prestó más atención al tiempo, y continuamos con el trabajo. Minutos más tarde oímos el primer trueno lejano y en seguida comenzó a llover. Los obreros estaban alarmados, pero Malchuskin les ordenó continuar. Pronto tuvimos la tormenta encima. Los relámpagos centelleaban y los truenos restallaban de un modo que me aterrorizaba. Al instante estábamos empapados, pero el trabajo proseguía. Escuché las primeras quejas que Malchuskin —por intermedio de Juan— acalló.

Mientras transportábamos las partes componentes del amortiguador, la tormenta se despejó y volvió a salir el sol. Uno de los hombres se puso a cantar y de inmediato se le unieron los demás. Malchuskin parecía contento. El trabajo del día terminó construyendo el amortiguador unos metros detrás de la ciudad. Las otras cuadrillas también dejaron de trabajar cuando hubieron instalado los suyos.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Malchuskin seguía con aire de contento pero expresó su deseo de proseguir la faena lo más rápido posible.

Cuando tratábamos de remover el extremo Sur del riel, advertí el motivo de su preocupación. Las barras separadoras que sujetaban los rieles a los durmientes se habían arqueado y había que torcerlas manualmente hasta quedar luego inutilizadas. Del mismo modo, la acción de la presión de las barras separadoras contra los durmientes había partido la madera en muchos lugares —aunque Malchuskin afirmaba que podían volver a usarse—, y se habían rajado algunos cimientos de hormigón. Afortunadamente, los rieles seguían en condiciones de uso. Si bien Malchuskin dijo que se habían arqueado ligeramente, estimaba que podían enderezarse de nuevo sin mucha dificultad. Mantuvo una breve conferencia con los otros gremialistas de Tracción y decidieron prescindir del uso de las vagonetas por el momento y dedicarse a extraer el riel antes de que se arruinara otro tramo. Dado que había unas dos millas de distancia entre nuestro lugar de trabajo y la ciudad, cada viaje en la vagoneta insumía mucho tiempo, y esta decisión era sensata.

Al final del día habíamos avanzado por la vía hasta un punto en que el efecto de arqueamiento recién había comenzado a manifestarse. Malchuskin y los demás se mostraron satisfechos, caigamos las vagonetas con cuantos rieles y durmientes cupieron, e hicimos un nuevo paréntesis.

Así continuó el trabajo. Cuando finalizó mi período de diez días, la remoción de rieles se hallaba adelantada, los obreros trabajaban bien en equipos y ya se estaba tendiendo la nueva vía al Norte de la ciudad. Jamás había visto tan contento a Malchuskin, y no sentí el más mínimo remordimiento por tomarme mis dos días de descanso.

CAPÍTULO NUEVE

Victoria me esperaba en su habitación. Los magullones y rasguños de la pelea estaban casi cicatrizados, y resolví no contarle nada. Evidentemente no se había enterado de la refriega ya que no me hizo ninguna pregunta.

Luego de abandonar la cabaña de Malchuskin por la mañana, había venido caminando a la ciudad, disfrutando de la hora fresca de la mañana. Conservaba esta imagen en la mente cuando le sugería que fuésemos a la plataforma.

—Creo que está cerrada a esta hora del día —dijo ella—. Voy a ver.

Salió unos segundos y al regresar me confirmó lo que había dicho.

—Supongo que la abrirán después del mediodía —dije, pensando que a esa altura, el sol ya no se vería desde la plataforma.

—Quítate las ropas —dijo Victoria—. Hay que lavarlas de nuevo.

Comencé a desvestirme, pero de pronto Victoria se me acercó y me abrazó. Nos besamos, advirtiendo espontáneamente que nos sentíamos contentos de volver a vernos.

—Estás engordando —dijo, mientras me sacaba la camisa y recorría suavemente mi pecho con su mano.

—Es por todo el trabajo que hago —respondí, y empecé a desabrocharle las ropas.

Como resultado de este cambio de planes, Victoria llevó más tarde mis prendas a lavar, dejándome disfrutando del confort de una cama verdadera.

Después de almorzar descubrimos que estaba abierto el camino a la plataforma, y hacia allí nos dirigimos. Esta vez no estábamos solos; dos hombres del plantel de Educación habían llegado antes. Nos reconocieron a ambos por nuestra vida en el internado, y pronto nos vimos envueltos en una almibarada conversación sobre lo que habíamos estado haciendo desde nuestra mayoría de edad. Por la expresión de Victoria me di cuenta de que se sentía tan aburrida como yo, pero ninguno de los dos se animaba a dar la charla por terminada.

A su debido tiempo, los hombres se despidieron de nosotros y regresaron al interior de la ciudad.

Victoria me guiñó un ojo. Luego echó a reír.

—Dios mío, cómo me alegro de no estar más en el internado —exclamó.

—Yo también. Y pensar que cuando eran profesores nuestros parecían personas interesantes.

Nos sentamos juntos en uno de los bancos y contemplamos el paisaje. Desde esta parte de la ciudad era imposible ver lo que estaba ocurriendo a un costado, y aunque yo sabía que las cuadrillas estaban acarreando los rieles desde el lado Sur al Norte, no se los podía ver.

—Helward... ¿por qué se mueve la ciudad?

—No sé. No sé muy bien.

—Yo no sé qué se imaginan los gremios que pensamos nosotros al respecto. Nadie lo menciona jamás, y no se necesita más que subir aquí para darse cuenta de que se movió la ciudad. Y si uno le pregunta a cualquiera, le responden que no es asunto de uno. ¿No debemos hacer preguntas?

—¿No te responden nada?

—Nada en absoluto. Hace dos días vine aquí y descubrí que se había movido la ciudad. Unos días antes, habían clausurado la plataforma, y corrieron la voz de que debíamos asegurar los objetos sueltos. Eso fue todo.

—Dime una cosa. Cuando la ciudad se movía, ¿tú lo notaste?

—No... creo que no. Recuerdo que no me percaté hasta después. No me parece haber sentido nada raro el día que supuestamente se movió, pero yo nunca salí de la ciudad, y por lo tanto me imagino que durante toda mi vida debo haberme acostumbrado a movimientos ocasionales. ¿La ciudad viaja por un camino?

—Por un sistema de vías.

—Pero, ¿por qué?

—No debo decírtelo.

—Prometiste hacerlo. De cualquier manera, no veo que tiene de malo que me cuentes cómo se mueve... ya que es obvio que se desplaza.

El dilema de siempre. Sin embargo, lo que ella decía tenía sentido, aunque entrara en conflicto con mi juramento. Poco a poco yo me había llegado a cuestionar la validez indefinida del juramento, a pesar de que sentía que se iba desgastando.

—La ciudad se mueve hacia algo conocido como el óptimo, que queda al Norte de la ciudad. En la actualidad nos hallamos a unas tres millas y media al Sur del óptimo.

—¿Así que pronto va a detenerse?

—No... y eso es lo que no tengo bien claro. Aparentemente, aun cuando la ciudad alcanzara el óptimo no se detendría, debido a que el óptimo mismo está en constante movimiento.

—Entonces, ¿qué objeto tiene tratar de alcanzarlo? No pude darle una respuesta porque no la sabía. Victoria siguió interrogándome, y por último le conté sobre el trabajo de las vías. Traté de mantener mis descripciones en el mínimo, pero era difícil saber cuánto había transgredido el juramento, en espíritu si no en la práctica. Todo lo que le decía era de inmediato calificado con referencia al juramento. Finalmente, dijo ella:

—Mira, no me cuentes nada más. Es evidente que no quieres hacerlo.

—Estoy algo confundido —dijo—. Me está prohibido hablar, pero tú me has hecho comprender que no tengo derecho a no contarte lo que sé.

Victoria permaneció en silencio uno o dos minutos.

—No sé si a ti te pasa lo mismo —dijo, por fin—, pero estos últimos días he empezado a sentir un profundo disgusto por el sistema de los gremios.

—No eres la única. Yo no he oído a muchos alabarlos.

—¿Crees que podría ser porque los que manejan los gremios mantienen el sistema vigente siendo que ya ha cumplido su objetivo original? Pienso que el sistema funciona suprimiendo el conocimiento. No entiendo qué se logra con ello. A mí me hace sentir

muy descontenta, y sé que no soy la única.

—Tal vez yo sea igual cuando me convierta en gremialista.

—Espero que no —dijo, y rió.

—Hay algo que no sé. Cada vez que le he hecho a Malchuskin —el hombre con quien trabajo— el tipo de preguntas que tú me haces, me contesta que lo Voy a saber a su debido tiempo. Es como si hubiera una razón atendible para la existencia de los gremios, y tiene algo que ver con el motivo por el cual la ciudad se desplaza. Hasta ahora lo que aprendí es que la ciudad tiene que moverse... pero eso no es todo. Allá en el campo no se hace más que trabajar; no hay tiempo para preguntas. Pero es evidente que la prioridad principal es mover la ciudad.

—Si alguna vez te enteras, ¿me lo contarás?

Pensé un momento.

—No creo que pueda prometértelo.

Victoria se puso de pie bruscamente y caminó hasta el extremo opuesto de la plataforma. Se paró junto a la baranda, mirando por sobre los techos de los edificios de la ciudad, en dirección a la campiña. No intenté acercarme a ella. La situación era insostenible. Yo ya había hablado de más y, con su exigencia para que le siguiera contando. Victoria me imponía una carga demasiado pesada. Sin embargo, no podía decirle que no.

Al cabo de unos minutos volvió al banco y se sentó a mi lado.

—Averigüé qué tenemos que hacer para casarnos —dijo.

—¿Otra ceremonia?

—No, es mucho más sencillo. Sólo hay que firmar un formulario y entregar una copia a nuestros respectivos jefes. Tengo los formularios abajo. Son muy concisos.

—Entonces podríamos firmarlos en seguida.

—Sí. —Me miró seria—, ¿Deseas hacerlo?

—Por supuesto. ¿Y tú?

—Sí.

—¿A pesar de todo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—A pesar de que parece ser que tú y yo no podemos hablar sin mencionar algo que yo no puedo o no debo decirte, y del hecho de que aparentemente tú me echas la culpa de ello.

—¿Te preocupa?

—Mucho, sí —respondí.

—Podríamos postergar el casamiento, si lo prefieres.

—¿Con eso solucionaríamos algo?

Pensé qué pasaría si rompiéramos nuestro compromiso. Dado que los gremios habían servido de instrumento para presentarnos formalmente, ¿qué nueva infracción al sistema sería decir ahora que no íbamos a contraer matrimonio? Por otra parte, una vez producida la presentación formal, no nos presionaron en forma alguna para que nos casáramos de inmediato. En lo que a nosotros concernía, las únicas diferencias que nos separaban eran las trabas que nos imponía el juramento. Aparte de eso, parecíamos amoldarnos perfectamente el uno al otro.

—Posterguémoslo un poco —dijo Victoria.

Más tarde regresamos a su habitación y mejoró notablemente nuestro humor. Hablamos mucho, esquivando los tópicos de conversación que sabíamos nos causaban problemas... y cuando nos fuimos a la cama, ya había cambiado toda nuestra actitud. A la mañana siguiente firmamos los formularios y se lo llevamos a los jefes de los gremios. Futuro Clausewitz no estaba en la ciudad pero encontré a otro gremialista del Futuro que los recibió en nombre de Clausewitz. Todos parecían contentos. Ese mismo día, la madre de Victoria pasó un rato largo con nosotros aleccionándonos sobre las nuevas libertades y

ventajas que disfrutaríamos como matrimonio.

Antes de abandonar la ciudad para reunirme con Malchuskin en los rieles saqué el resto de mis pertenencias del internado y me mudé oficialmente con Victoria.

Ya era un hombre casado, de seiscientos cincuenta y dos millas de edad.

CAPÍTULO DIEZ

Durante las millas siguientes, mi existencia se convirtió en una rutina, en su mayor parte agradable. Cuando iba a la ciudad, mi vida con Victoria era cómoda, feliz, cariñosa. Ella me hablaba mucho de su trabajo, y por medio de ella llegué a conocer cómo se regía la vida diaria de la ciudad. A veces me preguntaba por mi trabajo, pero su antigua curiosidad había disminuido o ya no consideraba sensato interrogarme, porque los rencores nunca volvieron a ser tan evidentes como al principio.

También progresaba mi período de aprendizaje. Cuanto más participaba en las tareas en el exterior, más me daba cuenta del esfuerzo conjunto que significaba mover la ciudad.

Al finalizar mi última milla con Malchuskin me trasladaron, por orden de Clausewitz, a la milicia. Fue una sorpresa ingrata porque yo había dado por sentado que, luego de completar mi entrenamiento en las vías, empezaría a trabajar con mi propio gremio, el de los Futuros. Empero, me iban a transferir a otro gremio de primera clase cada tres millas.

Lamentaba dejar a Malchuskin. Su simple aplicación al duro trabajo de los rieles tenía un innegable atractivo. Cuando hubimos pasado el cerro, encontramos un terreno más fácil para tender las vías. Como el nuevo grupo de obreros seguía trabajando sin presentar enfadosas quejas, desapareció el descontento de Malchuskin.

Antes de presentarme a la milicia, busqué a Clausewitz. No quería armar un escándalo, pero sí le pregunté el motivo de la decisión.

—Es lo acostumbrado, Mann —dijo.

—Señor, yo creía que ya estaba listo para ingresar a mi propio gremio.

Sentado detrás de su escritorio, no se mostró fastidiado por mi leve protesta. Supuse que estaba habituado a esas preguntas.

—Debemos mantener una milicia completa. A veces se hace necesario reclutar a otros gremialistas para defender la ciudad. Si ello ocurre, no tenemos tiempo de entrenarlos. Todos los gremialistas plenos han cumplido su condena en la milicia, y lo mismo debe hacer usted.

Ante eso no había discusión posible, de modo que pasé a ser Balletero de Segunda Clase Mann durante las tres millas siguientes.

Detesté esa época, rabioso como estaba por la pérdida de tiempo y por la aparente insensibilidad de los hombres con quienes me vi forzado a trabajar. Sabía que sólo conseguía complicarme la vida allí, y a las pocas horas era quizás el recluta más impopular de toda la milicia. Mi único alivio era la presencia de otros dos aprendices —uno del gremio de Tráfico y otro de Tracción— que parecían compartir mi punto de vista. Ellos, sin embargo, tenían la afortunada habilidad de adaptarse a los nuevos compañeros, y por lo tanto sufrían menos que yo.

Los cuarteles quedaban en la zona de los establos, en la base misma de la ciudad. Constaban de dos dormitorios grandes, y se nos obligaba a vivir, comer y dormir en condiciones de insufrible hacinamiento e inmundicia. Durante los días soportábamos períodos interminables de entrenamiento que incluían largas marchas a través del campo. Se nos enseñaba a luchar desarmados, a cruzar ríos nadando, a treparnos a los árboles, a comer hierba y una cantidad de otras actividades fútiles. Al finalizar las tres millas había aprendido a tirar con ballesta y a defenderme sin armas. Me había hecho también de grandes enemigos personales, y sabía que me convenía alejarme de su presencia por un tiempo prudencial.

Luego me transfirieron al gremio de Tracción y de inmediato me sentí más contento.

Más aún, a partir de ese momento y hasta la culminación de mi aprendizaje, mi vida fue placentera y fructífera.

Los hombres a cargo de la tracción de la ciudad eran callados, laboriosos e inteligentes. Se movían sin apuros pero se preocupaban por cumplir la labor asignada y cumplirla bien.

Mi única experiencia anterior con su trabajo —cuando presencié el remolque de la ciudad— no me había demostrado la magnitud de sus operaciones. La tracción no era simplemente cuestión de mover la ciudad sino que también abarcaba sus asuntos internos.

Me enteré de que había un enorme reactor nuclear ubicado en el centro de la ciudad, en el nivel inferior, que proveía la energía eléctrica. Los hombres que lo manejaban eran al mismo tiempo responsables de los sistemas sanitario y de comunicaciones. Muchos de los gremialistas de Tracción eran ingenieros hidráulicos, y me enteré también de que por toda la ciudad corría un complicado sistema de cañerías que aseguraba la recirculación de casi la última gota de agua. Descubrí horrorizado que el sintetizador de alimentos se basaba en un dispositivo de destilación de aguas residuales, y aunque era programado y manejado por directores que vivían en la ciudad, era en la sala de bombeo de Tracción donde finalmente se determinaba la cantidad (y en algunos aspectos la calidad) de los alimentos sintéticos.

El reactor tenía casi como función secundaria el accionar los guinches.

Había seis guinches instalados en una imponente edificación que se extendía de Este a Oeste, en la base de la ciudad. De los seis, se usaban sólo cinco a un mismo tiempo; el otro era revisado por rotación. El motivo principal de preocupación respecto de los guinches eran los apoyos los cuales, luego de miles de millas de uso, estaban muy gastados. Durante el lapso que pasé con este gremio, se discutía mucho si debía proseguirse la tracción con cuatro guinches —contando así con más tiempo para reparar los sostenes—, o si debían utilizarse los seis, reduciendo de este modo el desgaste. El consenso general parecía ser continuar con el sistema actual, ya que no se tomaron decisiones de importancia.

Una de las tareas que me asignaron fue la de controlar los cables, tarea también practicada periódicamente dado que los cables eran tan viejos como los guinches y se quebraban con cierta frecuencia. Cada uno de los seis cables usados en la ciudad había sido reparado varias veces, y aparte de la debilidad que ello aparejaba, varios tramos habían comenzado a desgastarse. Antes de los remolques, por lo tanto, había que controlar centímetro por centímetro los cinco cables, limpiarlos, engrasarlos y componerlos donde se encontraban zonas gastadas.

En la sala del reactor o cuando trabajábamos afuera, en los cables, el tema de conversación era siempre cómo recuperar el terreno perdido hacia el óptimo. Cómo podían mejorarse los guinches, cómo podían obtenerse los nuevos cables. En todo el gremio bullían las ideas, pero no eran hombres aficionados a las teorías. Gran parte de su trabajo se relacionaba con asuntos prácticos. Por ejemplo, mientras yo trabajé con ellos se comenzó un nuevo proyecto para construir un depósito adicional de agua en la ciudad.

Una agradable ventaja de esta etapa del aprendizaje era que podía pasar las noches con Victoria. Aunque por la noche regresaba a la habitación sucio y con calor, durante este breve período tuve la satisfacción de disfrutar de una vida doméstica y de las gratificaciones de un empleo digno.

Un día, trabajando fuera de la ciudad en el acarreo mecánico de un cable hacia el distante emplazamiento del amortiguador, le pregunté a mi jefe por Gelman Jase.

—Un viejo amigo mío, aprendiz de su gremio. ¿Lo conoce?

—¿Es más o menos de su misma edad?

—Un poco mayor.

—Tuvimos dos aprendices hace unas millas. No recuerdo los nombres, pero puedo

averiguar, si quiere.

Sentía curiosidad por ver a Jase. Hacía mucho tiempo que no lo veía y tenía ganas de intercambiar opiniones con alguien que estaba pasando el mismo proceso que yo.

Ese mismo día, más tarde, me informaron que Jase era uno de los aprendices que había mencionado el hombre. Pregunté cómo me podía poner en contacto con él.

—No va a andar por aquí por un tiempo.

—¿Dónde está?

—Salió de la ciudad. Fue al pasado.

Demasiado pronto acabó mi etapa con el gremio de Tracción y me pasaron al de Tráfico durante las tres millas siguientes. Recibí la noticia con sentimientos encontrados porque había presenciado personalmente una de sus operaciones. Para sorpresa mía, me enteré de que iba a trabajar con Collings, y para mayor sorpresa, descubrí que había sido él quien había pedido que fuese a trabajar bajo sus órdenes.

—Supe que iba a ingresar al gremio por tres millas —dijo— y pensé que me gustaría demostrarle que nuestra misión no es sólo dominar a obreros sublevados.

Al igual que los demás gremialistas, Collings tenía una habitación en una de las torres delanteras de la ciudad. Allí me enseñó un largo pliego de papel donde había dibujado un plano.

—No será necesario que preste mucha atención a la mayor parte de esto. Es un mapa del terreno que tenemos por delante, y lo dibujaron los Futuros. —Me mostró los símbolos de montañas, ríos, valles y cuestas empinadas: era toda información de vital importancia para los que planificaban la ruta que tomaría la ciudad en su lenta marcha hacia el óptimo—. Estos cuadrados negros representan los pueblos, que es lo que ahora nos interesa. ¿Cuántos idiomas habla?

Le dije que en el internado nunca me había resultado fácil aprender idiomas, que sólo hablaba francés y con torpeza.

—Mejor entonces que no tenga intenciones de ingresar a nuestro gremio en forma permanente —dijo—. Una de nuestras virtudes es la habilidad para los idiomas.

Me contó que los habitantes de la zona hablaban español, y que los gremialistas de Tráfico habían tenido que aprenderlo utilizando un libro que había en la biblioteca de la ciudad, ya que no quedaban personas de ascendencia española. Se las arreglaban bien, aunque constantemente se presentaban problemas con los dialectos.

Collings me dijo que, de todos los gremios de primera clase, sólo Tracción empleaba regularmente obreros contratados. A veces los Constructores de Puentes debían contratar hombres por breves periodos, pero en general, la mayor parte del trabajo de los de Tráfico era conchar obreros manuales para el trabajo en las vías... y algo que él mencionaba como «transferencia».

—¿Qué es eso? —pregunté de inmediato. Collings respondió:

—Es lo que nos hace tan impopulares. La ciudad busca aldeas donde falten alimentos, donde reine la pobreza. Afortunadamente para nosotros, ésta es una región pobre, de modo que nos favorecen las condiciones para convenir. Podemos ofrecerles comida, tecnología para mejorar sus cultivos, remedios, electricidad. A cambio de ello, los hombres trabajan para nosotros y nos prestan sus mujeres jóvenes. Blas vienen a la ciudad por un breve periodo y quizás dan a luz nuevos ciudadanos.

—Me he enterado del asunto y me parece imposible que ello ocurra.

—¿Por qué?

—¿No es... inmoral? —pregunté, vacilante.

—¿Es inmoral querer mantener poblada la ciudad? Sin sangre nueva nos extinguiríamos dentro de dos generaciones. La mayoría de los hijos de la gente de la ciudad son varones.

Recordé la refriega que ello había causado.

—Pero las mujeres que se transfieren a la ciudad a veces son casadas, ¿no?

—Si... pero sólo permanecen hasta haber dado a luz un niño. Después quedan en libertad para irse.

—¿Qué pasa con el bebé?

—Si es una niña se la cría en el internado. Si es un varón, la madre puede llevárselo o dejarlo en la ciudad.

Entonces comprendí el fastidio de Victoria al hablar del tema. Mi madre había venido a la ciudad y luego se había ido. No me había llevado con ella; me había rechazado. Pero esta revelación no me hizo sufrir.

Los gremialistas de Tráfico, al igual que los del Futuro, recorrían el campo a caballo. Yo nunca había aprendido a montar, así que cuando partimos de la ciudad hacia el Norte, caminé a la par de Collings. Más adelante él me enseñó a andar a caballo, y me dijo que me iba a ser necesario montar cuando ingresara al gremio de mi padre. Fui adquiriendo la técnica lentamente. Al principio me asustaba el animal, me resultaba difícil controlarlo. Pucó a poco, cuando me di cuenta de que era dócil y de buen genio, creció mi confianza y el caballo —como si lo hubiese comprendido— me respondió mejor.

No viajamos muy lejos de la ciudad. Había dos caseríos hacia el Noreste, y fuimos a ambos. Nos recibieron con una cierta curiosidad, pero Collings opinó que en ninguno de los dos pueblos hacían demasiada falta las comodidades que podía ofrecerles la ciudad, así que no hizo intentos de negociar. Me dijo que por el momento estaba cubierto el cupo de obreros que necesitábamos, y que era suficiente el número de mujeres transferidas.

Luego del primer viaje —que nos llevó nueve días durante los cuales dormimos y vivimos incómodamente— regresamos a la ciudad. Allí nos enteramos de que el Consejo de Navegantes había dado el visto bueno al proyecto de construcción de un puente. De acuerdo con la interpretación que me diera Collings, había dos rutas posibles para el avance de la ciudad. Una era hacia el Noroeste y, aunque evitaba una angosta hondonada, atravesaba un terreno quebrado. El otro recorría un terreno más parejo pero requería la construcción de un puente sobre la hondonada. Este último curso fue el elegido, y todos los trabajadores disponibles debieron ser temporariamente cedidos al gremio de los Constructores de Puentes.

Como la prioridad principal era ahora el puente, se reclutó también a Malchuskin, a otro gremialista de Tracción y a sus respectivas cuadrillas. La mitad de la milicia fue relevada de sus tareas para colaborar, y se encargó a varios hombres de Tracción que supervisaran el tendido de las vías sobre el puente. El gremio de los Constructores de Puentes tenía la responsabilidad total del diseño y estructura del mismo y fue así como ellos requirieron a los de Tráfico cincuenta obreros adicionales.

Collings y otro gremialista partieron de inmediato hacia las aldeas de la zona. Entretanto, a mí me llevaron al Norte, al lugar del puente, y me pusieron a las órdenes de un supervisor, Lerouex, el padre de Victoria.

Cuando vi la hondonada me di cuenta de que ocasionaría un importante problema de ingeniería. Tenía unos sesenta metros de ancho en el punto elegido, y las paredes era imperfectas. Abajo corría un arroyo veloz. Además, el lado Norte era unos tres metros más bajo que el lado Sur, lo cual significaba que habría que tender las vías por una rampa antes de llegar a la hondonada.

Los Constructores habían decidido hacer el puente colgante. No había tiempo para hacerlo abovedado ni levadizo, y el otro método apoyado —el de levantar un andamio de madera en la propia hondonada— era impracticable debido a las características de la misma.

Inmediatamente comenzaron a levantar cuatro torres, dos al Norte y dos al Sur de la quebrada. A primera vista parecían aparatos de poca importancia, hechos de acero tubular. Durante la construcción un hombre se cayó de una torre y se mató. El trabajo prosiguió sin pausa. Al poco tiempo me permitieron volver de licencia a la ciudad, y mientras estuve allí, la arrastraron hacia adelante. Era la primera vez que estaba dentro

de la ciudad sabiendo que se llevaba a cabo una maniobra de remolque, y comprobé que no se percibía sensación alguna de movimiento, si bien aumentó levemente el ruido de fondo, tal vez por los motores de los guinches.

Fue durante esta licencia, también, que Victoria me informó que estaba embarazada. Su madre se puso muy contenta con la noticia. Yo estaba encantado y fue una de las pocas veces en mi vida que bebí demasiado vino e hice el ridículo. A nadie le importó.

Cuando volví a salir noté que el trabajo corriente en las vías y los cables continuaba — aunque con un déficit general de mano de obra— y que estábamos a dos millas del sitio del puente. Hablando con un gremialista de Tracción me enteré de que la ciudad se hallaba a sólo una milla y media del óptimo.

Esta información no me impresionó hasta que me di cuenta de que el propio puente debía estar realmente una media milla hacia el Norte del óptimo.

A continuación vino un largo período de demora. La construcción avanzaba con lentitud. Después del accidente se tomaron medidas más estrictas de seguridad, y los hombres de Leroux no cesaban de controlar la resistencia de la estructura. Mientras trabajábamos nos informaron que el tendido de vías en la ciudad marchaba lentamente. En cierto aspecto esto nos venía bien ya que faltaba mucho para terminar el puente, pero era también motivo de ansiedad. No convenía perder ni un instante en la perpetua búsqueda del óptimo.

Un día se corrió la voz de que el propio puente estaba en el punto del óptimo. La noticia me hizo mirar nuevamente los alrededores, pero al parecer el óptimo no producía efectos extraños. Una vez más pensé cuál sería el significado especial. A medida que pasaban los días y el óptimo se alejaba con su misterioso modo, también se alejó de mis pensamientos.

Debido a que todos los recursos de la ciudad estaban concentrados en el puente, no había oportunidad de proseguir mi aprendizaje. Cada diez días me concedían mi licencia —como a todos los demás gremialistas— pero no se me hacía adquirir un conocimiento general de las funciones de los diferentes gremios. El puente era la prioridad.

Empero, los otros trabajos continuaban. Unos metros al Sur del puente se construía un emplazamiento para cables, y se tendían las vías hasta ese lugar. A su debido tiempo se arrastró la ciudad por los rieles y allí quedó, silenciosa, junto a la hondonada, a la espera de la finalización del puente.

La faceta más difícil y exigente de la construcción del puente fue tener que extender las cadenas cruzando la quebrada, desde las torres del Sur a las del Norte, y luego colgar de ellas los rieles. El tiempo pasaba y Leroux y los demás gremialistas se preocupaban. Yo pensé que ello se debía a que, como el óptimo se movía lentamente hacia el Norte, alejándose del puente, la construcción de éste pronto se vería expuesta al mismo problema que Malchuskin me había mostrado en las vías del Sur de la ciudad: se podía arquear. Aunque se lo había diseñado calculando compensar esto hasta cierto punto, la demora en cruzar la hondonada tenía un límite. Ahora el trabajo continuaba durante las noches utilizando unos poderosos reflectores accionados desde la ciudad. Su suspendieron las licencias y se estableció un sistema de tumos.

A medida que se colocaban las vías, se levantaban los amortiguadores en el lado Norte, más allá de las rampas que se habían construido.

La ciudad se hallaba tan cerca que podíamos ir allí a dormir. Me resultaba extraña la diferencia entre la extrema actividad en el puente y la comparativa calma y el ambiente normal del trabajo diario dentro de la ciudad. Mi comportamiento evidentemente reflejaba esta sensación porque, durante un tiempo, se renovaron las preguntas de Victoria acerca de mi trabajo.

Pronto, sin embargo, el puente estuvo listo. Se demoró un día más mientras Leroux y los otros gremialistas practicaban una serie de complicadas pruebas. Sus rostros denotaban preocupación, aun cuando informaron que el puente era seguro. Durante las

horas de la noche la ciudad se preparó para la operación de remolque.

Al alba, los hombres de Tracción hicieron señales indicando vía libre... y con infinita cautela la ciudad comenzó a desplazarse. Yo me había buscado una ubicación ventajosa en una de las dos torres, al Sur de la cañada. Cuando las ruedas delanteras de la ciudad se movieron lentamente en los rieles, sentí una vibración en la torre en el momento en que las cadenas adquirían tensión. A la pálida luz del sol naciente vi que las cadenas de suspensión formaban una profunda curva por el peso que soportaban. La misma vía se doblegaba por la inmensa carga que llevaba encima. Miré al Constructor de Puentes que tema más cerca, que se hallaba en cuclillas a pocos metros de distancia. Toda su atención se centraba en un medidor de carga conectado a las cadenas. Los que observaban la delicada operación no se movían ni hablaban, como si la mis leve interrupción pudiese alterar el equilibrio. La ciudad siguió avanzando y pronto la vía del puente sostuvo todo el peso de la ciudad.

El silencio se rompió bruscamente. Con un fuerte crujido que resonó en las paredes rocosas de la quebrada, uno de los cables se soltó y se volvió hacia atrás, partiendo por la mitad una hilera de milicianos. Un temblor físico recorrió la estructura del puente, y desde el interior de la ciudad escuché el quejido de un guinche que se había cortado, mientras el gremialista de Tracción que controlaba la transmisión diferencial lo ponía en fase. Ahora, con solamente cuatro cables, y a una velocidad notablemente menor, la ciudad proseguía su camino. En el lado Norte de la quebrada, el cable roto yacía serpenteante sobre la tierra, curvándose sobre los cuerpos de cinco milicianos.

La parte más crítica del cruce estaba hecha: la ciudad se movía entre las dos torres del Norte y comenzaba a deslizarse suavemente por las rampas. Luego se detuvo, pero nadie dijo una palabra. No había sensación de alivio ni gritos de júbilo. En el otro extremo de la hondonada colocaron los cuerpos de los milicianos en camillas para llevarlos a la ciudad. La ciudad estaba segura por el momento, pero había mucho que hacer. El puente había provocado una demora inevitable, y estábamos ahora cuatro millas y media por detrás del óptimo. Había que remover los rieles y reparar el cable. También había que dismantelar las torres de suspensión y las cadenas, y guardarlas para un posible uso futuro.

Pronto habría que volver a remolcar la ciudad... siempre hacia adelante, siempre hacia el Norte, en dirección al óptimo, que de alguna manera se las ingeniaba para estar siempre varias millas en la delantera.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO UNO

Helward Mann cabalgaba. Parado sobre los estribos, con la cabeza agachada junto al cuello de la enorme yegua, se regocijaba con las sensaciones de la velocidad: el viento que le velaba los cabellos, el ruido de los cascos en la tierra pedregosa, la ondulación de las ijadas de la bestia, la constante anticipación a un tropiezo, a ser despedido. Viajaban hacia el Sur. Acababan de salir de una aldea primitiva al pie de las montañas y cruzaban la llanura en dirección a la ciudad. Cuando divisó la ciudad de Tierra detrás de un promontorio, Helward aminoró la marcha a medio galope. Al rato iban al paso y, cuando el día se tomó más caluroso, Helward desmontó y caminó al lado del animal.

Pensaba en Victoria, con un embarazo de varias millas. Se la veía saludable y hermosa, y el médico había dicho que el embarazo progresaba bien. A Helward ahora le permitían estar más tiempo en la ciudad, y pasaban muchos días juntos. Era una suerte que la ciudad se moviera una vez más por terreno llano porque él sabía que si se llegase a necesitar otro puente, le reducirían drásticamente los permisos de visita.

Esperaba terminar pronto su entrenamiento. Había trabajado mucho tiempo con todos los gremios, salvo con uno: el propio, el de los Futuros. Collings le había dicho que se aproximaba la culminación de su aprendizaje. Ese mismo día debía entrevistarse con Futuro Clausewitz y discutir formalmente sus progresos hasta el momento. Helward ansiaba finalizar. Si bien en el aspecto emocional todavía era un adolescente, por las costumbres de la ciudad se lo consideraba un adulto. De hecho, había trabajado y aprendido como para alcanzar la condición de tal. Plenamente consciente de las prioridades extremas de la ciudad —aunque aún no muy seguro de las razones— se sentía listo para recibir su título de gremialista pleno. Durante las últimas millas su cuerpo se había vuelto musculoso y delgado, y su piel se había bronceado de un profundo color oro. Ya no se quedaba rígido al cabo de un día de trabajo, y experimentaba la sensación de bienestar que provocaba una difícil tarea culminada con éxito. Todos los gremialistas con quienes convivió llegaron a respetarlo por la buena voluntad que demostraba para trabajar sin hacer preguntas y a medida que su vida privada en la ciudad se transformó en una relación estable y cariñosa con Victoria, lo aceptaron como un hombre a quien podían confiarle pronto la seguridad de la ciudad.

Con Collings, en particular, Helward había establecido una amigable camaradería de trabajo. Luego de cumplir sus obligatorios periodos de tres millas en cada gremio, le dieron a elegir un período adicional de cinco millas con cualquier gremio menos el suyo propio, e inmediatamente pidió ir con Collings. Le gustaba el trabajo de tráfico porque le permitía conocer ciertos aspectos de la vida de los lugareños.

La zona que estaba atravesando la ciudad era alta y yerma, y las tierras eran pobres. Había pocas aldeas, casi invariablemente conjuntos de desvencijadas chozas. La mugre era terrible y proliferaban las enfermedades. Parecían no contar con una administración central ya que cada caserío tenía sus propios ritos de organización. A veces los recibían con hostilidad. Otras veces, la gente demostraba una gran indiferencia.

El trabajo de tráfico se basaba en gran medida en el criterio personal. Había que estimar las características particulares y las necesidades de la comunidad elegida, y negociar de acuerdo con ellas. En la mayoría de los casos, las negociaciones eran infructuosas. La peculiaridad común a todos los pueblos era un letargo apabullante. Cuando Collings lograba despertar un cierto interés, inmediatamente aparecían las necesidades. En general, la ciudad podía satisfacerlas. Con su alto grado de organización y la tecnología de que disponía, la ciudad había acumulado, durante muchas millas, grandes cantidades de alimentos, remedios y productos químicos, y también había aprendido por experiencia cómo utilizarlos. De modo que, ofreciendo antibióticos, semillas, fertilizantes, purificadores de agua —en algunos casos, incluso, ofreciendo ayuda para reparar los implementos en uso—, los gremialistas de Tráfico podían establecer las condiciones para sus propias demandas.

Collings había tratado de enseñar a Helward a hablar español, aunque éste tenía muy poca habilidad con los idiomas. Había llegado a entender algunas frases, pero contribuía muy poco en los largos períodos de transacciones.

Se había estipulado un convenio con la aldea que acababan de abandonar. Veinte hombres irían a trabajar a las vías y en un poblado más pequeño de las inmediaciones les habían prometido diez más. Además, cinco mujeres se habían ofrecido, voluntaria o coercitivamente —Helward no sabía muy bien cómo y no le preguntó a Collings— para trasladarse a la ciudad. Ambos regresaron ahora a la ciudad a buscar las provisiones prometidas a los nativos, y preparar a los diferentes gremios para la nueva afluencia de población temporaria. Collings había decidido que todas las personas deberían hacerse una revisión médica, y esto implicaría una carga adicional para los médicos.

A Helward le gustaba trabajar al Norte de la ciudad. Este sería pronto su territorio ya que era aquí, más allá del óptimo, donde desempeñaba sus tareas el gremio del Futuro. A menudo veía a Futuros cabalgando hacia el Norte, internándose en las zonas que algún

día la ciudad debería atravesar. Una o dos veces había visto a su padre y habían conversado brevemente. Helward confiaba en que, con la experiencia que había acumulado como aprendiz, se desvanecería el malestar que les obstaculizaba la relación, pero aparentemente su padre se sentía tan incómodo como siempre en su compañía. Helward sospechaba que ello no se debía a ningún motivo profundo ni sutil porque Collings, hablando una vez acerca del ¿gremio del Futuro, había mencionado a su padre. «Es muy difícil conversar con él», había dicho. «Es un hombre agradable cuando uno llega a conocerlo, pero es muy reservado».

Al cabo de media hora Helward volvió a montar su caballo y emprendió el regreso, retomando el mismo sendero. Pasado un rato se encontró con Collings, que descansaba a la sombra de una enorme roca. Helward se le acercó y compartieron la comida. Como gesto de buena voluntad, el jefe de la aldea les había obsequiado una gruesa tajada de queso fresco. Comieron una parte, contentos de poder variar su dieta habitual de alimentos sintéticos, procesados.

—Si ellos comen esto —dijo Helward— no me parece que les vayan a gustar nuestros mejunjes.

—No crea que siempre comen esto. Era el único queso que tenían, y probablemente lo hayan robado de alguna parte. Yo no vi que tuvieran ganado.

—Entonces ¿por qué nos lo dieron?

—Porque nos necesitan.

Luego prosiguieron la marcha hacia la ciudad. Ambos caminaban, arrastrando los caballos. Helward estaba ansioso por llegar, y al mismo tiempo lamentaba que hubiera terminado este periodo de su aprendizaje. Sabiendo que ésta sería la última vez que estaña con Collings, sintió la tentación de hablarle de algo que de tanto en tanto le angustiaba y, de todos los hombres que había conocido, Collings era el único con quien podía charlarlo. Empero, le dio vueltas al asunto un rato antes de animarse a hablar.

—Es raro verlo tan callado —dijo de pronto Collings.

—Sí... perdóneme. Estaba pensando en que me voy a convertir en gremialista y no sé si estoy maduro.

—¿Porqué?

—Es difícil explicarlo. Tengo una leve duda.

—¿Quiere hablar de ello?

—Sí; Es decir... ¿puedo?

—No veo por qué no.

—Bueno... algunos de los gremialistas no quieren hacerlo —dijo Helward—, Yo estaba muy confundido cuando salí de la ciudad por primera vez, y ahí aprendí a no hacer demasiadas preguntas.

—Depende de las preguntas —dijo Collings. Helward resolvió dejar de justificarse.

—Son dos cosas —dijo—. El óptimo y el juramento. No estoy seguro de ninguno de los dos.

—No me sorprende. A través de las millas he trabajado con decenas de aprendices, y siempre han tenido los mismos motivos de preocupación.

—¿Usted me puede decir lo que quiero saber? Collings negó con la cabeza.

—No en lo que respecta al óptimo. Eso tendrá que descubrirlo por si mismo.

—Pero es que lo único que sé de él es que se mueve hacia el Norte. ¿Es algo arbitrario?

—No es arbitrario... pero no puedo hablar de ello. Yo le prometo que muy pronto averiguara lo que desea saber. ¿Qué problema tiene con el juramento?

Helward permaneció un instante en silencio. Luego dijo:

—Si usted supiera que lo he quebrantado, si lo supiera en este preciso momento, me mataría. ¿Correcto?

—En teoría, sí.

—¿Y en la práctica?

—Me tendría preocupado varios días. Luego probablemente conversaría con mis compañeros para ver qué me aconsejan. Pero usted no lo ha transgredido, ¿no?

—No estoy seguro.

—¿Por qué no me cuenta?

—Bueno.

Helward comenzó a hablar de las preguntas que Victoria le había hecho al principio, tratando de mencionar sólo generalidades. Como Collings permaneciera callado, Helward entró en mayores detalles. Al rato ya le había enumerado, casi palabra por palabra, todo lo que había relatado a su esposa.

Cuando terminó, Collings dijo:

—Pienso que no tiene por qué afligirse. Helward experimentó una sensación de alivio, pero no podía disipar todos sus escrúpulos con tanta facilidad.

—¿Por qué no?

—Porque el hecho de que le hiciera comentarios a su mujer no ha ocasionado ningún perjuicio.

Había aparecido la ciudad a medida que caminaban, y podían ver los acostumbrados signos de actividad en las vías.

—Pero no puede ser tan sencillo —dijo Helward—. El juramento está redactado de un modo muy severo y el castigo que estipula no es por cierto leve.

—Es verdad... pero los gremialistas lo han heredado así. Nosotros recibimos el juramento y lo transmitimos. Lo mismo hará usted llegado el caso. Ello no significa que los gremios estén de acuerdo con él. Sin embargo, hasta ahora nadie ha presentado otra alternativa.

—¿Quiere decir que, si fuera posible, los gremios harían caso omiso del Juramento? Collings le sonrió.

—Yo no he dicho eso. La historia de la ciudad se remonta mucho tiempo atrás. El fundador fue un hombre llamado Francis Destaine, y se cree que fue él quien introdujo el juramento. Por lo que podemos entender de los documentos de la época, era conveniente dicho régimen de secreto. Pero hoy en día... bueno, las cosas no son tan estrictas.

—No obstante, persiste el juramento.

—Sí, y pienso que aún tiene sentido. Hay mucha gente en la ciudad que quizás nunca se entere de lo que sucede aquí afuera, y nunca necesitarán saberlo. Esas son las personas que principalmente se ocupan de dirigir los servicios urbanos. Ellos tienen contacto con gente de afuera —con las mujeres transferidas, por ejemplo—, y si fuesen a hablar con demasiada libertad, tal vez los de afuera llegarían a conocer la verdadera naturaleza de la ciudad. Nosotros ya tenemos problemas con la gente de la zona. Mire, la existencia de la ciudad es muy precaria, y hay que custodiarla a cualquier precio.

—¿Estamos en peligro?

—No por el momento. Pero si hubiera sabotaje, el peligro sería inmediato e inmenso. Tal como están las cosas, somos muy impopulares... y no se ganaría nada dejando que a esa impopularidad se sumara el conocimiento de nuestra vulnerabilidad por parte de los nativos.

—¿Entonces puedo ser más abierto con Victoria?

—Use su criterio. Ella es hija de Lerouex, ¿no? Una chica sensata. Mientras se guarde para sí misma lo que usted le cuente, no veo que haya peligro. Pero no vaya y hable con demasiadas personas.

—No lo haré.

—Y tampoco diga que el óptimo se mueve porque no se mueve.

Helward lo miró sorprendido.

—A mí me dijeron que se movía.

—Le informaron mal. El óptimo es estático.

—En ese caso, ¿por qué la ciudad nunca lo alcanza?

—Lo alcanza, de tanto en tanto —respondió Collings—, Pero nunca puede quedarse allí mucho tiempo. El terreno se aleja de él hacia el Sur.

CAPÍTULO DOS

Las vías se extendían aproximadamente una milla al Norte de la ciudad. Cuando Helward y Collings llegaron a las inmediaciones, vieron que izaban uno de los cables del guinche hasta el amortiguador. Al cabo de uno o dos días la ciudad volvería a avanzar.

Siguieron caminando en dirección a la ciudad. Del lado Norte se hallaba la entrada del oscuro túnel que coma por debajo, y que daba acceso al interior de la misma. Arribaron a los establos.

—Adiós, Helward.

Helward estrechó calurosamente la mano que Collings le extendía.

—Me suena a despedida muy terminante. Collings se encogió de hombros.

—Es que no lo veré por algún tiempo. Buena suerte, hijo.

—¿Adonde va?

—No voy a ninguna parte. Pero usted sí. Cuídese y saque las conclusiones que pueda.

Sin darle tiempo a responder, el hombre dio media vuelta y entró en los establos. Por un momento Helward estuvo tentado de ir tras él pero un instinto le indicó que no serviría de nada. Tal vez Collings ya le hubiese dicho más de lo que debía.

Con sentimientos encontrados, Helward se internó más en el túnel y llamó el ascensor. Cuando llegó, fue derecho al cuarto nivel en busca de Victoria. No la halló en su habitación, de modo que fue a buscarla a la planta de sintéticos. Victoria llevaba más de dieciocho millas de embarazo, pero tenía intenciones de trabajar el mayor tiempo posible.

Al verlo, abandonó su banco y juntos regresaron a la pieza. Faltaban todavía dos horas antes de que Helward tuviese que ir a ver a Futuro Clausewitz, y pasaron el tiempo charlando. Más tarde, cuando abrieron la puerta, salieron unos minutos a la plataforma.

A la hora indicada Helward subió al séptimo nivel e ingresó a la sede del gremio. Ahora no le resultaba extraña esta parte de la ciudad, pero como la visitaba con muy poca frecuencia, sentía aún un cierto temor ante los gremialistas mayores y el Navegante.

Clausewitz lo esperaba solo en la sala del gremio del Futuro. Cuando Helward llegó, lo saludó cordialmente y le ofreció vino.

Desde ese lugar podía mirarse a través de una ventanita, hacia el Norte de la ciudad. Helward divisó el terreno escarpado donde había trabajado los últimos días.

—Me he enterado de que anda muy bien, aprendiz Mann.

—Gracias, señor.

—¿Se siente listo para convertirse en Futuro?

—Sí, señor.

—Bien... desde el punto de vista del gremio, no hay ningún impedimento. Se ha ganado usted una buena reputación.

—Salvo en la milicia —dijo Helward.

—Eso no debe preocuparle. No todos están hechos para la vida militar.

Helward experimentó un pequeño alivio. Su mal desempeño en la milicia le había hecho preguntarse si su gremio se había enterado de ello.

—El propósito de esta entrevista —prosiguió Clausewitz— es informarle lo siguiente: Le resta aún un periodo nominal de tres millas como aprendiz en nuestro gremio, pero en lo que a mí respecta, eso será una mera formalidad. Antes, sin embargo, deberá usted salir de la ciudad. Es parte de su entrenamiento. Probablemente no regrese por un tiempo.

—¿Puedo preguntarle cuánto tiempo?

—Es muy difícil decir. Por cierto, varias millas. Pueden ser tanto diez como cien.

—Pero Victoria...

—Sí, comprendo que está esperando un niño. ¿Para cuándo?

—Dentro de nueve millas.

Clausewitz frunció el ceño.

—Me temo que no estará aquí para esa fecha. Realmente no queda otra alternativa.

—¿No podría postergarlo para más adelante?

—Lo siento, no. Se le ha encomendado una tarea. Usted sabe que, de tanto en tanto, la ciudad se ve obligada a negociar el uso de mujeres traídas de afuera. Esas mujeres se quedan aquí el menor tiempo posible, pero aun así nunca permanecen menos de treinta millas. Una de las condiciones del acuerdo es que se las conduzca luego nuevamente a sus aldeas... y ahora hay tres mujeres que quieren partir. Acostumbramos utilizar a los aprendices para llevarlas de vuelta, sobre todo porque ahora lo consideramos una parte importante de su proceso de entrenamiento.

Por la misma naturaleza de su trabajo, Helward se había visto forzado a sentirse más seguro de sí mismo.

—Señor, mi mujer espera el primer hijo y yo debo quedarme con ella.

—Eso está descartado.

—¿Y si me niego a ir?

—Se le mostrará una copia del juramento y aceptará el castigo que éste impone.

Helward abrió la boca para responder, pero vaciló. Este no era el momento de discutir la validez del juramento. Era evidente que Clausewitz se estaba conteniendo ya que, al resistirse Helward, su rostro se había vuelto rojo, y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa. En vez de decir lo que pensaba, Helward dijo:

—Señor, ¿puedo apelar a su razón?

—Puede apelar, pero yo no puedo ser razonable. Usted juró que consideraría como asunto de suprema importancia la seguridad de la ciudad. Su entrenamiento gremial es un asunto de seguridad de la ciudad. Y no hay nada más que hablar.

—¿Pero acaso no podría postergarse? Yo podría partir apenas naciera el niño.

—No —Clausewitz se dio la vuelta y extrajo una hoja grande de papel, cubierta en parte con un mapa y con varios listados de números—. Hay que devolver a estas mujeres a sus aldeas. En las nueve millas que faltan para que su esposa de la luz, las aldeas estarán peligrosamente lejos. Ya mismo están más de cuarenta millas hacia el Sur. Usted es el próximo aprendiz de la lista, y por lo tanto es usted quien debe ir.

—¿Es su última palabra, señor?

—Sí.

Helward dejó el vaso de vino sin probar y fue hacia la puerta.

—Helward, espere.

Se detuvo junto a la puerta.

—Si tengo que partir, me gustaría ver a mi mujer.

—Todavía le quedan varios días. Saldrá dentro de media milla.

Cinco días. Era muy poco tiempo.

—¿Y? —dijo Helward. Ya no sentía necesidad de exhibir la habitual cortesía.

—Siéntese, por favor. —Reacio, Helward así lo hizo—. No piense que soy inhumano. Irónicamente, esta expedición le revelará por qué algunas de las costumbres de la ciudad parecen inhumanas. Es nuestro método, y se nos fuerza a seguirlo. Comprendo su preocupación por... Victoria, pero usted debe ir al pasado. No hay mejor modo de que aprenda la situación de la ciudad. Lo que yace al Sur de nosotros es el motivo del juramento, de los aparentes barbarismos de nuestro proceder. Usted es un hombre educado, Helward... ¿conoce alguna cultura civilizada de la historia que haya traficado con mujeres por la simple y sencilla razón de querer que den a luz una vez, y luego devolverlas cuando se haya completado la gestación?

—No, señor —Helward hizo una pausa—. Salvo...

—Salvo las primitivas tribus de salvajes que violaban y saqueaban. Bueno, quizás

nosotros seamos un poquito mejores que ellos, pero el principio no es menos salvaje. El tráfico que hacemos es unilateral, aunque parezca todo lo contrario. Nosotros proponemos el arreglo, estipulamos las condiciones, pagamos el precio y nos vamos. La tarea que le encomiendo tiene que ser cumplida. El hedió de que tenga que abandonar a su mujer en el momento en que más lo necesita es una pequeña crueldad que proviene de un modo de vida también cruel.

—Ninguna de las dos cosas justifica a la otra.

—No... en eso estoy de acuerdo. Pero usted está sujeto al juramento. Ese juramento emana de las causas de mayores crueldades, y cuando usted haga su sacrificio personal entenderá mejor.

—Señor, la ciudad debería cambiar sus costumbres.

—Ya verá que ello es imposible.

—¿Lo comprenderé viajando al pasado?

—Se le aclararán muchas cosas. No todas —Clausewitz se puso de pie—. Helward, hasta este momento usted ha sido un buen aprendiz. Sé que continuará trabajando con empeño por la ciudad. Tiene usted una esposa buena y hermosa. No está bajo amenaza de muerte, se lo aseguro. Que yo sepa, nunca se ha aplicado el castigo que prescribe el juramento, pero le pido que cumpla esta misión que la ciudad le encomienda, y que la cumpla ahora. Yo he tenido que hacerlo en mi época, su padre también... al igual que todos los gremialistas. Incluso en la actualidad otros siete aprendices han partido al pasado. Ellos han tenido que enfrentar problemas personales semejantes y no todos lo han hecho de buen grado.

Helward estrechó la mano de Clausewitz y fue en busca de Victoria.

CAPÍTULO TRES

Cinco días más tarde, Helward estaba listo para partir. Nunca se puso en duda el hecho de que debía ir aunque no había sido fácil explicárselo a Victoria. Si bien al principio ella se mostró horrorizada por la noticia, su actitud cambió bruscamente.

—Tienes que ir, por supuesto. No me utilices a mi como pretexto.

—¿Y el bebé?

—Todo va a andar bien. ¿Qué podrías hacer tú si estuvieras aquí? ¿Pasearte y poner nervioso a todo el mundo? Los médicos me cuidarán. No es la primera vez que atienden un parto.

—¿Acaso no te gustaría que me quede contigo? Ella estiró un brazo y le tomó la mano.

—Desde luego. Pero recuerda lo que dijiste. El juramento no es tan estricto como pensabas. Yo sé que te vas, y cuando vuelvas ya no habrá misterios. Aquí tengo muchas cosas que hacer, y si lo que Collings te dijo del juramento es cierto, podrás contarme lo que veas.

Helward no entendió muy bien lo que ella quiso decirle. El tema por costumbre relatarle muchas de las cosas que veía y hacía fuera de la ciudad, y Victoria lo escuchaba con gran atención. Ya no consideraba peligroso hablar con ella, aunque le preocupaba que manifestara tanto interés, particularmente porque mucho de lo que mencionaba eran detalles de rutina.

El resultado fue que, personalmente, ya no tenía motivos para negarse a viajar, y por cierto la idea le entusiasmaba. Había oído hablar tanto del pasado, casi siempre por inferencia, y ahora le llegaba el momento de emprender él mismo el camino. Jase estaba en el pasado y quizás fueran a encontrarse. Deseaba volver a verlo. Habían ocurrido tantas cosas desde que estuvieran juntos por última vez. ¿Se reconocerían?

Victoria no fue a despedirlo. Cuando él se fue, ella se quedó en la cama, en la habitación. Durante la noche habían hecho el amor con mucha ternura diciéndose en broma que tendrían que hacerlo «durar». Helward le dio el beso del adiós y ella se apretó

contra él. Después de cerrar la puerta le pareció oírla llorar. Se detuvo, tratando de decidir si debía regresar, pero luego de un momento de vacilación siguió su camino. Pensó que no iba a sacar ningún provecho prolongando la situación.

Clausewitz lo estaba esperando en la sala del Futuro. En un rincón habían colocado una pila de implementos, y sobre la mesa había un gran mapa desplegado. La conducta de su jefe no era la misma de la entrevista anterior. En cuanto Helward ingresó en la habitación, lo condujo hasta el escritorio y, sin mayores preámbulos, le explicó lo que debía hacer.

—Este es un plano de las tierras al Sur de la ciudad, en escala longitudinal. ¿Sabe lo que significa? Helward asintió con la cabeza.

—Bien. Una pulgada equivale aproximadamente a una milla... pero no linealmente. Por razones que usted descubrirá, esto no le servirá después. La ciudad está aquí en la actualidad, y aquí está la aldea hacia donde usted se dirige —Clausewitz señaló un grupo de puntos negros en el otro extremo del plano—. Hasta el día de hoy queda exactamente a cuarenta y dos millas de aquí. Una vez que salga de la ciudad advertirá que las distancias se hacen confusas, al igual que las direcciones. Por tanto, el mejor consejo que puedo darle, como le doy a todos los aprendices, es que siga las vías. Yendo hacia el Sur, los rieles son el único contacto que tendrá con la ciudad, y el único modo de encontrar el camino de vuelta. Los pozos cavados para los durmientes y los cimientos deben estar aún a la vista. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Usted emprende este viaje con un objetivo principal, que es lograr que las mujeres que le encomendamos lleguen a salvo a su pueblo. Una vez cumplida la misión, deberá regresar sin demora.

Helward hacía cálculos mentales. Sabía cuanto tiempo demoraba en caminar una milla... Sólo unos minutos. En un día de marcha, con calor, podía recorrer doce millas por lo menos. Y si las mujeres lo demoraban, la mitad. Seis millas por día, o sea, siete días para el trayecto de ida, y tres o cuatro para la vuelta. Si todo andaba bien, podía estar de regreso al cabo de diez días... o una milla, según la costumbre de medir el tiempo en la ciudad. De pronto se puso a pensar por qué le habían informado que no llegaría para el nacimiento de su hijo. ¿Qué le habida dicho Clausewitz el otro día? Que el viaje duraría entre diez y quince millas... o tal vez cien... No tenía sentido.

—Necesitará algún modo de medir la distancia para saber cuándo está en la zona del poblado. Entre la ciudad y la aldea hay treinta y cuatro antiguos emplazamientos de amortiguadores, que en el plano están marcados con líneas rectas que cruzan las vías. No tendrá mucha dificultad en ubicarlos. Aunque los rieles se tienden sobre los mismos sitios, dejan huellas visibles en el terreno. Siga el riel izquierdo exterior. Es decir, mirando al Sur, el de más a la derecha. El pueblo se halla en ese lado de la vía.

—Supongo que las mujeres reconocerán la región donde vivían —dijo Helward.

—Correcto. Bueno, vayamos al equipo que precisará. Está aquí, y le sugiero que lleve todo. No crea que puede prescindir de nada porque nosotros sabemos lo que hacemos. ¿Entendido?

Una vez más, Helward asintió. Clausewitz le fue explicando el instrumental. Un paquete contenía alimentos sintéticos deshidratados y dos bidones grandes con agua. En el otro bulto había una carpa y cuatro bolsas de dormir. Además, sogas gruesas, ganchos, un par de botas... y una ballesta plegada.

—¿Alguna pregunta, Helward?

—Creo que no, señor.

—¿Está seguro?

Helward volvió a mirar el equipo. Un tremendo peso para acarrear, a menos que pudiese compartirlo con las mujeres. Y el ver toda esa comida desecada le había revuelto el estómago.

—¿No podría alimentarme con productos de la tierra, señor? —preguntó—. A la comida sintética no le siento mucho gusto.

—Yo le aconsejaría no comer nada que no lleve en estos bultos. Puede complementar la ración de agua si es necesario, pero que sea agua que corre. Si come algo que crezca en la zona, una vez que se aleje de la ciudad, probablemente se descompondrá. Y si no me cree, inténtelo. Yo lo hice cuando fui al pasado, y estuve enfermo dos días. Lo que le digo no es teoría, es una indicación basada en la dura experiencia.

—Sin embargo nosotros comemos alimentos de la zona en la ciudad.

—Pero la ciudad está cerca del óptimo. Usted se aleja mucho del óptimo.

—¿Eso adultera los alimentos?

—Sí. ¿Algo más?

—No, señor.

—Bien. Hay una persona que quiere saludarlo antes de partir.

Señaló en dirección a una puerta interior y Helward fue hacia allí. Al abrirla se encontró con su padre, que lo esperaba en una pequeña habitación.

Su primera reacción fue de sorpresa, seguida inmediatamente por la incredulidad. Había visto a su padre hacía no más de diez días, cuando éste se dirigía al Norte. En tan breve lapso, le pareció que había envejecido repentina, espantosamente. Cuando entró, su padre se puso de pie, apoyando una mano en el asiento. Todo su aspecto denotaba ancianidad. Se paraba encorvado, las ropas le colgaban y la mano que le extendió se notaba temblorosa.

—¡Helward! ¿Cómo estás, hijo?

Su conducta también había cambiado. Ya no había rastros de la cortedad a que Helward se había acostumbrado tanto.

—Papá... ¿cómo estás tú?

—Estoy bien, hijo. Ahora tengo que descansar un poco, según dice el médico. He ido demasiadas veces al Norte —Volvió a sentarse. Instintivamente, Helward dio un paso adelante y lo ayudó—. Me contaron que te vas al pasado, ¿no?

—Sí, papá.

—Ten cuidado, hijo. Hay muchas cosas allí que te harán pensar. No es como el futuro... ése es mi lugar.

Clausewitz había seguido a Helward y esta ahora parado en la puerta.

—Helward, debo informarle que se le ha aplicado una inyección a su padre. Helward se dio vuelta.

—¿Qué me quiere decir?

—Anoche regresó a la ciudad y se quejaba de dolores en el pecho. Se le diagnosticó una angina y le dieron un calmante. Debería estar en cama.

—Bueno. No me demoraré.

Se arrodilló en el piso, junto a su padre.

—¿Te sientes bien, papá? —preguntó.

—Ya te dije... Estoy bien. No te preocupes por mí. ¿Cómo está Victoria?

—Muy bien.

—Es una buena chica.

—Le diré que te vaya a visitar. Era terrible ver a su padre en ese estado. No tenía idea de que estuviese envejeciendo tanto... pero no se lo veía así unos días atrás. ¿Qué le había ocurrido entre tanto? Hablaron unos minutos más, hasta que su padre ya no pudo prestarle atención. Eventualmente, cerró los ojos y Helward se paró.

—Voy a llamar al doctor —dijo Clausewitz, y salió rápidamente de la habitación. Volvió a los pocos minutos con un médico. Con mucha suavidad alzaron al anciano y lo transportaron a una camilla que esperaba en el corredor.

—¿Se repondrá? —dijo Helward.

—Lo único que puedo decirle es que se le está atendiendo.

—Parece tan viejo —comentó Helward, sin pensar. Clausewitz mismo era un hombre de edad, pero mucho mejor de salud que su padre.

—Es una contingencia de su trabajo.

Helward le clavó la mirada pero no le suministraron otra información. Clausewitz tomó el par de botas, y se lo entregó.

—Pruébeselas —dijo.

—¿Le dirá a Victoria que venga a visitar a mi padre?

—Quédese tranquilo. Yo me encargaré.

CAPÍTULO CUATRO

Helward fue con todo su equipo hasta el segundo nivel. Cuando el ascensor se detuvo, introdujo su llave en el botón sujetador de la puerta y se dirigió a la habitación que le había indicado Clausewitz. Allí lo esperaban cuatro mujeres y un hombre. Tan pronto como ingresó a la pieza advirtió que el hombre y una de las mujeres eran directores de la ciudad.

Primero le presentaron a las otras tres, pero éstas le echaron una breve mirada y desviaron la vista. En sus rostros se notaba una hostilidad reprimida, amortiguada por una indiferencia que hasta ese momento Helward mismo había sentido. Hasta que entró en la habitación no se había puesto a pensar quiénes eran sus compañeras de viaje, como tampoco había imaginado qué aspecto tendrían. De hecho no reconoció a ninguna, pero al oír hablar de ellas a Clausewitz, Helward las había asociado mentalmente con las mujeres de las aldeas que visitara con Collings, y que solían ser delgadas, pálidas, de ojos hundidos, pómulos prominentes, brazos esqueléticos y pechos chatos. A menudo vestidas con ropas sucias, harapientas, las caras cubiertas de moscas. Las mujeres de los poblados eran unas pobres diablas.

Estas tres no compartían ninguna de esas características. Llevaban ropas limpias de ciudad, el pelo aseado y bien cortado. Eran robustas y de mirada diáfana. No pudo disimular su sorpresa al ver que eran muy jóvenes, escasamente mayores que él. La gente de la ciudad hablaba de las mujeres que traían de afuera como si fuesen maduras... pero éstas no eran más que niñas.

Las miraba fijo. Ellas no le prestaban atención. Lo que más le impresionó fue pensar que alguna vez habían sido como las pobres mujeres que viera en los pueblos y que, trayéndolas a la ciudad, habían logrado temporalmente una cierta salud y belleza que podrían haber tenido de no haber nacido en la miseria.

La directora le hizo una breve descripción de sus antecedentes. Se llamaban Rosario, Caterina y Lucía. Hablaban muy poco inglés. Las tres habían residido en la ciudad durante más de cuarenta millas, y las tres habían dado a luz. Dos varones y una nena. Lucía tuvo un varón y no quiso llevárselo, de modo que lo dejó en la ciudad para que lo criaran en el internado. Rosario había elegido conservar a su niño, al que llevaría de vuelta al poblado. A Caterina no le dieron opción... pero de cualquier manera había manifestado indiferencia al tener que perder a su hijita.

El director le explicó que a Rosario había que darle toda la leche en polvo que pidiera porque amamantaba a su hijo. Las otras dos comerían lo mismo que él.

Helward trató de sonreírles amistosamente, aunque no se dieron por aludidas. Cuando intentó mirar al bebé, Rosario le dio la espalda y apretó posesivamente al niño.

No había nada más que decir. Caminaron por el pasillo hasta el ascensor. Las chicas acarreaban sus pocas pertenencias. Helward accionó el botón correspondiente al nivel inferior.

Las chicas seguían ignorándolo y conversaban en su propio idioma. Cuando el ascensor se abrió en el oscuro pasadizo debajo de la ciudad, Helward sacó trabajosamente todo el equipo. Ninguna lo ayudó, sino que lo observaban con expresión divertida.

Con mucha dificultad Helward alzó los bártulos y marchó tambaleante hacia la salida Sur.

Afuera deslumbraba el sol. Apoyó los paquetes en el suelo y miró a su alrededor.

La ciudad había sido movida desde la última oportunidad en que él estuvo afuera, y ahora, las cuadrillas de obreros estaban removiendo los rieles. Las chicas se protegieron los ojos de la luz y pasearon la vista por el paisaje. Era probablemente la primera vez que salían al exterior desde que vinieran a la ciudad.

El bebé, en brazos de Rosario, empezó a llorar.

—¿Me ayudan con esto? —dijo Helward, señalando los bultos con comida y el equipo. Las chicas se quedaron mirándolo sin comprender—. Tenemos que repartir la carga.

Como no le respondieron, Helward se arrodilló en el suelo y abrió el paquete de la comida. Decidió que no sena justo hacerle llevar un peso extra a Rosario, de modo que dividió la comida en tres. Le dio uno a cada una de las otras dos y guardó el resto en su mochila. De mala gana, Lucia y Caterina hicieron lugar en sus bolsas. La sogá era lo más abultado y la metió en su morral. Consiguió apretujar los ganchos y las estacas en el saco que contenía la carpa y las bolsas de dormir. Su carga era ahora más fácil de transportar pero no mucho más liviana y, a pesar de lo que había dicho Clausewitz, estuvo tentado de dejar muchas cosas.

El bebé continuaba llorando y Rosario parecía no preocuparse.

—Vamos —dijo, fastidiado. Emprendió la marcha hacia el Sur, en sentido paralelo a las vías, y en seguida ellas lo siguieron. Se mantenían juntas, guardando unos metros de distancia de él.

Helward trató de tomar un paso rápido pero al cabo de una hora se dio cuenta de que sus cálculos acerca de lo que duraría el viaje habían sido demasiado optimistas. Las chicas se movían con lentitud, quejándose en voz alta del calor y de la superficie de la tierra. En verdad, los zapatos que les habían dado no servían para caminar por terrenos tan desparejos y a él también le afligía mucho la temperatura. De hecho, con ese uniforme y la tremenda caiga que llevaba, sentía un calor espantoso.

Divisaban aún la ciudad, el sol estaba por alcanzar el calor del mediodía y el bebé no había dejado de llorar. El único respiro que había experimentado hasta ese instante fue poder hablar unas palabras con Malchuskin. Este se había mostrado muy contento de verlo —siempre lleno de quejas de los obreros— y le había deseado buena suerte en su expedición.

En realidad, las chicas no habían esperado a Helward, que por eso sólo pudo hablar un minuto con Malchuskin y caminar rápidamente detrás de ellas.

Decidió hacer un descanso.

—¿No puedes hacer que se calle? —le dijo a Rosario. La chica le echó una mirada furiosa y se sentó en el suelo.

—Bueno —respondió—. Yo darle de comer.

Lo miró desafiante y las otras dos chicas esperaron a su lado. Helward captó la situación y se alejó a una cierta distancia, dándole discretamente la espalda mientras ella amamantaba al niño.

Después, destapó una cantimplora y se las pasó. El día era terriblemente caluroso y él estaba de tan mal genio como ellas. Se quitó la chaqueta del uniforme y la extendió sobre una mochila, y aunque así era mayor la fricción de las correas, pudo por lo menos sentirse un poco más fresco.

Estaba impaciente por proseguir la marcha. El bebé se había dormido. Dos de las chicas le habían hecho una cunita provisoria con una bolsa de dormir, y la acarreaban colgando entre ambas. Helward tuvo que relevarlas de llevar sus bolsas, y aunque tema una inmensa sobrecarga, estaba feliz de poder cambiar esta molestia adicional por el silencio.

Caminaron media hora más y ordenó hacer un nuevo descanso. Helward estaba

empapado en sudor y no se consolaba al ver que las chicas lo pasaban tan mal como él.

Miró el sol, que parecía estar justo sobre sus cabezas. Cerca de donde se hallaban había un afloramiento rocoso. Hacia allí se encaminó, y se sentó en la sombra. Las muchachas fueron tras él, quejándose en su propio idioma. Helward lamentaba no haber puesto más empeño en aprender esa lengua. Captaba sólo algunas frases, lo suficiente para comprender que él era el motivo de casi todas las quejas.

Abrió un paquete de comida deshidratada y la mojó con agua de la cantimplora. Así obtuvo una sopa gris que tenía el aspecto y el sabor de un potaje agrio. Con gran perversidad, se alegró al oír los renovados lamentos de las chicas. En esta oportunidad se justificaban, y no les iba a dar la satisfacción de demostrarles que él pensaba lo mismo.

El bebé seguía durmiendo, aunque molesto por el calor. Helward supuso que si reanudaban la marcha se iba a despertar, de manera que, cuando las chicas se tiraron en el suelo para dormir una siesta, no hizo nada por disuadirlas.

Mientras ellas descansaban, volvió a mirar la ciudad, que aún se divisaba a unas dos millas de distancia. Cayó en la cuenta de que no había prestado atención a las huellas de los amortiguadores. Hasta el momento, debían haber pasado una, nada más, y ahora que lo pensaba, entendió lo que había querido decir Clausewitz al afirmar que los rastros se distinguirían claramente en la tierra. Recordó que habían pasado una, minutos antes de hacer alto. Las marcas que dejaban los durmientes eran depresiones poco profundas de un metro cincuenta de ancho por tres de largo, pero en los lugares donde habían estado los cables, se notaban huecos hondos, rodeados de tierra removida.

Mentalmente tachó el primero. Quedaban treinta y siete más.

A pesar de la lentitud del viaje, aún no veía por qué no podía estar de vuelta en la ciudad para el nacimiento de su hijo. Después de dejar a las mujeres en su aldea, podía volver rápido, por más desagradables que fuesen las condiciones.

Resolvió permitir a las chicas que descansaran una hora, y cuando calculó que ya había pasado, fue y se paró junto a ellas..

Caterina abrió los ojos y lo miró.

—Vamos —dijo él—. Quiero que sigamos.

—Hace demasiado calor.

—Es una lástima. Nos vamos igual.

Ella se puso de pie, estiró el cuerpo y habló con las otras dos. Con el mismo desgano, éstas se levantaron. Rosario fue a mirar al bebé. Para consternación de Helward, lo despertó y lo alzó en brazos... pero afortunadamente no se puso a llorar. Sin demora, Helward devolvió las dos bolsas a Caterina y Lucía, y recogió sus dos mochilas.

Fuera de la sombra, todo el calor del sol caía sobre ellos, y al cabo de unos instantes pareció disiparse el beneficio del descanso. Habían caminado sólo unos metros cuando Rosario le pasó el bebé a Lucía.

Volvió hasta las rocas y desapareció detrás de las mismas.

Helward abrió la boca para preguntar adonde había ido... pero luego —se dio cuenta. Cuando ella regresó, fue Lucía, y luego Caterina. Helward sintió que le volvía la furia. Lo estaban haciendo a propósito, para demorar. Helward experimentó la presión de su propia vejiga —agravada al comprender lo que habían hecho las chicas—, pero el enojo y el orgullo le impidieron aliviarse. Decidió esperar hasta más tarde.

Siguieron caminando. Ellas se habían quitado las chaquetas que acostumbraban a usar en la ciudad, y se quedaron en camisa y pantalón. La tela fina, húmeda por la transpiración, se les adhería al cuerpo, y Helward lo advirtió con relativo interés pensando que, en otras circunstancias, este hecho le habría impactado considerablemente. Tal como se daban las cosas, lo único que le impresionó fue comprobar que las chicas eran más rellenas que Victoria. Rosario, en particular, tenía pechos grandes y pezones protuberantes. Después, una de ellas debió haber captado sus miradas ocasionales

porque muy pronto las tres caminaban sosteniendo las chaquetas contra el pecho. A Helward le daba igual... Sólo quena librarse de ellas.

—¿Hay agua? —preguntó Lucía, acercándosele.

Revolvió en su mochila y le entregó la cantimplora. Ella bebió un poco. Luego se humedeció las palmas de las manos y se refrescó la cara y el cuello. Rosario y Caterina la imitaron. Al ver y oír el ruido del agua Helward no aguantó más; su vejiga protestó nuevamente. Miró a su alrededor. No había sitio para esconderse, de modo que se alejó unos metros y orinó en la tierra. Las escuchó reír a sus espaldas.

Cuando regresó, Caterina le extendió la cantimplora. El la tomó y se la llevó a los labios. De pronto Caterina le dio un golpecito abajo, y el agua le salpicó en la nariz y los ojos. Las chicas reían a carcajadas. El bebé empezó a llorar de nuevo.

CAPÍTULO CINCO

Antes del atardecer pasaron otras dos huellas de amortiguadores. Helward resolvió acampar por la noche. Eligió un sitio cerca de una arboleda, a unos trescientos metros de las marcas de las vías. Un pequeño arroyo corría en las inmediaciones y, luego de comprobar la pureza del agua —no tenía otro modo de hacerlo que con su propio paladar—, afirmó que era potable, para conservar la provisión que llevaban en los bidones.

La carpa fue relativamente fácil de armar y, si bien empezó a hacer solo el trabajo, las chicas lo ayudaron a terminar. En cuanto estuvo lista, colocó adentro las bolsas de dormir, y Rosario entró a amamantar al bebé.

Cuando el niño volvió a dormirse, Lucía ayudó a Helward a preparar la comida sintética. Esta vez obtuvieron una sopa color naranja, aunque el gusto era tan malo como el de la anterior. El sol se puso mientras cenaban. Helward había encendido un fueguito, pero pronto se levantó un viento frío del Este. Por último se vieron obligados a ir a la carpa y meterse en las bolsas de dormir para tener algo de calor.

Helward intentó entablar una conversación con sus compañeras de viaje, pero no le respondían, se reían entre ellas o hacían comentarios jocosos en español, de modo que en seguida desistió de la idea. En la mochila había traído algunas velas y se quedó acostado a la luz una o dos horas, pensando cuál sería el provecho que obtenía la ciudad mandándolo a esta expedición sin sentido.

Finalmente se durmió, pero dos veces en la noche lo despertaron los llantos del niño. En una oportunidad alcanzó a distinguir en el resplandor la figura de Rosario dando el pecho a su bebé.

Se levantaron temprano y partieron lo más pronto posible. Helward no sabía qué había ocurrido, pero las chicas estaban hoy de muy distinto humor. En el camino, Caterina y Lucía cantaron un poco, y cuando hicieron la primera parada, trataron nuevamente de echarle agua encima. Él dio un paso atrás para esquivarlas, pero al hacerlo tropezó en el terreno desparejo... y para diversión de ellas, volvió a salpicarse. Sólo Rosario guardaba las distancias, ignorándolo olímpicamente mientras sus compañeras bromeaban con él. A Helward no le gustaba que le tomasen el pelo —porque no sabía cómo replicar—, pero prefería esto y no el mal genio de antes.

A medida que avanzaba la mañana y aumentaba la temperatura, se mostraban de un humor más despreocupado. Ninguna llevaba puesta la chaqueta, y en la parada siguiente. Lucía se desprendió los dos botones superiores de la camisa. Caterina se desabrochó enteramente la suya y se ató un nudo grande adelante, dejando descubierta la zona del estómago.

A esta altura, Helward percibía a las chicas el efecto que ellas le causaban. Crecía la familiaridad y se aliviaba el clima. Incluso Rosario no le dio la espalda cuando tuvo que amamantar a su bebé.

Pudieron mitigar un poco el calor al encontrar otro bosquecillo, que Helward recordaba haber limpiado para tender las vías, unas millas antes. Se sentaron en la sombra a esperar que pasara el peor momento de calor.

Habían dejado atrás cinco marcas de cables; restaban aún treinta y tres. Helward ya no experimentaba tanta frustración por la lentitud del viaje. Comprendía que era imposible avanzar más rápidamente, aun cuando hubiese ido solo. El suelo era demasiado escarpado, el sol muy caliente.

Resolvió esperar dos horas a la sombra de los árboles. Rosario se había alejado unos metros de él y jugaba con su niño. Caterina y Lucía se sentaron juntas debajo de un árbol. Se habían sacado los zapatos y hablaban en voz baja. Helward cerró los ojos unos minutos pero muy pronto se puso nervioso. Salió del bosque y fue hasta las huellas de las vías. Miró a derecha e izquierda. Norte y Sur. La línea coma recta, ondulándose levemente con las subidas y bajadas del terreno, pero siempre manteniendo la misma dirección.

Se quedó un rato disfrutando de la relativa soledad, deseando que cambiara el tiempo y que el cielo se nublara, aunque más no fuera temporariamente. Pensaba si no sería mejor descansar durante el día y viajar de noche... pero lo consideró muy peligroso.

Estaba por volver al bosquecillo cuando de pronto advirtió movimiento, una milla al Sur. De inmediato se puso en guardia y se tiró al suelo, detrás de un árbol. Esperó.

Al instante vio que alguien caminaba junto a las vías en dirección a él.

Recordó que tenía la ballesta plegada en su mochila. Ya era tarde para ir a buscarla. A uno o dos metros del árbol había un matorral y se arrastró hasta esconderse detrás del mismo. Estaba ahora mejor cubierto, y confió en que no lo hubiesen visto.

La persona seguía avanzando hacia él. Unos minutos después, Helward se sorprendió al comprobar que el hombre vestía el uniforme de aprendiz de un gremio. Su primer impulso fue salir del escondite, pero logró vencerlo.

Cuando el hombre se hallaba a menos de cincuenta metros, Helward lo reconoció. Era Torrold Pelham, un muchacho varias millas mayor que él, que había abandonado el internado también mucho antes.

Helward salió de su guarida y se paró.

—¡Torrold!

Pelham se puso inmediatamente en guardia. Levantó su ballesta y le apuntó... luego la bajó despacito.

—Torrold, soy yo. Helward Mann.

—¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo aquí? Se rieron juntos al darse cuenta de que los dos estaban ahí por los mismos motivos.

—Has crecido —dijo Pelham—. La última vez que te vi eras apenas un niño.

—¿Fuiste al pasado? —preguntó Helward.

—Sí. —Pelham miró hacia el Norte de las vías.

—¿Y?

—No es lo que yo pensaba.

—¿Qué hay ahí?

—Ya estás en el pasado. ¿No lo sientes?

—¿Si no siento qué?

Pelham se quedó un instante mirándolo.

—Aquí no es tan potente. Pero se puede percibirlo. Quizás no lo reconozcas todavía. Aumenta la intensidad cuanto más al Sur estás.

—¿Qué es lo que aumenta? Hablas enigmáticamente.

—No... sólo que es imposible de explicar. —Pelham volvió a mirar al Norte—, ¿La ciudad está cerca?

—No muy lejos. A unas millas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Encontraron algún modo de hacerla avanzar con más rapidez?

Yo estuve ausente muy poco tiempo y veo que la ciudad se ha adelantado más de lo común.

—Se movió a la velocidad normal.

—Hay un arroyo por ahí donde habían construido un puente. ¿Cuándo fue que lo hicieron?

—Hace unas nueve millas.

—No entiendo.

—Lo que pasa es que has perdido la noción del tiempo. Pelham sonrió de pronto.

—Supongo que debe ser eso. ¿Viajas solo?

—No —respondió Helward—, Traigo a tres chicas.

—¿Cómo son?

—Están bien. Al principio fue algo difícil, pero ahora nos estamos familiarizando un poco.

—¿Son lindas?

—No están mal. Ven.

Helward lo condujo entre los árboles. Al verlas, Pelham subo.

—¡Eh, están muy bien! ¿No has... estee...? Tú sabes lo que quiero decir...

—No.

Volvieron hasta la vía.

—¿No vas a hacerlo? —preguntó Pelham.

—No estoy seguro.

—Acepta un consejo, Helward. Si tienes intenciones de hacerlo, que sea pronto. De lo contrario, será muy tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Ya verás.

Pelham le obsequió una sonrisa cordial y prosiguió su camino hacia el Norte.

Casi de inmediato Helward tuvo que alejar de su mente todo pensamiento o propósito a que había aludido Pelham. Rosario le dio el pecho al bebé antes de partir, y habían caminado unos pocos minutos cuando al niño le dio una violenta descompostura.

Rosario lo abrazó fuerte cantándole despacito, pero era muy poco lo que podían hacer. Lucía se quedó a su lado, hablándole cariñosamente. Helward estaba preocupado porque si el niño contraía una enfermedad seria, no les quedaba otra alternativa que regresar a la ciudad. Al rato, el bebe dejó de vomitar, y luego de una vigorosa sesión de llanto, se calmó.

—¿Quieres que sigamos? —le preguntó Helward a Rosario.

Ella se encogió de hombros débilmente.

—Si.

Caminaron más despacio. El calor no había disminuido mucho, y varias veces Helward preguntó si querían parar, a lo cual respondían que no, pero él percibía que en los cuatro se había operado un cambio sutil. Era como si se sintieran más unidos por una pequeña tragedia.

—Esta noche vamos a acampar. Y mañana descansamos todo el día.

Hubo acuerdo general, y cuando Rosario volvió a amamantar al bebé, éste no vomitó la leche.

Antes del anochecer atravesaron una zona más rocosa y ondulada, y de pronto arribaron a la quebrada que tanto trabajo les había dado a los Constructores de Puentes. No quedaban huellas del lugar de emplazamiento del puente, aunque los cimientos de las torres de suspensión habían dejado dos marcas profundas en la tierra.

Helward recordó que había un pedazo de terreno llano en la ribera Norte del arroyo que coma al fondo de la quebrada, y hada allá dirigió la marcha.

Rosario y Lucia se encargaron del bebé mientras Caterina ayudaba a Helward a armar

la carpa. De repente, mientras extendían las bolsas de dormir en la tienda, Caterina le apoyó una mano en el cuello y lo besó suavemente en la mejilla.

Helward le sonrió.

—¿A qué se debe esto?

—Rosario piensa que tú ser bueno.

Helward se quedó quieto, pensando que podría repetirse el beso, pero Caterina salió gateando de la carpa y llamó a las demás.

El bebé tenía mejor aspecto, y se durmió apenas lo colocaron en su cunita. Aunque Rosario no comentó nada del niño, Helward la notó menos preocupada. Tal vez hubiese tenido gases.

La noche era mucho más cálida que la anterior. Después de comer, permanecieron un rato fuera de la carpa. Lucía se ocupó de sus pies. Se los frotaba continuamente y sus amigas parecían prestarle mucha atención. Le mostró los pies a Helward, y éste pudo apreciar que le habían salido unos callos grandes en los dedos. Se habló largamente sobre los pies; las chicas decían que a ellas también les dolían.

—Mañana —dijo Lucía—, sin zapatos.

Y así terminó el tema.

Helward esperó afuera hasta que las chicas se hubieron acostado. La noche anterior había hecho tanto frío que todos durmieron vestidos, cosa que no repitieron esta noche porque hacía calor y estaba húmedo. Un cierto recato en Helward le hizo dejarse puesta la ropa y dormir sobre su bolsa. Sin embargo, como crecía su interés por las muchachas, sus pensamientos se llenaron de locas fantasías acerca de lo que ellas pudieran hacer. Al cabo de unos minutos entró en la carpa. Las velas estaban prendidas.

Las chicas se habían metido en sus bolsas. Al ver una pila de ropa, Helward se dio cuenta de que estaban desnudas.

No les dijo nada, sino que apagó las velas y se desvistió en la penumbra, tropezando y cayendo grotescamente. Se tiró sobre su bolsa, consciente del cuerpo de Caterina a su lado. Se quedó despierto largo rato, tratando de no demostrar la excitación que sentía. Victoria parecía estar muy lejos.

CAPÍTULO SEIS

Ya había amanecido cuando se despertó y, luego de un vano intento de vestirse adentro de la bolsa de dormir, Helward salió gateando de la carpa y se vistió rápidamente afuera. Encendió el fuego y puso agua a calentar para preparar té sintético.

Allí, al fondo de la quebrada, ya hacía calor, y se preguntó una vez más si deberían reanudar la marcha o descansar un día entero, como había prometido.

Hirvió el agua y bebió su té. Escuchó ruidos dentro de la carpa. En seguida apareció Caterina, que se encaminaba al arroyo.

La siguió con la mirada. Llevaba ella puesta sólo la blusa —toda desabrochada, abierta—, y un par de pantalones. Cuando llegó al agua, se dio vuelta y le hizo señas con la mano.

—¡Ven! —gritó.

Helward no precisó más invitación. Se acercó, sintiéndose torpe con su uniforme y sus botas.

—¿Nadamos? —dijo ella, y sin esperar respuesta, se quitó la camisa y los pantalones, y se internó en el agua. Helward echó una rápida mirada a la carpa: nada se movía.

Eh pocos segundos se sacó la ropa él también, y chapoteaba hacia ella, Caterina se dio vuelta y lo miró de frente, sonriendo al comprobar la reacción que había estimulado en él. Lo salpicó y se volvió. Helward dio un salto para alcanzarla. La abrazó... y juntos cayeron de costado en el agua.

Caterina trató de desprenderse de él. Se paró. Logró evadirse tirándole mucha agua.

Helward la siguió y le dio caza en la costa. La expresión de ella era seria. Caterina levantó los brazos, los anudó en el cuello de Helward y atrajo su cara contra la suya. Se besaron unos instantes. Luego salieron del agua y se tendieron en el pasto de la orilla. Comenzaron a besarse de nuevo, con más intensidad.

Cuando se desligaron, se vistieron y regresaron a la carpa, Rosario y Lucia estaban comiendo un potaje amarillo. Ninguna de las dos dijo nada, pero Helward vio que Lucía sonreía a Caterina.

Media hora más tarde, el bebé volvió a descomponerse. Preocupada, Rosario lo alzó, pero de pronto lo dejó en brazos de Lucia y salió corriendo. Segundos después la oyeron vomitar junto al arroyo.

Helward preguntó a Caterina:

—¿Te sientes bien?

—Sí.

Helward olfateó los alimentos que habían estado comiendo. El olor era normal... poco apetitoso pero no podrido.

Luego fue Lucia quien se quejó de fuertes dolores estomacales, y se puso muy pálida.

Caterina se alejó.

Helward estaba desesperado. Ahora lo único que podían hacer era volver a la ciudad. Si la comida se había puesto rancia, ¿cómo iban a sobrevivir el resto del viaje?

Al rato Rosario regresó al campamento. Se la notaba débil, y se sentó en el suelo, a la sombra. Lucía le dio agua de la cantimplora. Ella también estaba blanca y se apretaba el estómago. El bebé seguía gritando. Helward no estaba preparado para enfrentar una situación de esta índole, y no sabía qué sugerir.

Fue en busca de Caterina, quien aparentemente no se hallaba afectada.

Unos cien metros abajo, en la quebrada, la encontró. Ella retornaba al campamento con los brazos cargados de manzanas silvestres, rojas, maduras. Helward probó una. También era dulce y jugosa... pero luego recordó la advertencia de Clausewitz. Su criterio personal era que Clausewitz estaba equivocado; sin embargo, de mala gana se la dio a Caterina, que se comió el resto.

Asaron una manzana en el fogón y después la pelaron. Alimentaron al bebé con pequeños bocados. Esta vez no vomitó y dio muestras de alegría. Rosario se sentía aún demasiado débil como para atenderlo, de modo que fue Caterina quien lo acostó en su cunita. A los pocos minutos se había dormido.

Lucia no estaba enferma, aunque le dolió el estómago toda la mañana. Rosario se recuperó más rápido, y comió una manzana.

Helward comió lo que sobraba del potaje amarillo... y no se descompuso.

Ese mismo día, más tarde, Helward trepó por el lado Norte del arroyuelo. Ahí, hacía varias millas, se habían perdido vidas con el objeto de lograr que la ciudad cruzara la cañada. El paisaje le resultaba aún familiar, y si bien habían retirado casi todo el equipo utilizado en la operación, seguían vividos en su memoria esos largos días y noches que habían trabajado contra reloj para completar el puente. Miró hacia la margen Sur, hacia el lugar mismo donde se había erigido el puente.

La hondonada no le parecía tan ancha como entonces, ni tampoco tan profunda. Quizás en aquel momento la excitación le había hecho exagerar la magnitud del obstáculo.

Sin embargo, no... la quebrada antes era más ancha...

Recordaba que, cuando la ciudad cruzara el puente, la vía tenía no menos de sesenta metros de largo. Ahora daba la impresión de que, en ese mismo sitio, la quebrada tenía sólo unos diez metros de ancho.

Helward se quedó mirando la costa de enfrente largo rato, sin entender cómo podía darse esta aparente contradicción. Luego le vino una idea.

El puente se había construido de acuerdo con específicas instrucciones de ingeniería. Él había trabajado varios días en la fabricación de las torres de suspensión, y sabía que las dos torres, a ambos lado de la cañada, se habían erigido separadas a una distancia exacta para permitir que la ciudad pasara por el medio.

Esa distancia era unos cuarenta metros, o cuarenta pasos.

Fue hasta el lugar donde había estado una de las torres del Norte, y caminó hasta la torre gemela. Contó cincuenta y ocho pasos.

Regresó e intentó de nuevo. Esta vez, sesenta pasos.

Probó nuevamente, dando pasos más largos: cincuenta y cinco pasos.

Desde el borde de la cañada miró el arroyo que coma abajo. Recordaba claramente la profundidad de la quebrada. Parado allí, el fondo le había parecido terriblemente profundo. Ahora no había más que un corto trecho que descender hasta el campamento.

Tuvo otro pensamiento mientras caminaba en dirección al Norte, hacia la rampa por medio de la cual la ciudad había tomado nuevamente contacto con la tierra. Se veían aún con nitidez las huellas de los cuatro rieles, que desde ese punto coman paralelos hacia el Norte.

Si, al parecer, las dos torres estaban ahora más separadas, ¿qué pasaba con los rieles?

Por su larga experiencia de trabajo con Malchuskin, Helward conocía íntimamente cada detalle de las vías y los durmientes. Los rieles tenían un metro de espesor, y descansaban sobre durmientes de un metro y medio de largo. Mirando las marcas que estos últimos habían dejado en el terreno, vio que eran mucho más grandes. Midió aproximadamente, y calculó que ahora teman, cuando menos, dos metros diez de largo, y eran menos hondas que lo que debían ser. Pero sabía que eso era imposible ya que la ciudad empleaba durmientes de un largo standard, y los pozos que se cavaban para colocarlos eran siempre del mismo tamaño.

Para estar más seguro controló varias marcas más, y llegó a la conclusión de que todas eran unos sesenta centímetros más largas que lo debido.

Y estaban demasiado juntas. Los obreros instalaban los durmientes a intervalos de un metro veinte... no a cuarenta y cinco centímetros, como estaban ahora.

Demoró unos minutos más tomando medidas similares. Luego descendió por la quebrada, cruzó el arroyo caminando —ahora le parecía mucho más angosto y playo que antes—, y trepó por el lado Sur.

Aquí también las dimensiones estaban en completo desacuerdo con las que él conocía.

Intrigado, y bastante preocupado, regresó al campamento.

Las chicas teman mejor semblante, pero el bebé se había vuelto a descomponer. Ellas le dijeron que habían estado comiendo las manzanas que Caterina había encontrado. Helward partió una por la mitad y la inspeccionó cuidadosamente. No le vio nada de distinto de cualquier manzana común. Una vez más estuvo tentado de comerla, pero en cambio se la pasó a Lucía.

De pronto se le ocurrió algo.

Clausewitz le había advertido que no comiera frutos de la zona. Presumiblemente porque él era de la ciudad. Le había dicho que podía comer frutos de la zona cuando la ciudad estaba cerca del óptimo, pero aquí, varias millas al Sur, no debía hacerlo. Si comía los alimentos de la ciudad, no se enfermaría.

Sin embargo las chicas... bueno, ellas no eran de la ciudad. Quizás fuese su comida lo que las hacía indisponer. Ellas podían comer alimentos de la ciudad cuando estaban cerca del óptimo, pero no ahora.

La hipótesis era razonable, salvo por un detalle: el bebé. A excepción de unos pocos bocaditos de manzana, sólo había ingerido la leche de su madre, y eso no podía caerle mal.

Fue con Rosario a ver al niño, que yacía en su cunita, con la cara roja y huellas de

lágrimas. No lloraba, pero se quejaba débilmente. Helward sintió pena por la criaturita, y pensó que podía hacer él por ayudarla.

Afuera de la carpa. Lucia y Caterina se mostraban de buen humor. Cuando Helward salió de la tienda ellas le hablaron, pero él pasó de largo y fue a sentarse junto al arroyo. Seguía meditando su nueva idea.

El único alimento había sido la leche materna... ¿Y si la madre estuviese ahora cambiada porque se hallaban lejos del óptimo? Ella no era de la ciudad, pero el bebé sí. ¿Tendría importancia ese hecho? Aparentemente, no mucho porque el bebé había sido concebido en el cuerpo de la madre. Pero era una posibilidad.

Regresó al campamento y preparó comida sintética y leche en polvo, cuidando de utilizar sólo agua de la que había traído de la ciudad. Se la entregó a Rosario y le dijo que intentara dársela al niño.

Al principio ella se resistió. Luego accedió. El bebé ingirió el alimento, y dos horas más tarde dormía plácidamente una vez más.

El día pasaba lentamente. Al fondo de la cañada no corría ni una brisa, hacia calor, y Helward volvió a sentirse frustrado. Ahora comprendía que, si su suposición era correcta, ya no podría ofrecer a las chicas nada de comida. Pero podían subsistir comiendo manzanas durante las treinta millas que aún quedaban por caminar.

Más tarde les contó lo que había estado pensando, y sugirió que, por el momento, ellas comieran sólo pequeñas cantidades de su comida, y que lo complementaran con lo que pudiesen encontrar en la zona. Ellas se mostraron perplejas, pero aceptaron.

La tarde seguía sofocante. Helward transmitió a las chicas su desasosiego. Ella;? se pusieron alegres, retozonas, y le tomaban el pelo por su abultado uniforme. Caterina dijo que iba de nuevo a nadar, y Lucía anunció que ella también iba. Se quitaron la ropa delante de él y luego lo obligaron a desvestirse. Chapalearon largo rato desnudos en el agua, y luego se les reunió Rosario, que ya no demostraba una actitud recelosa.

Durante el resto del día se tiraron a tomar sol junto a la carpa.

Esa noche, cuando Helward iba a entrar a la tienda, Lucia le tomó de la mano y lo llevó lejos del campamento. Le hizo el amor apasionadamente, apretándolo fuerte como si fuese él la única fuerza de la realidad en su mundo.

Por la mañana, Helward advirtió unos celos crecientes entre Lucia y Caterina, de manera que levantó campamento lo más temprano posible.

Cruzaron el arroyo y Cegaron a las tierras altas del Sur. Continuaron su camino a lo largo del riel izquierdo exterior. La campiña que los rodeaba le resultaba familiar a Helward dado que por esta zona había pasado la ciudad cuando empezó a trabajar al aire libre. Adelante, unas dos millas hacia el Sur, alcanzaba a divisar el cerro que había tenido que escalar la ciudad durante la primera operación de remolque que presenció.

Pararon a descansar a media mañana, y luego Helward recordó que sólo a dos millas al Oeste había un pueblito. Pensó que, si pudiese obtener alimentos allí, solucionarían el problema de comida de las chicas. Les sugirió la idea.

Había que resolver quién iría. Le parecía que debía ir él por su responsabilidad, pero necesitaría que una de las muchachas oficiara de intérprete. No quería dejar a una chica sola con el, bebé. Si iba con Caterina o Lucia, la que se quedara se sentiría celosa. Por último, le pidió a Rosario que lo acompañara, y por la reacción que todas manifestaron, se dio cuenta de que su elección había sido acertada.

Partieron siguiendo aproximadamente el rumbo que Helward recordaba que llevaba al poblado, y lo encontraron sin dificultad. Luego de largas conversaciones entre Rosario y tres hombres de la aldea. les dieron carne desecada y verduras frescas. Todo resultó notablemente sencillo —Helward pensaba qué tipo de persuasión habría empleado Rosario—, y pudieron pronto regresar.

Mientras caminaba, varios metros detrás de Rosario, Helward notó algo en ella que no

había advertido con anterioridad.

Rosario era bastante más corpulenta que las otras dos y su cara y sus brazos eran robustos. Tenía una leve predisposición a la gordura, pero de pronto le pareció que esto era mucho más evidente que antes. Con un cierto interés al principio y con mayor atención más tarde, vio que la blusa le ajustaba mucho en la espalda. Antes no le quedaba chica la ropa... se la habían dado en la ciudad y le sentaba bien. Luego notó que los pantalones le ceñían en el trasero y que arrastraba las botamangas por el suelo. A pesar de que no llevaba zapatos, no recordaba que los pantalones le quedaran tan largos.

La alcanzó y caminó a su lado.

La camisa le ajustaba el pecho, comprimiéndole los senos... y las mangas eran demasiado largas. Además, parecía ser más baja que lo que era, incluso, el día anterior.

Cuando se reunieron con las otras chicas, Helward advirtió que a ellas también les quedaba mal la ropa. Caterina tenía la camisa anudada en la cintura como antes, pero Lucía la usaba prendida, y la tirantez le había hecho rajarse la tela entre dos botones.

Trató de no pensar en este fenómeno. No obstante, a medida que proseguían la caminata, se hacía cada vez más obvio... y con resultados cómicos. Al inclinarse para atender al bebé, se le rasgó el pantalón a Rosario. A Lucía se le saltó un botón cuando levantaba la cantimplora para mojarse los labios, y a Caterina se le descosieron las costuras de las axilas.

Una milla más adelante, Lucía perdió otros dos botones. Como la blusa se le abriera casi totalmente, se la ató igual que Caterina. Las tres se habían levantado el ruedo de los pantalones, y era evidente que sufrían una gran incomodidad.

Helward mandó hacer alto al pie del cerro, y allí acamparon. Después de comer, las chicas se quitaron sus ropas harapientas y entraron en la carpa. Bromeaban con Helward respecto de sus propias ropas. ¿Acaso no se le irían a desgarrar? Helward se quedó sentado a la intemperie. Todavía no tenía sueño, y no quena entrar en la tienda con las muchachas.

El bebé empezó a llorar. Rosario salió de la carpa a buscarle alimento. Helward le habló pero ella no le respondió. La estudió con la mirada mientras agregaba agua a la leche en polvo, pero la miraba de un modo totalmente asexuado. La había visto desnuda el día anterior, y estaba seguro de que no presentaba ese aspecto. Era casi tan alta como él, y ahora parecía más regordeta, más rechoncha.

—Rosario, ¿Caterina está despierta?

Ella asintió muda, y volvió a entrar en la carpa. Segundos más tarde salió Caterina. Helward se puso de pie.

Quedaron frente a frente, a la luz del fogón. Caterina no dijo nada, y Helward no sabía qué decir. Ella también había cambiado... Al instante se les reunió Lucía, quien se paró junto a Caterina.

Ahora ya no le cabían dudas. En algún momento del día se había modificado el aspecto de las chicas.

Miró a ambas. Ayer, desnudas en el arroyo, sus cuerpos eran largos, elásticos. Sus pechos, redondos.

Hoy, los brazos y las piernas eran más cortos y más gordos. Los hombros y las caderas, más anchos. Los pechos, menos redondos y más separados. Las caras más llenas, los cuellos más cortos.

Se acercaron a él. Lucía tomó en sus manos el cierre del pantalón de Helward. Tenía los labios húmedos. Desde la puerta de la carpa, Rosario observaba.

CAPÍTULO SIETE

Por la mañana, Helward comprobó que las chicas habían cambiado aún más durante la

noche. Calculó que ninguna de las tres mediría más de un metro cincuenta. Hablaban más rápido que de costumbre y en un tono más agudo.

A ninguna le entraba la ropa. Luda trató, pero no pudo ponerse los pantalones, y rasgó las mangas de la blusa. Cuando abandonaron el campamento, también abandonaron sus atuendos, y siguieron su camino desnudas.

Helward no podía quitarles los ojos de encima. Cada hora que pasaba traía aparejado otro cambio evidente en ellas. Sus piernas eran tan cortas que sólo podían dar pequeños pasitos, y se vio forzado a aminorar el ritmo de marcha para no dejarlas atrás. Además advirtió que, a medida que caminaban, adoptaban una pose más inclinada, de modo que parecían ir echadas para atrás.

Blas también lo observaban, y cuando pararon para tomar agua, se produjo un silencio espectral mientras se pasaban la cantimplora.

A su alrededor se notaban signos de alteraciones en el paisaje. Las huellas del riel que iban siguiendo eran borrosas. La última marca notable de un durmiente media doce metros de largo y menos de tres centímetros de profundidad. No se distinguían los otros rieles. Poco a poco, la franja de tierra entre ambas vías se había ensanchado, corriéndose hacia el Este una media milla, o más.

Esa mañana habían pasado doce marcas de amortiguadores, y según los cálculos de Helward, restaban otros nueve aún.

Pero, ¿cómo iba a reconocer la aldea de las chicas? El terreno era llano, uniforme. El sitio donde descansaban parecía ser el residuo endurecido de un torrente de lava. No había sombra ni ningún lugar donde buscar refugio. Inspeccionó el suelo con mayor atención. Podía incrustar los dedos y dejar leves huellas en la tierra. A pesar de que era tierra suelta, arenosa, era también espesa y viscosa al tacto.

Las chicas median ahora apenas noventa centímetros. Sus cuerpos estaban aún más deformes. Teman los pies chatos, anchos. Las piernas, cortas y gordas. Los torsos, redondos y comprimidos. Se convirtieron, para él, en seres grotescamente repugnantes y notó que, no obstante la fascinación con que presenciaba esos cambios, el sonido de sus voces chillonas le irritaba.

El bebé era el único que no se había modificado. Segura igual que siempre. Pero en relación a su madre, era desproporcionadamente grande, y Rosario lo contemplaba con inefable horror.

El bebé era de la ciudad.

Del mismo modo que Helward había nacido de una mujer de afuera; el hijo de Rosario pertenecía a la ciudad. Por más transformaciones que sobrevinieran a las chicas y al paisaje de donde provenían, ni él ni el bebé se veían afectados.

Helward no sabía qué hacer, ni cómo entender lo que contemplaba.

Se sintió más atemorizado ya que esto superaba la comprensión que tenía del orden natural de las cosas. La prueba estaba a la vista; el análisis no tema puntos de referencia.

Miró hacia el Sur y vio que, no muy lejos, aparecía una hilera de colinas. Por la forma y la altura supuso que sena la falda de una cadena más alta... pero también advirtió alarmado que las colinas estaban cubiertas de nieve. El sol calentaba tanto como siempre, y el aire era caliente. La lógica le indicaba que, de existir nieve en este clima, debía ser en la cima de montañas muy altas. Y sin embargo, estaban lo suficientemente cerca —una o dos millas, pensaba— como para captar que no teman más de ciento cincuenta metros de alto.

Se puso de pie y de pronto se cayó.

Al tocar el suelo empezó a rodar como en una pendiente, hacia el Sur. Logró detenerse y pararse vacilante, luchando contra una fuerza que lo arrastraba al Sur. No era una fuerza desconocida; la había estado sintiendo toda la mañana, pero la caída lo había tomado de sorpresa y la fuerza parecía ahora más contundente que antes. ¿Por qué no le había hecho efecto hasta este momento? Hizo memoria. Esa mañana se había distraído,

pero también experimentó la sensación de ir caminando cuesta abajo. Cosa que carecía de sentido ya que el terreno era llano. Se paró junto a las chicas, probando la sensación.

No era como la presión del aire ni como la atracción de la gravedad en una pendiente. Tenía algo de ambas; en tierra chata, y sin que hubiera desplazamientos de aire, se sentía impelido hacia el Sur.

Dio unos pasos al Norte y se dio cuenta de que agitaba las piernas como si estuviese trepando una loma. Se volvió hacia el Sur y, contrariamente a lo que le mostraban sus ojos, sintió que descendía por una cuesta.

Las chicas lo observaban con curiosidad. Se acercó a ellas.

Comprobó que, en el lapso de unos minutos, sus cuerpos se habían deformado aún más.

CAPÍTULO OCHO

Poco antes de proseguir la marcha. Rosario trató de dirigirle la palabra. Helward tuvo dificultad en comprenderle. De todas maneras, el acento de ella era muy pronunciado, tenía ahora una voz muy aguda y hablaba demasiado rápido.

Luego de varios intentos, captó la esencia de lo que le decía.

Ella y sus compañeras tenían miedo de regresar a sus aldeas. Se consideraban de la ciudad, y su propia gente las rechazaba.

Helward dijo que debían continuar su camino —como habían elegido hacerlo—, pero Rosario le informó que de ahí no se movían. Ella estaba casada con un hombre de la población, y si bien al principio quiso volver con él, ahora pensaba que la iba a matar. Lucia también era casada y compartía su temor. La gente de los pueblos odiaba la ciudad, y ellas serían castigadas por haber ido allí un tiempo.

Helward desistió de responderle. Tenía tanta dificultad en hacerse entender como en entenderle a ella. Pensaba que ya era demasiado tarde. Al fin y al cabo, habían ido voluntariamente a la ciudad como parte del convenio. Trató de decirle eso, pero ella no le comprendió.

Aun mientras hablaban continuaba el proceso de cambio. Media ahora no más de treinta y cinco centímetros, y su cuerpo —al igual que el de sus compañeras— tenía casi un metro y medio de ancho. Al verlas era imposible pensar que alguna vez hubiesen sido seres humanos, aunque él sabía que era verdad.

—¡Espera aquí! —dijo Helward.

Se paró y volvió a rodar por el suelo. La presión se había intensificado, y logró ponerse de pie con suma dificultad. Regresó arrastrándose hasta su mochila y se la colocó. Buscó la sogá y se la colgó del hombro.

Manoteando para contener la fuerza, emprendió el camino al Sur.

Ya no se podía percibir accidente geográfico alguno, como no fuera la línea del terreno que se elevaba al frente. La superficie sobre la que caminaba era una mancha confusa y, si bien de tanto en tanto se detenta a examinar el terreno, era incapaz de distinguir algo que hubiese podido ser pasto, piedras o tierra.

Las características naturales del mundo se distorsionaban: se extendían lateralmente de Este a Oeste, disminuyendo en altura y profundidad.

Una roca podía ser una franja color gris oscuro de tres milímetros de ancho por doscientos metros de largo. Las colmas cubiertas de nieve bien podían ser montañas, y esa rayita verde, un árbol.

La angosta línea color blanco desteñido, una mujer desnuda.

Llegó a la zona alta con más rapidez de lo que había pensado. Crecía la atracción hacia el Sur y, cuando estaba a menos de cincuenta metros de la colina más cercana,

tropezó y comenzó a rodar hacia ella con una velocidad en constante aumento.

La ladera Norte era casi vertical, como el lado resguardado de una duna barrida por el viento, y contra ella se estrelló fuertemente. Casi de inmediato la fuerza del Sur le impelió a trepar la ladera, desafiando la gravedad. Desesperado —porque sabía que si llegaba arriba nunca más podría resistir la atracción— braceaba buscando poder prenderse de algo. Encontró una roca prominente. Se aferró a ella con ambas manos, sujetándose furiosamente para repeler la inexorable tracción. Su cuerpo giró hasta quedar tendido verticalmente sobre la pared, cabeza abajo. Si ahora se deslizaba, se venía arrastrado cuesta arriba y luego descendería hacia el Sur.

Metió una mano en la mochila y sacó el gancho, al que logró fijar debajo de la saliente. Le ató un extremo de la cuerda. El otro extremo se lo ató en la muñeca.

La presión del Sur era ahora tan enorme que virtualmente contrarrestaba la fuerza normal de gravedad.

La materia de la montaña cambiaba debajo de él. La pared dura, casi vertical, lentamente se iba ensanchando de Este a Oeste, se achataba, de modo que, a sus espaldas, la cima del cerro parecía ir encaramándose sobre su cuerpo. Vio una grieta en la roca que poco a poco se cerraba. Extrajo el gancho y lo clavó en la grieta. Instantes más tarde, el gancho estaba firmemente calzado.

La cúspide se había dilatado y ahora estaba debajo de su cuerpo. La presión del Sur se apoderó de él transportándolo por encima de la montaña. No se soltó la cuerda, y quedó suspendido horizontalmente.

Lo que hasta ese momento era la montaña se convirtió en una dura protuberancia debajo de su pecho. Su estómago descansaba contra lo que había sido el valle. Sus pies se agitaban en busca de un punto de apoyo sobre lo que había sido otro cerro.

Estaba aplastado contra la superficie del mundo, un gigante recostado sobre una antigua región montañosa.

Levantó el cuerpo tratando de aliviar su posición. Al alzar la cabeza notó de pronto que le faltaba el aire. Soplaban un viento fuerte, gélido, del Norte, pero carecía del oxígeno necesario. Volvió a inclinar la cabeza, apoyando el mentón en el suelo. A esa altura podía inspirar aire suficiente para sobrevivir. Hacia un frío terrible.

Impulsadas por el viento, las nubes flotaban a pocos centímetros de la tierra formando una sábana blanca. Daban vueltas alrededor del rostro de Helward, esparciéndose sobre su nariz como la espuma en la proa de un barco. Tenía la boca debajo de las nubes. Los ojos, arriba. Helward miró adelante, a través de la atmósfera enrarecida. Miró hacia el Norte.

Estaba en el borde del mundo, cuya mole principal yacía frente a él.

Podía ver el orbe entero.

Al Norte, el terreno era llano. Tan liso como la tabla de una mesa. Pero en el centro, la tierra se elevaba de la llanura en una espiral cóncava, perfectamente simétrica. Se iba angostando cada vez más, hacia arriba, estilizándose, llegando tan alto que era imposible ver dónde terminaba.

Era de múltiples colores. Había amplias zonas marrones y amarillas, tachonadas de verde. Más al Norte, una región azul, de un azul puro, oriental, que encandilaba la vista. Encima de todo, el blanco de las nubes en largas, tenues espirales, en brillantes enjambres, formando diseños escamosos.

El sol se estaba poniendo. Rojo al Noreste, relucía contra un horizonte imposible.

La forma del sol era la de siempre. Un ancho disco chato que podía ser un ecuador. En el centro, al Norte y al Sur, se dibujaban sus polos como espirales cóncavas.

Helward había visto tantas veces el sol que ya no cuestionaba su apariencia. Pero

ahora sabía que el mundo tenía también la misma forma.

CAPÍTULO NUEVE

El sol se puso y el mundo quedó a oscuras.

La presión del Sur era tan intensa que su cuerpo apenas rozaba lo que antes fueran montañas. En la penumbra, pendía verticalmente de la soga. La razón le decía que seguía en posición horizontal, pero la razón se hallaba en conflicto con la sensación.

Ya no podía confiar en la resistencia de la cuerda. Estiró los brazos, apretó los dedos contra dos pequeñas salientes rocosas (¿alguna vez habrían sido montañas?), y subió.

La superficie era ahora más lisa. Helward no podía encontrar un punto firme de donde sujetarse. Con mucha dificultad descubrió que podía hundir los dedos en la tierra, lo suficiente para lograr agarrarse por el momento. Nuevamente se arrastró hacia adelante. Era cuestión de unos pocos centímetros... pero en otro sentido, cuestión de kilómetros. La fuerza del Sur aparentemente no decrecía.

Se soltó de la cuerda y gateó con las manos. Varios centímetros después sus pies tocaron el pequeño risco que antes fuera una montaña. Presionó fuertemente y siguió avanzando.

Poco a poco fue disminuyendo la fuerza hasta que ya no fue necesario sujetarse. Helward se relajó un instante. Trató de recobrar el aliento. Al hacerlo, percibió que la presión volvía a aumentar, de modo que continuó moviéndose. Logró luego apoyarse sobre las manos y las rodillas.

No había mirado hacia el Sur. ¿Qué era lo que antes había detrás de él?

Se arrastró largo trecho hasta que se sintió capaz de pararse. Así lo hizo, inclinándose hacia el Norte para contrarrestar la fuerza. Caminó para adelante, notando que paulatinamente se reducía la inexplicable resistencia. Al rato se había alejado de la peor zona de presión, lo suficiente como para sentarse en el suelo y hacer un verdadero descanso.

Miró hacia el Sur. Todo era tinieblas. Sobre su cabeza, las nubes que antes habían chocado contra su cara ocultaban ahora la luna a la cual, por ignorancia, jamás había cuestionado. También ella tenía una forma extraña. Helward la había visto muchas veces, y siempre la había aceptado así.

Prosiguió la marcha hacia el Norte notando que la inmensa presión era cada vez menor. El paisaje que lo rodeaba era oscuro, sin rasgos prominentes. No le prestó atención. Una sola idea imperaba en su cerebro: que, antes de echarse a descansar, debía retirarse bastante como para no verse otra vez arrastrado a la zona de presión. Ahora conocía una de las verdades fundamentales de este mundo: que de hecho la tierra se movía, como había dicho Collings. En el Norte, donde estaba la ciudad, el terreno se movía con una casi imperceptible lentitud, aproximadamente una milla en diez días. Pero en el Sur se movía más rápido, y su aceleración era exponencial. Lo comprobó al ver cómo se transformaban los cuerpos de las chicas. En el lapso de una noche la tierra se había alejado lo necesario como para que sus cuerpos se vieran afectados por las distorsiones laterales a que —ellas, él no— estaban sujetas.

La ciudad no podía detenerse. Estaba condenada a avanzar toda la vida porque si se paraba comenzaría el largo y lento recorrido hasta el pasado, y eventualmente llegaría a la zona en que las montañas se hacían riscos de pocos centímetros de alto, en que una irresistible fuerza la barrería, destruyéndola.

A esa altura, mientras caminaba lentamente hacia el Norte, cruzando el terreno extraño, sombrío, no alcanzaba a comprender lo que había experimentado. Todo se oponía a la lógica. La tierra era estática, no podía desplazarse. Las montañas no se

deformaban. Los seres humanos no se achicaban hasta los treinta y cinco centímetros de altura. Las quebradas no se angostaban. Los bebés no se ahogaban con la leche materna.

A pesar de que había caído la noche, no experimentaba más cansancio que el provocado por el esfuerzo físico que realizó en la ladera de la montaña. Le parecía que el día había pasado con suma rapidez.

Había traspuesto la zona de máxima presión, pero la tenía demasiado presente como para hacer un alto. No era nada agradable imaginarse durmiendo mientras la tierra se movía debajo de uno, transportándolo ineluctablemente hacia el Sur.

Helward era un microcosmos de la ciudad. Al igual que ella, tampoco podía permitirse un descanso.

Por último lo venció el cansancio. Se tiró en el suelo duro y durmió.

Lo despertó el sol naciente, y lo primero que hizo fue pensar en la presión del Sur. Alarmado, se levantó de un salto y puso a prueba su equilibrio. La fuerza subsistía pero no era más poderosa que la de la noche anterior.

Miró hacia el Sur.

Increíblemente, allí estaban las montañas.

Eso era imposible. Él las había visto, había sentido cómo se reducían hasta convertirse en una pequeña piedra de no más de cinco centímetros de altura. Y sin embargo, era obvio que estaban ahí, escarpadas, de formas irregulares, coronadas de nieve.

Helward buscó su mochila y pasó revista al contenido.

Había perdido la cuerda y el gancho, y gran parte de su equipo había quedado con las chicas cuando las extraviara, pero aún tenía una cantimplora con agua, una bolsa de dormir y varios paquetes de alimentos deshidratados. Suficiente para subsistir un tiempo.

Comió algo. Luego se colocó la mochila.

Echó una rápida mirada al sol, decidido esta vez a no perder el rumbo.

Enfiló al Sur, hacia las montañas.

La presión crecía lentamente a su alrededor, tironeándolo para adelante. A medida que contemplaba las montañas éstas parecían perder altura. La tierra que pisaba se hacía más densa.

Sobre su cabeza, el sol se movía más rápido que lo debido.

Luchando contra la fuerza, Helward se detuvo cuando advirtió que las montañas eran sólo una línea ondulante de colinas.

No estaba equipado para ir más lejos. Dio media vuelta y se dirigió al Norte. Una hora más tarde cayó la noche.

Prosiguió la marcha en las tinieblas hasta que notó que la presión era baja. Sólo entonces descansó.

Cuando volvió la luz del día, las montañas estaban a la vista... con aspecto de montañas.

No intentó moverse sino que esperó en el mismo lugar. A medida que avanzaba el día, crecía la fuerza. Sintió que el movimiento de la tierra lo llevaba en dirección a las montañas. Mientras observaba, las vio extenderse lentamente en sentido lateral.

Levantó campamento y enfiló al Norte antes de que oscureciese. Había visto lo suficiente. Era hora de regresar a la ciudad.

Inexplicablemente, esta idea le preocupaba. ¿Debería presentar algún informe acerca de lo ocurrido?

Había cosas que no podía siquiera asimilar, ni mucho menos unir lo que había visto y vivido con un orden coherente, para describírselo a alguien.

En medio de todo ello estaba la pasmosa visión del mundo desplegado ante sus ojos.

¿Alguna vez alguien habría vivido semejante experiencia? ¿Cómo podía la mente abarcar un concepto del cual el ojo había sido incapaz de apreciar su total extensión? A diestra y siniestra la superficie del mundo se extendía aparentemente sin fronteras. Sólo al Norte había una definición de forma: ese curvo, elevado pináculo que se estiraba hasta el infinito.

Y lo mismo el sol. Y lo mismo la luna. Y lo mismo —que él supiera— todos los cuerpos del universo visible.

¿Cómo podía informar que había conducido a las chicas sanas y salvas a su aldea siendo que alcanzaron un estado en el cual él no podía siquiera verlas ni comunicarse con ellas? Habían penetrado en su propio mundo, totalmente ajeno al de él.

¿Qué había pasado con el bebé? Obviamente de la ciudad —ya que, al igual que él, no se había visto afectado por las distorsiones que lo rodeaban— era probable suponer que Rosario lo había abandonado... y que estaba muerto. Incluso si aún siguiera con vida, el movimiento de la tierra lo transportaría al Sur, a la zona de la presión, donde no podría sobrevivir.

Absorto en sus pensamientos, Helward proseguía su marcha sin prestar atención al paisaje. Cuando hizo un alto para tomar agua miró a su alrededor y, sorprendido, comprobó que reconocía el terreno.

Estaba en la zona rocosa, al Norte de la quebrada, donde se había erigido el puente.

Bebió varios sorbos de agua y dio unos pasos atrás. Para encontrar el camino a la ciudad debía volver a ubicar las vías, y el sitio del puente sería el mejor punto de referencia.

Halló el arroyo que, preocupado como estaba, debía haber cruzado sin darse cuenta. Siguió su curso preguntándose si sería el mismo de antes, porque parecía ser un diminuto arroyuelo. A su debido tiempo las costas se hicieron más empinadas y escarpadas, pero no había rastros de la quebrada.

Helward trepó por la ribera y caminó en sentido contrario al de la corriente. Aunque le resultaba familiar, el aspecto del arroyo estaba distorsionado, y podía tratarse de otro enteramente.

Después divisó un óvalo largo, negro, cerca del borde del agua. Bajó a examinarlo. Había un leve olor a quemado... Al inspeccionarlo más detenidamente se percató de que era la huella de una fogata. La que él mismo había encendido para acampar.

El arroyo no tenía más de un metro de ancho. Sin embargo, cuando él estuvo ahí con las chicas, tenía más de tres. Luego de mucho buscar halló unas marcas en el terreno que podían ser los rastros de una torre de suspensión.

Desde una orilla a la otra, la distancia era de unos cinco o seis metros. La caída al agua, de pocos centímetros.

Por este lugar había cruzado la ciudad.

Se dirigió al Norte y en seguida encontró la huella de un durmiente. Tenía cinco metros de largo. El más próximo estaba a diez centímetros de distancia.

A la noche siguiente el paisaje había recuperado las proporciones que Helward conocía. Los árboles parecían árboles, y no arbustos achaparrados. Los guijarros eran redondos, el pasto crecía en bloques, no desparramado como una gran mancha verde. Los rieles estaban demasiado separados según las medidas de la ciudad, pero Helward presentía que su viaje no se prolongaría mucho más.

Había perdido la cuenta de los días transcurridos. No obstante, el terreno le resultaba cada vez más familiar y sabía que, hasta el momento, el tiempo que estuvo fuera de la ciudad había sido considerablemente más breve que lo que Clausewitz había anticipado. Aún contando los dos o tres días que parecieron pasar tan rápido, cuando estuvo en la zona de presión, la ciudad no podía haber avanzado más de una o dos millas hacia el Norte en ese intervalo.

Este pensamiento le dio ánimos, dado que iban mermando sus reservas de agua y alimentos.

Seguía caminando, pasaban los días. Todavía no había rastros de la ciudad, y los rieles tampoco se angostaban hasta adquirir la separación habitual. Estaba tan acostumbrado a la noción de distorsión lateral en el Sur que ya no le resultaba raro.

Una mañana, le acometió un nuevo pensamiento: durante varios días no había cambiado la distancia entre los rieles. ¿Podría ser que hubiese encontrado una zona en la cual el movimiento de la tierra fuese equivalente a la velocidad de su propio andar? ¿Es decir, que él estuviese como el ratón en la noria, sin avanzar jamás?

Apuró el paso pero pronto prevaleció la razón. Al fin y al cabo, había podido abandonar el área de presión donde era más intenso el movimiento hacia el Sur. Le quedaban nada más que dos paquetes de comida, y en dos oportunidades tuvo que buscar agua a su alrededor.

El día que se le acabaron los alimentos sintió de pronto una gran emoción. Ya no se moriría de hambre. ¡Reconocía el lugar donde se hallaba! Era la región que había recorrido a caballo con Collings, dos o tres millas al Norte del óptimo en aquel entonces.

Calculaba que había viajado a lo sumo durante tres millas, de manera que pronto debía divisar la ciudad.

Adelante, las huellas de las vías continuaban hasta un pequeño risco. Y ni rastros de la ciudad. Los pozos de los durmientes se veían aún distorsionados, y la próxima hilera de huellas estaba a una cierta distancia.

Lo cual podía significar —razonaba Helward— que, durante su ausencia, la ciudad se había desplazado con mayor velocidad. Quizás hasta hubiese pasado el óptimo, y se encontrase en la zona donde la tierra se movía más lentamente. Comenzaba a comprender por qué la ciudad seguía desplazándose: tal vez, más allá del óptimo, hubiese una zona donde la tierra no se moviese en absoluto.

Caso en el cual la ciudad podría detenerse... La gran noria terminara.

CAPÍTULO DIEZ

Helward pasó la noche hambriento, durmió mal. Por la mañana bebió unos tragos de agua y de inmediato emprendió la marcha. Pronto tenía que aparecer la ciudad...

A la hora de más calor se vio forzado a descansar. La región era yerma, descampada; no había sombra. Se sentó junto al riel.

Miraba desolado hacia adelante cuando vio algo que le dio nuevas esperanzas. Tres personas se acercaban caminando lentamente por la vía. Debían ser de la ciudad, mandadas para buscarlo a él. Esperó, débil, que se aproximaran.

Cuando llegaron intentó pararse pero tropezó y quedó tendido en el suelo.

—¿Eres de la ciudad?

Helward abrió los ojos y miró a su interlocutor. Se trataba de un hombre joven, vestido con el uniforme de aprendiz de un gremio. Asintió con la cabeza. Tema floja la mandíbula.

—Estás enfermo... ¿Qué te ocurre?

—Estoy bien. ¿Tienes algo de comida?

—Bebe esto.

Le extendieron una cantimplora. Helward tomó un trago. El agua era distinta; tenía el gusto insulso del agua de la ciudad.

—¿Puedes pararte?

Con ayuda, Helward logró ponerse de pie, y juntos fueron hasta unos arbustos cercanos. Helward se sentó en la tierra. El muchacho abrió su mochila. Helward de inmediato advirtió que la mochila era idéntica a la suya.

—¿Yo te conozco? —dijo.

—Soy el aprendiz Kellen Li-Chen. ¡Li-Chen! Lo recordaba del internado.

—Yo soy Helward Mann.

Kellen Li-Chen abrió un paquete de alimentos deshidratados y les echó un poco de agua. Luego le extendió a Helward el conocido potaje gris, y éste empezó a comerlo con más entusiasmo que nunca en su vida.

A unos metros de distancia, esperaban dos chicas.

—Vas camino al pasado —dijo, entre bocado y bocado.

—Sí.

—Yo vengo de allí.

—¿Cómo es?

De pronto Helward recordó su encuentro con Torrold Pelham, en circunstancias casi exactas.

—Ya estás en el pasado —respondió—. ¿No lo percibes? Kellen negó con la cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Helward se refería a la fuerza del Sur, a la sutil presión que aún sentía al caminar. Pero entendía que Kellen no se hubiese dado aún cuenta. No se podía distinguir una sensación nueva mientras no se la hubiese experimentado hasta las últimas consecuencias.

—Es imposible describirlo. Ve al pasado y lo comprobarás por ti mismo.

Helward echó una ojeada a las chicas, que estaban sentadas en el suelo, dándoles deliberadamente la espalda. No pudo evitar sonreír para sus adentros.

—Kellen, ¿cuánto falta para llegar a la ciudad?

—Aproximadamente cinco millas. ¡Cinco millas! Entonces ya debía haber pasado el óptimo.

—¿Puedes darme algo de comida? Un poquito, nada más... Lo suficiente para llegar a la ciudad.

—Por supuesto.

Kellen extrajo cuatro paquetes y se los extendió. Helward se quedó mirándolos un instante. Luego le devolvió tres.

—Con uno me basta. Los otros te van a hacer falta.

—Yo no tengo que ir muy lejos —dijo Kellen.

—Lo sé... pero lo mismo los precisarás. ¿Cuánto tiempo hace que dejaste el internado, Kellen?

—Unas quince millas.

Sin embargo, Kellen era mucho menor que él. Recordaba claramente que iba dos grados más atrás en el internado. Debían estar reclutando aprendices más jóvenes ahora. No obstante, Kellen parecía maduro, y su cuerpo no era el de un adolescente.

—¿Qué edad tienes?

—Seiscientas sesenta y cinco millas.

Eso no podía ser... Debía ser por lo menos cincuenta millas menor que él mismo. Helward calculaba su propia edad en seiscientas setenta.

—¿Has estado trabajando en las vías?

—Sí. Es un trabajo extremadamente duro.

—Ya sé. ¿Cómo es que la ciudad ha podido moverse tan rápido?

—¿Tan rápido? Pasó por un mal período. Tuvimos que cruzar un río, y actualmente se está demorando en una región muy quebrada. Hemos perdido mucho terreno. Cuando yo salí, estaba seis millas atrasada con respecto al óptimo.

—¡Seis millas! ¿Entonces el óptimo se ha movido con mayor rapidez?

—Que yo sepa, no —Kellen miraba a las chicas por encima del hombro—. Creo que deben amos seguir nuestro camino. ¿Te sientes bien?

—Sí. ¿Cómo te va con ellas? Kellen sonrió.

—No me va mal —respondió—. Está la barrera del idioma, pero pienso que podemos encontrar un poco de vocabulario en común.

Helward se rió, y nuevamente se acordó de Pelham.

—Trata de hacerlo pronto —dijo—. Después resulta un poco difícil.

Kellen Li-Chen lo miró fijo un segundo. Luego se puso de pie.

—Cuanto antes, mejor. —Fue en busca de las chicas, quienes se pusieron a protestar en voz alta porque el descanso había sido muy breve. Cuando pasaron junto a él, Helward notó que una de ellas se había desprendido la blusa y la llevaba atada con un nudo.

Con la ayuda que Kellen le había dado, Helward estaba seguro de poder llegar a la ciudad sin mayores problemas. Después de la tremenda distancia que había recorrido, cinco millas le parecían nada, y pensó que podría arribar a destino al anochecer. El paisaje que lo rodeaba era totalmente extraño y, a pesar de lo que le había dicho Kellen, daba la impresión de que la ciudad había avanzado considerablemente durante su ausencia.

Cayó la noche y aún no había rastros de la ciudad.

La única señal alentadora era que las huellas de los durmientes teman dimensiones más normales. Helward hizo un alto para tomar agua y aprovechó para medir el pozo más próximo, comprobando que tenía alrededor de un metro ochenta de largo.

Hacia adelante el terreno se elevaba, y podía ver un risco sobre el cual se prolongaban las marcas del riel. Pensó que la ciudad debía estar del otro lado, en el valle, de manera que apuró el paso para poder divisarla antes que se hiciese de noche.

El sol rozaba ya el horizonte cuando alcanzó la cima del promontorio y miró hacia abajo.

Vio un ancho río. Los rieles que estaban hasta la margen Sur... y continuaban en la ribera opuesta. Según pudo apreciar, las vías cruzaban todo el valle y se perdían en una zona boscosa. Tampoco halló rastros de la ciudad.

Enojado y confundido, permaneció contemplando el panorama hasta que oscureció. Luego, se decidió a acampar.

Por la mañana reanudó la marcha apenas despuntó el alba, y en pocos minutos estaba en la orilla del río. De esta margen había muchos signos de actividad humana: la tierra más cercana al agua estaba revuelta y convertida en un barro pegajoso, y había gran cantidad de maderas desechadas y durmientes partidos. En el agua misma había varios pilotes de madera, presumiblemente lo único que quedaba del puente que la ciudad debió haber construido.

Helward se metió al río sosteniéndose del pilote más próximo. Luego de haberse internado, comenzó a nadar, pero la corriente lo arrastró un largo trecho antes de que pudiera salir con dificultad, a la costa Norte.

Empapado, caminó no arriba hasta alcanzar las huellas del riel. Como la mochila y la ropa le pesaban mucho, se desvistió y tendió las prendas al sol. Luego extendió también la mochila y la lona. Al cabo de una hora se había secado la ropa, de modo que volvió a vestirse y se preparó para partir. La bolsa de dormir no estaba del todo seca, pero pensó orearla en la próxima parada.

Cuando se estaba colocando la mochila escuchó un ruido y algo le golpeó en el hombro. Dio vuelta la cabeza justo en el instante en que una flecha caía a la tierra.

Se tiró al suelo.

—¡Quédese ahí donde está!

Miró hacia el lugar de donde provenga la voz. No alcanzaba a ver a su interlocutor, pero divisó unos arbustos a unos cincuenta metros.

Helward examinó su hombro. La flecha le había arrancado un pedazo de manga, pero no lo había lastimado. Estaba indefenso al haber perdido su ballesta junto con el resto de su equipo.

—Yo salgo... Usted no se mueva.

Al instante salió de atrás de los arbustos un hombre que vestía el uniforme de aprendiz

de un gremio, apuntando a Helward con su arco.

—¡No dispare! ¡Soy un aprendiz de la ciudad! El hombre no dijo nada sino que siguió avanzando. Se detuvo cuando estaba a cinco metros.

—Está bien... Párese.

Helward así lo hizo, confiando en que el hombre lo reconociese.

—¿Quién es usted?

—Soy de la ciudad —respondió Helward.

—¿De qué gremio?

—Del Futuro.

—Dígame la última frase del juramento. Helward agitó la cabeza sorprendido.

—¿Qué diabl...?

—Vamos, el juramento.

—Todo esto lo juro sabiendo cabalmente que la violación de cualquiera...

El hombre bajó su arco.

—De acuerdo —dijo—. Yo tenía que asegurarme. ¿Cómo es su nombre?

—Helward Mann.

El otro lo miró detenidamente.

—¡Dios mío, no te había reconocido! ¡Te has dejado la barba!

—¡Jase!

Los dos muchachos se miraron fijo unos segundos más. Luego se saludaron calurosamente. Helward notó que ambos habían cambiado —hasta el punto de no poder reconocerse— desde la última vez que se vieran. En ese entonces los dos eran niños imberbes, atormentados por las frustraciones del internado. Allí, Gelman Jase acostumbraba demostrar un profundo desdén por el sistema de vida que se les imponía y asumía el rol de líder irresponsable de los chicos que no «maduraban» con rapidez. Nada de ello notó Helward en su amigo mientras permanecían junto al no, renovando su antigua amistad. Las experiencias de Jase fuera de la ciudad lo habían curtido humana y físicamente. Ninguno de los dos se asemejaba a aquellos niños inocentes, pálidos, no desarrollados. Ahora estaban bronceados, tenían barba y un aspecto robusto, fuerte. Ambos habían madurado rápidamente.

—¿Por qué me disparaste? —preguntó Helward.

—Creí que eras un nativo.

—¿Acaso no viste el uniforme?

—Eso ya no significa nada.

—Pero...

—Mira, Helward, las cosas están cambiando. ¿Cuántos aprendices viste allá en el pasado?

—Dos. Tres, contándote a ti.

—Bueno. ¿Sabías que mandan un aprendiz al pasado cada milla? Debería haber muchos más allá. Y como todos seguimos la misma ruta, tendríamos que encontrar alguno casi diariamente. Pero los nativos se están avivando. Matan a los aprendices y les quitan los uniformes. ¿A ti te atacaron?

—No —respondió Helward.

—A mí, sí.

—Podrías haberme hecho identificar antes de dispararme.

—Apunté para no herirte.

Helward le mostró la manga rasgada.

—Entonces tienes una pésima puntería.

Jase fue hasta el lugar donde había caído su flecha. La alzó, comprobó que estaba intacta y volvió a guardarla en su carcaj.

—Será mejor que tratemos de llegar a la ciudad —dijo, al regresar.

—¿Sabes dónde está? Jase parecía preocupado.

—No alcanzo a entender —dijo—. He venido caminando por millas y millas. ¿Es que de pronto la ciudad aceleró la marcha?

—Que yo sepa, no. Ayer me crucé con otro aprendiz que me dijo que, de hecho, la ciudad se había demorado.

—Entonces, ¿dónde diablos está? —dijo Jase.

—Por allá arriba. —Helward señaló las huellas de las vías que rumbeaban al Norte.

—Vamos, pues.

Al final del día no habían logrado aún divisar la ciudad —a pesar de que, aparentemente, las vías tenían ya dimensiones más normales—, y acamparon en un bosquecillo atravesado por un arroyo de agua pura.

Jase estaba mucho mejor equipado que Helward. Además de la ballesta, tenía una bolsa de dormir de más (la de Helward había tomado feo olor por la humedad, así que la tiró), una carpa y gran cantidad de alimentos.

—¿Qué te pareció? —preguntó Jase.

—¿El pasado?

—Todavía estoy tratando de entenderlo —respondió Helward—. ¿Y a tí?

—No sé. Supongo que lo mismo. No puedo interpretar lo que vi, y sin embargo sé que lo he visto y lo he vivido, de modo que debe ser así, no más.

—¿Cómo es posible que la tierra se mueva?

—¿También tú lo notaste? —dijo Jase.

—Creo que sí. Eso era lo que pasaba, ¿no?

Mas tarde, cada uno relató lo que había ocurrido luego de abandonar el internado. Las experiencias de Jase eran muy distintas de las de Helward.

Había salido del internado varias millas antes que Helward y había llevado una vida similar a la de él, trabajando fuera de la ciudad. Una diferencia fundamental, no obstante, era que no había contraído matrimonio y había sido invitado a alternar con las mujeres «transferidas». De resultas de lo cual, ya conocía a las dos muchachas que debió llevar consigo en su viaje al pasado.

Había escuchado muchas de las historias que los lugareños contaban acerca de la gente de la ciudad. Que la ciudad estaba poblada por gigantes, que saqueaban y mataban, que violaban a las mujeres.

A medida que proseguía su camino, advirtió que las chicas se mostraban muy aterrorizadas. Cuando les preguntó el motivo respondieron que sabían con certeza que su propia gente iba a matarlas. Querían volver a la ciudad. A esa altura Jase ya notaba los primeros efectos de la distorsión lateral, y sentía curiosidad. Les dijo que, si querían, podían volver por su cuenta. Que quería pasar un día solo, y luego regresaría también al Norte.

Llegó más al Sur pero no vio mucho que le interesara. Después, fue en busca de las chicas y las encontró al cabo de tres días. Les habían cortado el pescuezo y colgaban, boca abajo, de un árbol. Sin darle tiempo a reponerse de la impresión, lo atacó una multitud de nativos vestidos con uniformes de aprendices. Logró fugarse, pero los hombres lo persiguieron. Los tres días siguientes fueron una pesadilla. Mientras escapaba, se cayó y se torció un pie. Rengo como estaba, no podía hacer otra cosa que esconderse. Se había apartado mucho de los rieles. Luego se suspendió la cacería y Jase quedó solo. Permaneció escondido, pero poco a poco comenzó a sentir la presión del Sur. No conocía la zona. Le describió a Helward el terreno llano, descampado, la tremenda fuerza, el modo en que se producían las distorsiones físicas.

Prosiguió su relato diciendo que intentó volver hasta las vías pero que avanzaba con suma dificultad por su pierna débil. Finalmente debió sujetarse al suelo con el gancho y la cuerda hasta que pudo volver a caminar. La presión del Sur no cesaba y, temiendo que la soga no resistiera, comenzó a arrastrarse hacia el Norte. Al cabo de un largo y difícil

período, consiguió salir de la zona de mayor presión, y se encaminó a la ciudad.

Anduvo errante mucho tiempo, sin encontrar los rieles, razón por la cual adquirió un conocimiento mucho más profundo que Helward de la zona.

—¿Sabías que hay otra ciudad más allá? —dijo señalando la región al Oeste de la vía.

—¿Otra ciudad? —dijo Helward, incrédulo.

—No es como Tierra sino que está construida sobre el terreno.

—¿Pero cómo...?

—Es inmensa. Diez, veinte veces más grande que Tierra. Al principio no me di cuenta de que era una ciudad... Creí que era una aldea, pero más grande. Mira, Helward, es una ciudad como aquellas de que nos hablaban en el internado... las del planeta Tierra. Cientos, miles de edificios... todos afirmados en el suelo.

—¿Y había mucha gente?

—No mucha. Vi grandes daños. No sé lo que ocurrió, pero la mayor parte de ella parecía abandonada. Me fui en seguida porque no quena que me vieran. Pero es un espectáculo hermoso... todos esos edificios...

—¿Podemos ir ahora?

—No. Hay demasiados nativos. Algo está pasando por aquí. La situación no es la misma. La gente de la zona se está organizando mejor, hay líneas de comunicación. Antes, cuando la ciudad acudía a un poblado, nosotros éramos las primeras personas que los nativos habían visto durante largo tiempo. Sin embargo, por cosas que me contaron las chicas, me dio la impresión de que ya no es ése el caso. Se corren rumores acerca de la ciudad... y los nativos nos odian. Siempre nos odiaron, pero en pequeños grupos eran débiles. Creo que ahora quieren destruir la ciudad.

—Y es por eso que se disfrazan de aprendices —dijo Helward, sin captar cabalmente la seriedad del tono de Jase.

—Eso es sólo una parte. Roban la ropa de los aprendices que matan para poder seguir matando con más facilidad. Pero si deciden atacar la ciudad, lo harán cuando estén bien organizados.

—No puedo creer que lleguen a ser una amenaza.

—Tal vez no... pero tuviste suerte.

Partieron por la mañana temprano. Caminaron todo el día, haciendo paradas de tan sólo unos minutos. Junto a ellos, las huellas de las vías habían recobrado sus medidas naturales. Apretaban el paso pensando que faltaban unas pocas horas para llegar.

Al caer la tarde vieron que el riel hacía una curva para rodear una colina. Cuando alcanzaron la cima divisaron la ciudad adelante, estacionada en un ancho valle.

Se detuvieron, miraron hacia abajo.

La ciudad había cambiado.

Había algo de su apariencia que impulsó a Helward a bajar corriendo la loma.

Desde lo alto, distinguían signos de actividad normal alrededor de la ciudad: atrás, cuatro cuadrillas de hombres removiendo los rieles; adelante, una cuadrilla más numerosa hundiendo los pilotes en el río que actualmente obstaculizaba el avance a la ciudad. Pero el aspecto de ésta se había modificado. La parte posterior estaba deforme, ennegrecida...

Se habían reforzado las guardias de la milicia. En seguida a Helward y Jase se les ordenó hacer alto para averiguar su identidad. Los dos echaban chispas por la demora ya que era obvio que había ocurrido un desastre mayúsculo. Mientras esperaban el permiso para proseguir, Jase se enteró por los milicianos que los nativos los habían atacado dos veces. El segundo ataque había sido más serio que el primero. Habían muerto veintitrés soldados, y todavía estaban contando los cadáveres dentro de la ciudad.

La emoción del regreso se vio pronto empañada por el espectáculo. Cuando les llegó el permiso, Helward y Jase continuaron caminando en silencio.

El internado había sido arrasado y fueron los niños quienes murieron..

En el interior de la ciudad muchas cosas habían cambiado. La impresión que esos cambios produjeron en Helward fue impactante, pero no tuvo tiempo de demostrar ninguna reacción. Observaba todo tratando, de no pensar, hasta que cedieran un poco las presiones externas. No podía abandonarse a sus propios pensamientos.

Se enteró de que su padre había fallecido a las pocas horas de salir él de viaje. La angina le había provocado un paro cardíaco. Clausewitz le dio la noticia y le informó que había finalizado su período de aprendizaje.

Otra noticia: Victoria había dado a luz un varón, que luego murió durante el ataque a la ciudad.

Otra noticia: Victoria había firmado un formulario que declaraba nulo su matrimonio. Ahora vivía con otro hombre y estaba nuevamente encinta.

Y algo más, implícitamente relacionado con todos estos acontecimientos y no por ello más comprensible:

Helward vio el calendario central que, durante su ausencia, la ciudad se había movido setenta y tres millas y que aún estaba atrasada ocho millas con respecto al óptimo. Según su propia y subjetiva escala de tiempo, Helward había estado ausente no más de tres millas.

Aceptó todos estos hechos. La reacción vendría luego. Entre tanto, era inminente otro ataque.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO UNO

El valle estaba oscuro y silencioso. En la margen Norte del río vi que se encendía dos veces una luz roja. Después, nada.

Segundos más tarde escuché el ruido de los guinches, y la ciudad comenzó a avanzar ñ ruido resonaba por todo el valle.

Yo estaba tendido, con otros treinta hombres, entre los espesos matorrales que cubrían la ladera de la colina. Me habían reclutado para trabajar temporariamente en la milicia durante el cruce más crítico de la ciudad. Se esperaba un tercer ataque en cualquier momento y se pensaba que, una vez que la ciudad llegara a la orilla Norte del río, debido a las características del terreno circundante podría detenerse durante un tiempo lo suficientemente largo como para poder extender las vías hasta la cima del cerro. Cuando alcanzara ese punto, podría volver a defenderse durante la siguiente etapa de tendido de rieles.

Sabíamos que, en algún lugar del valle, había unos ciento cincuenta lugareños armados con rifles, que representaban un enemigo formidable. La ciudad contaba sólo con doce rifles obtenidos de los nativos, pero las municiones se habían agotado en el segundo ataque. Nuestras únicas armas verdaderas eran las ballestas —mortíferas a corta distancia— y el saber apreciar el valor del trabajo de inteligencia. Era este último el que nos había permitido preparar la reserva de contraataque, de la cual yo formaba parte.

Unas horas antes, mientras caía la noche, hablamos tomado esta ubicación, desde donde dominábamos el valle. Las fuerzas principales de defensa eran tres filas de ballesteros desplegadas alrededor de la ciudad. Cuando ésta comenzara a cruzar el puente, la milicia retroceden a hasta ubicarse en puestos defensivos junto a las vías. Los nativos concentrarían sus descargas sobre estos hombres, y en ese momento nosotros les tenderíamos una emboscada.

Con suerte, no sería necesario el contraataque. Aunque el servicio de inteligencia había indicado la posibilidad de otra incursión, se había terminado de construir el puente

antes de lo pensado, y confiábamos en que la ciudad pudiese cruzar a la ribera opuesta al amparo de la noche, antes de que los nativos cayesen en la cuenta.

Pero en el valle silencioso el ruido de los guinches era inconfundible.

El extremo delantero de la ciudad llegaba a tocar el puente cuando se oyeron los primeros tiros. Calcé una flecha en mi arco y apoyé la mano sobre el pestillo de seguridad.

Era una noche nubosa, y la visibilidad, muy pobre. Yo había visto los fogonazos de los rifles, y deducía que los nativos estaban dispuestos en un semicírculo, aproximadamente a cien metros de nuestros hombres. No podía saber si sus balas habían dado en el blanco, pero hasta ahora no se oían tiros en respuesta.

Más rifles dispararon. Advertimos que nos iban cercando. La mitad de la mole de la ciudad estaba sobre el puente... y seguía avanzando.

Allá abajo se oyó un grito distante:

—¡*Luces!*

Instantáneamente se encendió una batería de arcos voltaicos ubicados en la parte posterior de la ciudad, proyectando luz sobre las cabezas de los ballesteros, hacia la zona aledaña. Allí estaban los nativos, que no tomaban precaución alguna por ocultarse.

La primera fila de ballesteros arrojó sus flechas, se agachó y comenzó a recargar sus arcos. La segunda fila disparó, se agachó y recargó. La tercera fila disparó, recargó.

Tomados por sorpresa, los lugareños sufrieron varias bajas, pero ahora se arrojaban al suelo y tiraban apuntando a lo que alcanzaban a ver de sus enemigos: las siluetas negras recortadas contra la luz de los reflectores.

—¡*Apagar las luces!*

De inmediato se hizo la oscuridad y se dispersaron los soldados. Segundos más tarde las luces volvieron a prenderse, y los ballesteros dispararon desde sus nuevas posiciones.

Una vez más los nativos fueron tomados desprevenidos, sufriendo más bajas. Se apagaron las luces, y en la súbita tiniebla los soldados regresaron a su antigua posición. Se repitió la maniobra.

Al escucharse un grito desde abajo, se encendieron las luces y vimos que nos atacaban. La ciudad se hallaba encima del puente.

De repente se produjo una fuerte explosión y una llamarada se incrustó en el costado de la ciudad. Un instante después hubo una segunda detonación en el puente mismo, y las llamas se propagaron por el andamiaje de madera.

—¡*Pelotón de reserva, listo!*

Me paré y esperé las órdenes. Ya no sentía miedo y había desaparecido la tensión de las horas de espera.

—¡*Avancen!*

Los arcos voltaicos seguían iluminando, y así pudimos ver claramente a los nativos, la mayoría de los cuales estaban trenzados en combate cuerpo a cuerpo con la defensa principal, pero había varios más tirados en el suelo, apuntando cuidadosamente. Consiguieron hacer apagar dos faroles.

Las llamas en el costado de la ciudad y en el puente continuaban diseminándose.

Vi a un nativo cerca de la orilla del río, alzando el brazo para arrojar un cilindro metálico. Yo estaba a unos veinte metros. Apunté, solté el seguro... y le di al hombre en el pecho. La bomba incendiaria estalló a unos pocos metros de él. Tal como habíamos previsto, el contraataque tomó por sorpresa al enemigo. Logramos bajar tres hombres más, pero de pronto ellos echaron a correr hacia el Este, internándose en las sombras del valle.

Durante unos minutos hubo una considerable confusión. La ciudad se estaba incendiando. Debajo de ella, el puente ardía vorazmente en dos puntos distintos. Evidentemente, lo más apremiante era dominar el fuego, pero nadie estaba seguro de que todos los nativos se hubiesen replegado.

La ciudad seguía avanzando, pero en los lugares donde el puente ardía, grandes trozos de madera iban cayendo al río.

Rápidamente se restableció el orden. Un oficial de la milicia gritaba órdenes, y los hombres se dividieron en dos grupos. Un grupo retomó la posición defensiva junto a los rieles. Yo me integré al otro grupo, encargado de combatir las llamas en el puente.

Después del segundo ataque —durante el cual se habían utilizado bombas incendiarias por primera vez— se habían instalado bocas de incendio en la parte exterior de la ciudad. La boca más próxima había sido dañada por una explosión, y el agua brotaba a chorros inútilmente. Encontramos una segunda boca y extendimos la corta manguera.

El fuego era demasiado intenso en las vías, y era casi imposible tratar de extinguirlo. Aunque la Ciudad ya había pasado el peor tramo, había aún que trasponer tres puntos donde ardía la madera. Mientras luchábamos, en medio de una densa humareda y llamas ondulantes, vi que un riel comenzaba a retorcerse bajo el efecto del peso y del calor.

Se oyó un rugido al desplomarse otro bloque de madera. El humo era sumamente espeso. Asfixiados, tuvimos que salir de abajo de la ciudad.

El fuego seguía consumiendo vorazmente la estructura, pero una cuadrilla de bomberos trataba de extinguirlo desde el interior de la ciudad. Los guinches giraban...

CAPÍTULO DOS

Lentamente la Ciudad logró alcanzar la comparativa seguridad que ofrecía la costa norte. Con la luz del día se justipreciaron los daños. En términos de vidas humanas perdidas, la ciudad no había salido tan mal parada. Tres milicianos habían muerto en combate, y quince resultaron heridos. Dentro de la ciudad, un hombre había resultado con heridas graves en una de las explosiones incendiarias, y otros doce hombres y mujeres habían caído como consecuencia del humo y del fuego.

El daño físico ocasionado a la edificación era considerable. El fuego había consumido un ala entera de oficinas administrativas, y una sección de alojamientos había quedado inhabitable.

Debajo de la ciudad había más deterioros. A pesar de que la base era de acero, gran parte de la construcción era de madera, y algunas secciones de la misma se habían consumido en el siniestro. Las enormes ruedas posteriores, sobre el riel derecho externo, habían descarrilado, y una de ellas tenía una profunda rajadura. No se la podía reemplazar; había que desecharla.

Cuando la ciudad hubo alcanzado la orilla Norte del río, el puente continuó ardiendo, perdiéndose por completo. Junto con el puente también se perdieron cientos de metros de rieles irre recuperables, retorcidos por el calor.

Al cabo de dos días que pasé trabajando con las cuadrillas para tratar de salvar lo que quedaba de los rieles en la margen Sur, Clausewitz me mandó a llamar.

Excepto una o dos horas que pasé en la ciudad cuando volví de mi viaje, no había comparecido formalmente ante ninguno de mis superiores. Suponía que se había abandonado el protocolo normal de los gremios durante la emergencia, y como no veía que terminara esa tremenda situación —los ataques habían causado demoras inevitables y el óptimo estaba ahora más lejos—, no esperaba que me ordenaran abandonar mi trabajo en el exterior.

Entre los hombres que trabajaban afuera prevalecía un tono general de fastidio, con algo de desesperación y de rabia. Se seguían tendiendo rieles en dirección a un desfiladero, pero hacía mucho ya que no se notaba la reposada energía que había notado en mis primeros tiempos de trabajo fuera de la ciudad. Ahora se instalaban las vías a pesar de la situación con los nativos, y no a partir de una necesidad interna de sobrevivir en un medio extraño.

Las charlas de los hombres de vías, de tracción y de la milicia se centraban, de una

manera u otra, en los ataques. Ya no se hablaba de ganar terreno hacia el óptimo ni d? los peligros que encerraba un viaje al pasado. La ciudad estaba en crisis y ello se reflejaba en la actitud de todos.

Cuando entré a la ciudad, también noté el cambio.

Perdido estaba el aspecto claro, aséptico de los pasillos. Perdido estaba el ambiente general de laboriosa rutina.

El ascensor no funcionaba. Muchas de las puertas del corredor principal estaban cerradas con llave, y en un lugar encontré una pared derrumbada por completo —presumiblemente a consecuencia del fuego—, de modo que, cualquiera que recorriese ese sector de la ciudad podía ver el exterior. Recordé las antiguas frustraciones de Victoria y pensé que, por más secretos que los gremios hubiesen tratado de guardar en el pasado, ese sistema sería ahora impracticable.

Recordar a Victoria me causaba dolor. Aún no me daba cuenta cabal de lo sucedido. En un lapso que a mí me pareció de pocos días ella había renegado de los acuerdos tácitos de nuestro matrimonio, y había emprendido una nueva vida sin mí.

No la había visto desde mi regreso, aunque me encargué de hacerle saber que estaba de vuelta en la ciudad. En el estado de amenaza externa no hubiera podido verla, de cualquier manera. Necesitaba yo un tiempo para reflexionar sobre esa faceta de mi vida antes de hablar con ella. La noticia de que ese otro hombre la había dejado embarazada —un director de Educación de apellido Yung— no me impresionó mucho al principio, simplemente porque no lo creía. Esa situación no podía haberse originado en el período que yo había estado ausente.

Con cierta dificultad logré llegar al sector de gremios de primera clase. El interior de la ciudad había cambiado de muchos modos.

Parecía, haber gente, ruido y suciedad por todas partes. Todo espacio libre se había destinado a alojar heridos, los cuales yacían incluso en algunos pasillos. Se habían tirado abajo algunas paredes divisorias. Justo antes de llegar al sector gremial —donde antes existían salas de recreación para los gremialistas— se había instalado una cocina de emergencia.

En todos lados había olor a madera quemada.

Sabía que un cambio fundamental sobrevendría en la ciudad. Presentía que se desmoronaba la vieja estructura de los gremios. Ya se habían modificado las funciones de muchas personas. Mientras trabajaba con las cuadrillas de rieles me encontré con varios hombres que por primera vez saltan de la ciudad, hombres que, hasta el momento del ataque, habían trabajado en la deshidratación de alimentos, en educación o en la administración interna. Obviamente era imposible reclutar obreros, y hubo que alistar todos los hombres para mover la ciudad. No podía. por ende, imaginar para qué me había mandado a llamar Clausewitz.

Como no lo hallé en la sala del Futuro, me quedé a esperarlo un rato. Al cabe de media hora aún no había aparecido así que, sabiendo que mis servicios eran más necesarios afuera, decidí regresar.

Me topé con Futuro Denton en el corredor.

—Usted es Futuro Mann, ¿no?

—Sí.

—Deberá abandonar la ciudad. ¿Está listo?

—Tenía que ver a Futuro Clausewitz.

—En efecto. Pero él me envía. ¿Sabe cabalgar? Me había olvidado de los caballos en todo el tiempo que no estuve en la ciudad.

—Sí.

—Bien. Reúnase conmigo en los establos dentro de una hora. Se fue y entró a la sala del Futuro.

Podía disponer de una hora para mí, pero me di cuenta de que no tenía nada que

hacer, nadie a quien ver. Todos mis contactos con la ciudad estaban cortados. Incluso los recuerdos que tenía del aspecto físico de la ciudad estaban quebrantados por los deterioros.

Caminé hasta la parte posterior para apreciar por mi mismo la magnitud de los destrozos en el internado, pero no había mucho por ver. Casi toda la estructura se había quemado o la habían luego demolido, y en el lugar donde residían los niños se veía el acero desnudo de la base de la ciudad. Desde ahí divisé, mirando hacia atrás, el no y el sitio del ataque. Me puse a pensar si los nativos volverían a probar suerte. Consideraba que los habíamos vencido con todas las de la ley, pero si la ciudad estaba tan dañada como parecía, supuse que, eventualmente se reagruparían para un nuevo ataque.

Entonces comprendí qué vulnerable era la ciudad. No había sido diseñada para repeler ningún tipo de embate. Se movía con lentitud y torpeza; estaba construida con materiales altamente inflamables. Y se podía tener fácil acceso a todos sus puntos más débiles: las vías. los cables, el montaje de madera.

Me pregunté si los nativos sabrían lo sencillo que sería destruirla. Lo único que teman que hacer era inhabilitarle la fuerza motriz de manera permanente, y luego sentarse a contemplar cómo el movimiento de la tierra la arrastraba lentamente hacia el Sur.

Permanecí un rato cavilando. Mi impresión era que los hombres de la zona no se daban cuenta de la fragilidad de la ciudad, y de sus habitantes porque no contaban con información. Y que la extraña transformación que sobrevino a las chicas en el pasado no era, en su visión subjetiva, transformación alguna.

Aquí, cerca del óptimo, los nativos no sufrían distorsiones —salvo en un grado imperceptible—, de modo que no podían percibir ninguna diferencia.

Sólo si los nativos lograsen —quizás ni siquiera intencionalmente— demorar tanto a la ciudad y que ésta se viese transportada hasta un punto tan al Sur que ya no pudiese volver a avanzar, sólo así se verían el efecto causado a la misma y a sus ocupantes.

En circunstancias normales, la ciudad debía recorrer ahora una zona difícil. Las colinas, al Norte, probablemente no fuesen las únicas de esta región. ¿Acaso quedaba alguna esperanza de volver a acercarse al óptimo?

Por el momento, no obstante, estaba relativamente segura. Rodeada a un costado por el no, y por terreno escarpado —donde no podían esconderse los agresores— en el otro, estaba estratégicamente bien ubicado mientras se procedía a tender los rieles.

No sabía si tenía tiempo de conseguirme otro uniforme ya que había estado muchos días trabajando y durmiendo con la misma ropa. Esto me hizo recordar cómo le disgustaba a Victoria el estado de mis prendas cuando volvía de trabajar diez días en el exterior.

Esperaba no verla antes de partir.

Regresé a la sala del Futuro y averigüé. Me informaron que, como gremialista pleno, me correspondía un nuevo uniforme... pero que por el momento no había ninguno disponible. Me buscarían uno durante mi ausencia.

Cuando llegué a los establos. Futuro Denton ya me estaba aguardando. Me entregaron un caballo y, sin más demoras, salimos rumbo al Norte.

CAPÍTULO TRES

Denton no hablaba mucho si no se lo incitaba. Respondía las preguntas que yo le hacía, pero entre medio, había largos períodos de silencio. Esto no me resultaba incómodo porque me daba oportunidad de pensar.

El antiguo entrenamiento de los gremios estaba aún en pie. Yo aceptaba que tendría que arreglármelas como pudiera para entender lo que veta, y no contar con las interpretaciones de los demás.

Avanzamos en la dirección que se había propuesto para los rieles. Rodeamos una colina y atravesamos el desfiladero. En la cima, el terreno bajaba un largo trecho,

siguiendo el curso de un pequeño arroyuelo. Había un bosquecillo al final del valle, y luego otra hilera de colinas.

—Denton, ¿por qué abandonamos la ciudad en este momento? —pregunté—. Justo ahora que necesitan a todos los hombres.

—Nuestro trabajo es siempre importante.

—¿Más importante que defender la ciudad?

—Sí.

Mientras cabalgábamos me informó que, durante las últimas millas, se había descuidado el trabajo de investigación del futuro. Eso se debió en parte a los problemas, y en parte a que el gremio estaba mal dirigido.

—Hemos inspeccionado hasta estas colinas —dijo—. Aquellos árboles son un estorbo para la gente de Tracción y servirían para protegernos de los nativos, pero necesitamos más madera. Las colinas han sido recorridas aproximadamente una milla más, pero de ahí en adelante todo es terreno virgen.

Me mostró un mapa dibujado en un rollo largo de papel y me explicó los símbolos. Según pude apreciar, nuestra misión era ampliar el mapa hacia el Norte. Denton tenía un aparato de medición montado en un trípode grande de madera y, de tanto en tanto, se fijaba en las indicaciones de este aparato y hacía anotaciones en el mapa.

Los caballos iban sumamente cargados con el instrumental. Aparte de grandes cantidades de comida y de lo necesario para dormir, llevábamos una ballesta y numerosas flechas, implementos para excavaciones, un equipo para ensayos químicos, una videocámara diminuta e instrumentos de grabación. Denton me dijo que yo usaría la cámara, y me enseñó a manejarla.

El procedimiento que habitualmente seguían los Futuros, me dijo, consistía en que, durante un cierto período de tiempo, un investigador distinto o un equipo distinto de investigadores partían de la ciudad rumbo al Norte, por diferentes caminos. Al concluir la expedición, se obtenía un mapa detallado de la zona recorrida y una filmación de su topografía.

Esto luego se presentaba al Consejo de Navegantes y ellos, con la ayuda de los informes de los demás investigadores, decidían el camino a tomar.

Al atardecer Denton se detuvo por sexta vez, e instaló su trípode. Luego de efectuar mediciones angulares de la elevación de las colinas circundantes, y de determinar —con la ayuda de una brújula giroscópica— el Norte exacto, insertó un péndulo en la base del aparato. La pesa del péndulo terminaba en punta, y cuando ésta dejó de oscilar, Denton tomó una balanza graduada, marcada con círculos concéntricos, y la colocó entre las patas del trípode.

La punta se detuvo casi exactamente sobre la marca central.

—Estamos en el óptimo —dijo—. ¿Sabe lo que ello significa?

—No muy bien.

—Usted fue al pasado, ¿no? —Asentí—. En este mundo —prosiguió— siempre hay que luchar contra una fuerza centrífuga. Cuanto más al Sur uno se interna, mayor es dicha fuerza. Esta fuerza existe en todas partes, al Sur del óptimo. Pero en un radio de doce millas al Sur no interfiere nuestra actividad normal. Pasando esa distancia, la ciudad se vería en serios problemas. Eso usted ya lo sabe, si tuvo oportunidad de experimentar la fuerza centrífuga.

Leyó lo que marcaba su instrumento.

—Ocho millas y media —dijo—. Esa es la distancia que hay de aquí hasta la ciudad... es decir, todo el terreno que la ciudad tiene que recuperar.

—¿Cómo se mide el óptimo?

—Por sus distorsiones gravitacionales nulas. Sirve de patrón para medir el avance de la ciudad. En términos físicos, imagínese como una línea dibujada alrededor del mundo.

—¿Y el óptimo está siempre en movimiento?

—No. El óptimo está fijo... pero el terreno se mueve, apartándose de él.

—Ah, claro.

Cargamos todo el equipo y continuamos la marcha hacia el Norte.

CAPÍTULO CUATRO

El trabajo de reconocimiento del terreno no exigía un gran esfuerzo mental. A medida que lentamente avanzábamos hacia el Norte, me di cuenta de que mi única preocupación externa era vigilar constantemente por si acaso encontrábamos rastros de habitantes hostiles. Denton me dijo que sena muy raro que nos atacaran. No obstante, estábamos alerta.

Yo seguía pensando en la aterradora experiencia que había significado ver el mundo desplegado ante mis ojos. Como hecho, era suficiente. Entenderlo ya era otra cosa.

Durante el tercer día de viaje comencé a reflexionar acerca de la educación que me habían dado de niño. No sé qué fue lo que me indujo a esas meditaciones. Posiblemente se debiese a numerosos motivos, sobre todo la impresión que me causó ver la destrucción completa del internado.

Después de salir del internado, no había pensado mucho en mi educación. En aquel entonces —al igual que la mayoría de mis compañeros— opinaba que la instrucción que nos impartían era una especie de castigo. Pero ahora me parecía que gran parte de la educación que nos metían en nuestras maldispuestas cabezas cobraba una nueva dimensión en el contexto de la ciudad.

Por ejemplo, una de las materias que nos provocaba sumo aburrimiento era lo que los maestros denominaban «geografía». Casi todas las clases se referían a las técnicas de cartografía y agrimensura. En el reducido ambiente del internado, dichos ejercicios eran casi siempre teóricos. Ahora, sin embargo, esas horas de tedio adquirían por fin relevancia. Con un poquito de concentración y con excavar en mi a menudo deficiente memoria, captaba rápidamente los principios del trabajo que Denton me iba explicando.

Se nos enseñaban muchas otras materias teóricas, y ahora comprendía que también ellas tenían gravitación practica. Cualquier aprendiz de un gremio contaba así con un conocimiento general de la tarea que cumpliría en su propio gremio y, además, tendría una información similar respecto de las demás funciones de la ciudad.

De ninguna manera hubiera podido prepararme para el desmesurado esfuerzo físico que implicaba trabajar en las vías, pero yo tenía un entendimiento casi instintivo de la maquinaria empleada para transportar la ciudad por dichas vías. No me atraía en absoluto el entrenamiento obligatorio en la milicia. No obstante, el enigmático énfasis —como en aquella época me parecía— que ponían en la estrategia militar obviamente sena una gran ayuda para los muchachos que luego se dedicarían a las armas para defender la ciudad.

Esta elaboración mental me llevó a preguntarme si hubiesen podido prepararme para contemplar un mundo con una forma como la que parecía tener.

En las clases de astrofísica y astronomía siempre nos habían dicho que los planetas eran redondos. A la Tierra —el planeta, no nuestra ciudad— la describían como un esferoide aplanado en los polos, y nos habían mostrado mapas de algunas zonas de su superficie. Yo suponía que el mundo en el cual estaba situada la ciudad de Tierra era una esfera como el planeta Tierra, y la enseñanza que nos daban no contradecía mi suposición. En realidad, nunca se discutió abiertamente la naturaleza del mundo.

Sabía que la Tierra integraba un sistema de planetas que giraban alrededor de un sol esférico. El mismo planeta Tierra era circundado por un satélite redondo. Estos datos siempre parecían ser teóricos... y la falta de aplicación práctica no me había preocupado ni aún cuando salí de la ciudad, ya que era evidente que imperaba una circunstancia distinta. Que sol y la luna no eran esféricos, como tampoco lo era el mundo en que vivíamos.

Faltaba aún por responder: ¿dónde estábamos? Quizás la solución estuviese en el pasado. De él también nos habían hablado, aunque las historias que nos enseñaban eran, exclusivamente, del planeta Tierra. Gran parte de lo que aprendimos se refería a maniobras militares, a la transferencia del poder y del gobierno de un estado a otro. Aprendimos que el tiempo se medía en años y siglos, y que hubo historia escrita durante unos veinte siglos. Tal vez injustamente me formé la impresión de que no me habría gustado vivir en el planeta Tierra dado que gran parte de su existencia fueron una serie de disputas, guerras, reclamos territoriales, presiones económicas. El concepto de civilización era sumamente adelantado, y la humanidad se congregaba dentro de ciudades. Por definición, los que habitábamos la ciudad de Tierra éramos civilizados, pero no parecía haber semejanza alguna entre nuestra vida y la de ellos. En el planeta Tierra, civilización era igual a egoísmo y codicia. Los que habitaban en un estado civilizado explotaban a los otros. Había escasez de productos vitales, y los países civilizados monopolizaban dichos productos en virtud de su mayor poderío económico. Ese desequilibrio parecía ser la causa de las controversias.

De repente comencé a trazar paralelos entre nuestra civilización y la de ellos. La ciudad indudablemente estaba en pie de guerra como consecuencia de la situación con los nativos lo cual, a su vez, era el resultado de nuestro sistema de «comercio». Nosotros no los explotábamos por medio de la riqueza, pero teníamos un excedente de los productos que escaseaban en el planeta Tierra: alimentos, combustibles, materias primas. Carecíamos, sin embargo, de mano de obra, y la comprábamos con el superávit de productos.

El proceso estaba invertido, pero el resultado era el mismo.

Siguiendo el hilo de mis pensamientos comprendí que, el hecho de estudiar la historia del planeta Tierra, preparaba el camino para los gremialistas de Tráfico, pero no me hacía avanzar en mi búsqueda de la comprensión total. Las historias empezaban y terminaban en el planeta Tierra, aunque no se mencionaba cómo era que la ciudad estaba en este mundo, cómo la habían construido, quiénes fueron sus fundadores ni de dónde provenían..

¿Omisión deliberada? ¿O un conocimiento olvidado?

Supuse que muchos gremialistas habían tratado de construir sus propios esquemas lógicos y las respuestas parecían yacer en algún rincón de la ciudad, o existía una hipótesis aceptada comúnmente, que yo aún no había descubierto. Pero me había adaptado naturalmente a la manera de ser de los gremialistas. En este mundo, la supervivencia era una cuestión de iniciativa; a un nivel superior, remolcando la ciudad hacia el Norte, alejándola de la zona de tremenda distorsión; y a nivel personal, deduciendo uno mismo un esquema de vida. Futuro Denton era un hombre autosuficiente, al igual que casi todos los otros que había conocido. Yo quena ser uno de ellos y comprender las cosas por mi mismo. Pensé que podría discutir sus pensamientos con Denton, pero preferí no hacerlo.

El camino hacia el Norte era muy lento. No tomamos rumbo directo al Norte sino que continuamente nos desviábamos al Este y al Oeste. De vez en cuando. Denton medía nuestra posición con respecto al óptimo, y en ninguna oportunidad estuvimos a más de quince millas al Norte del mismo.

Le pregunté si había algún motivo por el cual no pudiésemos superar dicha distancia.

—En épocas normales habríamos avanzado lo más posible —dijo—. Pero la ciudad se halla en una circunstancia muy especial. Y necesitamos encontrar la ruta más fácil hacia el Norte tanto como un terreno que nos permita defendemos bien.

El mapa que íbamos dibujando estaba cada día más completo y detallado. Denton me permitía manejar el instrumental cuando yo quería, y pronto me convertí en un experto igual que. él. Aprendí a triangular la tierra con el aparato de medición, a calcular la altura de las colinas y el espacio que nos separaba del óptimo. Llegó a gustarme mucho trabajar

con la cámara, aunque tenía que contener mi entusiasmo para conservar la energía de las baterías.

Lejos de las tensiones de la ciudad, el ambiente era plácido, agradable, y descubrí que, a pesar de sus largos silencios, Denton era un hombre afable e inteligente.

Había perdido la cuenta de los días que llevábamos, de viaje, pero no eran, seguro, menos de veinte. Denton no daba muestras de querer regresar.

Encontramos una pequeña aldea agazapada en un valle poco profundo. No intentamos acercarnos. Denton se limitó a marcarla en el mapa, anotando su población aproximada.

El campo era más verde que el que yo estaba acostumbrado a ver, aunque el sol por cierto no era menos caliente. Aquí llovía más a menudo —por lo general, de noche—, y había arroyos y ríos de distintos tamaños.

Sin hacer comentarios, Denton anotaba en su mapa todos los rasgos de la región —naturales o producto de la mano del hombre— que la ciudad tendría dificultad en superar, o apropiados a sus necesidades peculiares. No era tarea de los Investigadores del Futuro determinar qué rumbo seguiría la ciudad. Simplemente nos limitábamos a describir la topografía del terreno del futuro.

La atmósfera era apacible y soporífera, la belleza natural que nos rodeaba, cautivante. Yo sabía que la ciudad atravesaría esta zona en las próximas millas en apreciar el entorno. Para el caso, daba lo mismo que esta campiña, floreciente fuese un tremendo desierto.

Durante las horas en que no me hallaba abocado a mis tareas específicas, seguía cavilando. No podía borrar de mi mente el espectáculo de la apariencia del mundo en que vivíamos. Tenía que haber algo en esos largos años de tediosa educación que, subconscientemente, me hubiese preparado para esa visión. Nosotros vivimos según nuestras presunciones; si uno daba por descontado que el mundo que transitamos es como cualquier otro, ¿podía la educación llegar a prepararnos para un trastocamiento total de dicha suposición?

La preparación para esa vista había comenzado el día que Futuro Denton me había llevado fuera de la ciudad a ver, por mi mismo, un sol que demostró tener cualquier forma menos la de una esfera.

Sin embargo, seguía pensando que debía haber habido una pista anterior.

Dejé pasar unos días. Luego se me ocurrió una idea. Habíamos acampado una noche a la intemperie, junto a un río ancho y playo. Al atardecer, tomé la cámara y el grabador, y trepé por la ladera de una colina cercana. Desde la cima se tenía una visión panorámica hacia el Noreste.

Cuando el sol se encontraba próximo al horizonte, la bruma atmosférica empañó su brillo, y se hizo visible su forma: como siempre, un ancho disco con puntas arriba y «bajo». Encendí la videocámara e hice una larga toma. Más tarde volví a pasar la película para comprobar que la imagen fuese nítida y firme.

Nunca me cansaba de ese espectáculo. Que cielo se iba tiñendo de rojo, y luego de que el disco se hubo ocultado tras el horizonte, el pináculo de luz se deslizó rápidamente hacia abajo. Durante varios minutos quedó una impresión de un brillante foco blanco anaranjado en el centro del resplandor rojo... pero pronto se diluyó y vino la noche.

Hice pasar la película y contemplé el sol en el diminuto monitor. Detuve la imagen y ajusté el control del brillo, oscureciendo la figura hasta que sólo se vio la forma blanca.

Ahí, en miniatura, estaba la imagen del mundo. Mi mundo. Yo habida visto antes esa forma... mucho antes de abandonar los confines del internado. Esas extrañas curvas simétricas formaban un diseño que alguien me había enseñado en alguna ocasión.

Permanece largo rato observando la pantalla del monitor. Luego reaccioné y apagué el aparato para no gastar más las baterías. No me reuní en seguida con Denton. Quería hacer memoria, encontrar algún indicio de ese leve recuerdo de alguien dibujando cuatro líneas en un papel, y levantándolo para que todos viésemos el sitio en que la ciudad de

Tierra luchaba por sobrevivir.

El mapa que Denton y yo compilábamos iba cobrando forma.

Dibujando sobre un rollo de papel grueso, el plano parecía ahora un largo embudo, con su punto más angosto en el bosquecillo cercano al lugar donde estaba la ciudad cuando partimos. Nuestras excursiones se desarrollaron dentro de ese embudo, permitiéndonos medir los grandes rasgos naturales por los cuatro costados, ya que deseábamos que la información obtenida fuese lo más exacta posible.

Cuando terminamos nuestro trabajo. Denton dijo que regresaríamos de inmediato a la ciudad.

En el videograbador yo tenía un registro visual completo de todo el terreno que habíamos recorrido. Ya en la ciudad, el Consejo de Navegantes examinan a lo que considerase necesario para planificar el próximo rumbo a seguir. Denton me dijo que muy pronto otros Investigadores del Futuro partirían al Norte a hacer otro mapa de la zona. Quizás empezarían también en el bosquecillo, continuando luego cinco o diez grados hacia el Este o el Oeste. Si los Navegantes opinaban que había un camino seguro en el terreno que nosotros habíamos explorado, el nuevo mapa comenzaría más adelante, continuándose más allá de la frontera del futuro que habíamos demarcado.

Enfilamos de vuelta a la ciudad. Yo creía que, una vez obtenida la información que nos habían encomendado reunir cabalgaríamos día y noche, sin preocuparnos por la seguridad ni la comodidad. En cambio, retomamos la lenta marcha a campo traviesa.

—¿No sería mejor apresurarnos? —pregunté finalmente, pensando que tal vez Denton se estuviese demorando por mí. Quería demostrarle que estaba dispuesto a apurar el paso.

—No hay ninguna prisa en el futuro —respondió.

No discutí con él, pero tenía idea de que habíamos estado ausentes no menos de treinta días. Durante ese lapso, el movimiento de la tierra habría hecho alejar a la ciudad otras tres millas del óptimo. Por consiguiente, tendría que haberse desplazado por lo menos esa distancia para permanecer dentro de los límites de seguridad.

Yo sabía que la zona no explorada comenzaba sólo una milla al Norte de la última ubicación de la ciudad.

A corto plazo la ciudad necesitaba los datos que nosotros poseíamos.

El viaje de regreso nos insumió tres días. Al tercer día, mientras cargábamos los caballos y retomábamos la marcha rumbo al Sur, me vino el recuerdo que había estado buscando. Vino espontáneamente, como suele suceder cuando uno bucea en busca de algo enterrado, en el subconsciente.

Sentía que había agotado todos mis recuerdos conscientes de las clases del internado. El repasar mentalmente los largos cursos académicos había resultado tan infructuoso como tediosas habían sido las lecciones en su momento.

Pero la respuesta me llegó rememorando una materia que ni siquiera había considerado.

Recordé un periodo, en mis últimas millas de internado, durante el cual el profesor nos había hecho ingresar al reino de los cálculos. Todos los aspectos de las matemáticas provocaban la misma reacción en mí —no demostraba yo ni interés ni habilidad alguna—, y este desarrollo de más conceptos abstractos no me pareció diferente.

El programa versaba sobre un tipo de cálculo conocido como funciones, y se nos enseñaba a dibujar gráficos que representaban dichas funciones. Fueron los gráficos los que me dieron la pista: yo siempre había tenido cierto talento para el dibujo, y durante unos días conseguí mantener despierto el interés, que murió casi de inmediato al descubrir que los gráficos no constituían un fin en sí mismos sino que se los hacía con el objeto de averiguar más datos acerca de la función... y yo no sabía lo que era una

función.

Un gráfico en particular fue discutido con lujo de detalles.

Mostraba la curva de una ecuación en la que un valor era representado como recíproco —o inverso— del otro. Este gráfico se llamaba hipérbola. Una parte del mismo se dibujaba en el cuadrante positivo, la otra, en el negativo. Cada extremo de la curva tenía un valor infinito, tanto positivo como negativo.

El profesor había explicado qué pasaría si se hiciera rotar ese gráfico alrededor de uno de sus ejes. Yo no comprendía por qué había que dibujar gráficos ni por qué habría que hacerlos rotar, y me dio otro ataque de soñar despierto. Pero si noté que el profesor había dibujado cómo se vería el cuerpo sólido si se efectuara dicha rotación.

El resultado fue un objeto imaginario: un sólido con un disco de radio infinito, y dos espirales hiperbólicas encima y debajo del disco, cada una de las cuales se angostaba hacia un punto infinitamente distante.

Era una abstracción matemática, y en aquel entonces no me despertó el más mínimo interés.

Pero esa imposibilidad matemática no se nos enseñaba sin ningún motivo, y el profesor había tenido razón en dibujárnosla. De esa manera indirecta que caracterizaba toda nuestra educación, yo había visto ese día la forma del mundo en que vivíamos.

CAPÍTULO CINCO

Denton y yo atravesamos el bosque que había al pie de las colinas. Allí, frente a nosotros, estaba el desfiladero.

Involuntariamente tiré de las riendas e hice detener al caballo.

—¡La ciudad! —exclamé—. ¿Dónde está?

—Supongo que aún junto al río.

—¡Entonces debe haber sido destruida!

No cabía otra explicación. Sí no se había movido durante esos treinta días, sólo otro ataque podía haberla hecho demorar. A esta altura, debía haber llegado, al menos, hasta el desfiladero.

Denton me observaba con una expresión divertida en su rostro.

—¿Es ésta la primera vez que se ha alejado tanto al Norte del óptimo? —preguntó.

—Sí.

—Pero usted ha ido al Pasado. ¿Qué ocurrió cuando regresó a la ciudad?

—Se produjo un ataque —dije.

—Sí... Pero, ¿cuánto tiempo había pasado?

—Más de setenta millas.

—¿Era más de lo que esperaba?

—Sí. Yo pensé que... me había ido sólo unos días, una o dos muías.

—Bien. —Denton retomó la marcha. Yo lo seguí—. Lo contrario sucede cuando uno va al Norte del óptimo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Nadie le ha hablado de los valores de tiempo subjetivo? —Mi expresión de desconcierto le dio la respuesta—. Si usted va a cualquier lugar al Sur del óptimo, se retrasa el tiempo subjetivo. Cuanto más al Sur se interne, mayor intensidad tendrá el fenómeno. En la ciudad, la escala de tiempo es más o menos normal mientras esté cerca del óptimo, de modo que cuando usted regresa del pasado, da la impresión de que la ciudad hubiese avanzado más de lo posible.

—Pero nosotros venimos del Norte.

—Sí, y se produce el efecto opuesto. Mientras nos dirigimos al Norte, se acelera nuestra escala de tiempo subjetiva, y así parece que la ciudad no se hubiera movido en absoluto. Por experiencia, creo que advertirá que han pasado cuatro días durante nuestra

ausencia. Es más difícil calcularlo en este momento ya que la ciudad está más al Sur del óptimo que lo acostumbrado.

Me quedé callado unos minutos tratando de entender.

—Entonces, si la ciudad pudiera llegar al Norte del óptimo, no tendría que viajar tantas millas. Podría detenerse.

—No. Tiene que estar siempre en movimiento.

—Pero, si el lugar donde hemos estado, retrasa el tiempo, la ciudad podría beneficiarse estando allí.

—No. El diferencial en el tiempo subjetivo es relativo.

—No comprendo —dije, sinceramente.

Íbamos recorriendo el valle, hacia el desfiladero. En unos minutos podríamos ver la ciudad, si es que ésta se hallaba donde creía Denton.

—Hay dos factores. Uno es el movimiento del suelo. El otro es cómo cambian subjetivamente los valores de tiempo. Ambos son absolutos, pero no necesariamente relacionados, que nosotros sepamos.

—¿Por qué, entonces...?

—Escuche. El suelo se mueve, físicamente. Al Norte, se mueve lentamente, y cuanto más al Norte uno llegue, más lentamente lo hará. Al Sur, se mueve con mayor rapidez. Si fuese posible alcanzar el punto más septentrional, pensamos que el suelo no se movería. Por otra parte, creemos que, en el Sur, el movimiento del suelo se acelera a velocidad infinita en el extremo más meridional.

—Yo estuve allí... en el extremo más meridional.

—Usted se alejó... ¿cuánto? ¿Cuarenta millas? ¿Tal vez más, por casualidad? Esta distancia fue suficiente para que sintiera los efectos... pero sólo el comienzo. Estamos hablando en términos de millones de millas. Millones, literalmente. Muchas más, dirían algunos. Destaine, el fundador de la ciudad, pensaba que el mundo era de tamaño infinito.

—Pero la ciudad sólo tiene que adelantarse unas pocas millas para quedar al Norte del óptimo.

—Efectivamente... y la vida sería mucho más sencilla. Aún tendríamos que hacerla avanzar, aunque no tan a menudo ni tan lejos. Pero el problema es que, lo más que podemos hacer, es ponemos al nivel del óptimo.

—¿Qué tiene el óptimo de particular?

—Es el lugar, en este mundo, donde las condiciones se asemejan más a las del planeta Tierra. En el punto del óptimo nuestros valores subjetivos de tiempo son normales. Además, un día dura veinticuatro horas. En cualquier otro sitio de este mundo, el propio tiempo subjetivo produce días levemente más cortos o más largos. La velocidad del suelo en el óptimo, es aproximadamente una milla cada diez días. El óptimo es importante porque, en un mundo como éste, donde hay tantas variables, necesitamos un metro patrón. No confunda millas-distancia con millas-tiempo. Decimos que la ciudad se ha movido tantas millas, y lo que en verdad queremos decir es que han pasado diez veces esa cantidad de días de veinticuatro horas. De manera que, en términos reales, no ganaríamos nada estando al Norte del óptimo.

Habíamos alcanzado el punto más alto del desfiladero. Se habían instalado los emplazamientos de cables, y la ciudad estaba en proceso de ser arrastrada. Los milicianos estaban bien a la vista, custodiando no sólo los alrededores de la ciudad sino también parados a ambos lados de las vías. Decidimos no bajar, sino esperar hasta que se hubiera terminado el remolque.

Denton dijo de pronto:

—¿Leyó usted las Directivas de Destaine?

—No. He oído hablar de ellas en el juramento.

—Claro. Clausewitz tiene una copia. Debería leerlas.

Destaine estableció las normas para la supervivencia, y hasta ahora nadie ha encontrado un argumento para cambiarlas. Creo que le ayudarían a entender este mundo un poquito más.

—¿Destaine lo entendía?

—Pienso que sí.

La operación se completó al cabo de una hora. No se presentaron interferencias de los nativos; de hecho, no hubo ni rastros de ellos. Vi que varios milicianos estaban armados con rifles, probablemente quitados al enemigo durante el último enfrentamiento.

Cuando ingresamos a la ciudad, fui derecho al calendario central y me enteré de que, mientras estuvimos en el Norte, habían pasado tres días y medio.

Intercambiamos breves palabras con Clausewitz, y luego nos llevó a ver al Navegante McMahon. Con lujo de detalles Denton y yo describimos el terreno que habíamos explorado, señalado en el mapa los rasgos físicos prominentes. Dentad esbozó las rutas que sugeríamos para la ciudad, indicando los accidentes del terreno que podían causar problemas, y rutas alternativas para esquivarlos. A decir verdad, la zona era, en general, apropiada. Las colinas implicarían una serie de desvíos del Norte, pero había pocas cuevas empinadas y, en conjunto, la tierra era considerablemente más baja en su punto más septentrional que la elevación actual de la ciudad.

—Mandaremos dos expediciones más de inmediato —le dijo el Navegante a Clausewitz—. Una, cinco grados al Este; la otra, cinco grados al Oeste. ¿Tiene hombres disponibles?

—Sí, señor.

—Citaré hoy al Concejo y estableceremos provisoriamente el rumbo que usted propone. Si se encuentra un terreno mejor, lo reconsideraremos más adelante. ¿Cuánto tiempo estima que demorará para traerme otro informe?

—En cuanto podamos relevar algunos hombres de la milicia y de las vías.

—Esas son las prioridades. Por el momento, nos basta este informe. Si la situación se tranquiliza, preséntese de nuevo.

—Sí, señor.

El Navegante tomó el mapa y la película, y nosotros abandonamos la sala.

Afuera, le dije a Clausewitz:

—Señor, quiero ofrecirme como voluntario para una de esas expediciones.

Clausewitz meneó la cabeza.

—No. Usted tiene tres días de licencia, y después vuelve al gremio de Tracción.

—Pero...

—Son normas gremiales.

Clausewitz dio media vuelta y se alejó con Denton, hacia el salón de los Futuros. Esa zona también era mía, pero de repente me sentí excluido. Literalmente, no tenía dónde ir. Mientras estuve trabajando fuera de la ciudad dormía en las habitaciones de la milicia. Ahora, de licencia oficial, no sabía siquiera dónde residía. En la sala de los Futuros había literas y podía dormir ahí momentáneamente, pero sentía que tenía que ver a Victoria cuanto antes. Lo había estado postergando con el pretexto de mis viajes. No sabía cómo manejar la nueva situación, y la respuesta sólo podía encontrarla hablando con ella. Me di una ducha y me cambié de ropa.

CAPÍTULO SEIS

El interior de la ciudad no se había modificado mucho durante mi viaje al Norte. Los directores Domésticos y Médicos estaban totalmente abocados al cuidado de los heridos y a la reorganización de los alojamientos. Había menos huellas de desesperación en los rostros de la gente, y se había logrado mantener relativamente despejados los pasillos.

Pero aun así me pareció que era un mal momento para arreglar un asunto personal.

Fue difícil hallar a Victoria. Luego de preguntar a varios directores, me mandaron a un dormitorio provisional en el nivel inferior, pero no estaba allí. Hablé con la mujer que cuidaba.

—Usted es su ex marido, ¿no?

—Sí. ¿Dónde está Victoria?

—Ella no quiere verlo. Está muy ocupada, y se pondrá después en contacto con usted.

—Quiero verla.

—No puede. Con su permiso, estamos muy atareados.

Me dio la espalda y continuó con su trabajo. Eché una mirada por el atestado dormitorio. En su extremo, dormían unos obreros, y en el otro, había varios heridos tendidos en camastros. Vi a algunas personas caminando entre las camas, pero Victoria no estaba entre ellas.

Regresé a la sala de los Futuros. Durante el tiempo que estuve buscando a Victoria tomé una decisión. No tenía sentido vagar sin rumbo por la ciudad; mejor sería que volviera a trabajar a las vías. Pero primero quería leer la copia que Clausewitz tenía de las Directivas de Destaine.

En la sala de los Futuros había un solo gremialista, que se presentó como Futuro Blayne.

—Usted es el hijo de Mann, ¿no?

—Sí.

—Me alegro de conocerlo. ¿Ya fue al futuro?

—Sí —respondí. Me gustaba el aspecto de Blayne. No era mucho mayor que yo, y tenía una cara fresca, sincera. Parecía contento de encontrar alguien con quien hablar. Me contó que iba a ir al Norte en una de las expediciones que partían ese mismo día, y que viajarla solo durante las próximas millas.

—¿Es común que vayamos solos al Norte? —pregunté.

—Normalmente, sí. Podemos trabajar de a dos si Clausewitz da su aprobación, pero la mayoría de los Futuros prefieren trabajar por su cuenta. A mí me gusta ir acompañado. Me siento un poco solo allá. ¿Y usted?

—Yo fui al futuro una vez, con Denton.

—¿Cómo se llevaba con él?

Y así charlamos amablemente, sin las trabas con que siempre me topaba cuando hablaba con otros gremialistas. Inconscientemente yo había adoptado la misma costumbre, y supongo que al principio le habré parecido algo huraño. Al cabo de unos minutos, sin embargo, empezó a gustarme su conducta franca, y en seguida nos sentimos como viejos amigos.

Le conté que había filmado el sol en video.

—¿Ya lo limpió?

—¿Qué quiere decir?

—Si borró la película.

—No... ¿Tendría que haberlo hecho?

Se rió.

—Los Navegantes le caerán encima si la llegan a ver. Está prohibido usar las cintas salvo para registrar los accidentes del terreno.

—¿La verán?

—Tal vez. Si están satisfechos con el mapa, probablemente quieran controlar algunas de las referencias. No creo que vayan a pasar toda la cinta. Pero si lo hacen...

—¿Qué tiene de malo? —pregunté.

—Son las reglas del gremio. La cinta es muy valiosa y no hay que desperdiciarla. Pero no se preocupe. ¿Y se puede saber por qué filmó el sol?

—Se me ocurrió una idea y quena analizarla. ¡Tiene una forma tan atractiva!

Me miró con renovado interés.

—¿Qué dedujo de ello?

—Valores invertidos.

—En efecto. ¿Cómo hizo para llegar a esa conclusión? ¿Alguien se lo dijo?

—Recordé algo de mis épocas de internado. Una hipérbola.

—¿Fue más allá en su elaboración? ¿Pensó en el área de superficie?

—Futuro Denton me explicaba que es muy grande.

—No es muy grande... es infinitamente grande. Al Norte de la ciudad la superficie se curva hasta que queda casi vertical, pero no del todo. Al Sur, se hace casi pero no del todo, horizontal. Que mundo gira sobre su eje y así, con un radio infinito, gira a infinita velocidad. Esto lo dijo con una voz sin matices, inexpresiva.

—Está bromeando —dije.

—No. Hablo totalmente en serio. Donde estamos ahora, cerca del óptimo, los efectos de la rotación son los mismos que en el planeta Tierra. Más al Sur, aunque la velocidad angular es idéntica, aumenta la rapidez. Cuando fue al pasado, ¿no sintió la fuerza centrífuga?

—Sí.

—Si se hubiese internado más lejos, no estaría aquí para contarle. Esa fuerza es espantosamente efectiva.

—A mí me dijeron que no hay nada que pueda viajar más rápido que la luz.

—Es verdad. En teoría, la circunferencia del mundo es infinitamente larga y se mueve a una velocidad infinita. Pero hay —o se piensa que hay— un punto donde la materia deja de existir y funciona como circunferencia efectiva. Ese punto es donde la rotación del mundo imparte a la materia una velocidad equivalente a la de la luz.

—Entonces no es infinita.

—No totalmente. Pero enorme. Mire el sol.

—Lo he mirado a menudo.

—Es lo mismo. Si no estuviese girando sería, literalmente, infinitamente grande.

—Sin embargo, en teoría tiene ese tamaño. ¿Cómo puede haber espacio para más de un objeto de tamaño infinito?

—Hay una respuesta. Pero no le va a gustar.

—Póngame a prueba.

—Vaya a la biblioteca y busque un libro de astronomía. No importa cuál. Son todos libros del planeta Tierra, así que se manejan con los mismos supuestos. Si ahora estuviésemos en el planeta Tierra, estaría viviendo en un universo de tamaño infinito, el cual podría estar ocupado por una cantidad de cuerpos grandes, pero limitados. Aquí, la regla es inversa: vivimos en un universo grande pero limitado, ocupado por una cantidad de cuerpos de tamaño infinito.

—No tiene sentido.

—Lo sé —dijo Blayne—. Yo le dije que no le gustaría.

—¿Dónde estamos?

—Nadie lo sabe tampoco.

—Cuando fui al Pasado ocurrió algo insólito. Yo iba con tres chicas, y a medida que nos aproximábamos al Sur, sus cuerpos se transformaban...

—¿No vio a nadie en el Futuro?

—No. No nos acercamos a las aldeas.

—Al Norte del óptimo los nativos cambian físicamente. Se hacen muy altos y delgados. Cuanto más al Norte nos vamos, más se alteran los factores físicos.

—Yo viajé sólo quince millas hacia el Norte.

—Entonces de todos modos no habría notado nada peculiar. Pasando las treinta y cinco millas del óptimo, es muy extraño.

Luego le pregunté:

—¿Por qué se mueve el suelo?

—No estoy seguro —respondió Blayne.

—¿Alguien lo está?

—No.

—¿Hacia dónde se mueve?

—Más concretamente —dijo Blayne—, ¿desde dónde se mueve?

—¿Lo sabe?

—Destaine decía que el movimiento del suelo era cíclico. En sus Directivas afirma que en realidad está inmóvil en el polo Norte. Más al Sur, se mueve lentamente hacia el Ecuador. Cuanto más se aproxima al Ecuador, tanto más rápido se mueve, angularmente —debido a la rotación—, y linealmente. En el extremo más lejano se mueve en dos direcciones al mismo tiempo, a velocidad infinita.

Lo miré fijo.

—Pero...

—Espere... eso no es todo. El mundo tiene también una parte Sur. Si el mundo fuese una esfera sería llamada hemisferio, pero Destaine adoptó la denominación por conveniencia. En el hemisferio Sur ocurre lo contrario. Es decir, el suelo se mueve desde el Ecuador hacia el polo Sur, aminorando paulatinamente la velocidad. En el polo Sur, vuelve a ser estacionaria.

—Aún no me ha dicho desde dónde se mueve el suelo.

—Destaine afirmaba que el polo Norte y el Sur son idénticos. Dicho en otras palabras, cuando algún punto de la tierra alcanza el polo Sur, reaparece en el polo Norte.

—¡Eso es imposible!

—Según Destaine, no. Él dice que el mundo tiene la forma de una hipérbola sólida, o sea, que todos los límites son infinitos. Si usted puede imaginarse eso, los límites adoptan las características de su valor opuesto. Un negativo infinito se convierte así en un positivo infinito, y viceversa.

—¿Lo está citando usted al pie de la letra?

—Creo que sí. Pero le convendría remitirse al original.

—Eso quiero hacer —dije.

Antes de que Blayne partiera hacia el Norte convinimos, cuando se superase la crisis imperante, salir juntos a explorar.

Solo, una vez más, leí la copia de las Directivas de Destaine que Blayne le pidió a Clausewitz para mí.

Consistían en varias páginas de texto impreso apretadamente, gran parte del cual me habría resultado incomprensible de haberlo leído cuando por primera vez salí de la ciudad. Ahora que contaba con ideas propias, con experiencia y con lo que Blayne me había explicado, sólo me servían para confirmar. Comprendí un poco más el sentido del sistema de gremios. La experiencia me había facilitado el camino hacia el entendimiento.

Había mucha matemática teórica y profusión de cálculos interpolados, los cuales no miré en detalle. Mayor interés tenía para mí una parte que parecía un diario redactado aprisa. Algunos tramos me llamaron la atención:

Estamos a gran distancia de la Tierra. Dudo mucho que volvamos a ver nuestro planeta, pero si queremos sobrevivir aquí, debemos mantenernos como un microcosmos de la Tierra. Estamos solos y aislados. Alrededor de nosotros hay un mundo hostil que diariamente amenaza nuestra supervivencia. En tanto y en cuanto permanezcan nuestros edificios, sobrevivirá el hombre en este lugar. Lo supremo es la protección y preservación de nuestro hogar.

Más adelante escribía:

He medido la tasa de regresión en un décimo de una milla legal en un periodo de veintitrés horas y cuarenta y siete minutos. Aunque el impulso del Sur es lento, también es inexorable. El establecimiento, por tanto, deberá ser trasladado al menos una milla cada diez días.

Nada debe interponerse en el camino. Ya nos hemos topado con un no y hubo que cruzarlo con gran riesgo. Indudablemente nos encontraremos con otros obstáculos, en los días y millas por venir, y hay que estar preparados. Debemos dedicarnos a buscar materiales de la zona que puedan ser almacenados dentro de los edificios para su uso posterior como materiales de construcción. Sabiéndolo con suficiente anticipación, no debería resultar muy difícil construir un puente.

Stumer se ha adelantado y nos advierte sobre la existencia de una región cenagosa. Ya hemos despachado otros equipos hacia el Noreste y el Noroeste para determinar la extensión del pantano. Si no es demasiado ancho, podemos desviar un trecho del rumbo Norte, y recuperar luego la diferencia.

A continuación venían dos páginas de la teoría que Blayne había tratado de explicarme. Leí todo dos veces, y cada vez comprendía un poco más. Proseguí la lectura:

Chen ha suministrado el inventario de materias fósiles que yo le había pedido. ¡Todas eran deshechos! Con el generador, ¡no más necesidad! No le dije nada a L. Me gustan las discusiones con él... ¿por qué escatimarlas ahora? ¡Las generaciones futuras tendrán calor!

Temperatura de hoy: -23° C. Seguimos avanzando hacia el Norte.

Y luego:

Problemas con uno de los rieles de oruga. Se aconseja que autorice el desmantelamiento. Dice que Stumer informa, desde el Norte, que ha encontrado algo que parecen ser los restos de una línea de ferrocarril. Un proyecto increíble para hacer avanzar el establecimiento por esas vías. Se dice que saldría bien.

Luego:

Decidí crear un sistema de gremios. Simpático arcaísmo que todos aprueban. Un modo de estructurar la organización sin cambiar drásticamente la manera de gobernar, pero creo que podría imponer al establecimiento una forma que nos sobrevivirá.

Adelante la remoción de los rieles de oruga. Ha causado una gran demora. Espero que podamos recuperar el tiempo perdido.

Hoy Natasha dio a luz un varón.

El doctor S. me dio más píldoras. Dice que estoy trabajando demasiado y tengo que descansar. Después, quizás.

Hacia el final de las Directivas prevalecía un tono más didáctico.

Lo que aquí he escrito lo sabrán confidencialmente sólo los que se aventuren en el exterior. No es necesario recordar a los que permanecen

dentro del establecimiento nuestras funestas perspectivas. Estamos bien organizados: tenemos energía mecánica suficiente e iniciativa humana para mantenemos por siempre, sin peligro, en este mundo. Las generaciones futuras deben aprender el aspecto duro de lo que ocurrirá si dejamos de explotar la energía o nuestra iniciativa, y este conocimiento bastará para que ambas se desarrollen al máximo.

Alguien de la Tierra debe encontrarlos, Dios mediante. Hasta ese momento, nuestro lema debe ser la supervivencia, a cualquier costo.

Desde ahora, se conviene y se ordena lo siguiente:

Que la responsabilidad final queda en manos del Concejo. Estos hombres dirigirán el establecimiento y serán llamados Navegantes. Sus miembros, que nunca serán menos de doce, se elegirán entre los miembros mayores de los siguientes gremios:

Gremio de Vías, que será responsable de la conservación de los rieles a lo largo de los cuales se desliza el establecimiento.

Gremio de Tracción, que será responsable de la conservación de la energía motriz del establecimiento.

Gremio del Futuro, que será responsable de inspeccionar las tierras que yacen en el tiempo futuro de nuestro establecimiento.

Gremio de Constructores de Puentes, que será responsable de zanzar los obstáculos físicos, en caso de necesidad.

Si fuese preciso crear otros gremios en el futuro, dicha decisión deberá contar con el voto unánime del Concejo.

(Firmado) Francis Destaine

El grueso de las Directivas consistían en anotaciones cortas, fechadas cronológicamente desde el 23 de febrero de 1987 hasta el 19 de agosto de 2023. La última frase firmada tenía fecha 24 de agosto de 2023.

Había dos páginas más. Una era el relato de la formación del Gremio de Tranco y de la Milicia, y no tenía fecha. La otra página era un diagrama hecho a mano, mostraba la hipérbola producida por la ecuación $y = 1/x$. Debajo había unos signos matemáticos que no pude entender.

Esas eran las Directivas de Destaine.

CAPÍTULO SIETE

El trabajo en las vías progresaba.

Ya se habían levantado la mayoría de los rieles detrás de la ciudad, y había más cuadrillas tendiéndolos nuevamente desde la entrada del desfiladero, por el largo valle hacia el bosque que había al pie. Había mejorado el ambiente por el hecho de haber podido izar la ciudad del río exitosamente y sin alteraciones. Además, la cuesta del tramo siguiente era a nuestro favor. Tendrían que usarse los cables porque la loma no tenía la inclinación necesaria para contrarrestar los efectos de la fuerza centrífuga, que se percibían incluso aquí.

Me producía una sensación extraña estar parado en el suelo, junto a la ciudad y verla extenderse horizontalmente. Ahora sabía que este aparente nivel no era tal. En el óptimo —que en la amplia escala de este mundo no estaba muy distante—, el terreno se inclinaba en una pendiente de cuarenta y cinco grados hacia el Norte. ¿Tenía esto algo de distinto de vivir en la superficie de un mundo esférico como el planeta Tierra? Recordé un libro que había leído en el internado, un libro para niños escrito en un lugar llamado Inglaterra. Describía la vida de una familia que planeaba emigrar a otro sitio llamado Australia. Los chicos del libro creían que iban a quedar dados vuelta, y el autor se había

esmerado en describir cómo todos los puntos de la esfera parecían estar derechos debido a los efectos de la gravedad. Lo mismo ocurría en este mundo. Yo había estado tanto al Norte como al Sur del óptimo, y siempre el suelo daba la impresión de ser llano.

Me gustaba el trabajo en las vías. Era agradable volver a utilizar mi cuerpo, y no tener tiempo de pensar en otras cosas.

Quedaba, sin embargo, un cabo suelto por atar: Victoria.

Necesitaba verla, por más fastidiosa que pudiese resultar la entrevista, y quería arreglar pronto la situación. Hasta tanto no hablase con ella, cualquiera fuese el resultado, no me sentía cómodo.

Había llegado a aceptar el entorno físico de la ciudad. Quedaban muy pocas preguntas por responder. Entendía cómo y por qué se trasladaba. Conocía los numerosos y sutiles riesgos que acechaban si llegase a interrumpir su viaje al Norte. Sabía que era vulnerable y que estaba, en este preciso momento, en peligro inminente de nuevos ataques, pero pensaba que ello se resolvería a la brevedad.

Todo esto, sin embargo, no podía hacerme superar la crisis personal de verme separado de una chica a quien había amado durante un lapso que a mí me pareció de pocos días.

Descubrí que, como gremialista, me estaba permitido asistir a las asambleas del Concejo de Navegantes. No podía intervenir en forma activa, pero no se me prohibía presenciar como espectador ningún tramo de las sesiones. Me dijeron que iba a haber un encuentro y decidí ir.

Se reunían en una pequeña habitación que quedaba detrás de la sala principal de los Navegantes. Todo fue muy informal. Yo creía que me iba a encontrar con mucha ceremonia y un ambiente de circunstancias, pero en realidad las reuniones eran cruciales para lograr una eficiente dirección de la ciudad sería cuando los Navegantes ingresaron y tomaron asiento alrededor de una mesa.

Estaban presentes dos de ellos que yo conocía de nombre —Oisson y McMahon—, y otros trece.

El primer asunto a discutir era la situación militar. Un Navegante se puso de pie, dijo llamarse Thorens, y dio un sucinto informe de la situación actual.

La milicia había determinado que aún había al menos cien hombres en las proximidades de la ciudad, la mayoría, armados. Según la inteligencia militar, estos hombres tenían la moral baja porque habían sufrido muchas pérdidas lo cual contrastaba profundamente —decía el Navegante— con la moral de nuestras tropas, que se sentían capaces de repeler cualquier nuevo intento de agresión. Contaban ahora con veintiún rifles capturados de los nativos, y si bien no había muchas municiones, el gremio de Tracción había ideado un método para fabricarlas en pequeñas cantidades.

Un segundo Navegante confirmó lo expuesto.

El informe siguiente versaba sobre el estado de la estructura de la ciudad.

Se discutió considerablemente acerca de las tareas de reconstrucción que debían llevarse a cabo, y cuándo. Se dijo que los directores Domésticos se veían muy presionados y que había gran demanda de lugares donde dormir. Los Navegantes resolvieron dar prioridad a una nueva sala de dormitorio.

Este cambio de ideas condujo naturalmente a temas más amplios, que me resultaban de sumo interés.

Según pude apreciar, las opiniones estaban divididas. Había una escuela de pensamiento que opinaba que debía volver a adoptarse la antigua política de «ciudad cerrada» lo más pronto posible. Los otros consideraban que dicha política ya había cumplido su objetivo, y que debía dejársela de lado para siempre.

Me pareció que éste era un asunto de crucial importancia, que podía modificar en forma radical la estructura social de la ciudad... y de hecho, indirectamente era éste el

tema de debate. De abandonarse el sistema «cerrado», ello implicaría que todas las personas que se criaran en la ciudad aprenderían gradualmente la verdadera situación en que vivíamos. Ello traería aparejado un nuevo modo de encarar la educación, el que a su vez provocaría cambios sutiles en los poderes de los mismos gremios.

Por último, luego de llamarse repetidamente a votación y de presentarse varios proyectos de reformas, la mayoría más uno decidió reintroducir el sistema de «ciudad cerrada» por el momento.

Hubo más novedades. En la ciudad había aún diecisiete mujeres transferidas, que estaban ahí desde el primer ataque de los nativos. Se cambiaron ideas acerca de lo que convenga hacer, y se informó a los presentes que ellas deseaban permanecer en la ciudad. Se hizo notar de inmediato que probablemente los ataques hubiesen sido hechos con el objeto de liberar a esas mujeres.

Otra votación: a las mujeres se les permitiría quedarse en la ciudad todo el tiempo que quisieran.

También se resolvió no volver a implantar la experiencia de viaje al pasado para los aprendices. Yo interpreté que estos viajes se habían suspendido luego del primer ataque, y varios Navegantes propiciaban su reimplantación. Se informó a la asamblea que doce aprendices habían sido muertos en el pasado, y que no se tenían noticias de otros—cinco. La suspensión continuaría en vigencia.

Estaba fascinado por lo que escuchaba. Jamás me había percatado en qué medida los Navegantes manejaban las cuestiones prácticas del sistema. Nunca me habían dicho nada específico, pero existía entre ciertos gremialistas un sentimiento general de que los Navegantes eran unos viejos decrépitos que no tengan contacto con la realidad. Algunos de ellos eran por cierto entrados en años, pero no habían perdido sus facultades perceptivas. Paseé la mirada por la sala, y al ver tantos asientos vacíos, pensé que quizás más gremialistas debían asistir a las reuniones del Concejo.

Había más asuntos en carpeta. El Navegante McMahon presentó el informe que Denton y yo habíamos redactado, y anunció, además, que se estaban llevando a cabo otras dos expediciones con cinco grados de diferencia, cuyos resultados se conocerían en uno o dos días.

Los asistentes decidieron que la ciudad tomarla provisoriamente el rumbo que Denton y yo hablamos marcado, hasta tanto no se hallara un camino mejor.

Finalmente, el Navegante Lucan trajo a colación el tema de la tracción de la ciudad. Dijo que el gremio respectivo había elevado un proyecto para hacer mover la ciudad levemente más rápido. Había que recuperar terreno para poder volver a la situación normal —afirmaba—, y hubo consenso general.

Proponían —dijo— fijar un programa de tracción continua. Ello implicaría una colaboración más estrecha con el gremio de Vías, y quizás un riesgo mayor de que se cortaran los cables. Pero argumentaba que, dado que ahora teníamos una gran escasez de rieles luego del incendio del puente, la ciudad debería avanzar en trechos más cortos. El gremio de Tracción sugería tender vías más cortas al Norte de la ciudad, y mantener los guinches funcionando permanentemente. Los guinches serían quitados de circulación para una revisión periódica y, como las formas del terreno futuro nos favorecían, podríamos mover la ciudad a la velocidad necesaria para volver a alcanzar el óptimo dentro de veinte o veinticinco millas de tiempo.

Hubo pocas objeciones al proyecto, aunque el presidente solicitó un informe más completo. En el momento de la votación había nueve a favor y seis en contra. Cuando se presentara el informe requerido, la ciudad comenzaría a avanzar en forma continua lo más pronto posible.

CAPÍTULO OCHO

Tuve que abandonar la ciudad en una misión de reconocimiento, al Norte. Por la mañana, Clausewitz me había mandado a llamar para darme las instrucciones. Saldría al día siguiente, y viajan a veinticinco millas al Norte del óptimo con el objeto de traer un informe de las características del terreno y de la ubicación de las diversas aldeas. Me dieron a elegir entre trabajar por mi cuenta o ir con otro gremialista del Futuro. Recordando mi nueva amistad con Blayne, pedí ir con él, y me lo concedieron.

Estaba ansioso por partir. No me sentía obligado a continuar con el trabajo manual en las vías. Muchos hombres que nunca habían salido de la ciudad trabajaban ahora muy bien en equipos, y se adelantaba más que en las épocas en que se contrataba mano de obra local.

Parecía que había pasado mucho tiempo desde el último ataque de los nativos, y la moral estaba alta. Hablamos logrado atravesar exitosamente el desfiladero. Adelante nos esperaba la larga pendiente que bajaba hasta el valle. Tentamos buen tiempo y muchas esperanzas.

Al atardecer regresé a la ciudad. Había decidido conversar sobre la misión de reconocimiento con Blayne, y pasar la noche en la sala de los Futuros. Partiríamos con la primera luz.

Cuando recorría un pasillo vi a Victoria.

Estaba trabajando sola en una oficina pequeña, controlando una pila de papeles. Entré y cerré la puerta.

—Ah, eres tú —dijo.

—¿Te molesto?

—Estoy muy ocupada.

—Yo también.

—Entonces déjame sola y prosigue con tu trabajo.

—No —dije—. Quiero hablar contigo.

—En otro momento.

—No puedes esquivarme toda la vida.

—No tengo nada que decirte.

Le manoteé la lapicera. Se cayeron los papeles al piso y ella se sobresaltó.

—¿Qué pasó. Victoria? ¿Por qué no me esperaste? Ella miraba los papeles desparramados, y no me respondía.

—Vamos, contéstame.

—Ha pasado ya mucho tiempo. ¿Todavía te importa?

—Sí.

Ahora me miraba, lo mismo que yo a ella. Victoria había cambiado mucho. Parecía mayor. Se la notaba más segura de sí misma, más mujer... pero a mí me resultaba familiar el modo en que inclinaba la cabeza, cómo se apretaba las manos.

—Helward, perdóname si te hice sufrir, pero yo también tuve mucho que soportar. ¿Te basta con esto?

—Sabes qué no. ¿Y qué me dices de todo lo que habíamos conversado?

—¿Qué cosas?

—Las cosas privadas. Las intimidades.

—No tienes que preocuparte por tu juramento.

—No estaba pensando en ello —dije—. Las otras cosas tuyas y mías.

—¿Lo que nos susurrábamos en la cama?

Sentí un escalofrío.

—Sí.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Debe haberseme notado la reacción porque de repente Victoria suavizó tu tono—. Perdóname. No pienses que soy insensible.

—Esta bien. Di lo que quieras.

—Es que no esperaba verte. ¡Estuviste ausente tanto tiempo! Podías haberte muerto, que nadie me decía nada.

—¿A quién le preguntaste?

—A tu jefe, Clausewitz. Lo único que me respondía era que habías salido de la ciudad.

—Pero yo te dije adonde iba, que partía hacia el Sur.

—También dijiste que volverías al cabo de unas pocas millas de tiempo.

—Lo sé. Estaba equivocado.

—¿Qué ocurrió?

—Me... demoré. —No podía siquiera comenzar a explicarle.

—Te demoraste, eso es todo.

—Era mucho más lejos de lo que creía.

Victoria empezó a revolver los papeles, tratando de hacer una pila ordenada. Era sólo un modo de tener ocupadas las manos; Yo había abierto el camino de las confidencias.

—Nunca viste a David, ¿no?

—¿David? ¿Ese nombre le pusiste?

—El era... —Me miró nuevamente, con los ojos bañados en lágrimas—. Tuve que ponerlo en el internado. ¡Había tanto trabajo! Lo veía todos los días. Luego vino el primer ataque. Yo tenía que estar junto a la boca de incendio, y no podía... Más tarde bajamos al...

Cerré los ojos y me di vuelta. Ella se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. Me apoyé contra la pared, inclinando la cabeza sobre el antebrazo. Segundos más tarde yo también lloraba.

Entró una mujer en la habitación. Al ver lo que pasaba, salió rápidamente. Esta vez apoyé todo mi peso sobre la puerta para impedir otra interrupción.

Más adelante, dijo Victoria:

—Pensé que no ibas a volver nunca. Había mucha confusión en la ciudad, pero logré encontrar a una persona de tu gremio. El me contó que muchos aprendices habían muerto en su viaje al Sur. Le dije cuánto tiempo hacía que te habías ido. El no quería comprometerse. Lo único que yo sabía era el tiempo que habías estado ausente, y cuándo habías dicho que regresarías. Fueron casi dos años, Helward.

—A mí me lo advirtieron —dije—. Pero no quise creerlo.

—¿Por qué no?

—Tenía que caminar una distancia de ochenta millas, ida y vuelta. Pensé que podía hacerlo en unos días. Nadie en el gremio me dijo por qué no podría ser.

—¿Pero ellos lo sabían?

—Indudablemente.

—Podrían haber esperado al menos hasta que naciera el bebé.

—Yo tema queirme cuando me lo ordenaban. Era parte del entrenamiento del gremio.

Victoria estaba ahora más serena. La reacción emotiva había destruido el antagonismo latente, y pudimos hablar más tranquilos. Ella recogió los papeles caídos, los apiló y los guardó en un cajón. Había una silla junto a la pared de enfrente. Me senté.

—Sabes que el sistema de gremios tendrá que cambiar.

—No de una manera drástica.

—Se va a destruir por completo. Así tiene que ser. En realidad, eso ya ha sucedido. Ahora cualquiera puede salir de la ciudad. Los Navegantes se aferrarán al viejo esquema todo lo que puedan, porque viven en el pasado, pero...

—No son tan obstinados como piensas.

—Intentarán reimplantar el secreto y la represión en cuanto puedan.

—Estás equivocada —dije, lisa y llanamente—. Sé que estás en un error.

—De acuerdo... pero ciertas cosas habrán de modificarse. En la ciudad no hay nadie que no conozca el peligro en que nos encontramos. Hemos estado atravesando estas

tierras valiéndonos de robos y engaños, y eso ha sido la causa del peligro. Es hora de que termine.

—Victoria, no...

—¡No tienes más que contemplar los daños! ¡Murieron treinta y nueve niños! Sólo Dios conoce toda la destrucción. ¿Crees que podremos sobrevivir si la gente de afuera sigue atacándonos?

—Ahora está más tranquilo. Se ha dominado la situación.

Ella meneó la cabeza.

—No me importa cómo esté la— situación actual. Yo pienso a largo plazo. En última instancia, todos nuestros problemas provienen de tener que mover la ciudad. Ese solo hecho engendra el peligro. Atravesamos las tierras de otra gente, comerciamos con ellas para obtener mano de obra, traemos sus mujeres para tener relaciones sexuales con hombres que casi ni conocen... y todo con el fin de mantener la ciudad en movimiento.

—La ciudad nunca puede detenerse.

—¿Ves? Ya te asimilaste al sistema de los gremios.

Siempre la misma respuesta, sin considerar el tema con mayor amplitud. La ciudad tiene que moverse, la ciudad tiene que moverse. No lo aceptes como un absoluto.

—Es un absoluto. Sé lo que pasaría si se detuviera.

—¿Qué?

—Se destruiría la ciudad y todos moriríamos.

—Eso no puedes probarlo.

—No... pero sé que es así.

—Yo pienso que estás equivocado. Y no soy la única. Incluso estos últimos días— he escuchado que lo decían otros. La gente puede pensar por si misma. Han salido de la ciudad, saben qué hay afuera. No existe otro peligro que el que nosotros mismos nos creamos.

—Mira, ese conflicto no nos incumbe. Yo quena verte para hablar de nosotros.

—Pero es todo igual. Lo que nos ocurrió a nosotros implícitamente se relaciona con las costumbres de nuestra sociedad. Si no hubieses sido un gremialista aún podríamos estar viviendo juntos.

—¿No hay otra posibilidad?

—¿Así lo deseas?

—No estoy seguro —respondí.

—Es imposible. Al menos para mí. No podía conciliar mis ideas con tu modo de vida. Lo intentamos y ello nos separó. De cualquier manera, estoy viviendo con...

—Lo sé.

Me miró y yo comprendí la alienación que ella había experimentado.

—¿Es que no crees en nada, Helward?

—Sólo creo que el sistema de los gremios, con todas sus imperfecciones, es válido.

—Y quieres que volvamos a juntarnos para seguir dos creencias diferentes. No resultaría.

Ambos hablamos cambiado mucho; en eso tenía razón. No valía la pena especular acerca de lo que podría haber sucedido en otras circunstancias. Era imposible sustraer una relación personal del esquema general de la ciudad.

Aun así, intenté de nuevo, tratando de explicarle lo repentino de lo ocurrido, de encontrar una fórmula capaz de revivir los sentimientos que nos habrán unido en el pasado. Para ser justo, Victoria respondió con amabilidad, pero creo que los dos llegamos a la misma conclusión por diferentes caminos. Me sentí mejor luego de verla, y cuando me separé de ella y seguí camino a la sala de los Futuros, sentía que habíamos resuelto exitosamente el peor de los asuntos pendientes.

CAPÍTULO NUEVE

El día que emprendí la marcha hacia el Norte con Blayne para iniciar la investigación del futuro, marcó el comienzo de un largo período que produjo en la ciudad un estado de seguridad y de cambios radicales.

Yo presencié el desenvolvimiento gradual de este proceso ya que mi sentido del tiempo se distorsionaba con mis viajes al Norte. Aprendí por experiencia que, a una distancia aproximada de veinte millas al Norte del óptimo, un día transcurrido equivalía a una hora en la ciudad. En la medida de lo posible, me mantenía al tanto de lo que ocurría en la ciudad asistiendo a todas las reuniones de Navegantes que podía.

La placidez de la vida de la ciudad que yo había experimentado la primera vez que salí a trabajar, se recobró más rápidamente que lo que casi todos esperaban.

No hubo más ataques por parte de los lugareños, aunque un miliciano, a cargo de una misión de inteligencia, fue capturado y muerto. Pronto, sin embargo, los jefes de la milicia anunciaron que los nativos se estaban dispersando y que volvían a sus aldeas, en el Sur.

Si bien se mantuvo la vigilancia militar por mucho tiempo —y de hecho, nunca se la suspendió—, poco a poco los soldados fueron dados de baja para poder incorporarse a otros proyectos.

Tal como se informara en aquella primera reunión de Navegantes, se cambió el sistema de remolque de la ciudad. Luego de varias dificultades iniciales, se puso en práctica un sistema de tracción continua utilizando un complicado esquema de alternación de cables y tendido de vías. Un décimo de milla en veinticuatro horas no era, después de todo, una distancia considerable para avanzar, y en poco tiempo la ciudad había alcanzado el óptimo.

Se descubrió que este sistema, de hecho, confería a la ciudad mayor libertad de movimiento. Se podía, por ejemplo, hacer numerosos desvíos al rumbo Norte si aparecía un obstáculo lo suficientemente grande.

El terreno era bueno. Tal como nuestros estudios lo demostraban, la inclinación general de la tierra era descendente y había más pendientes a favor de nosotros que en contra.

En esta región había más ríos que los que a los Navegantes les hubiera gustado; por tanto, los Constructores de Puentes estaban muy ocupados. Pero, dado que la ciudad estaba en el óptimo, y con su gran capacidad de velocidad en relación con el movimiento de la tierra, había más tiempo disponible para tomar decisiones, y más tiempo para levantar un puente seguro.

Con ciertas vacilaciones al principio, se reintrodujo el sistema de tráfico.

La ciudad había aprendido por la experiencia, y ahora las negociaciones con los nativos se hacían más escrupulosamente que antes. Se retribuía con más generosidad la mano de obra, y durante un largo tiempo se trató de evitar la transferencia de mujeres.

A través de extensas sesiones de los Navegantes, seguí el debate sobre este tema. Teníamos aún en la ciudad a las diecisiete mujeres que estaban con nosotros desde antes del primer ataque, y ellas no habían manifestado deseos de regresar. Pero seguían naciendo más varones que niñas, y mucha gente hablaba ya de volver al sistema de transferencia. Nadie sabía el motivo de esa falta de equilibrio en la distribución de los sexos, pero indudablemente era así. Más aún, tres de las mujeres transferidas habían dado a luz durante las últimas millas, y los tres bebés resultaron ser varones. Se sugirió que, cuanto más tiempo permanecieran en la ciudad esas mujeres de afuera, mas posibilidades habría de que tuviesen hijos varones, si bien nadie entendía la razón de este fenómeno.

El último recuento había arrojado un total de setenta y cinco niños y catorce niñas menores de ciento quince millas.

Como el porcentaje continuaba incrementándose, muy pronto se autorizó al gremio de Tráfico a comenzar las negociaciones.

Fue esta decisión la que realmente profundizó los cambios que se estaban operando en los habitantes de la ciudad.

Había subsistido el sistema de «ciudad abierta», y se permitía a no-gremialistas asistir como espectadores a las reuniones de los Navegantes. Al cabo de unas pocas horas de haberse anunciado la reinstauración del tráfico de mujeres ya todo el mundo lo sabía, y se elevaron numerosas voces de protesta. No obstante, se implementó la medida.

Si bien se había vuelto a contratar mano de obra, se lo hizo en menor grado que antes, y siempre había gran cantidad de gente de la ciudad trabajando en las vías y los cables. No había muchas cosas secretas acerca del manejo de la ciudad.

Pero la instrucción que impartían respecto de la verdadera naturaleza del mundo en que vivíamos seguía siendo pobre.

En el curso de un debate escuché por primera vez la palabra «terminador». Me explicaron que los Terminadores eran un grupo de personas que se oponían activamente al movimiento constante de la ciudad, y se empeñaban en hacerla detener. Se pensaba que los Terminadores no eran militantes y no iban a emprender una acción directa, pero estaban consiguiendo un considerable apoyo dentro de la ciudad.

Se decidió comenzar un programa de reeducación para dramatizar la necesidad de hacer avanzar la ciudad hacia el Norte.

En la reunión siguiente se produjo un violento incidente. Un grupo de personas irrumpió en la sala durante la sesión, y trató de ocupar el estrado.

No me sorprendió ver a Victoria entre ellas.

Luego de una acalorada discusión, los Navegantes solicitaron la ayuda de la milicia y se clausuró el mitin.

Desgraciadamente, la irrupción provocó el efecto deseado por el movimiento Terminador. Una vez más los Navegantes comenzaron a reunirse a puertas cerradas. Se hizo más pronunciada, entonces, la dicotomía en las opiniones de la gente común de la ciudad. Los Terminadores contaban con mucho apoyo, pero no tenían autoridad real.

Hubo varios incidentes más. En circunstancias muy misteriosas, se encontró un cable cortado, y un Terminador intentó un día arengar a los obreros para convencerlos de que regresaran a sus aldeas... pero en conjunto, el movimiento Terminador no era más que una espina clavada en el costado de los Navegantes.

La reeducación se cumplía exitosamente. Se dictaron una serie de conferencias tratando de explicar los peculiares peligros de este mundo, y hubo gran asistencia de público. Se adoptó el diseño de la hipérbola como insignia de la ciudad, y los gremialistas comenzaron a usarla en sus túnicas, cosida sobre el pecho.

Yo no sé cuánto entendía de todo esto el hombre común. Oí por casualidad que se discutía el tema, pero los Terminadores contribuían a disminuir la credibilidad. Durante demasiado tiempo, por omisión, se dejó a la gente suponer que la ciudad se hallaba en un mundo similar al planeta Tierra, si no en el mismo planeta Tierra. Quizás la situación real era sobradamente terrible como para darle crédito. Ellos escuchaban lo que se les decía y tal vez lo comprendieran, pero creo que los Terminadores lograban una mayor atracción emotiva.

A pesar de todo la ciudad continuaba su lenta marcha hacia el Norte. A veces yo interrumpía mis tareas y trataba de imaginármela mentalmente como una diminuta partícula de materia en un mundo extraño. La veía como un objeto de un universo queriendo sobrevivir en otro; como una ciudad llena de habitantes, sosteniéndose en una pendiente de cuarenta y cinco grados, luchando contra una marea de tierra, arrastrándose sobre unos delgados cablecitos.

Al haber alcanzado un terreno más parejo, se hizo más rutinaria la tarea de investigación del Futuro.

Para nuestros objetivos, se dividió la tierra al Norte de la ciudad en varios segmentos

que partían desde el óptimo, a intervalos de cinco grados. En circunstancias normales, no se buscaría una ruta que se alejase más de quince grados del Norte exacto, pero la capacidad adicional de desviación de la ciudad permitía una considerable flexibilidad en tramos cortos.

Nuestro procedimiento era simple. Los investigadores partían hacia el Norte de la ciudad —solos o de a dos—, y realizaban un estudio profundo del segmento que les hubiese correspondido. Teníamos mucho tiempo para nosotros.

A veces me seducía la sensación de, libertad en el Norte. Blayne me había anticipado que eso era muy común entre los Futuros. ¿Qué apuro, había por volver a la ciudad si un día junto a un río significaba unos pocos minutos de tiempo en la ciudad?

Había que pagar un precio por ese tiempo que pasaba en el Norte, y yo no me di cuenta de ello hasta que comprobé personalmente los efectos. Un día en el Norte era un día en mi vida. En cincuenta días envejecía el equivalente a cinco millas en la ciudad, pero la gente de la ciudad había envejecido sólo cuatro días. Al principio no me importó; regresábamos a la ciudad con relativa frecuencia, y no notaba ningún cambio. Pero después de mucho andar, la gente que conocía —Victoria, Jase, Malchuskin— daban la impresión de no haber envejecido nada, y al verme reflejado un día en un espejo, noté la gran diferencia.

No quería irme a vivir en forma permanente con otra chica. Comencé a darle la razón a Victoria cuando decía que el ritmo de la ciudad se interponía en cualquier relación.

Llegaron las primeras mujeres transferidas. Como soltero que era, me informaron que estaba en condiciones de elegir una pareja temporariamente. Confieso que me resistí porque la idea me repelía. Pensaba que, aun una aventura puramente física, debía complementarse compartiendo ciertos sentimientos emocionales. Sin embargo, la manera en que se arreglaba la elección de la pareja era lo más sutil que permitían las circunstancias. Cada vez que venía a la ciudad, se nos estimulaba a los solteros a alternar socialmente con las chicas en una sala de recreación dispuesta con este objeto. Me resultaba humillante y vergonzoso, pero luego llegué a acostumbrarme, y desaparecieron mis inhibiciones.

Con el tiempo, inicié una relación con una chica llamada Dorita, y pronto nos adjudicaron una pieza para compartir. No teníamos muchas cosas en común, pero sus intentos de hablar inglés eran encantadores, y ella parecía disfrutar de mi compañía. Quedó embarazada. Cuando volvía de mis viajes observaba cómo adelantaba su embarazo. Con una increíble lentitud.

Me sentía cada vez más frustrado con lo poco que, aparentemente, avanzaba la ciudad. Según mi escala subjetiva de tiempo, habían transcurrido ciento cincuenta, quizás doscientas millas desde que me convirtiera en gremialista pleno, y sin embargo la ciudad seguía aún en las inmediaciones de las colinas que estábamos atravesando en la época de los ataques.

Solicité ser trasladado a otro gremio. Por mucho que disfrutara de la vida tranquila en el futuro, sentía que el tiempo pasaba a mi lado.

Durante unas millas trabajé con el gremio de Tracción, y fue durante este período que Dorita dio a luz mellizos, un varón y una niña. Muchos festejos... pero yo me daba cuenta de que la vida en la ciudad me dejaba insatisfecho en otro sentido. Yo había trabajado con Jase, que en algún momento fue varias millas mayor que yo. Ahora él era evidentemente menor, y no teníamos casi nada en común.

Poco después del alumbramiento, Dorita se volvió a su pueblo, y yo regresé a mi gremio.

Al igual que todos los Futuros que había visto en mis tiempos de aprendiz, me estaba

convirtiéndose en un desubicado en la ciudad. Me gustaba andar solo, disfrutaba de esas horas robadas en el Norte, me sentía incómodo en la ciudad. Me había empezado a interesar por el dibujo pero no se lo había contado a nadie. Cumplía con mi trabajo de la manera más rápida y eficiente posible, y luego me iba solo a cabalgar por el Norte. Dibujaba lo que veía tratando de plasmar en los dibujos lineales alguna expresión de un terreno donde el tiempo pudiese detenerse.

Observaba la ciudad desde la distancia y la veía tal como era, extraña, ajena a este mundo, ajena incluso a mí. Milla por milla se desplazaba hacia adelante sin encontrar, sin buscar siquiera, el sitio del descanso final.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO UNO

Esperó junto a la puerta de la iglesia mientras continuaba la discusión del otro lado de la plaza. Detrás de ella, en el taller, el sacerdote y dos ayudantes restauraban pacientemente la estatuilla de yeso de la Virgen Mana. Hacia fresco en el interior de la iglesia, y a pesar de que se había derrumbado parte del techo, estaba limpio y apacible. Ella sabía que no debía estar ahí, pero un instinto la había impulsado a entrar cuando arribaron los dos hombres.

Se volvió para observarlos conversar seriamente con Luiz Carvalho, el autodesignado líder del pueblo, y con un puñado de hombres. En otros tiempos quizás el sacerdote hubiese asumido responsabilidades por la comunidad, pero el padre dos Santos era, al igual que ella, un recién llegado en la aldea.

Los hombres habían venido cabalgando a lo largo del cauce seco del arroyo. Sus caballos pastaban mientras proseguía la discusión. Ella estaba demasiado lejos como para oír lo que decían, pero daban la impresión de estar tratando algo importante. Los lugareños parloteaban fingiendo falta de interés, pero ella sabía que si no hubiesen estado interesados, ya habrían dejado de hablar.

Le llamaban la atención los jinetes. Era evidente que no provengan de ningún pueblo cercano. A diferencia de los aldeanos, su aspecto era llamativo. Vestían una capa negra, pantalones ajustados y botas de cuero. Los caballos tenían montura y aparentemente estaban bien cuidados, y aunque ambos portaban alforjas cargadas con equipos, no se notaba que estuviesen cansados. Ningún caballo de los que ella había visto por la zona estaba en tan buenas condiciones.

La curiosidad comenzó a contrarrestar su instinto, y avanzó para enterarse de lo que ocurría. En ese momento parecían acabar las negociaciones porque los lugareños se alejaron y los dos hombres fueron a buscar sus caballos.

Montaron inmediatamente, y enfilaron de vuelta por donde habían llegado. Se paró a mirarlos, pensando si debía o no seguirlos.

Cuando se perdieron entre los árboles que crecían a lo largo del arroyo, ella abandonó apresuradamente la plaza, dejó atrás las casas y trepó por una cuesta. Los hombres prosiguieron la marcha un corto trecho; luego tiraron de las riendas y se detuvieron.

Conversaron durante unos cinco minutos y varias veces volvieron la vista atrás, en dirección al poblado.

Ella se mantenía escondida en los densos matorrales que cubrían la colina. De pronto, uno de los hombres saludó con la mano al otro, hizo girar su caballo y salió al galope hacia unas colinas distantes. Su compañero se alejó al paso, en sentido contrario.

Regresó a la aldea y buscó a Luiz.

—¿Qué querían? —preguntó.

—Necesitan hombres para un trabajo.

—¿Llegaron a un acuerdo? El adoptó un aire evasivo.

—Vuelven mañana.

—¿Van a pagar?

—Con comida. Mire.

Le extendió un trozo de pan. Ella lo tomó. Era pan fresco; tenía un lindo olor.

—¿De dónde lo sacaron? Luiz se encogió de hombros.

—Y también tienen alimentos especiales.

—¿Les dieron algunos?

—No.

Ella frunció el ceno, preguntándose, nuevamente, quiénes serían esos hombres.

—¿Algo más?

—Solamente esto. —Le mostró una bolsita, que ella abrió. Adentro había un polvito blanco. Lo olió.

—Dicen que sirve para hacer crecer las frutas.

—¿Tienen más de esto?

—Todo lo que necesitemos.

Dejó la bolsita y regresó al taller de la iglesia. Luego de hablar unas palabras con el padre dos Santos, fue rápidamente hasta el establo y ensilló su caballo.

Se alejó del pueblo, siguiendo el curso del arroyo seco, por el camino que había tomado el segundo hombre.

CAPÍTULO DOS

Pasando el pueblo había una vasta zona de matorrales. En seguida divisó al hombre unos metros más adelante, enfilando hacia un bosquecillo. Sabía que detrás del bosque había un río, y más allá, unas colinas.

Conservó la distancia que la separaba del hombre. No deseaba que la viera antes de averiguar hacia dónde se dirigía.

Cuando el jinete se internó entre los árboles, lo perdió de vista. Desmontó y comenzó a caminar llevando al caballo de las riendas, vigilando atentamente por si veía rastros de él. Pronto escuchó el ruido del río, muy playo en esta época, y lleno de piedras en el fondo.

Primero divisó el caballo atado a un árbol. Ató el suyo propio y continuó a pie. Remaba el silencio bajo los árboles. Se sentía cubierta de tierra. Una vez más se preguntó qué—la había impulsado a seguir a esta persona, sabiendo que había muchos riesgos potenciales. Pero la actitud de los dos hombres en el pueblo no le había parecido peligrosa y sus fines, pacíficos aunque misteriosos.

Avanzó con más cuidado al aproximarse al límite del bosque. Se detuvo y miró abajo, hacia la ribera del río.

Allí estaba el hombre. Lo estudió con interés.

El se había quitado la capa y la había dejado, con las botas, junto a una pilita de implementos. Se había metido en el río y evidentemente disfrutaba de la sensación de frescura. Completamente ignorante de la presencia femenina, agitaba los pies en el agua salpicando con abundante rocío reluciente. Se inclinó, juntó agua en las manos y se la echó sobre la cara y el cuello.

Dio media vuelta, salió del río y fue en busca de su equipo. De un estuche de cuero negro extrajo una video-cámara, se colgó el estuche del hombro con la correa y lo conectó a la cámara por medio de un cable forrado en plástico. Hecho esto, ajustó una perilla a un costado.

Apoyó la cámara en el suelo un instante, desenrolló un largo pliego de papel, lo colocó en el suelo, lo miró pensativo unos segundos. Luego tomó la cámara y volvió a la costa.

Apuntó la cámara río arriba unos segundos; luego la bajó y se dio vuelta. Enfocó la ribera de enfrente. Después, asustándola, apuntó en dirección a ella, que se tiró

rápidamente al suelo. Al no notar ninguna reacción en él se dio cuenta de que no la había visto. Cuando volvió a mirar, advirtió que él enfocaba la cámara río abajo.

El hombre regresó hasta donde había extendido el papel y, con sumo cuidado, hizo unas anotaciones.

Pausadamente guardó la cámara en su estuche, enrolló el papel y lo guardó con el resto de su equipo.

Se desprecizó y se rascó la cabeza. Con aire indiferente volvió hasta la orilla, se sentó y metió los pies en el agua. Luego suspiró y se recostó en el suelo, con los ojos cerrados.

Ella lo estudiaba detenidamente. Tenía un aspecto inofensivo. Era grandote, de buena musculatura, y tenía la cara y los brazos muy bronceados. El pelo era largo, abundante; una gran melena de cabellos color castaño claro. Usaba barba. Calculó que tendría algo más de treinta años. A pesar de la barba su rostro era juvenil, de rasgos bien definido?, sonriente por la simple felicidad de poder refrescarse los pies en un día caluroso.

Unas moscas revoloteaban alrededor de su cabeza. De tanto en tanto, las espantaba.

Al cabo de unos instantes más de vacilación ella avanzó, mitad caminando mitad resbalándose hasta la costa, provocando una pequeña avalancha de tierra.

La reacción del hombre fue inmediata. Se sentó, miró a su alrededor aguzando la vista y se paró, con tan mala suerte que hizo un mal movimiento y se cayó de boca, sacudiendo los pies en el agua.

Ella se echó a reír.

El hombre volvió a hacer pie firme y dio un salto en busca de su equipo. Segundos más tarde tenía un rifle en la mano.

Ella dejó de reír... pero él no levantó el arma.

En cambio, dijo algo en un español tan desastroso que no le entendió.

Como ella hablaba muy poco español, lo hizo en el idioma de los lugareños:

—No era mi intención reírme...

El meneó la cabeza y la miró atentamente. Ella extendió las manos para probarle que no llevaba armas, y le obsequió una sonrisa que quiso ser reconfortante. El se mostró satisfecho al comprobar que no significaba una amenaza, y bajó el rifle.

Nuevamente el hombre dijo algo en un español atroz. Luego murmuró unas palabras en inglés.

—¿Habla inglés? —preguntó ella.

—Sí. ¿Y usted?

—Como si fuera inglesa. —Volvió a reírse y agregó:

—¿Le molesta si voy con usted?

La mujer señaló con la cabeza en dirección al río, pero él seguía observándola mudo. Se quitó los zapatos y se acercó a la orilla. Se metió en el agua levantándose la falda. El agua estaba tan helada que le congelaba los pies, pero la sensación era deliciosa. En seguida se sentó en la tierra, manteniendo los pies dentro del agua.

El hombre vino a sentarse a su lado.

—Lamento lo del rifle. Usted me asustó.

—Perdóneme a mí también. Pero se lo veía tan feliz...

—Esto es lo mejor que uno puede hacer en un día como el de hoy.

Ambos miraban el agua que corría sobre sus pies. Debajo de la superficie, la carne blanca parecía distorsionarse como una llama titilando en una corriente de aire.

—¿Cómo se llama?

—Helward.

—Helward. —Pronunció, su nombre para ver cómo sonaba—. ¿Es un apodo?

—No. Mi nombre completo es Helward Mann. ¿Y el suyo?

—Elizabeth. Elizabeth Khan. Pero no me gusta que me digan Elizabeth.

—Lo lamento.

Ella le echó una mirada rápida. El hombre estaba muy serio.

Elizabeth se sentía algo confundida por el acento de Helward. Notaba que no era un nativo de la región y que hablaba inglés con toda naturalidad, sin esfuerzo, pero tenía un modo extraño de pronunciar las vocales.

—¿De dónde es usted?

—De por aquí. —Se puso repentinamente de pie—. Tengo que darle de beber a mi caballo.

Al pararse volvió a trastabillar, pero esta vez Elizabeth no se rió. Helward se internó entre los árboles. No recogió su equipo. El rifle seguía ahí. La miró por encima del hombro y ella desvió la vista.

Cuando regresó, traía ambos caballos. Elizabeth se levantó y condujo el suyo hasta el agua.

Parada entre medio de los dos animales, acarició el cuello de la yegua de Helward.

—¡Qué hermosa! —comentó—, ¿Es suya?

—En realidad, no. Pero es la que monto más a menudo.

—¿Cómo se llama?

—No le he puesto nombre. ¿Debía haberlo hecho?

—Eso depende de uno. El mío tampoco tiene nombre.

—A mi me gusta cabalgar —dijo Helward, de pronto—. Es la mejor parte de mi trabajo.

—Eso y poder chapotear en el agua. ¿A qué se dedica?

—Soy... quiero decir, bueno, no tiene una denominación específica. ¿Y usted?

—Yo soy enfermera. Ese es mi trabajo oficial, aunque hago montones de cosas.

—Nosotros tenemos enfermeras en... el sitio de donde provengo.

Elizabeth lo miró con renovado interés.

—Y dónde queda?

—Es una ciudad y queda en el Sur.

—¿Cómo se llama?

—Tierra. Pero casi siempre le decimos ciudad. Elizabeth esbozó una sonrisa incierta. No estaba segura de haber oído bien.

—Cuénteme algo de su ciudad.

Helward agitó la cabeza. Los caballos habían terminado de beber y se frotaban mutuamente el hocico.

—Tengo que irme —dijo él.

Se alejó rápidamente hasta donde estaba su equipo, lo alzó y lo guardó en las alforjas. Elizabeth lo observaba con curiosidad. Cuando hubo acabado, tomó las riendas, hizo girar la yegua y la condujo por la costa. Al llegar a los árboles se dio vuelta a mirar.

—Perdóneme. Usted debe pensar que soy un grosero. Simplemente... no soy como los otros.

—¿Como qué otros?

—Como la gente de la zona.

—¿Y eso es tan malo?

—No. —Escudriñó la orilla del río como buscando un pretexto para quedarse con ella. Bruscamente pareció cambiar de idea. Ató el caballo al árbol más próximo—, ¿Puedo pedirle un favor?

—Desde luego.

—Estee... ¿me dejaría dibujarla?

—¿Dibujarme?

—Sí... hacer un boceto. No lo hago muy bien y tampoco hace mucho tiempo que me dedico a ello. Cuando vengo por aquí paso largos ratos dibujando lo que veo.

—¿Eso era lo que estaba haciendo cuando lo encontró?

—No. Eso era un mapa, y yo estoy hablando de dibujos en serio.

—Está bien. ¿Quiere que pose para usted? Helward buscó en la alforja sacó unos papeles de diversos tamaños. Los hojeó nerviosamente y ella notó que tenían unas líneas

impresas.

—Quédese ahí parada. No... al lado de su caballo. Él se sentó junto al río, apoyando los papeles sobre las rodillas. Elizabeth lo contemplaba, desconcertada aún por el repentino cambio en Helward, y sintió una gran timidez que no era común en ella.

Permaneció junto al caballo y le pasó un brazo por debajo del cuello para poder acariciarlo del otro lado. El animal le respondió refregándole la nariz.

—Está mal parada. Gire más hacia mí.

La timidez iba en aumento. Elizabeth se daba cuenta de que adoptaba una pose forzada, torpe.

Helward proseguía dibujando, pasando hoja tras hoja de papel. Elizabeth comenzó a relajarse un poco y resolvió no prestarle atención. Volvió a acariciar a la bestia. Al rato él le pidió que se sentara en la montura, pero ella se estaba cansando.

—¿Me deja ver lo que hizo?

—Nunca muestro mis trabajos a nadie.

—Por favor, Helward. Es que jamás me han dibujado. Helward revisó los papeles y eligió dos.

—No sé qué le van a parecer. Ella los tomó.

—¡Por Dios! ¿Soy tan flaca? —dijo, sin pensar. Él intentó arrebatarse los bocetos.

—Devuélvamelos.

Elizabeth le dio la espalda y se puso a mirar los otros. Se notaba que era ella la que posaba, pero las proporciones eran... insólitas. Tanto ella como el caballo aparecían demasiado altos y delgados. El efecto no era desagradable sino algo extraño.

—Por favor... quiero que me los devuelva. Se los entregó y él los colocó abajo de toda la pila. Bruscamente se dio vuelta y se fue a buscar su caballo.

—¿Lo he ofendido?

—No. Pero es que no debí habérselos mostrado.

—Yo creo que son excelentes. Sólo que me impresioné un tanto al verme a través de los ojos de otra persona. Ya le dije que nunca me habían dibujado.

—Es muy difícil dibujarla a usted.

—¿Puedo ver los demás?

—No le interesan.

—Mire, no estoy tratando de adularlo.

—Está bien.

Le alcanzó la pila entera y siguió caminando hacia el caballo. Ella se sentó a mirar los dibujos y advertía que, mientras él fingía ajustar la montura del animal, de hecho trataba de espiar su reacción.

Había varios bosquejos del caballo: pastando, parado, echando atrás la cabeza. Todos ellos muy naturales; con unos pocos trazos había captado la esencia del animal, orgulloso y dócil a la vez, domado y sin embargo dueño de sí mismo. Curiosamente, las proporciones eran correctas. Había también varios dibujos de una figura masculina... ¿Autorretratos o imágenes del hombre que ella había visto antes con él? Aparecía con la capa, sin la capa, parado junto a un caballo, usando la cámara. Y también las proporciones eran casi exactas.

Había varios bocetos del paisaje: árboles, un río, una curiosa estructura arrastrada por cuerdas, unas colmas. No era muy diestro con los paisajes. A veces las proporciones estaban bien; otras veces había una inquietante distorsión que ella no podía identificar. ¿Fallaba la perspectiva? No podía afirmarlo ya que carecía del necesario vocabulario artístico.

Abajo de la pila halló los dibujos de ella. Los primeros no eran muy buenos. Los que él le había enseñado eran, por lejos, los mejores, pero aún le intrigaba ese alargamiento de su figura y del caballo.

—¿Y? —preguntó Helward.

—Yo... —No encontraba las palabras apropiadas—. Yo pienso que son buenos. Muy extraños. Se nota que tiene un ojo excelente.

—Es muy difícil pintarla a usted.

—Me gusta éste en particular. —Buscó el dibujo del caballo con la melena desordenada—, ¡Es tan lleno de vida!

Helward sonrió.

—Es el que a mí más me gusta, también.

Elizabeth volvió a revisar los bocetos. Había en ellos algo que no entendía... ahí, en uno de los dibujos del hombre. Al fondo, una forma rara, de cuatro puntas. La misma forma aparecía en los croquis de ella.

—¿Qué es esto? —dijo, señalándola.

—El sol.

Ella frunció levemente el ceño pero resolvió no seguir preguntando. Tenía la impresión de haberle herido ya bastante su ego artístico.

Hizo el mejor dibujo.

—¿Puedo quedarme con éste?

—Pensé que no le agradaba.

—Al contrario. Me parece maravilloso. Helward la miró detenidamente, como tratando de adivinar si decía la verdad. Luego le retiró la pila de dibujos.

—¿Quiere éste también? Le entregó el del caballo.

—Ese no. No podría aceptárselo.

—Yo deseo regalárselo. Usted es la primera persona que lo ha visto.

—Muchas gracias.

Helward guardó cuidadosamente los demás en la alforja, y la cerró.

—¿Me dijo que su nombre era Elizabeth?

—Prefiero que me digan Liz. El asintió, serio.

—Adiós, Liz.

—¿Se va? —El no respondió. Desató el caballo y de un salto lo montó. Cabalgó por la costa, se internó en las aguas poco profundas del río y salió en la orilla de enfrente. Al cabo de unos segundos se había perdido entre los árboles.

CAPÍTULO TRES

De vuelta en el pueblo, Elizabeth se sintió sin ganas de trabajar. Todavía estaba esperando un envío de productos médicos, y hacía más de un mes que habían prometido mandar un médico. Ella había hecho todo lo posible por suministrar una dieta balanceada a los lugareños, pero las provisiones de alimentos eran muy limitadas, y sólo había podido atender las dolencias menores, tales como lastimaduras y sarpullidos. La semana anterior había ayudado en un parto, y sólo en ese momento sintió que su trabajo tenía algún mérito.

Ahora, mientras seguía fresco en su mente el insólito episodio junto al río, decidió regresar temprano a la oficina central.

Antes de salir se encontró con Luiz.

—Si vuelven esos hombres —le dijo—, averigua qué es lo que quieren. Yo vendré por la mañana. Si ellos llegan antes que yo, trata de mantenerlos aquí. Averigua también de dónde son.

La oficina central quedaba a unos diez kilómetros. Ya era de noche cuando ella arribó. El lugar estaba casi desierto. Estaba, sin embargo, Tony Chappell, quien la interceptó cuando se dirigía a su cuarto.

—¿Tienes algo que hacer esta noche, Liz? Pensé que podríamos...

—Estoy muy cansada y tengo ganas de acostarme temprano.

Cuando ella recién había llegado, comenzó a sentir una cierta atracción por Chappell, y

cometió el error de demostrarlo. Había muy pocas mujeres en el destacamento, y él había respondido con gran vehemencia. Desde entonces no la dejaba sola un instante, y si bien ahora le parecía aburrido y egocéntrico, no había descubierto aún el modo amable de enfriar su indeseado ardor.

Chappell trató de convencerla, pero a los pocos minutos ella logró escapar a su habitación.

Tiró la cartera sobre la cama, se desvistió y se dio una ducha larga.

Más tarde, salió a comer algo e, inevitablemente, Tony se le reunió.

Durante la comida ella recordó algo que quería preguntarle.

—¿Conoces alguna ciudad de la zona que se llame Tierra?

—¿Tierra? ¿Como el planeta?

—Sonaba así. Pero puedo haber oído mal.

—No conozco ninguna. ¿Por dónde queda?

—En algún lugar cerca de aquí. No muy lejos. Chappel meneó la cabeza.

—¿Tierra o Polvo? —Se rió estentóreamente y soltó el tenedor—. ¿Estás segura?

—No... en realidad, no. Creo que debo haber entendido mal.

Tony siguió haciendo malos juegos de palabras hasta que, una vez más, ella buscó una excusa para irse.

En una de las oficinas había un mapa grande de la región, pero no encontró ninguna ciudad por las inmediaciones. Helward había dicho que era grande y que quedaba al Sur. Sin embargo, no existía ninguna población importante en un radio de cien kilómetros.

Elizabeth estaba verdaderamente exhausta, y regresó a su habitación.

Se desvistió, tomó los dos croquis que le había regalado Helward y los pegó en la pared, junto a la cama. El dibujo de ella era tan extraño...

Lo miró con más atención. El papel era, evidentemente, viejo porque los bordes estaban amarillentos. Mirando los bordes notó que el de arriba y el de abajo eran algo imperfectos en los lugares donde habían sido arrancados, pero la línea era bastante recta.

Pasó la yema de un dedo por el borde y experimentó una sensación de vibración: el papel había sido perforado...

Tratando de no rasgar el papel, lo despegó de la pared. En la parte de atrás descubrió una columna de números impresos a un costado. Varios de ellos, tildados.

También impresa en letras azules figuraba la leyenda IBM Multifold TM.

Volvió a colocar el croquis en la pared... y se quedó mirándolo largo rato sin comprender.

CAPÍTULO CUATRO

Por la mañana Elizabeth pidió una vez más por teletipo que mandaran un médico. Luego partió hacia el pueblo.

El calor del día inundaba la aldea cuando ella llegó, y ya se había adueñado de sus habitantes ese letargo que tanto le había irritado en un principio. Buscó a Luiz, que estaba sentado a la sombra de la iglesia con otros dos hombres.

—¿Y? ¿Volvieron?

—Todavía no, Menina Khan.

—¿Cuándo dijeron que iban a regresar?

El se encogió de hombros, indolente.

—No sé. Hoy. Mañana.

—¿Probaste ese...?

Se detuvo, furiosa consigo misma. Había pensado llevar el supuesto fertilizante a la oficina para analizarlo, pero se había olvidado.

—Avísame si vienen.

Fue a visitar a María y su bebé, pero no se concentraba profundamente en su trabajo. Más tarde supervisó una comida que se sirvió a todo el que fue a pedirla, y habló luego con el padre dos Santos en el taller. Se daba cuenta de que todo el tiempo tenía una oreja parada por si oía ruido de caballos.

Sin tratar de justificarse más ante sí misma, fue hasta el establo y ensilló el caballo. Se alejó del pueblo cabalgando, en dirección al río.

No quería cavilar, no quería reflexionar sobre las motivaciones que la impulsaban, pero era inevitable. Las últimas veinticuatro horas habían sido en cierto modo trascendentales. Ella había venido a trabajar a este lugar porque sentía que estaba desperdiciando su vida, y se había encontrado con un nuevo tipo de frustración. A pesar de los intentos y de las apariencias, lo único que los trabajadores voluntarios podían ofrecer a los lugareños era una ínfima recuperación. Era demasiado poco y demasiado tarde. Algunas donaciones de cereales por parte del gobierno, algunas inyecciones o la restauración de una iglesia eran mejor que nada. Pero el problema fundamental seguía sin resolverse en la práctica: había fallado la economía central. En esta tierra no había nada, salvo lo que la gente podía obtener por sí misma.

La intromisión de Helward a su vida fue el primer acontecimiento de importancia desde que había llegado. Mientras conducía su caballo en medio de los matorrales, hacia el bosquecillo, pensaba que sus motivaciones eran complejas. Tal vez fuese una simple curiosidad, pero había también algo más profundo.

Los hombres del destacamento estaban obsesionados consigo mismos y con lo que creían era su función. Hablaban en términos abstractos de psicología de grupo, reajuste social, esquemas de comportamiento. Cuando Elizabeth se sentía más cínica pensaba que todo ello era simplemente patético. Aparte del infortunado Tony Chapell, no había llegado a interesarse por ninguno de sus compañeros, lo cual difería mucho de lo que se había imaginado antes de venir.

Helward era distinto. Elizabeth se abstuvo de formular mentalmente la idea, pero sabía por qué iba cabalgando a su encuentro.

Llegó al sitio, a la orilla del río, y puso su caballo a beber. Luego lo ató en la sombra y se sentó junto al agua a esperar. Nuevamente intentó acallar el tumulto de sus pensamientos, deseos, interrogantes. Se concentró en el paisaje que la rodeaba; se tendió al sol y cerró los ojos. Escuchaba el ruido del agua correr entre las piedras, el sonido del viento suave en medio de los árboles, el zumbido de los insectos, el olor de las malezas secas, de la tierra caliente.

Pasó un largo rato. Detrás de ella, a cada instante el caballo agitaba la cola para espantarse las moscas.

Abrió los ojos cuando oyó otro caballo, y se incorporó.

Helward estaba en la ribera opuesta, saludándola con la mano. Ella le respondió del mismo modo.

Desmontó inmediatamente y caminó por la costa hasta pararse justo frente a Elizabeth. Ella sonreía para sí misma. Era evidente que Helward estaba de muy buen humor porque hacia el mono, tratando de causarle gracia. Se inclinó hacia adelante y quiso pararse sobre las manos. Al cabo de dos intentos lo logró, pero luego se desplomó, dio un grito y cayó al agua.

Elizabeth pegó un salto y corrió por las aguas poco profundas hacia él.

—¿Se siente bien? El le sonrió.

—Cuando era chico podía hacerlo.

—Yo también.

Se paró y miró desolado sus ropas empapadas.

—Secarán pronto —dijo Elizabeth.

—Voy a traer mi caballo.

Juntos atravesaron el río y Helward ató su caballo con el de Elizabeth. Ella volvió a

sentarse en la orilla. Él se ubicó a su lado, estirando las piernas al sol para que pudiera secarse su ropa.

Detrás de ellos, los caballos estaban nariz en cola uno del otro, espantándose mutuamente las moscas.

Preguntas, preguntas... Las acalló todas. Disfrutaba con la intriga, y no quena destruirla comprendiendo. Creía que él era un trabajador de un destacamento similar al suyo y que se estaba divirtiendo, quizás de una manera anodina, a expensas de ella. De todos modos, no le importaba. Le bastaba con su presencia, y ella misma estaba tan reprimida emocionalmente que disfrutaba de ese paréntesis en la rutina que él le proporcionaba.

El único lazo en común eran los croquis. Elizabeth le pidió volver a verlos. Durante un rato charlaron sobre los dibujos, y él le contaba cuáles eran las cosas que le entusiasaban. A ella le resultó interesante comprobar que todos los bocetos estaban dibujados en el reverso del viejo papel de impresión de computadoras.

Eventualmente, dijo él:

—Pensé que usted sería una tuk.

—¿Y qué son los tuks?

—Los habitantes de esta región. Pero ellos no hablan inglés.

—Muy pocos lo hablan, solamente cuando nosotros se lo enseñamos.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—La gente con quien trabajo.

—¿Usted no es de la ciudad? —preguntó él de repente. Luego miró a otro lado.

Elizabeth experimentó una leve sensación de alarma. Helward se había comportado de este modo el día anterior y de pronto había partido. No quena que volviera a ocurrir.

—¿Se refiere a su ciudad?

—No... claro, no puede ser de allí. ¿Quién es usted?

—Ya le dije mi nombre —respondió ella.

—Sí, pero ¿de dónde es?

—De Inglaterra, y vine aquí hace aproximadamente dos meses.

—Inglaterra... Eso queda en la Tierra, ¿no? La miraba fijo. Los dibujos habían quedado olvidados.

Elizabeth se rió, pero fue una reacción nerviosa por lo extraño de la pregunta.

—Al menos quedaba la última vez que estuve allí —respondió, tratando de tomar el asunto a la ligera.

—¡Dios mío! Entonces...

—¿Qué?

Helward se levantó bruscamente y le dio la espalda. Caminó unos pasos y volvió a darse vuelta, mirándola desde arriba.

—¿Usted viene de la Tierra?

—¿Qué quiere decir?

—Si usted es del planeta Tierra.

—Por supuesto... No comprendo.

—Ustedes nos están buscando.

—¡No! Es decir... no estoy segura.

—¡Nos han encontrado!

Se puso de pie y se alejó de él.

Elizabeth esperó junto a los caballos. El hálito de rareza se había convertido en hálito de locura, y sabía que debía partir. El próximo paso debía darlo él.

—Elizabeth... no se vaya.

—Liz.

—Liz, ¿sabe quién soy? Yo soy de la ciudad de Tierra. ¡Usted debe saber lo que ello significa!

—No, no lo sé.

—¿No oyó hablar de nosotros?

—No.

—Hemos estado aquí durante miles de millas... durante muchos años. Casi doscientos.

—¿Dónde queda la ciudad?

Helward señaló con la mano en dirección al Noreste.

—Para allá. Unos cuarenta kilómetros hacia el Sur. Ella no reaccionó al ver que equivocaba la dirección. Supuso que había sido un error.

—¿Puedo verla?

—¡Desde luego! —Emocionado, le tomó la mano y la apoyó en la rienda del caballo de ella—. ¡Vamos ahora mismo!

—Espere... ¿Cómo se escribe el nombre de su ciudad? Se lo deletreó.

—¿Y por qué la llaman así?

—No sé. Será porque somos del planeta Tierra, tal vez.

—¿Por qué hace una diferencia entre uno y otra?

—Porque... ¿no le resulta obvio?

—No.

Elizabeth se dio cuenta de que le tomaba el pelo como si fuese un loco, pero lo que veía en los ojos masculinos era sólo excitación, no locura. Su instinto, sin embargo, del cual se había valido tanto últimamente, le advertía que tuviera cuidado. Ahora no podía estar segura de nada.

—¡Pero ésta no es la Tierra!.

—Helward, reúname conmigo aquí, mañana, junto al río.

—Pensé que quería ver nuestra ciudad.

—Sí... pero hoy no. Si queda a cuarenta kilómetros, tendría que conseguir un caballo fresco y avisarle a mis superiores. —Estaba buscando pretextos.

El la miró indeciso.

—Usted cree que estoy inventando esta historia.

—No.

—Entonces, ¿qué hay de malo? Yo le digo que, en el transcurso de mi vida y durante muchos años antes de nacer yo, la ciudad ha sobrevivido en la esperanza de que le llegara ayuda de la Tierra. ¡Ahora usted está aquí y piensa que soy un loco!

—Usted está en la Tierra.

Helward abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Por qué dice eso?

—¿Por qué habría de decir lo contrario? Él le tomó el brazo y la hizo dar vuelta. Señaló hacia lo alto.

—¿Qué es lo que ve?

Elizabeth se cubrió los ojos del resplandor.

—El sol —respondió.

—¡El sol! ¡El sol! ¿Y qué pasa con el sol?

—Nada. ¡Suélteme el brazo que me hace doler! La soltó y fue hasta donde había dejado los dibujos. Tomó el de más arriba y se lo extendió ante sus ojos.

—¡Este es el sol! —gritó, indicando esa forma extraña que había dibujado en el rincón superior, a pocos centímetros de distancia de esa delgada figura que, según él, la representaba a ella—. ¡Este es el sol!

Con el corazón latiéndole furiosamente, ella desató la rienda del árbol, montó de un salto y apretó los talones. El caballo giró en redondo, y ambos se alejaron del no.

Detrás, quedaba Helward con su dibujo aun en las manos.

CAPÍTULO CINCO

Era de noche cuando Elizabeth llegó al pueblo, y le pareció demasiado tarde ya para ir hasta el destacamento. Además, no tenía deseos de volver allí, de todas maneras, y podía quedarse a dormir en la aldea.

La calle principal estaba desierta, cosa muy rara dado que, a esta hora del día, la gente solía salir de sus casas, sentarse en la tierra y charlar indolentemente mientras bebían ese vino fuerte y resinoso que era lo único que podrán fermentar en la región.

Oyó ruidos provenientes de la iglesia, y hacia allí se dirigió.. Adentro estaban reunidos la mayoría de los hombres del pueblo, y algunas mujeres. Una o dos de ellas, llorando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Elizabeth al padre dos Santos.

—Volvieron esos hombres y ofrecieron un trato. El sacerdote estaba parado a un costado, obviamente incapaz de influir sobre la gente de un modo u otro.

Elizabeth trató de captar el tema de discusión, pero se gritaba mucho e incluso Luiz, que se había ubicado cerca del deshecho altar, no podía hacerse oír en medio de la bulla. Elizabeth logró que la mirara, y de inmediato él se le aproximó.

—¿Y?

—Hoy vinieron esos hombres. Menina Khan. Vamos a cerrar trato con ellos.

—No parece que hay muy buena disposición. ¿Cuáles son las condiciones?

—Son justas.

Quiso volver a ir hasta el altar pero Elizabeth lo agarró del brazo.

—¿Qué querían?

—Nos van a dar muchos remedios y cantidades de comida. También tienen más fertilizante, y dicen que ayudarán a reparar la iglesia, aunque nosotros eso no lo queremos.

Ella miraba con aire evasivo. La miraba, desviaba la vista, la volvía a mirar.

—¿Ya cambio?

—Muy poco.

—Vamos, Luiz. ¿Qué querían?

—Diez de nuestras mujeres. No es nada. Ella lo observaba azorada.

—¿Y ustedes qué...?

—Las cuidarán bien. Las convertirán en mujeres saludables, y cuando regresen, nos traerán más alimentos.

—¿Y qué opinan las mujeres? Luiz miró por sobre su hombro.

—No están muy felices.

—¡Como para estarlo! —Miró a las seis mujeres presentes. Formaban un grupito, y a su alrededor ya los hombres actuaban con timidez—, ¿Para qué las quieren?

—No preguntamos.

—Porque lo saben. —Se volvió hacia el padre dos Santos—. ¿Qué va a suceder?

—Ya han tomado la decisión.

—Pero, ¿por qué? ¿Cómo se les ocurre pensar seriamente en cambiar sus esposas y sus hijas por unas bolsas de cereales?

—Necesitamos lo que ellos ofrecen —dijo Luiz.

—Pero nosotros les hemos prometido alimentos. Y un médico viene en viaje.

—Sí... eso es lo que nos prometieron. Dos meses hace que están aquí... muy poca comida y ningún médico. Estos hombres son honestos, de eso nos damos cuenta.

Le dio la espalda y regresó al frente de la multitud. En seguida pidió que levantaran las manos para hacer la votación. Se ratificó el acuerdo. Las mujeres no votaron.

Elizabeth pasó la noche inquieta. Cuando se levantó, por la mañana, había decidido lo que iba a hacer.

El día trajo aparejado, varios acontecimientos inesperados. Paradójicamente, el único acontecimiento en que había confiado instintivamente, no se produjo. Ahora que su encuentro con Helward había cobrado una nueva perspectiva, podía expresar con palabras lo que había estado esperando. Esa emoción dentro de ella había sido una

agitación física, y ella había ido al río con deseos de que él la sedujera, cosa que podría haber ocurrido hasta el momento en que esa expresión insólita se apoderó de los ojos de Helward. Incluso ahora Elizabeth percibía los efectos de dicha sensación —que no era de miedo ni de asombro, sino que tenía algo de los dos— cada vez que recordaba esa conversación a gritos, debajo de los árboles.

«¿Y qué pasa con el sol?» Esas palabras seguían resonando en su mente.

Era indudable que existía un trasfondo más complejo que lo que a primera vista parecía. El comportamiento de Helward el día anterior había sido distinto. Ella había despertado en él una sensibilidad oculta, y él había respondido como lo hubiera hecho cualquier hombre. En ese momento, no había habido signos de la supuesta locura. Y él no había reaccionado de ese modo hasta que ella no le preguntara sobre su vida o le hablara de la suya propia.

También estaba el misterio del papel de computadora. Existía una sola computadora en un radio de mil quinientos kilómetros, y ella sabía dónde se hallaba y para qué la empleaban. Esa máquina no usaba papel de impresión, y por cierto que no era IBM. Elizabeth conocía las IBM. Cualquiera que tuviese conocimientos básicos de computación las había oído mencionar, pero esas máquinas no se habían vuelto a fabricar desde la época de la Destrucción. Las únicas que quedaban intactas, aunque no en funcionamiento, estaban en los museos.

Por último, el trato que habían propuesto los hombres que visitaron el pueblo era totalmente inesperado, al menos para ella. Sin embargo, al recordar la expresión de Luiz luego de la primera charla con los hombres, pensaba que él debía haber sospechado lo que les estaban pidiendo a modo de pago.

De alguna manera, todo debía estar relacionado. Sabía que los hombres que se habían acercado a la aldea venían del mismo lugar que Helward, y que la actitud de éste tenía algo que ver con el trato convenido.

Quedaba aún la cuestión del papel que debía ella cumplir en todo este asunto.

Técnicamente, el pueblo y su gente eran responsabilidad suya y del padre dos Santos. Uno de los supervisores centrales había visitado la aldea en los primeros tiempos, pero las autoridades parecían concentrar sus esfuerzos en la reparación de un gran puerto, en la costa.

En teoría, Elizabeth estaba subordinada a dos Santos, pero él era un lugareño, uno de los cientos de estudiantes que hicieron estudios teológicos, patrocinados por el gobierno, en un intento por llevar de vuelta la religión a las zonas más alejadas. Aquí la religión era el opio tradicional, y se daba suma prioridad a la labor de las misiones. Pero los hechos hablaban por sí mismos: el trabajo de dos Santos demandaría años, y durante mucho tiempo tendría que trabajar cuesta arriba, siempre con miras a reinstaurar la iglesia como líder social y espiritual de la comunidad. Los aldeanos lo toleraban, pero era a Luiz a quien escuchaban y, en cierta medida, a ella misma.

Sena igualmente inútil buscar consejos en el destacamento. Aunque éste estaba dirigido por hombres buenos y sinceros, el trabajo era tan nuevo que aún no habían podido desprenderse del bagaje de teorías que traían. Les resultaba imposible resolver un simple problema humano, como era el cambiar mujeres por comida.

Si había que tomar alguna medida, debía hacerlo sola, por propia iniciativa.

No le fue fácil llegar a una decisión. Durante esa noche larga, cálida, trató de separar el pro y el contra, los riesgos y los beneficios. Cualquiera fuese el modo en que encarase el problema, el curso de acción a seguir parecía ser uno solo.

Se levantó temprano y fue a casa de Mana. Tenía que apurarse porque los hombres habían dicho que volverían poco después del amanecer.

María estaba despierta; el bebé lloraba. María se había enterado de lo que habían decidido los hombres la noche anterior, y apenas llegó Elizabeth le hizo preguntas sobre el tema.

—Ahora no hay tiempo —respondió bruscamente Elizabeth—. Quiero algunas ropas.

—Pero las tuyas son tan lindas.

—Necesito ropa tuya... cualquiera me vendrá bien. Refunfuñando, con aire calculador María le trajo varias prendas toscas y se las entregó para que las inspeccionara. Todas estaban muy gastadas, y probablemente ninguna hubiese conocido jamás el agua y el jabón. Para los planes de Elizabeth, eran ideales. Eligió una falda amplia, harapienta, y una camisa color blanco desteñido que quizás hubiese antes pertenecido a alguno de los hombres.

Se quitó su propia ropa, incluso la ropa interior, y se puso la de María. Hizo una pila prolija con sus prendas y se las dio a María para que se las cuidara hasta su regreso.

—pero parece una chica del pueblo!

—Eso mismo.

Miró al bebé para ver si no estaba enfermo y repasó luego con María la diaria rutina que debía cumplir. Como siempre, ésta fingía prestar atención, aunque Elizabeth sabía que se olvidaría de todo en cuanto no estuviera ella allí para controlarla. ¿Acaso no había criado ya tres niños?

Caminando descalza por la calle de tierra, Elizabeth se preguntó si pasaría por una mujer del pueblo. Tenía el pelo largo, castaño, y su cuerpo se había bronceado en las semanas que llevaba ahí, pero era consciente de que su piel carecía de ese tono lustroso de las mujeres de la zona. Se pasó la mano por la cabeza, se cambió la raya del cabello y se despeinó un poco.

Había ya muchas personas en la plaza, frente a la iglesia, y seguían llegando más a cada minuto. Luiz se hallaba en el centro, tratando de persuadir a las mujeres que habían ido a mirar por simple curiosidad, que volvieran a sus casas.

A su lado habrá un grupito de chicas. Con una sensación de horrorizado espanto, advirtió que eran las más jóvenes y atractivas del pueblo. Elizabeth se abrió paso en medio del gentío.

Luiz la reconoció de inmediato.

—Menina Khan...

—Luiz, ¿cuál es la más joven de estas chicas? Sin darle tiempo a responder, ella misma buscó a la niña. Era Lea, que no tendría más de catorce años. Se acercó a ella.

—Lea, vuelve con tu madre. Yo iré en tu lugar.

La niña no se sorprendió ni protestó, sino que se alejó en silencio. Luiz se quedó un momento mirando a Elizabeth. Luego se encogió de hombros.

No tuvieron que esperar mucho. A los pocos minutos aparecieron tres hombres, cada uno montando un caballo y arrastrando a otro. Los seis animales venían cargados con bultos y, sin mayores ceremonias, los jinetes desmontaron y bajaron el material que habían traído.

Luiz observaba atentamente. Elizabeth oyó que uno de los hombres le decía:

—Dentro de dos días volvemos con el resto. ¿Quieren que les reparemos la iglesia?

—No... eso no lo necesitamos.

—Como ustedes quieran. ¿Desean modificar nuestro acuerdo?

—No. Estamos satisfechos.

—Bien. —El hombre se dio vuelta y enfrentó a la gente que presenciaba la transacción. Se dirigió a ellos como lo había hecho con Luiz, en su idioma, pero con un fuerte acento—. Hemos tratado de ser hombres de palabra. Algunos de ustedes quizás no aprueben el convenio que propusimos, pero les pedimos su comprensión. Las mujeres que nos han prestado serán bien cuidadas y no se les dará ningún mal trato. Nos interesa, tanto como ustedes, su salud y felicidad. Prometemos enviárselas de vuelta cuanto antes. Gracias.

La ceremonia había concluido. Los hombres ofrecieron los caballos a las mujeres. Dos chicas montaron en un solo caballo y otras cinco tomaron un caballo cada una. Elizabeth y las dos restantes prefirieron ir caminando. Muy pronto partió del pueblo la pequeña

caravana, siguiendo el curso del río seco.

CAPÍTULO SEIS

Durante el viaje, Elizabeth mantuvo el mismo silencio que sus compañeras. En la medida de lo posible, trataría de pasar desapercibida.

Los tres hombres hablaban en inglés, dando por sentado que ninguna de ellas entendía. Al principio Elizabeth prestaba mucha atención a ver si se enteraba de algo interesante pero, para gran desilusión suya, descubrió que la conversación giraba principalmente en torno del calor, de la falta de sombra y del tiempo que duraría la cabalgata.

La preocupación de ellos por las mujeres parecía ser sincera, y constantemente les preguntaban cómo se sentían. Charlando ocasionalmente con las chicas, en su idioma, Elizabeth notó que sus motivos de aflicción eran muy similares: tenían calor y sed, estaban cansadas y ansiosas por llegar.

Hacían un breve descanso cada hora, y se turnaban los caballos. Los hombres no montaron a caballo en ningún momento, y pronto Elizabeth empezó a condolerse de sus motivos de queja. Si la ciudad quedaba, como había dicho Helward, a unos cuarenta kilómetros, iba a ser larga la caminata en un día caluroso.

Más tarde, quizás el cansancio les hizo aflojar las inhibiciones o la falta de reacción de las chicas les demostró que no entendían el inglés, porque los hombres se pusieron a hablar de asuntos menos inmediatos. Comenzaron comentando que el calor no cedía, pero casi en seguida cambiaron de tema.

—¿Te parece que todo esto es necesario?

—¿Tráfico?

—Sí... Ha ocasionado algunos problemas en otras épocas.

—No queda otro camino.

—¡Qué calor maldito!

—¿Qué harías tú en cambio?

—No sé. No me corresponde a mí decidirlo. Si me diesen a elegir, no estaría ahora aquí.

—Para mí, todavía tiene sentido. El último contingente aún no regresó, y nada indica que lo vayan a hacer. A lo mejor ya no tendremos que traficar más.

—Sí que tendremos.

—Me da la impresión de que no estás de acuerdo con la «transferencia».

—Francamente, no. A veces pienso que todo el sistema es disparatado.

—Has estado escuchando a los Terminadores.

—Tal vez. Lo que ellos dicen es razonable. No del todo, pero tampoco son tan malos como afirman los Navegantes.

—Has perdido el juicio.

—De acuerdo. ¿Quién no lo perdería con este calor?

—Te conviene no hablar así en la ciudad.

—¿Por qué no? Hay mucha gente que ya lo está comentando.

—Pero no los gremialistas. Tú has ido al pasado, por lo tanto sabes discernir.

—Trato de ser realista. Tienes que escuchar las opiniones de la gente. Hay más personas que quieren que la ciudad se detenga, que gremialistas. Eso es todo.

—Cállate, Norris —dijo el hombre que hasta ahora no había abierto la boca, el que había hablado a la gente del pueblo.

Siguieron su camino.

La ciudad había aparecido a la vista mucho tiempo antes de que Elizabeth reconociese lo que era. A medida que se acercaban la observaba con gran interés y sin entender ese

sistema de vías y cables que partía de la misma. Lo primero que supuso fue que se trataba de un depósito de ferrocarriles pero no veía ningún vehículo rodante, y el tramo de vías era demasiado corto como para prestar alguna utilidad.

Luego advirtió la presencia de varios hombres custodiando los rieles, cada uno de los cuales llevaba un rifle o algo que se asemejaba a una ballesta. No captó, nada más, dado que casi toda su atención se centraba en la edificación misma.

Había oído que los hombres la llamaban la «ciudad» —y Helward también—, pero a ella le parecía una enorme y deformada mole de edificios de oficinas. Tampoco daba la impresión de ser muy segura, construida, como estaba, principalmente de madera. Tenía lo feo de lo funcional, si bien el diseño era de una sencillez no del todo desagradable. Recordó las fotos que había visto de los edificios del período anterior a la Destrucción, y aunque éstos habían sido de acero y hormigón, tenían la misma cuadratura, la simpleza y la falta de adornos exteriores. Esos antiguos edificios habían sido altos, sin embargo, y esta extraña estructura no tenía más de siete pisos. La madera dejaba ver las diferentes etapas de la acción del tiempo.

Casi todo lo que se divisaba había sido descolorido por los elementos de la naturaleza, pero también se notaban partes más nuevas.

Los hombres las condujeron hasta la base de la edificación. Luego se internaron en un pasaje. Allí desmontaron, y se acercaron unos muchachos a llevarse los caballos.

Entraron a otro pasaje, subieron una escalera y atravesaron otra puerta. Salieron a un pasillo muy iluminado, al final del cual había una puerta. Allí se despidieron de los hombres. En la puerta había un cartel que rezaba:

SALA DE TRANSFERENCIA

Una vez adoptada la pose, Elizabeth no podía abandonarla.

En el transcurso de los días siguientes se vio sometida a una serie de investigaciones y tratamientos que, de no sospechar el motivo, le habrían parecido humillantes. La bañaron y le lavaron el pelo. Le hicieron un examen médico, le revisaron los ojos y los dientes. Le inspeccionaron el cuero cabelludo y le hicieron una prueba que —se imaginó—, sólo podía servir para comprobar si tenía enfermedades venéreas.

Sin manifestar sorpresa, la mujer que dirigía la revisión le otorgó un certificado de salud —fue la única de las diez que pasó—, y luego la dejaron en manos de otras dos mujeres que comenzaron a enseñarle los rudimentos del inglés. Esto la divertía mucho, y no obstante sus esfuerzos por demorar el proceso de aprendizaje, pronto la consideraron lo suficientemente instruida como para acabar este periodo inicial de habilitación.

Las primeras noches durmió en un dormitorio común, pero después le asignaron un cuartito para ella sola. La habitación era inmaculada, amoblada con lo mínimo indispensable. Había en ella una cama angosta, un lugar donde colgar la ropa —le habían dado dos conjuntos idénticos para usar—, una silla y aproximadamente un metro de espacio libre.

Ocho días habían transcurrido desde su llegada a la ciudad y Elizabeth comenzaba a cuestionarse qué era lo que había esperado conseguir. Ahora que le habían dado el pase de la sección de transferencia, la ubicaron en las cocinas, donde el trabajo que le asignaron era muy ingrato. Tenía las noches libres, pero le advirtieron que debía pasar una o dos horas en un salón de recepciones donde, le informaron, debía alternar con la gente que allí hubiese.

Este salón quedaba junto a la sección de transferencia. Tenía un pequeño bar en una esquina en el cual, Elizabeth notó, había muy poco que elegir. Y al lado, había un antiquísimo aparato de video. Cuando ella lo prendió vio un programa de comedia que, francamente, no alcanzó a comprender, si bien una audiencia invisible reía todo el tiempo. Las alusiones cómicas eran, evidentemente, de otra época y por tanto, carecían de

sentido para ella. Vio el programa entero y, por una leyenda de derecho autoral que aparecía al final, se enteró de que había sido grabado en 1985. ¡Tenía doscientos años de antigüedad!

Por lo general había muy pocas personas en este salón cuando ella asistía. Una mujer de la sección transferencia trabajaba detrás del mostrador, siempre con una sonrisa pegada a los labios, pero Elizabeth no llegaba a interesarse por los otros concurrentes. De vez en cuando venían algunos hombres —vestidos, al igual que Helward, con su uniforme oscuro—, y dos o tres chicas.

Un día, mientras trabajaba en la cocina, resolvió uno de los enigmas que le intrigaban.

Se hallaba guardando la vajilla limpia en un armario de metal destinado al efecto, cuando algo le llamó la atención. El mueble habida sido modificado hasta el punto de quedar irreconocible —se le habían quitado los componentes y se le habían agregado estantes de madera—, pero el emblema de DBM alcanzaba a distinguirse debajo de la capa de pintura.

Siempre que podía, Elizabeth se iba a recorrer la ciudad. Todo le resultaba motivo de curiosidad. Antes de venir pensaba que iba a sentirse prisionera, pero aparte de las tareas que debía desempeñar, tenía libertad de ir adonde le gustara y de hacer lo que quisiese. Hablaba con la gente, anotaba mentalmente sus impresiones, pensaba.

Un día halló un cuarto pequeño usado por la gente de la ciudad para pasar sus horas libres. Sobre una mesa había varias hojas de papel impreso, prolijamente abrochadas. Les echó un vistazo sin mucho interés y leyó el título de la primera página: «Directivas de Destaine».

Más tarde, mientras caminaba por la ciudad, vio más hojitas de estas y, picada por la curiosidad, leyó un juego de ellas. Luego se guardó una copia entre las sábanas de su cama, con la intención de llevársela cuando regresara a su país.

Una vez adoptada la pose, Elizabeth no podía abandonarla.

En el transcurso de los días siguientes se vio sometida a una serie de investigaciones y tratamientos que, de no sospechar el motivo, le habrían parecido humillantes. La bañaron y le lavaron el pelo. Le hicieron un examen médico, le revisaron los ojos y los dientes. Le inspeccionaron el cuero cabelludo y le hicieron una prueba que —se imaginó—, sólo podía servir para comprobar si tenía enfermedades venéreas.

Sin manifestar sorpresa, la mujer que dirigía la revisión le otorgó un certificado de salud fue la única de las diez que pasó, y luego la dejaron en manos de otras dos mujeres que comenzaron a enseñarle los rudimentos del inglés. Esto la divertía mucho, y no obstante sus esfuerzos por demorar el proceso de aprendizaje, pronto la consideraron lo suficientemente instruida como para acabar este período inicial de habilitación.

Las primeras noches durmió en un dormitorio común, pero después le asignaron un cuartito para ella sola. La habitación era inmaculada, amoblada con lo mínimo indispensable. Había en ella una cama angosta, un lugar donde colgar la ropa —le habían dado dos conjuntos idénticos para usar—, una silla y aproximadamente un metro de espacio libre.

Ocho días habían transcurrido desde su llegada a la ciudad y Elizabeth comenzaba a cuestionarse qué era lo que había esperado conseguir. Ahora que le habían dado el pase de la sección de transferencia, la ubicaron en las cocinas, donde el trabajo que le asignaron era muy ingrato. Tenía las noches libres, pero le advirtieron que debía pasar una o dos horas en un salón de recepciones donde, le informaron, debía alternar con la gente que allí hubiese.

Este salón quedaba junto a la sección de transferencia. Tenía un pequeño bar en una esquina en el cual, Elizabeth notó, había muy poco que elegir. Y al lado, había un antiquísimo aparato de video. Cuando ella lo prendió vio un programa de comedia que, francamente, no alcanzó a comprender, si bien una audiencia invisible reía todo el tiempo. Las alusiones cómicas eran, evidentemente, de otra época y por tanto, carecían de

sentido para ella. Vio el programa entero y, por una leyenda de derecho autoral que aparecía al final, se enteró de que había sido grabado en 1985. ¡Tenía doscientos años de antigüedad!

Por lo general había muy pocas personas en este salón cuando ella asistía. Una mujer de la sección transferencia trabajaba detrás del mostrador, siempre con una sonrisa pegada a los labios, pero Elizabeth no llegaba a interesarse por los otros concurrentes. De vez en cuando venían algunos hombres —vestidos, al igual que Helward, con su uniforme oscuro—, y dos o tres chicas.

Un día, mientras trabajaba en la cocina, resolvió uno de los enigmas que le intrigaban.

Se hallaba guardando la vajilla limpia en un armario de metal destinado al efecto, cuando algo le llamó la atención. El mueble había sido modificado hasta el punto de quedar irreconocible —se le habían quitado los componentes y se le habían agregado estantes de madera—, pero el emblema de BBM alcanzaba a distinguirse debajo de la capa de pintura.

Siempre que podía, Elizabeth se iba a recorrer la ciudad. Todo le resultaba motivo de curiosidad. Antes de venir pensaba que iba a sentirse prisionera, pero aparte de las tareas que debía desempeñar, tenía libertad de ir adonde le gustara y de hacer lo que quisiese. Hablaba con la gente, anotaba mentalmente sus impresiones, pensaba.

Un día halló un cuarto pequeño usado por la gente de la ciudad para pasar sus horas libres. Sobre una mesa había varias hojas de papel impreso, prolijamente abrochadas. Les echó un vistazo sin mucho interés y leyó el título de la primera página: «Directivas de Destaine».

Más tarde, mientras caminaba por la ciudad, vio más hojitas de estas y, picada por la curiosidad, leyó un juego de ellas. Luego se guardó una copia entre las sábanas de su cama, con la intención de llevársela cuando regresara a su país.

Comenzaba a entender. Volvió a leer el texto de Destaine tantas veces que llegó casi a memorizarlo. Pensó en Helward, en su comportamiento aparentemente insólito, y trató de recordar qué era lo que había dicho.

Creía hallar una suerte de esquema lógico, aunque había una inextirpable falla en todo.

La hipótesis que regia la vida de la ciudad y sus habitantes era que, el mundo en que vivían, estaba de algún modo invertido. No sólo el mundo sino también todos los objetos del universo donde se suponga que existía ese mundo. La figura que dibujara Destaine —un mundo macizo, con curvaturas en el Norte y en el Sur en forma de hipérbola—era la aproximación que utilizaban, y tenía una evidente correlación con ese raro sol que había dibujado Helward.

Un día Elizabeth vio el error mientras recorría una de las zonas de la ciudad que en la actualidad se estaban reconstruyendo.

Miró el sol, protegiéndose los ojos con una mano, y lo vio como siempre lo que había conocido: un globo de luz intensa, bien alto en el firmamento.

CAPÍTULO SIETE

Elizabeth tenía planeado abandonar la ciudad la mañana siguiente llevándose un caballo y atravesando el campo hasta llegar al pueblo. Desde ahí podría regresar a las oficinas centrales y pedir licencia. Dentro de unas semanas le correspondía tomar sus vacaciones, y sabía que podía fácilmente conseguir que se las adelantaran. Cuatro semanas eran más que suficientes para volver a Inglaterra y tratar de buscar algún funcionario, alguien que tuviese interés en lo que había descubierto.

Una vez concebido el plan, no quería llamar la atención. Así fue que pasó el día trabajando en las cocinas, como siempre. Por la noche fue al salón de recepciones.

Al entrar, el primer hombre que vio fue a Helward, que estaba parado de espaldas a ella, conversando con una chica.

Elizabeth se paró detrás de él.

—Hola, Helward —dijo, en voz baja. Este se dio vuelta para saludarla y la miró lleno de asombro.

—¡Usted! —exclamó— ¿Qué está haciendo aquí?

—¡Ssh! Acá piensan que no hablo muy bien el inglés. Soy una de las mujeres transferidas.

Elizabeth se encaminó a un rincón vacío. La señora del mostrador le hizo un gesto de aprobación con la cabeza al ver que Helward iba tras ella.

—Mire —dijo Elizabeth, casi en el acto—, tengo que pedirle disculpas por lo que ocurrió la última vez que nos vimos. Ahora entiendo mejor.

—Y a mí me tiene que perdonar que la haya asustado.

—¿Le contó algo a alguno de los otros?

—¿Que usted viene de la Tierra? No.

—Bien. No diga nada.

—¿De veras es del planeta Tierra?

—Sí, pero no me gusta oírlo hablar así. Soy de la Tierra, igual que usted. Hay un error de interpretación.

Helward la miró desde arriba. Le llevaba unos treinta centímetros de altura.

—Aquí se la ve distinta... Pero, ¿por qué se vino como transferida?

—Fue el único modo que se me ocurrió de entrar en la ciudad.

—Yo la hubiese traído. —Echó un vistazo por el salón. ¿Ya hizo pareja con alguno de los hombres?

—No.

—No lo haga. —A medida que hablaba miraba por sobre su hombro—. ¿Le asignaron una pieza para usted sola? Podríamos conversar más tranquilos.

—Sí. ¿Vamos?

Elizabeth cerró la puerta después de entrar en su cuarto. Las paredes eran delgadas, pero al menos daban el aspecto de intimidad. Se preguntó por qué él tendría que tomar precauciones cuando hablaba con ella.

Se sentó en la silla, y Helward lo hizo en el borde de la cama.

—Leí el texto de Destaine —dijo—. Me pareció fascinante. Yo tenía alguna idea de su existencia. ¿Quién fue?

—El fundador de la ciudad.

—Sí, de eso me di cuenta. Pero se hizo famoso por alguna otra cosa.

Helward tenía una expresión incierta.

—¿Le parecieron razonables los escritos de Destaine?

—Relativamente. Era un hombre que se sentía extraviado. Pero estaba en un error.

—¿Con respecto a qué?

—A la ciudad y al peligro en que ésta se halla. Escribe como si él— y los demás hubiesen sido transportados a otro mundo.

—Eso es correcto.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Ustedes nunca salieron de la Tierra, Helward. Los dos aquí sentados, charlando, estamos en la Tierra. El agitó desesperado la cabeza.

—Está equivocada, sé que está equivocada. A pesar de todo lo que usted diga, Destaine conocía la verdadera situación. Nosotros estamos en un mundo diferente.

—El otro día me dibujó con el sol a mis espaldas. Y al sol lo dibujó como una hipérbola. ¿Es así como lo ve? A mí mi hizo muy alta. ¿También me ve así?

—No es así como veo el sol sino como es. Y como es el mundo. A usted la dibujé alta porque... la veía de ese modo en ese momento. Estábamos muy al Norte de la ciudad. Ahora... es muy difícil de explicar.

—Inténtelo.

—No.

—De acuerdo. ¿Sabe cómo veo yo el sol? Lo veo normal, redondo, esférico. ¿No se da cuenta de que el asunto es cómo percibe cada uno las cosas? Su percepción le informa incorrectamente... No sé por qué, pero Destaine también tenía mal la percepción.

—Liz, no es sólo la percepción. Yo he visto, he sentido, he vivido en este mundo. Diga lo que diga, para mí es real. Y no soy el único. Casi toda la gente de la ciudad posee el mismo conocimiento. Esto comenzó con Destaine porque él estaba aquí al principio. Y hemos sobrevivido mucho tiempo gracias a dicho conocimiento, que ha sido la raíz de todo y nos ha mantenido vivos ya que, sin él, no seguiríamos remolcando la ciudad.

Elizabeth iba a decir algo, pero él continuó:

—Liz, después de estar con usted, el otro día, necesité tiempo para pensar. Me fui al Norte, me interné muy lejos. Ahí vi algo que pondrá a prueba la capacidad de supervivencia de la ciudad como nunca ocurrió hasta el presente. Conocerla a usted fue... no sé... fue más de lo que yo esperaba. Pero indirectamente me condujo hasta algo muy grande.

—¿Qué?

—No se lo puedo decir.

—¿Por qué no?

—No puedo contárselo a nadie, salvo a los Navegantes. Y ellos ordenaron restringir la información por ahora. Es un mal momento para que se difunda la noticia.

—¿Qué quiere decir?

—¿Oyó hablar de los Terminadores?

—Sí... pero no sé quiénes son.

—Son un grupo político, y han estado tratando de hacer detener la ciudad. Si se llegara a filtrar esta noticia, se nos vendrían muchos problemas encima. Acabamos de superar una crisis de importancia, y los Navegantes no quieren que se produzca otra.

Elizabeth se quedó mirándolo fijo, sin decir nada. De repente pensaba en sí misma desde otro punto de vista.

Se hallaba en medio de dos realidades, la suya y la de él. Por más próximas que pudiesen llegar a estar una de la otra, nunca habría ningún contacto entre ellas. Al igual que el gráfico que Destaine había dibujado para describir la realidad que él percibía: cuanto más se acercaba a Helward en un sentido, más se alejaba de él en otro. Ella misma se había sumergido en este drama, en que una lógica se veta derrotada por otra, y se consideraba incapaz de manejar la situación.

No podía extirpar de su mente la contradicción básica a pesar de que estaba persuadida de la sinceridad de Helward, de que la ciudad existía y de que sus habitantes se regían por unos conceptos muy raros para planificar su supervivencia. La ciudad y sus habitantes se hallaban en la Tierra, en la Tierra que ella conocía y, por más cosas que viese o que Helward le dijese, no había otra explicación posible. Las pruebas en contrario carecían de todo sentido.

Dijo Elizabeth:

—Mañana me voy de la ciudad.

—Véngase conmigo. Yo salgo de nuevo para el Norte.

—Pero es que yo tengo que regresar a la aldea.

—¿Ese pueblo donde conseguimos las mujeres?

—Sí.

—Yo voy en esa dirección. Cabalgaremos juntos. Otra contradicción: el poblado quedaba al Sudoeste de la ciudad.

—¿Por qué vino a la ciudad, Liz? Usted no es una lugareña.

—Quería verlo a usted.

—¿Por qué?

—No sé. Usted me asustaba. Vi a esos otros hombres comerciar con la gente del pueblo. Quise averiguar lo que ocurría. Ahora lamento haberlo hecho porque usted aún me inspira miedo.

—¿Acaso me estoy saliendo de mis casillas? Ella rió... y se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacina desde que había venido a la ciudad.

—No, claro que no. Es más... no sabría decirle... Todo lo que yo tomo por descontado es distinto, aquí en la ciudad. No las cosas de todos los días sino las cosas más importantes, tales como la razón de ser. Aquí noto que la gente pone mucho empeño, como si la ciudad fuese el único foco de toda existencia humana. Sé que no es así. Hay millones de otras cosas que uno puede hacer en el mundo. La lucha por la supervivencia es un móvil en la vida, pero no el más importante. Ustedes hacen hincapié en el concepto de supervivencia a cualquier precio. Yo he estado fuera de la ciudad, Helward, muy lejos. Por más que usted lo piense, este sitio no es el centro del universo.

—Si, lo es. Si dejáramos de creerlo, moriríamos todos.

CAPÍTULO OCHO

A Elizabeth no le resultó difícil salir de la ciudad. Bajó a los establos con Helward y otro hombre —a quien él lo presentó como Futuro Blayne—, buscaron tres caballos y partieron con un rumbo que Helward afirmó era el Norte. Nuevamente ella cuestionó su sentido de la dirección ya que, según sus propios cálculos sobre la posición del sol, iban realmente hacia el Sudoeste, pero no lo contradijo. A esta altura ya se había acostumbrado a ver ultrajados los conceptos que ella creía lógicos, aunque no vela sentido en hacérselo notar. Se contentaba con aceptar las peculiaridades de la ciudad, por más que no las entendiera.

Al salir, Helward le señaló las grandes ruedas sobre las que iba montada la ciudad, y le explicó que ésta avanzaba a una velocidad tan lenta que era casi imperceptible. No obstante —le aseguró—, avanzaba aproximadamente una milla cada diez días. Hacia el Norte o el Sudoeste, como prefijese ella considerarlo.

El viaje duró dos días. Los hombres hablaban mucho entre ellos y con ella, aunque Elizabeth no comprendía muchas de las cosas que decían.

Tenía la sensación de estar saturada de nuevas informaciones, incapaz de absorber más.

Al caer la noche del primer día pasaron muy cerca del pueblo de Elizabeth, y ésta le dijo a Helward que se iba allí

—No... venga con nosotros. Después podrá regresar.

—Yo quiero volver a Inglaterra. Creo que puedo ayudarlos.

—Tiene que ver esto.

—¿Qué?

—No estamos seguros —dijo Blayne—. Helward piensa que quizás usted nos lo pueda decir.

Elizabeth se resistió unos minutos, pero al final accedió a acompañarlas.

Era extraña la facilidad con que aceptaba las situaciones que esta gente le presentaba. Tal vez fuese porque se identificaba con algunas de ellas, o porque los habitantes de la ciudad llevaban una vida curiosamente civilizada —con todas sus extrañas particularidades— en medio de una zona devastada por la anarquía durante muchas generaciones. Incluso, en las pocas semanas que estuvo en la aldea, la manera de ser de los campesinos, ese letargo que los dominaba, la incapacidad de resolver el más mínimo problema, le había minado su propia fuerza de voluntad para aceptar el desafío de su trabajo. Pero la gente de la ciudad de Helward era distinta. Evidentemente constituían una comunidad que se las había ingeniado para subsistir durante la Destrucción, y que ahora vivían en el pasado. Aún así, conservaban la estructura de una sociedad bien gobernada:

la disciplina notable, la gran determinación y una vital comprensión de su propia identidad, por más dicotomía que existiese entre las similitudes internas y las diferencias extremas.

De modo que, cuando Helward le pidió que fuese con ellos, y Blayne lo apoyó, Elizabeth no pudo resistirse. Por su propia cuenta ella se había inmiscuido en los asuntos de la ciudad. Después tendría que enfrentar las consecuencias de haber abandonado la aldea —podría justificar su ausencia diciendo que quería saber adonde llevaban a las mujeres—, pero ahora sentía que debía seguir hasta el final. Posteriormente, algún organismo oficial tendría que rehabilitar a la gente de la ciudad, pero hasta ese momento, la responsabilidad era suya.

Llevaban sólo dos carpas. Esa noche los hombres le ofrecieron una. Antes de irse a dormir, sin embargo, conversaron largo rato.

Era obvio que Helward le había hablado a Blayne de ella, de lo distinta que era, según él, tanto de la gente de la ciudad como de los lugareños.

Blayne charló directamente con ella, y Helward se mantuvo en un segundo plano. Rara vez abría la boca, y cuando lo hacía, era para confirmar algo que decía su compañero. A Elizabeth le gustaba Blayne, sobre todo por ese modo directo de responder sus preguntas sin tratar de evadirse.

En conjunto, Blayne dijo lo mismo que ella ya sabía. Habló de Destaine y sus Directivas, de la necesidad de hacer avanzar la ciudad, de la forma del mundo. Elizabeth había aprendido a no discutir las opiniones de esta gente, así que se limitó a escuchar.

Llegado el momento de meterse en su bolsa de dormir, se sentía exhausta por la larga cabalgata, pero el sueño no le vino de inmediato.

Si bien no había disminuido la confianza que tenía en su propia lógica, había profundizado el conocimiento de los habitantes de la ciudad. Ellos decían vivir en un mundo donde las leyes de la naturaleza no eran las mismas, cosa que ella estaba dispuesta a creer... o mejor dicho, estaba dispuesta a creer que esta gente era sincera, aunque se hallaba en un error.

Lo distinto no era el mundo exterior sino su percepción del mismo. ¿De qué manera podía ella modificar este hecho?

Al salir del bosque se encontraron con una zona de grandes malezas. Aquí no había huellas que seguir y avanzaban muy lentamente. Soplaban un viento fresco que les aguzaba los sentidos.

Poco a poco la vegetación se transformó en un pasto duro, que crecía en un terreno arenoso. Ninguno de los hombres dijo nada. Helward, en particular, avanzaba con la vista clavada adelante, dejando que su caballo buscara el camino.

Elizabeth notó que, más allá, terminaba toda vegetación, y que llegaban a una loma de arena suelta. Unos pocos metros de dunas los separaban de la playa. Su caballo, que ya había percibido la sal en el aire, respondió fácilmente cuando ella le clavó los tacos, adoptando un medio galope. Durante unos minutos le dio rienda suelta. Gozaba de la libertad y del placer de galopar por la playa, por su superficie lisa, limpia, jamás tocada por otra cosa que por las olas.

Helward y Blayne venían detrás de ella. Se detuvieron juntos, a mirar el agua.

Elizabeth se les acercó y desmontó.

—¿Esto se extiende de Este a Oeste? —preguntó Blayne.

—Todo lo que alcancé a explorar, sí. No hay manera de rodearlo.

Blayne extrajo una videocámara de su alforja, la conectó al estuche y filmó lentamente el paisaje.

—Tendremos que inspeccionar el Este y el Oeste —dijo—. Sería imposible cruzarlo.

—No se ve la orilla de enfrente.

Blayne frunció el ceño, contemplando la arena.

—No me gusta el terreno. Tendremos que traer a un Constructor de Puentes aquí. Se me ocurre que esto no va a soportar el peso de la ciudad.

—Tiene que haber un modo.

Ambos ignoraban a Elizabeth por completo. Helward instaló un aparato en un trípode, y leyó lo que éste marcaba.

—Estamos muy lejos del óptimo —dijo, eventualmente—. Tenemos mucho tiempo. Treinta millas... casi un año de tiempo en la ciudad. ¿Crees que se podría hacer?

—¿Un puente? Va a llevar su tiempo. Necesitaríamos más hombres que los que tenemos en la actualidad. ¿Qué dijeron los Navegantes?

—Que controlarás lo que yo había informado.

—No creo que yo pueda agregar nada.

Helward permaneció unos instantes más contemplando la gran masa de agua. Luego pareció recordar a Elizabeth, y se dirigió a ella.

—¿Qué le parece?

—¿Esto? ¿Qué quiere que me parezca?

—Díganos algo sobre nuestras percepciones. Díganos que aquí no hay un río.

—No es un río.

Helward echó una mirada a Blayne.

—Tú lo has oído —dijo—. Esto simplemente, lo estamos imaginando.

Elizabeth cerró los ojos y les dio la espalda.

La brisa le daba frío, de modo que sacó una manta de su caballo y regresó a la loma arenosa. Cuando volvió a mirarlos, ellos ya no le prestaban atención. Helward había instalado otro instrumento y leía lo que éste le indicaba. Luego se lo gritaba a Blayne.

Trabajaban lenta, concienzudamente, y a cada paso, uno controlaba las mediciones del otro. Al cabo de una hora, Blayne guardó algo de su instrumental en su alforja, montó y se alejó por la costa en dirección al Norte. Helward se quedó parado mirándolo. Su pose dejaba traslucir una desesperación abrumadora.

Elizabeth lo interpretó como una pequeña fragilidad de la barrera de lógica que los separaba. Envolviéndose más en la manta, cruzó las dunas hacia donde se hallaba Helward.

—¿Sabe dónde estamos?

—No —respondió él—. Nunca lo sabremos.

—En Portugal. Este país se llama Portugal, y queda en Europa.

Se acercó un poco más para verle la cara. Por un momento, los ojos de Helward se posaron en ella, pero tenía una expresión indefinida. Helward meneó la cabeza y se encaminó a buscar su caballo. La barrera era absoluta.

Elizabeth se encaminó a su propio caballo, y lo montó. Se alejó por la costa y pronto se internó, siguiendo la dirección general de la aldea. A los pocos minutos el turbulento azul del Atlántico había quedado atrás.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO UNO

Hubo una gran tormenta toda la noche y ninguno de nosotros pudo dormir mucho. Hablamos instalado el campamento cerca del puente. Cuando rompían las olas, escuchábamos un rugido apagado, casi obliterado por el vendaval. En nuestra imaginación, al menos, cada vez que amainaba el viento oíamos el ruido de madera que se hacía astillas.

Hacia el amanecer se calmó el viento y pudimos conciliar el sueño. No por mucho tiempo ya que, poco después del alba, se instaló la cocina y nos dieron de comer. Nadie

hablaba. Había un solo tema posible de conversación, y nadie quería mencionarlo.

Partimos hacia el puente. Habíamos avanzado no más de cincuenta metros cuando alguien señaló un pedazo de madera rota caído en la ribera del río. Era un mal presagio y, como se comprobó luego, verídico. No quedaba nada del puente, salvo los cuatro pilotes principales, enclavados en tierra firme, muy próximos a la costa.

Eché una rápida mirada a Lerouex quién, en este turno, estaba a cargo de todas las operaciones.

—Necesitamos más madera —dijo—. Tráfico Norris, vaya con treinta hombres y empiece a talar árboles.

Esperé ver la reacción de Norris. De todos los gremialistas presentes, él había sido el más reacio a trabajar, y había protestado mucho durante las primeras etapas de la construcción. En este momento no se sublevó. Ya todos habíamos superado ese periodo. Se limitó a asentir con la cabeza, eligió un grupo de hombres y juntos se encaminaron al campamento a recoger las sierras.

—Así que empezamos de nuevo —le dije a Lerouex.

—Por supuesto.

—¿Este puente resistirá?

—Si lo construimos bien.

Me dio la espalda y comenzó a organizar la limpieza del terreno. Al fondo las olas —enormes todavía como consecuencia de la tormenta— se deshacían sobre la orilla del río.

Trabajamos todo el día. Al atardecer, el sitio estaba limpio y la gente de Norris había acarreado catorce troncos. A la mañana siguiente podíamos recomenzar el trabajo.

Busqué a Lerouex y lo hallé sentado solo en su carpa. Daba la impresión de estar revisando los planos de su puente, pero advertí que tenía la mirada perdida.

No se mostró muy contento de verme, aunque ambos éramos los dos hombres mayores del lugar y él sabía que yo no iría a verlo sin un motivo. Teníamos ahora aproximadamente la misma edad; por las características de mi trabajo en el Norte, yo había envejecido muchos años subjetivos. Resultaba algo molesto el hecho de que él fuese el padre de mi ex mujer, y sin embargo ahora éramos contemporáneos. Ninguno de los dos jamás lo había mencionado abiertamente. Victoria era pocas millas mayor que cuando estábamos casados, y la brecha que nos separaba era ahora tan profunda que todo lo que sabíamos el uno del otro era completamente irreparable.

—Sé lo que ha venido a decirme. Usted piensa que no podremos construir nunca un puente.

—Va a ser difícil —dije.

—No... usted piensa que imposible.

—¿Y qué piensa usted?

—Yo soy un Constructor de Puentes, Helward. Por lo tanto, no debo pensar.

—Eso es una tontería.

—De acuerdo... pero se necesita un puente y yo lo construyo. Sin hacer preguntas.

—Usted siempre tuvo una orilla enfrente.

—Eso no tiene importancia. Podemos hacer un pontón.

—Y cuando estemos en el medio del río, ¿de dónde vamos a sacar la madera? ¿Dónde vamos a instalar los cables? —Me senté frente a él—. De paso le diré que estaba equivocado. Yo no vine a hablarle de esto.

—¿Entonces?

—Dónde está la margen opuesta?

—Ahí enfrente, en algún lugar.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Y cómo sabe que existe?

—Tiene que existir.

—Si es así, ¿por qué no podemos verla? Nos estamos alejando de esta orilla a varios grados de la posición perpendicular, pero aún así deberíamos poder divisar la costa. La curvatura...

—Es cóncava. Lo sé. ¿Acaso se cree que no he pensado en ello? Teóricamente tenemos una visibilidad infinita. ¿Y qué pasa con la niebla atmosférica? No podemos ver más de unos treinta o cuarenta kilómetros, aun en un día despejado.

—¿Va a construir un puente de treinta o cuarenta kilómetros?

—No creo que sea necesario —respondió—. Creo que todo saldrá bien. ¿Por qué, si no, piensa que persevero? Agité la cabeza.

—No tengo idea.

—¿Sabía que me propusieron para Navegante? —Agité nuevamente la cabeza—. La última vez que fui a la ciudad tuvimos una larga charla. El consenso general es que el río no sea tan ancho como parece. No se olvide que, al Norte del óptimo, las dimensiones se distorsionan en forma lineal. Es decir, al Norte y al Sur; evidentemente éste es un no importante, pero lo razonable es que exista una margen contraria. Acepto que, aun así, sea demasiado ancho como para permitir cruzarlo con seguridad, pero lo único que tenemos que hacer es seguir esperando. Cuanto más al Sur nos lleve el movimiento de la tierra, más angosto se volverá el río. Entonces será factible construir un puente.

—Eso es un tremendo riesgo. La fuerza centrífuga...

—Ya lo sé.

—¿Y qué pasa si después tampoco aparece la otra orilla?

—Helward, tiene que aparecer.

—Usted sabe que queda otra posibilidad.

—Sí. Me he enterado de lo que andan comentando los hombres. Abandonar la ciudad y construir un barco. Yo nunca voy a aprobar ese proyecto.

—¿Por orgullo de gremio?

—¡No! —Se puso colorado, no obstante haber negado—. Por cuestiones prácticas. No podríamos fabricar un buque suficientemente grande y seguro.

—Se nos está presentando la misma dificultad con el puente.

—Lo sé... pero sabemos cómo hacer puentes. ¿Quién podría, en la ciudad, diseñar un barco? De todos modos, aprendemos por medio de nuestros errores. Tenemos que seguir construyendo el puente hasta lograr que sea lo suficientemente fuerte.

—Y nos queda poco tiempo.

—¿A qué distancia al Norte del óptimo estamos?

—Menos de doce millas.

—Según el tiempo de la ciudad, equivale a ciento veinte días. ¿Cuánto tiempo nos queda aquí?

—Subjetivamente, el doble.

—Tiempo de sobra.

Me paré y me encaminé a la puerta de la carpa. No había logrado convencerme.

—A propósito —dije—, lo felicito por el cargo de Navegante.

—Gracias. También propusieron su nombre.

CAPÍTULO DOS

Unos días más tarde nos reemplazaron los hombres de otro turno. Lerouex y yo partimos a la ciudad. Progresaba la reparación del puente y había un mayor optimismo entre la gente del obrador. Ya tentamos diez metros de plataforma listos para instalar las vías.

Las cuadrillas que talaban árboles utilizaban los caballos, de modo que tuvimos que ir a pie. Alejándonos de la orilla del río, el viento amainaba y subía la temperatura. Había sido

tan fácil olvidarse lo caliente que era la tierra.

Caminamos un trecho. Luego pregunté a Leroux:

—¿Cómo está Victoria?

—Está bien.

—Ahora no la veo muy a menudo.

—Yo tampoco.

Decidí no hablar más. Era obvio que se avergonzaba de su hija. Las noticias del río inevitablemente habían llegado a oídos de la gente, y los Terminadores —de quienes Victoria era una de las figuras más destacadas— habían comenzado a vociferar sus críticas. Aducían tener de su lado al ochenta por ciento de los no-gremialistas, y que la ciudad debía detenerse. Yo no había podido asistir últimamente a las reuniones de Navegantes, pero supuse que este problema los tendría preocupados. Quebrantando una vez más sus antiguas tradiciones, habían empezado una segunda campaña para instruir a la gente acerca de las características del mundo, pero sus explicaciones, fundamentalmente oscuras y abstractas, no tenían el atractivo emocional de los Terminadores.

Psicológicamente, este grupo ya se había apuntado una victoria. Al haber concentrado toda la mano de obra en la construcción del puente, el trabajo de las vías lo hacía sólo una cuadrilla y, si bien la ciudad avanzaba en forma continua, había tenido que disminuir su velocidad. Estaba, ahora, a media milla del óptimo. La milicia había frustrado un intento de los Terminadores de cortar los cables, pero no se le dio mucha importancia al asunto. Que verdadero peligro, totalmente apreciado por los Navegantes, era el desgaste de su tradicional poder político.

Victoria, al igual que sus otros compañeros, aún cumplían tareas nominales para la ciudad, pero quizás era un signo de su influencia el hecho de que las rutinas diarias estaban rezagadas. Oficialmente, los Navegantes lo atribulan al empleo de tantos hombres en el puente, pero pocos eran los que desconocían las verdaderas causas.

Dentro del círculo de los gremios, la decisión era casi total. Se manifestaban muchas protestas y divergencias con las decisiones, pero en general todos admitían que había que construir el puente. Resultaba inconcebible la idea de parar el avance de la ciudad.

—¿Va a aceptar el cargo de Navegante? —pregunté a Leroux.

—Creo que sí. No quiero retirarme, pero...

—¿Retirarse? Eso ni se discute.

—Significaría retirarse de la vida gremial activa. Esa es la nueva política de los Navegantes. Ellos opinan que, trayendo al Concejo hombres que han desempeñado un papel activo, van a conseguir que la gente los escuche más. Dicho sea de paso, es por eso que quieren incluirlo a usted también.

—Mi trabajo es en el Norte —dije.

—H mío también. Pero uno llega a una edad...

—No debería pensar en retirarse. Usted es el mejor constructor de puentes de la ciudad.

—Así dicen. Aunque nadie cometió la indiscreción de señalar que mis últimos tres puentes no resultaron.

—¿Los tres destruidos por este río?

—Sí. Y el próximo se desplomará en cuanto venga otra tormenta.

—Usted mismo dijo...

—Helward, yo no soy el hombre para construirlo. Este puente necesita sangre joven, un nuevo enfoque. Tal vez un barco fuese la solución.

Tanto él como yo entendíamos lo que para él significaba esa confesión. El gremio de Constructores era el más presumido de la ciudad. Jamás les había fallado un puente.

Seguimos caminando.

Casi en seguida de haber llegado a la ciudad me sentí impaciente por regresar al Norte. No me gustaba el ambiente actual. Era como si la gente hubiera reemplazado el

viejo sistema de represión de los gremios por una ceguera frente a la realidad. Por todos lados se veían los slogans de los Terminadores, y los pasillos estaban cubiertos por panfletos crudamente redactados. La gente hablaba del puente, y lo hacían con temor. Los hombres que volvían luego de completar su turno de trabajo comentaban los fracasos, decían que se estaba levantando un puente hacia una orilla que no se alcanzaba a divisar. Se corrían rumores —probablemente lanzados por los Terminadores— sobre muchos hombres muertos, sobre más ataques de los tuks.

En la sala de los Futuros, se me acerco Clausewitz, quien era ahora Navegante. Me entregó una carta formal del Concejo en la que me informaban que Clausewitz, secundado por McMahon, había propuesto mi nombre para integrar el organismo.

—Lo siento mucho —dije—. No puedo aceptar.

—Lo necesitamos, Helward. Usted es uno de nuestros hombres con más experiencia.

—Quizás. Pero a mí me necesitan en el puente.

—Aquí podría hacer un trabajo mejor.

—No lo creo.

Clausewitz me llevó a un lado y me habló en tono confidencial.

—El Concejo está ¡orinando un equipo de trabajo para luchar contra los Terminadores y queremos que usted sea uno de sus componentes.

—¿Y cómo lo haríamos? ¿Sofocando sus voces?

—No... Vamos a tener que llegar a un acuerdo. Ellos quieren irse de la ciudad para siempre. Nosotros aceptaremos abandonar el puente.

Lo miré, incrédulo.

—Yo no puedo avalar eso..

—En cambio, construiremos un buque. No uno muy grande ni tan complejo como la ciudad. Del tamaño suficiente para transportamos hasta la otra orilla. Allí volveremos a edificar la ciudad.

Le devolví la carta y di media vuelta.

—No —dije—. Es mi última palabra.

CAPÍTULO TRES

Me preparé para salir en el acto de la ciudad, resuelto a volver al Norte y practicar otro estudio del río. Nuestros informes habían confirmado que se trataba realmente de un no, que las costas no eran circulares, que no era un lago. A los lagos se los puede rodear; a un río hay que cruzarlo. Recordé lo único optimista que había dicho Lerouex, que la ribera opuesta podría divisarse cuando el no se acercara al óptimo. Era una expectativa deseperada, pero si yo lograba ubicar esa ribera de en frente, no se cuestionaría más el puente.

Atravesé la ciudad pensando que mis actos confirmaban siempre mis palabras. Me había comprometido con el puente, si bien me había desvinculado del instrumento de su ejecución: el Concejo. En cierto sentido yo actuaba por mi propia cuenta, en espíritu y en los hechos. Sí se llegaba a un acuerdo con los Terminadores, eventualmente yo lo suscribiría, pero por el momento la única realidad tangible era el puente, por más improbable que pareciese.

Pensé en algo que en una oportunidad dijera Blayne. El opinaba que la ciudad era una sociedad fanática, y yo se lo cuestioné. Afirmaba que un fanático era un hombre que seguía luchando contra los obstáculos cuando ya se había perdido toda esperanza. Y eso es lo que había hecho la ciudad desde la época de Destaine. Había siete mil millas de historia escrita, y nunca las cosas habían sido fáciles. La humanidad no podía sobrevivir en este ambiente, decía Blayne, y sin embargo continuaba haciéndolo.

Tal vez yo hubiese heredado ese fanatismo porque sentía que sólo yo conservaba actualmente ese instinto de supervivencia. Para mí era imprescindible construir el puente,

aunque pareciera una tarea sin sentido.

Me encontré con Gelman Jase en un pasillo. Él era ahora varias millas subjetivas menor que yo porque muy rara vez había viajado al Norte.

—¿Adonde vas? —me preguntó.

—Al Norte. No tengo nada que hacer en la ciudad.

—¿No vas a asistir a la reunión?

—¿A qué reunión?

—La de los Terminadores.

—¿Y tú vas? —pregunté.

Mi voz, evidentemente, había dejado traslucir el desagrado que sentía, ya que él me respondió a la defensiva.

—Sí. ¿Por qué no? Es la primera vez que hacen una reunión abierta.

—¿Estás con ellos?

—No... pero quiero escuchar lo que dicen.

—¿Y si te convencen?

—No lo creo probable —dijo Jase.

—Entonces, ¿para qué ir?

—¿Es que has cerrado tu mente por completo, Helward?

Abrí la boca para negarlo... pero no dije nada. Era verdad que había cerrado mi mente.

—¿No crees que pueda haber otro punto de vista?

—Sí... pero sobre este tema no hay discusión posible. Ellos están equivocados, y tú lo sabes tan bien como yo.

—El hecho de que un hombre esté en un error no significa que sea un tonto.

—Gelman, tu has ido al pasado. Sabes lo que allí ocurre. También sabes que la ciudad se vería arrastrada hacia allí por el movimiento del suelo. Por cierto que no hay duda acerca de lo que debe hacer la ciudad.

—Ya lo sé. Pero ellos tienen el respaldo de gran cantidad de personas, y por lo tanto debemos escucharlos.

—Atenían contra la seguridad de la ciudad.

—De acuerdo... pero para vencer al enemigo uno tiene que conocerlo. Yo voy a asistir a la reunión porque es la primera vez que expresan públicamente sus ideas. Quiero saber contra qué estoy luchando. Si los Terminadores presentan otra alternativa que el puente, quiero oírla.

—Yo me voy al Norte.

Jase agitó la cabeza. Seguimos discutiendo un rato más, y finalmente fuimos a la reunión.

Hacia un tiempo que se había abandonado el trabajo de restauración del internado. Se habían removido los escombros, y había quedado al descubierto la base metálica de la ciudad, abierta por tres costados. En el lado Norte, contra la mole de los otros edificios, se había reconstruido una parte, y los revestimientos de madera proporcionaban a los oradores un fondo apropiado y una plataforma algo elevada, desde donde dirigían la palabra a la multitud.

Cuando Jase y yo llegamos, ya había mucha gente. Me sorprendió ver a tantos espectadores. La población había disminuido considerablemente al reclutar los hombres para el trabajo en el puente. Haciendo un cálculo aproximado, me pareció que había no menos de trescientas o cuatrocientas personas. Por cierto que no debían quedar muchas más que no estuvieran aquí. Quizás los Constructores de Puentes, los Navegantes y algunos orgullosos gremialistas.

Ya había comenzado la conferencia, y la muchedumbre escuchaba. La charla la daba un hombre de la sección Procesamiento de Alimentos, y era una descripción de la geografía del terreno que en este momento atravesaba la ciudad.

—...la tierra es fértil, hay muchas posibilidades de cultivar nuestras propias cosechas. Contamos con agua en abundancia, tanto aquí como más al Norte. —Risas—. El clima es agradable. Los lugareños no son personas hostiles, y no es necesario que los forcemos a ello...

Al cabo de unos minutos terminó su exposición en medio de aplausos. Sin más preámbulos, se adelantó el próximo orador: Victoria.

—Gente de la ciudad: enfrentamos hoy otra crisis provocada por el Concejo de Navegantes, Durante miles de millas nos hemos abierto camino por esta región, cometiendo todo tipo de actos inhumanos para conservar la vida. Nuestro modo de seguir vivos ha sido avanzar siempre hacia el Norte. Detrás —con un movimiento de la mano abarcó la campiña que se extendía al Sur de la plataforma— quedó ese período de nuestra existencia. Tenemos un no por delante. Un río que debemos cruzar para seguir subsistiendo. Ellos no nos dicen qué hay más allá del río porque no lo saben.

Victoria habló un rato largo, y debo confesar que yo me sentí predispuesto en contra desde sus primeras palabras. Me sonaba a retórica barata, pero la multitud daba muestras de aprobación. Tal vez el discurso no me resultara tan indiferente como había creído ya que, cuando ella describió la construcción del puente y lanzó la acusación de que muchos hombres habían muerto, quise adelantarme a protestar. Jase me agarró el brazo.

—Helward, no vayas.

—¡Está diciendo disparates! —exclamé, pero ya varias voces se habían alzado afirmando que eso era sólo un rumor. Victoria lo admitió elegantemente, pero agregó que en el obrador del puente quizás estuviesen ocurriendo más cosas que las que se daban a conocer. Esto también fue recibido con muestras de aprobación.

Victoria concluyó su arenga con algo inesperado.

—Yo dije que, no sólo es innecesario este puente, sino también peligroso, y cuento con la opinión de un experto en la materia. Como muchos de ustedes saben, mi padre es el jefe de los Constructores de Puentes. Él fue quien lo diseñó. Les pido ahora que escuchen lo que él tiene que decirles.

—¡Dios mío! ¡No puede hacer eso! —dije.

—Leroux no es un Terminador.

—Lo sé. Pero ha perdido la fe.

Leroux ocupaba ya el estrado. Se paró junto a su hija, esperando que se acallaran los aplausos. No miraba de frente a la muchedumbre, sino que tenía la vista clavada en el piso. Parecía cansado, viejo, vencido.

—Vamos, Jase. No quiero verlo humillarse. Jase me miró indeciso. Leroux se aprestaba a hablar. Me abrí paso hacia adelante entre la multitud. Deseaba irme antes que comenzase su alocución. Había aprendido a respetar a Leroux, y no quería presenciar el momento de su derrota.

Luego me detuve.

Detrás de Victoria y su padre, había reconocido a alguien. Por un instante no pude ubicar ni la cara ni el nombre... luego me acordé. Era Elizabeth Khan.

Quedé impactado al verla de nuevo. Había pasado tanto tiempo desde su partida: no menos de dieciocho millas según la escala de tiempo de la ciudad, y muchas más según mi escala subjetiva. Después de que se marchara, yo traté de alejarla de mi mente.

Leroux había comenzado a arengar a la masa. Hablaba suavemente, y yo no alcanzaba a oír sus palabras.

Me quedé mirando fijo a Elizabeth. Sabía por qué estaba ella aquí. Cuando Leroux terminara de humillarse, ocuparía ella la plataforma. Ya sabía lo que iba a decir.

Quise seguir caminando pero me tomaron del brazo. Era Jase.

—¿Qué haces? —dijo.

—¿Ves esa chica? Yo la conozco. No es de la ciudad, y no debemos permitir que

hable.

La gente de alrededor nos hacía callar. Luché para soltarme del brazo, pero Jase me sostuvo fuerte.

De repente se oyó un gran aplauso, y me di cuenta de que Lerouex había acabado.

—Jase, tienes que ayudarme. ¡Tú no sabes quién es esa chica!

Por el rabillo del ojo vi que se acercaba Blayne.

—¡Helward! ¿Vio quién está aquí?

De nuevo quise zafarme pero Jase no me dejó. Blayne me tomó del otro brazo y, juntos, me llevaron al fondo, al borde mismo de la base de la ciudad.

—Escucha, Helward —dijo Jase—, quédate aquí y escucha a esa chica.

—¡Sé lo que va a decir!

—Entonces permite que la escuchen los demás. Victoria se adelantó al estrado.

—Gente de la ciudad: Otra persona les dirigirá la palabra. Muchos de ustedes no la conocen porque no es de la ciudad. Pero lo que ella tiene que decimos es de suma importancia, y luego ya no quedarán dudas acerca de lo que debemos hacer.

Levantó una mano y Elizabeth fue al frente.

Elizabeth habló con pausa, pero su voz llegó claramente a toda la concurrencia.

—Quizás les resulte una extraña —dijo— porque no nací dentro de los muros de la ciudad. Sin embargo, tanto ustedes como yo somos de la misma especie: somos humanos y estamos en un planeta llamado Tierra. Han sobrevivido ustedes en esta ciudad durante casi doscientos años, o siete mil millas según su sistema de medir el tiempo. A su alrededor hay un mundo en ruinas, dominado por la anarquía. La gente es ignorante, analfabeta, paupérrima. Pero no todos los habitantes de este mundo se hallan en la misma condición. Yo soy de Inglaterra, un país que está comenzando a reconstruir una suerte de civilización. También existen otros países, más grandes y más poderosos que Inglaterra. De modo que su sociedad estable, organizada, no es la única.

Hizo una pausa para sopesar la reacción del público. Remaba el silencio.

—Por casualidad encontré esta ciudad y viví un tiempo aquí, en la Sección de Transferencia. —La gente manifestó sorpresa—. Luego regresé a Inglaterra donde pasé casi seis meses tratando de comprender esta ciudad y su historia. Ahora sé mucho más que lo que sabía durante mi primera visita.

Nueva pausa. Alguien de la multitud gritó:

—¡Inglaterra queda en el planeta Tierra!

Elizabeth no respondió. En cambio, dijo:

—Quiero hacerles una pregunta. ¿Hay alguien aquí que esté a cargo de los motores de la ciudad? Hubo un breve silencio. Luego habló Jase.

—Yo pertenezco al gremio de Tracción. Las cabezas giraron hacia nosotros.

—Entonces usted podrá decimos qué es lo que impulsa los motores.

—Un reactor nuclear.

—Explíquenos cómo se suministra combustible. Jase me soltó y se hizo a un lado. Sentí que Blayne me aflojaba un poco el brazo. Podía haberme escapado. Sin embargo, al igual que todos los presentes, la pregunta de Elizabeth me había llamado la atención.

—No lo sé. Nunca he visto cómo se hace.

—En tal caso, antes de hacer detener la ciudad, debe averiguarlo.

Elizabeth dio un paso atrás y habló en voz baja con Victoria. Luego volvió a adelantarse.

—El reactor no es tal. Involuntariamente, los hombres que ustedes llaman gremialistas de Tracción los han estado engañando. El reactor hace muchas millas que no funciona.

Blayne se dirigió a Jase:

—¿Y?

—Está hablando pavadas.

—¿Sabe usted con qué combustible anda?

—No —respondió Jase en voz baja, aunque mucha de la gente que nos rodeaba estaba escuchando—. Es opinión del gremio que funcionará indefinidamente, sin atención.

—El reactor no es tal —repitió Elizabeth.

—No la escuchen —dije yo—. El hecho de que tengamos energía eléctrica significa que el reactor marcha. ¿De dónde, si no, sacamos la electricidad?

Desde el estrado, Elizabeth decía:

—Présteme atención, por favor.

Elizabeth dijo que nos hablaría acerca de Destaine. Destaine fue un físico que trabajó en Inglaterra, en el planeta Tierra. Vivió en una época en que el mundo se estaba quedando sin energía eléctrica. Elizabeth enumeró las razones, principalmente que se quemaban los combustibles de fósiles para obtener calor, el cual luego se convertía en energía. Cuando se acabaran los depósitos de combustibles, no habría más energía.

Destaine —afirmaba Elizabeth— decía haber inventado un proceso por medio del cual aparentemente se podían producir cantidades ilimitadas de energía sin utilizar combustibles. Su trabajo fue muy desacreditado por la mayoría de los científicos. A su debido tiempo, se consumió la energía de los combustibles y sobrevino, en el planeta Tierra, un largo período conocido como la Destrucción, que marcó el final de la avanzada civilización tecnológica que había dominado el planeta.

Dijo que la gente de la Tierra estaba comenzando la reconstrucción, y que empleaban el trabajo de Destaine. Su sistema, tal como él lo describiera originariamente, era peligroso, pero se logró desarrollarlo con éxito.

—¿Qué tiene esto que ver con hacer detener la ciudad? —gritó alguien.

—Escuchen.

Destaine había descubierto un generador que creaba un campo artificial de energía el cual, ubicado a corta distancia de otro campo similar, producía un caudal de electricidad. Los difamadores basaban sus críticas en el hecho de que esto no tenía aplicación práctica ya que ambos generadores consumían más energía que la que provocaban.

Destaine no pudo obtener apoyo financiero ni intelectual para su obra. Todo el mundo lo ignoró, aun cuando afirmó haber descubierto un campo natural —una ventana de translateración, como él lo llamaba—, pudiendo así causar el efecto deseado sin necesidad de un segundo generador.

El decía que esta ventana natural de energía potencial cruzaba lentamente la superficie de la tierra, siguiendo una línea que Elizabeth describió como un gran círculo.

Eventualmente, Destaine consiguió dinero de algunos particulares, mandó construir una estación móvil de investigación y, junto con un numeroso equipo de asistentes contratados, partió a la provincia de Kuantung, al Sur de la China. Allí, afirmaba, existía la ventana natural de translateración.

—Nunca se volvió a tener noticias de Destaine —dijo Elizabeth.

Elizabeth dijo que nunca habíamos salido del planeta Tierra, que el mundo en que vivíamos era la Tierra, que nuestra percepción se había visto alterada por el generador el cual, autoaccionándose mientras siguiera en funcionamiento, continuaba produciendo un campo alrededor de nosotros.

Aseguraba que Destaine había ignorado los efectos colaterales que los otros científicos le habían advertido:

Que podía afectar en forma permanente nuestro sentido de la percepción, que podía traer consecuencias genéticas y hereditarias.

Declaró que aún existía en la Tierra la ventana de translateración, que muchas otras personas la habían encontrado.

Dijo que la ventana que Destaine había descubierto en la China era la que todavía nos suministraba electricidad.

Que, siguiendo el gran círculo, había recorrido Asia y Europa.

Que estábamos ahora en el borde de Europa, que frente a nosotros se extendía un océano, de un ancho superior a varios miles de millas.

Decía... decía y la gente escuchaba...

Elizabeth terminó de hablar. Jase se abrió paso lentamente entre la multitud, en dirección a ella.

Yo me fui atrás, hacia la entrada al resto de la ciudad. Al pasar por la plataforma, Elizabeth me vio.

—¡Helward! —gritó.

No le presté atención, seguí abriéndome camino entre la gente y me interné en la ciudad. Bajé unos escalones, atravesé un corredor y volví a salir a la luz del día.

Me fui al Norte, caminando en medio de vías y cables.

CAPÍTULO CUATRO

Media hora más tarde oí el ruido de un caballo y me di vuelta. Elizabeth me alcanzó.

—¿Adonde va? —me preguntó.

—Regreso al puente.

—No vaya. No hay necesidad. El gremio de la Tracción desconectó el generador. Señalé el sol.

—Ahora es esférico —dije.

—Si.

Seguí caminando.

Elizabeth repitió lo que había expuesto anteriormente. Me suplicaba que entendiera razones. Decía y volvía a decir que era sólo mi percepción del mundo que estaba distorsionada.

Yo guardaba silencio.

Ella no había ido al pasado. Ella nunca se había alejado de la ciudad más que unas pocas millas hacia el Norte o hacia el Sur. Ella no había ido conmigo cuando comprobé las realidades de este mundo.

¿Fue la percepción la que cambió las dimensiones físicas de Lucia, Rosario y Caterina? Nuestros cuerpos se habían entrelazado en un abrazo sexual: yo sabía los efectos reales de esa percepción. ¿Fue la percepción del bebé la que le hizo rechazar la leche de su madre? ¿Fue sólo mi percepción la que hizo rasgar las ropas de las chicas a medida que sus cuerpos se transformaban?

—¿Por qué no me dijo lo que acaba de decir la otra vez que estuvo en la ciudad? —pregunté.

—Porque entonces no lo sabía. Tuve que volver a Inglaterra. ¿Y sabe una cosa? Allí nadie se interesó. Traté de encontrar alguien, cualquier persona que tuviese interés en ustedes, en su ciudad... pero a nadie le importaba. Están sucediendo muchas cosas en este mundo, se están produciendo importantes cambios. A nadie le importa la ciudad y su gente.

—Usted regresó —dije.

—Yo había visto la ciudad con mis propios ojos. Sabía lo que ustedes estaban por hacer. Tenía que averiguar datos sobre Destaine... alguien tenía que explicarme la

traslateración. Hoy en día es tecnología de uso cotidiano, pero yo no sabía cómo funcionaba.

—Eso es evidente.

—¿Qué quiere decir?

—Si han desconectado el generador, no hay más problemas. No tengo más que mirar el sol y decirme a mi mismo que es redondo, por más que a mi me parezca distinto.

—Pero es sólo su percepción.

—Y yo percibo que usted está equivocada. Yo sé lo que veo.

—No lo sabe.

Minutos más tarde un gran gentío pasó a nuestro lado, en dirección al Sur de la ciudad. Casi todos llevaban sus pertenencias, que antes habían trasladado al obrador del puente. Nadie reparó en nosotros.

Caminé más rápido, tratando de dejarla atrás. Ella me siguió, tirando su caballo de las riendas.

El obrador estaba desierto. Caminé por la costa del río hasta encontrar esa tierra suave, amarilla, y llegué al puente. Debajo, el agua era clara y calma, aunque algunas olas seguían rompiendo en la ribera.

Me di vuelta y miré atrás. Elizabeth estaba parada en la orilla con su caballo, observándome. La estudié unos segundos con la mirada. Luego me agaché y me quité las botas. Me acerqué hasta el borde mismo del puente.

Miré el sol. Se estaba posando sobre el horizonte, en el Noreste. Era hermoso, a su modo. Una forma enigmática, estéticamente mucho más bella que una simple esfera. Lo único que lamentaba era no haber podido nunca dibujarlo bien.

Me zambullí de cabeza. El agua estaba fría, pero no desagradable. Cuando salí a la superficie, una ola me empujó hasta un pilote del puente. Me alejé nadando con fuertes brazadas.

Sentía curiosidad por saber si Elizabeth aún me observaba, de modo que me puse a hacer la plancha. Ella había montado a caballo y se acercaba lentamente por el puente. Llegó al borde y se detuvo.

Permaneció sentada en la montura, mirándome.

Seguí pataleando. Quena ver si me hacía alguna señal. El sol derramaba sobre ella una abundante luz amarilla, recortando su figura contra el azul intenso del firmamento.

Me di vuelta y miré hacia el Norte. El sol se estaba poniendo, y ya había desaparecido casi todo su ancho disco. Esperé hasta que se internara en el horizonte la espiral Norte de luz.

Al caer la oscuridad, nadé hasta la orilla.

FIN

AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR

La idea que constituye la base de esta novela me vino por primera vez en 1965. La he desarrollado durante ocho años, tiempo en el cual también la comenté con muchos amigos. A ellos, por último, les doy las gracias por haberme escuchado, en la esperanza de que este libro merezca la pena. Son demasiadas las personas que debería mencionar individualmente, pero debo especial gratitud a los siguientes amigos:

Graham Charnock, que sugirió los gremios.

Christine Priest, que persuadió a una computadora para que me dibujara un planeta

con forma de hipérbola.

Fried. Krupp, de Essen, quien, sin saberlo, suministró la computadora.

Kenneth Bulmer, que escuchó más tiempo y con más paciencia que la mayoría, y que me alentó a escribir primero el cuento y luego el libro.

Brian Aldiss, que quería que la ciudad marchase en sentido contrario.

Virginia Kidd, que finalmente me convenció de que podría dar en la tecla cuando me informó que hay un hueco tan grande en la física que por él podía pasar toda una ciudad.

FIN